43039

# DESCUBRIMIENTO DEL OCEANO PACIFICO

POR

## VASCO NUÑEZ DE BALBOA

POEMA HISTÓRICO

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRINTEMAR

AUTOR

BERNABÉ DEMARÍA

BIBLIOTECA CENTRAL
DIRINTEMAR
Clasif. A861.13581094/D38
Nro. Inv. 6709
Fecha 06/19

BUENOS AIRES

IMPRENTA EUROPEA DE M. A. ROSAS, MORENO 423

1905

MUSEO NAVAL DEL PERÚ
Biblioteca Murguía
1439

El autor de esta obra agradecerá á los literatos y periodistas, que se dignen ocuparse de ella, bien sea privadamente ó emitiendo su juicio por la prensa, tengan la bondad de remitírselo: — República Argentina, Buenos Aires, Independencia 550,—para que le sirva de norma y hacer aquellas correcciones que le indicasen y creyera convenientes, si hiciera una 2ª edición.

Al final del texto la *Fé de erratas*, y después las notas, lo que advertimos al lector, para que haga, si quiere, las correcciones antes de empezar.

BIBLIOTECA CENTRAL DE MARINA
DIRINTEMAR
5426

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Julio J. Elías Murgia
C. de V.



VASCO NUÑEZ DE BALBOA

Descubridor del mar del Sur

# INVOCACIÓN

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRINTEMAR

Iado en Dios ó en la divina gracia
del hombre omnipotente,
que nació humildemente
en un pesebre, en la región del Asia,
voy á cantar, con plectro belicoso,
la historia, vida ó loa
del insigne español siempre famoso,
llamado Vasco Nuñez de Balboa,
que fué el primer cristiano,
después de mil empresas peligrosas,
que escalando las cimas pedregosas
de Panamá y Darien, como un gigante,
y extendiendo impertérrito su mano
del lado de Occidente,
hizo ver el *Pacífico Océano*
á su animosa y admirada gente!

Pero ¡ay! grande es mi aprieto,
como el que audaz se lanza en mar contraria,
en esta audaz empresa, en que me meto;
y loca y temeraria
asaz conozco que es la que acometo;
y hasta el plectro sonoro
de sacra inspiración extraordinaria,
al vez medroso ante ella vacilase
tal querer modular sus cuerdas de oro;
mas como yo no escribo este poema
por adquirir dinero, fama ó gloria,
sino por desechar de mi memoria
una angustia fatal y siempre extrema,
sereno mi propósito acometo,
sin meditar si es grande ó no mi aprieto,
como el que ansiado gusto satisface;
y busco, al escribirlo, de este modo,
distraerme ante todo,
en algo que me place,
como en su leda juventud lo hace
quien se entrega al placer y los amores....
ó cual busca el beodo,
apurando mortíferas bebidas,
olvidar sus dolores,
pisado y revolcándose en el lodo;
que por instinto el hombre
sigue su vocación ó sus pasiones,
ya de uno ú otro modo:
los unos envilecen sus blasones....
los otros inmortal su humilde nombre,
como sus obras hacen:
los altivos y bravos
pretenden imperar como mandones,
y los cobardes nacen
para ser de los déspotas, esclavos....
mas me detengo.... y noto,
que me pierdo en variados pensamientos,
como bajel perdido, en mar ignoto,
sigue el impulso de contrarios vientos;
y que en comparaciones soy profuso
y extenso en demasía,
y de ellas y las reglas harto abuso
del alto sacerdocio
de sacra poesía,
cual si en mullido y cómodo carruaje,
lentamente viajara
en largas horas de ocio

de fulgurante día;
ó entre un jardín florido,
contemplando un paisaje,
ledo aspirase el perfumado aliento,
vagando á la ventura;
y férvido homenaje
á la bella natura tributara,
al dejar, con angustia y sentimiento,
al paisaje, al jardín y á la natura,
al verde suelo y al umbrío soto,
donde en plácida calma
se espande y goza el alma,
y amorosa dilátase la vista....
mas.... me detengo.... y noto,
que tal vez un severo preceptista,
con sobrada razón encuentre impropio,
que compare al poeta ó al artista
de pobre númen ó criterio propio,
que pinta cuadros ó que escribe versos,
para acortar los días, de algún modo,
de sus tiempos adversos,
con un torpe beodo,
que de insano se jacta,
al revolcarse estúpido en el lodo;
pero si tal comparación no fuere
poética ni exacta,
ni á este formal asunto conviniere,
ni en el presente caso
á las reglas artísticas me ajusto,
diré también de paso,
que la verdad no de ella se refracta;
porque es también exacto y verdadero,
que cada cual procura hacer su gusto;
gozando en lo que le es más placentero,
cuando quiere olvidar algún disgusto.

Tal sea mi disculpa
al emprender sereno y temerario
este que empiezo histórico poema,
que es la vida de un hombre extraordinario,
y de sus hechos *fidedigna copia;*
porque lo escribo en la inquietud suprema
de morales y físicos dolores,
por distraerme y complacencia propia,
y no por agradar á mis lectores;
y esto es, ya suponiendo
qué pueda yo acabarlo y se imprimiese,
y el editor siguiéralo vendiendo;
pero tal digresión, en este asunto,
si es para mí precisa, no es muy seria,
y por tanto, poniendo en ella punto,
sigo mi invocación y entro en materia.

Cuando pasan del día
las horas bulliciosas,
en grandes capitales,
y entre sombras y nubes caprichosas
de gualda y amaranto,
rápido el sol se extingue,
y en el emblema santo
de las torres de inhiestas catedrales,
su postrer rayo apenas se distingue;
y en turbios horizontes,
ya del sol á los últimos reflejos,
perdiendo sus fulgores la natura,
ocúltanse los montes,
que parecen fantasmas á lo lejos:
cuando la noche oscura
tiende en la tierra su estrellado manto,
y no se oye del bosque en la espesura
del conmoviente canto
del amoroso pájaro en su nido,
sino el de los insectos numerosos,
monótono chirrido;
y el susurro constante
de la brisa en los árboles coposos,
como eco agonizante
y postrimer lamento,
que á una ingrata mujer el hombre eleva,
muriendo de pasión en su tormento:
cuando en modesto albergue, solitario,
el joven estudioso,
solo fijo en su mente un pensamiento,
infatigable vela,
soñando abrirse un porvenir glorioso,
mientras duerme tranquilo el proletario,
y goza el calavera ú opulento
en el juego, en los bailes ó la orgía;
y contempla á la luna el centinela,
ansiando el nuevo día,
que imagina aparece más despacio;
y atraviesa el magnate en su carroza,
las tristes calles, soñoliento y lacio,
y entrando en su palacio,
bríndale al sueño su mullido lecho,
en alcoba lujosa y confortante;
y al dejar las haciendas y cortijos,
feliz duerme el pastor en pobre choza,
al lado de su esposa y de sus hijos,
sin abrigar quiméricos deseos:
cuando la alegre moza,
inquieta y vacilante,
se entrega á sus livianos devaneos;
y el perdido viandante,
al salir de las selvas y escondrijos,
y al estallar el temporal deshecho,
bajo un árbol se acoge, en la llanura:
cuando suelta su trenza y desvelada,

y descubierto el pecho,
y su marmórea espalda, mal tapada,
la ya fogosa y pálida hermosura,
soñando ó estrechando ya á su amante,
recibe de él vivificante beso,
en lánguido embeleso,
que más su fuego agita,
y que ardiendo de amor, vuelve al instante,
apurando su amor hasta las heces;
y la monja y el fráile y cenobita,
encerrados en cláustro solitario,
á Dios alzan sus preces,
por toda la extraviada raza humana,
en error, según ellos, sumergida;
y la devota anciana,
despierta algunas veces,
y otras medio dormida,
va pasando las cuentas del rosario,
al recordar las culpas de su vida,
y por ella y su cónyuge, difunto,
implorando á la virgen, dolorida.

Y de la oscura noche en los misterios
del silencio profundo,
éstas y otras milésimas escenas,
trágicas, tristes, cómicas ó llenas
de episodios jocosos ó actos serios,
va presentando en su tablado el mundo,
en himnos seductores,
en cántigas de amores,
ó espantosos baladros
de hombres, que más bien parecen fieras,
como va un cosmorama,
en confusa amalgama,
haciendo aparecer sus muchos cuadros,
que pasan y que vuelven en seguida,
cual las hojas, que el viento desparrama....
cual fugaz ilusión de amor, perdida.

Y cuando todo cuanto el mundo encierra
en la adormida tierra,
á meditar al pensador convida,
al fulgor de la luna majestuosa,
ó tempestad mugiente
de noche tenebrosa;
ú otros se entregan al tranquilo sueño,
en paz y dulcemente,
y un paréntesis ponen á la vida,
quizá soñando un porvenir risueño,
que suele ser una ilusión mentida
ó una esperanza vana,
que disipa la luz de la mañana;
yo, en tanto, *desvelado*,
y apartando mi mente *de este mundo*,
y en mi lecho acostado,
que es símil ataúd de un moribundo,
mis ojos cierro, y veo las visiones
*del tiempo ya pasado*
de las vírgenes índicas regiones;
y así voy componiendo
estos seguidos versos ó renglones
de mis visiones fijas,
y al otro día vóilos escribiendo,
conforme á mi memoria van viniendo,
cual dictábalos Milton á sus hijas.

Pero antes de empezar este poema,
leyenda, historia ó merecida loa
de la vida de Núñez de Balboa,
de Dios vuelvo á implorar su santa gracia,
y la sagrada inspiración suprema
de bíblicas edades, muy remotas;
el fuego olímpico, el vigor, la audacia,
que á los cielos robara Prometeo...
del arpa de David las regias notas...
las guerreras canciones de Tirteo...
el ingenio del manco de Lepanto. .
y las mismas hazañas,
para muchos ignotas,
cuanto bellas y grandes,
del insigne español, que ahora canto;
y aquel escalamiento de los Andes
por noveles guerreros argentinos,
al proclamar su santa independencia,
con heróica insistencia,
y trocar los destinos
de toda Sud-América, en Atlante,
al ondear su lábaro triunfante
los próceres de Mayo,
del istmo Panamá hasta Patagonia,
porque después de transcurrido dos siglos,
ya no era, no, *colonia*,
de la *primer nación* de toda Europa!

Si Cortes y Pizarro
antes fueron allí conquistadores,
ya San Martín, Bolivar y otros muchos,
imitando su gran excelsitud,
ser pudieron también los redentores
de América del Sud!!

Y también, pobre autor, así deseo
sentir yo en mi empresa la constancia,
la fé y el heroísmo,
que en sus luchas llevaron á Teseo
hasta el trono de Atenas:
¡todo esto, y más deseo,
para finar mi empresa dignamente,

adormeciendo, en tanto, así mis penas,
como el opio letal calma al paciente!

Si en esta mi plegaria fuese oído
de los egregios manes, que he invocado,
y del célico nùmen amparado...
de Dios favorecido,
y de mi héroe en el mérito inspirado,
intentaré humildoso en esta obra,
no á su memoria levantar un templo,
que ya la fama póstuma le sobra,
sino en ella, narrando sus hazañas,
presentar á los pueblos y á los hombres
la gloria fulgurante
de algunos españoles, cuyos nombres
honrando á las Españas
del siglo dieziseis, sirvan de ejemplo
al hombre, con aliento de gigante,
para seguir sus huellas,
hasta el glorioso templo;
que sino siempre el genio prepotente
en la vida recibe
corona de lumínicas estrellas,
un día llega en fin, en que la gente
de libres pueblos y remota zona,
en la historia eternal su nombre inscribe,
y orna su busto de eternal corona,
formada del laurel resplandeciente.

Del fuego sacro ungida,
y envuelta en el misterio,
de los hérces la vida
rápida pasa, como el sol naciente
elévase al cenit, brilla y se extingue,
para vida ir á dar á otro hemisferio;
ó como incierto apenas se distingue,
en noche oscurecida,
el fulgor instantáneo de un balazo;
pero vive su nombre eternamente,
cual encúmbrase erguida
la cúspide del alto Chimborazo!

Si la póstuma gloria
cuéstale mil martirios ó la vida
á aquel que la merece y la desea,
y en la lucha titánica la obtiene,
bendita su memoria
todos los siglos de los siglos sea,
que su grandeza desde lo alto viene;
y bendido también sea su nombre,
que Dios tocó esa frente con su mano,
y concedió á aquel hombre
el sacro génio, que en el mundo tiene!

Y digno así su aliento soberano
de su sér inmortal, hienda el espacio,
al finar en el mundo
de su vida el proemio;
y á la región de luz y de topacio
vuele su núnen rítmico y profundo
á recibir su merecido premio!

Y digno así su aliento soberano
de su sér inmortal, hienda las nubes
y misteriosos velos
del porvenir y su insondable arcano;
y entre hosannas y angélicos querubes,
su espíritu inmortal suba á los cielos!

Buenos Aires, 11 de Junio de 1878.

# VASCO NUÑEZ DE BALBOA

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRINTEMAR

1—No se turbe vuestro corazón.
Creeis en Dios, creed también en mi.
*Jesucristo.*

Cap. 15—Evangelio de San Juan.

## I

## 1509

A *tres años* habían trascurrido
de la muerte del célebre Almirante
ó del descubridor del nuevo mundo,
cuando trató el avaro rey Fernando
de mandar explorar en *Costa Firme*,
las opulentas tierras de Veragua,
su avaricia excitada en grado sumo
por la pomposa descripción, que de ellas
dejó Colón, quien entusiasta siempre,
imaginó que el *Aura chersonesus*,
de do el rey Salomón extrajo el oro,
para érigir su templo memorable,
en esa tierra espléndida existía.

A la sazón llegó de la Española
Juan de la Cosa, náutico afamado,
que había hecho á las Indias varios viajes,
y conocía ya la *Costa Firme*,
y propuso el monarca la conquista
de las doradas costas de *Veragua*
á nombre de su amigo Alfonso Ojeda, 1
al que ampara y quería como á un hijo,
y era de los primeros capitanes,
ya esclarecido en ambos hemisferios,
por su valor, nobleza y altas dotes,
y también muy querido de Fonseca,
el depravado obispo, que gozaba
la privanza del rey, y á cuyo cargo,
*aún más de diezisiete años* hacía,
que estaban de Indias todos los asuntos,
como un sangriento y memorable premio,
que acordárale el rey, por haber sido
el vil ejecutor de sus intrigas,
y el *verdugo moral* del Almirante. 2

Y empeñóse el obispo por Ojeda,
de Fernando avivando la avaricia,
y haciéndole notar, con fina astucia:

—que el éxito feliz de aquella empresa,
que don Juan de la Cosa secundaba,
y por un hombre eximio era tenido,
no solo como experto navegante,
sino tambien idóneo para el mando,
las arcas del tesoro llenaría:—
y el nuevo plan complúgole al monarca,
y más que todo, la elección de Ojeda;
porque así no encumbraba á esos magnates,
que por su nombre, glorias y ambiciones,
en sus nuevos dominios pretendieran
perturbar algún día su reposo,
y en España ó en Indias, aún más grandes,
sombra arrojasen en su trono excelso,
en derredor del cual, solo anhelaba
ver cortesanos dóciles y mudos,
y adalides sumisos y ardorosos,
que corriesen por él al sacrificio,
como viles vasallos, sin conciencia,
dándole más poder y nuevos reinos,
y no hombres grandes, que su trono honrasen,
cual Córdoba, Colón y algunos otros,
que en su largo reinado descollaron.

Mas antes de arreglarse este convenio,
igual solicitud á la de Ojeda
hizo Diego Nicuesa al soberano;
y si al uno amparábale el obispo,
poniendo en juego su privanza astuta,
del mismo modo al otro protegía
don Enrique de Enríquez, del rey tío,
de quien Nicuesa fué maestre-sala:
y estos dos pretendientes ó rivales
en glorias, triunfos y famosas lides,
eran ambos iguales en nobleza,
en guerrear, vencer y cantar trovas,
en saber manejar todas las armas,
en arrostrar empresas formidables,
en domeñar indómitos corceles,
y en hacerse adorar de altivas damas;
y eran estos famosos adalides,
hasta iguales en músculos de acero,
en espíritu, fuerzas y estatura,
y en la alta protección, que recibía
cada cual de un magnate poderoso;
pero si tantas cualidades juntas
precisas eran encontrar reunidas
en insignes guerreros portentosos,
para que entre otros descollar pudiesen,
donde era el sable la mayor nobleza,
en épocas de guerras incesantes,
ora civiles ó con huestes moras,
no eran por cierto, no, las requeridas
para la reducción de los infieles,
que sumisos miraran, al principio,
al osado español, como á sus dioses;
ni para ir, de Cristo misioneros.
á llevar á esas playas virginales
humanas leyes, sentimientos dulces,
ni allí implantar el dogma sacrosanto
de paz, justicia, caridad y afecto,
que con su sangre impuso Dios al mundo.

Diplomático el rey, cual lo era siempre,
en sus asuntos y otorgar favores,
re solvió proteger al mismo tiempo
á ambos recomendados, sin que el uno
favorecido fuese más que el otro;
y señalóse, para tal conquista,
al nuevo continente, que se extiende
del istmo de Darien, hacia lo largo;
se imaginó una linea divisoria
en el golfo de Uraba; y de este modo,
la una parte del Este á Ojeda dióse,
que se extiende hasta el *Cabo de la Vela*,
y llamaron la *Nueva Andalucía;*
y la otra, con rumbo hacia poniente,
se adjudicó á Nicuesa, y hasta el *Cabo*
de *Gracias á Dios*, donde iba incluído
de Veragua el famoso territorio;
y se acordó, que la isla de *Jamáica*
indivisa y común para ambas partes
quedase, para en ella abastecerse:
y ambos concesionarios se obligaron
en su distrito á alzar *dos fortalezas*,
y *ceder una parte á la corona*
de los productos de las ricas minas,
que en sus nuevos dominios descubriesen;
y de *gobernadores* de esas tierras
les dió el monarca el título pomposo,
porque todo eso nada le costaba,
y podia tal vez valerle mucho,
y así, halagaba *más el amor propio*
de aquellos *vanidosos cortesanos*.

Y hecha la concesión de esta manera,
así complugo á su privado y tío
el receloso rey, que conseguía,
no que un vasallo solo se pusiese
al frente de conquistas tan famosas,
sino que este poder se dividiera
en dos jóvenes nobles y guerreros,
que más ansiaban aumentar sus glorias,
que llegar á adquirir poder ni honores.

Y don Juan de la Cosa fué nombrado
como teniente sucesor de Ojeda,
y de alguacil mayor de la provincia

dióle el monarca el distinguido empleo:
y este ilustre marino,—con *tres naves*
y con *doscientos hombres* animosos;—
y Nicuesa,—más rico y amparado
por el muy noble don Enrique Enríquez,
con otros *seis bajeles*, bien provistos,
para llevar á cabo un largo viaje,
y emprender dignamente sus conquistas,
de las costas de España, y separados,
para *Santo Domingo* alzaron anclas,
y desde allí seguir á sus dominios,
que juzgaban los jóvenes guerreros
tan ricos como el *Aura chersonesus*.

No en minuciosa descripción variada
voy á seguir las muchas aventuras,
desastres, glorias, triunfos y reveses,
que ambos héroes sufrieron y alcanzaron,
al tomar posesión de las provincias,
que designara el rey á cada uno,
y al quererlas poblar, infatigables;
no los descubrimientos de otras tierras,
que haciendo fueron al buscar las suyas,
y que al fin de trabajos infinitos,
que abandonar después tuvieron todos;
ni la trágica muerte, que en los mares
tuvo Nicuesa, ni la obscura y triste,
que después de cruzar á toda Cuba,
hambriento, por desiertos y pantanos,
alló en Santo Domingo el bravo Ojeda:
en breves rasgos trazaré tan solo
alguna parte de ellas, y hasta donde
mi héroe Vasco Nuñez de Balboa
en aquellas comarcas se presenta,
do fué la escena de sus muchas glorias,
y de su eterna gloria fué el martirio!

Ya don Diego Colón,—hijo primero
del célebre almirante don Cristóbal,
casado con María de Toledo,
hija de don Fernando, gran maestre
de León, y sobrina del famoso
Fadrique de Toledo, duque de Alba,
y del rey poderoso el favorito,—
era en Santo Domingo y en la isla
*el buen gobernador*, cuando orgullosas
las dos rivales flotas, y á igual tiempo,
para seguir su viaje allí tocaron;
y do vendió Nicuesa *unos cien indios*,
que apresó en *Santa Cruz*, isla caribe.

Intenso el gozo fué de Alonso Ojeda
á su mentor al ver, Juan de la Cosa,
y á *los tres bergantines* en el puerto,
y al saber la merced, que del monarca
en su nombre la Cosa hubo obtenido;
no así el del poseedor de la Española,
que miró conculcados sus derechos,
con la cesión, que de Jamáica hizo
á Nicuesa y Ojeda, el rey avaro,
y por la cual, aún antes de ocuparla,
trabáronse en disputa los caudillos,
retando el bravo Ojeda á duelo á muerte
al valiente Nicuesa, que más hábil,
solo quiso aceptar el desafío,
después que cada cual depositara
*cinco mil castellanos*, que serían
entregados en premio al que triunfase,
cuya suma constábale á Nicuesa,
que jamás tuvo Ojeda, ni tendría,
burlando así su temerario arrojo,
y así esquivando el imprudente reto,
de quien opuso á la razón, la espada.

Y don Diego Colón, el almirante,
creyendo, y con razón, que el rey, injusto,
*sus legales derechos conculcaba*,
haciendo de Jamáica á otros entrega,
hizo á Juan Esquivel,—que antes fué el jefe
que el estado de Higüey, en la Española,
taló en tiempo de Ovando,—que en Jamáica
con *setenta soldados* se situase,
sin permitir, que Ojeda ni Nicuesa
tomasen de ella posesión ni entrada;
y tal de Ojeda fué la ira, entonces,
que juró:—que si hallábale en Jamáica,
cortaríale al punto la cabeza.—

Como Ojeda y la Cosa comprendieron,
que eran sus elementos harto escasos,
para el plan de conquistas, que intentaban,
y cuantos más recursos obtuviesen,
más rápidas serían y eficaces,
buscaron, pues, un socio, y lo encontraron:
logró en Santo Domingo hacer dinero
un travieso letrado, en pleitos ducho,
llamado el bachiller Martín Fernández
de Enciso, quien amigo de aventuras,
y de hacer gran caudal en pocos años,
en la empresa de Ojeda tomó parte;
y obligóse á comprar de cuenta propia
*un buque*, que con *víveres* y *gente*
llevaría al paraje, en que su socio
el presunto gobierno estableciera.

Y de Santo Domingo, así obligado
la empresa á secundar Martín Fernández,
Ojeda y de la Cosa al mar se hicieron,

*en Noviembre de mil quinientos nueve,*
con *cuatro naves* y *trescientos hombres*,
*doce yeguas de vientre,* y lo preciso
para emprender ufanos sus conquistas:
y *Francisco Pizarro*,—que muy luego
fué del Perú el conquistador famoso,—
en busca de fortuna siguió á Ojeda;
é impulsado también por igual causa,
*Hernán Cortés* hubiérale seguido,
á no encontrarse *enfermo de una pierna,*
cuando salió del puerto aquella flota.

## II

## 1510

Entre augurios felices y cantares,
y ledas esperanzas de ventura,
—como aquel que tras largo cautiverio,
sufrido por la envidia, injustamente,
mira abierto el cerrojo de su cárcel....
contempla exhuberante á la natura,
y encuentra una mujer, apasionada,
inteligente, bella y pudorosa,
que comprendiendo su alma y sus dolores,
bríndale un porvenir lleno de encantos,—
así animada, alegre y complacida,
llegó la expedición á Cartagena,
puerto que antes la Cosa, con Bastidas,
en otro viaje habían descubierto;
y al fondear allí, dijo la Cosa
al temerario Ojeda:—que esos indios
*eran bravos, feroces*, y que usaban
enherboladas flechas, matadoras;
y también, que arrogantes las mujeres,
lo mismo que los hombres, se batían,
juzgando, pues, *prudente* el separarse
de esas playas y á Uraba dirigirse,
donde no eran sus armas ponzoñosas.

Mas el sabio consejo del piloto,
tan solo consiguió irritar de Ojeda
*la audacia, arrojo y temerario orgullo*;
pues toda empresa, cuanto más difícil,
más sublimes encantos le ofrecía;
y sin seguir tan importante aviso,
con *setenta soldados* bajó á tierra,
do siguióle también Juan de la Cosa,
firme y dispuesto siempre á defenderle,
aún reprobando el acto temerario;
y leer hizo á los fráiles, que llevaba
para la conversión de los infieles,
el raro formulario, redactado
por juristas y teólogos de España,
y que en las nuevas tierras de Occidente
debían pregonar los invasores,
al tomar posesión, de grado ó fuerza,
en cualquier territorio, do bajasen;
pero blandió sus flechas esa tribu,
al ver tal ceremonia y arrogancia,
y aprestóse, colérica, al combate.
Y Ojeda, como siempre, encomendóse
á la reliquia, que llevaba al pecho,
y sacando su espada, enfurecido,
y en pos de él sus soldados y la Cosa,
que amábale cual padre, arremetieron
á la salvaje hueste, cuyas casas,
redujeron de súbito á pavesas,
logrando cautivar *setenta infieles*,
que fueron á las naves remitidos,
por defender tan solo sus hogares.

Ya dispersos los indios por el bosque,
y al ocultarse el sol en las montañas,
lanzáronse en tropel los españoles
al pueblito inmediato de *Yurbaco;*
y ansiosos de oro y de encontrar riquezas,
todos en varios grupos, *por la noche*,
sin recelo se fueron separando,
á pesar *que otra vez* volvió la Cosa
—á exponer los peligros, que corrían,
si esos astutos indios, ofendidos,
volviéndose á reunir á media noche,
así en extraños campos los hallaban,
dispersos y entregados al pillaje.—
Mas también desoyóse este consejo
de aquel único mentor, que tenían;
y en tanto, los salvajes, ya reunidos
con otros, que en los bosques se encontraban,
lanzando gritos,—como altivos seres,
que miran invadidos sus hogares,
no por gente, que implora, hospitalaria,
un albergue, en el medio del desierto,
sino por invasores sanguinarios,

que á incendiar sus cabañas descendían,—
como turbión, que el huracán impele,
cayeron en los grupos de españoles,
que hallábanse cansados y dispersos,
y á pesar de luchar heróicamente,
fueron muriendo todos, estrechados
por el número inmenso de enemigos,
que brotar parecían de la tierra,
cual los leves insectos de pantanos,
en agrupadas nubes se levantan,
y forman un monótono susurro,
como un lejano y fijo martilleo.

Y do quier defendiendo á sus amigos,
allí lidiando sucumbió la Cosa,
de hondas heridas mil su cuerpo lleno,
y también los que estaban á su lado;
y fué *el último grupo*, que sostuvo,
tras una empalizada y débil choza,
aquel nocturno y desigual combate,
do cada hombre contra cien luchaba;
y un soldado salvóse solamente
de los *setenta* que pisaron tierra;
y al que pidió la Cosa, moribundo:
—que á Alfonso Ojeda, su mejor amigo,
aquel su triste fin le refiriera,
y sus buenos consejos no olvidara,
si por suerte encontrábale con vida,
y sus conquistas proseguir pudiese.

Y si estos orgullosos invasores
prefirieron robar *setenta indios*,
y á bordo remitirlos, como á esclavos,
en lugar de con dádivas captarse
el afecto de tribus inocentes,
que en esas tierras conquistar querían,
de igual modo esas tribus apacibles,
en defensa campal de sus derechos,
ya empuñando sus mazas y sus flechas,
dieron la muerte, en desigual combate,
á esos *setenta* osados españoles,
que usando del derecho del más fuerte,
al embarcar á míseros cautivos,
esa justa venganza merecieron.

Allí, como un león, Alonso Ojeda,
ágil, diestro, membrudo y sin descanso,
defendiendo á los suyos, y do quiera
matando á los salvajes, que á su vista,
solo en montón osaban el buscarle,
y asombrados volvíanle la espalda,
ó en número mayor le arremetían,
al sentir la vergüenza de encontrarse
ante aquel hombre detenidos todos,
como si de la vida de aquel hombre
dependiese su triunfo ó su derrota...
y allí, como un león, Alonso Ojeda,
y ya cercado de millares de indios,
echóse al fin al suelo de rodillas,
trás una cerca de seguidos palos,
y escudando su cuerpo en la rodela,
quedó solo en el campo de batalla,
incansable luchando y reluchando,
como impulsada máquina de muerte,
movida por eléctricos aceros,
que va pulverizando por instantes,
cuanto quiere ponerse á su contacto.

El lúgubre pavor de aquel desastre...
los gritos y ayes y la triste nueva,
que á las naves llevara aquel soldado,
que oyó el último acento de la Cosa,
en las naves de súbito cundieron
con angustia mortal, como el tañido
de fúnebre campana, que impulsada
por un templor de tierra, vibra sola,
entre el silencio sepulcral de un pueblo;
y apenas los que estaban en los buques,
osaban, bien armados y en las lanchas,
poco á poco acercarse á la ribera,
esperando que alguno de los suyos,
se apareciese al fin, como un espectro;
mas pasaban los días y los días,
y no mirando aparecer ninguno
de aquellos sus llorados compañeros,
iban ya, sin su jefe valeroso,
—cuya muerte sentían en el alma,
como hijos, que lloran á su padre,
extraviados en noche tenebrosa,—
á alejarse por siempre de esas playas,
y á la Española dirijir su proa,
cuando á la margen de un tupido bosque
de erguidos *mangles* de abundosa fruta,
y entre espeso ramaje, vislumbraron
una sombra vestida á la europea;
todos á ella corrieron; y encontróse
á Ojeda, inmóvil, yerto y moribundo,
con la espada en la mano y la rodela,
que acribillada por do quier, tenía
*como trescientos golpes* de flechazos:
de allí á Ojeda sacaron, sin sentido,
y en un lecho de palos, fué llevado
á una lumbre, que hicieron en la playa,
para dar vida á su insensible cuerpo,
yerto por la humedad de los pantanos
y por el hambre y sed y las fatigas;
más vuelto en sí y por todos atendido,
y llevado á su nave, poco á poco

fué recobrando sus perdidas fuerzas;
y todos al mirarle bueno y sano,
después de haber dudado que á la vida
volver pudiera su valiente jefe,
como *á un milagro* del favor divino
su pronta salvación atribuyeron;
y él, como *á otra gracia* de esa imágen,
que escondida en su pecho llevó siempre,
imaginó el haber salido ileso
de *trescientos flechazos venenosos*,
que en su abollado escudo se encontraron;
y después que se halló convaleciente,
refirió á sus amigos los horrores
de la *noche fatal de la sorpresa*,
en que todos murieron batallando:
—la lucha, que sus grupos sostuvieron,
y los esfuerzos inauditos que hizo,
cuando él, ya solo, se encontró luchando,
al ver morir á su valiente tropa
y caer á sus piés, uno por uno,
á sus más decididos defensores:
y que al romper el día ganó al bosque,
se internó en su espesura, y allí oculto,
logró irse arrastrando á la ribera,
en donde al fin, rendido y sin aliento,
perdió el sentido, hasta que fué encontrado. 3

Mas al saber Ojeda el fin terrible
de su amigo infeliz Juan de la Cosa,
con profundo dolor y amargamente,
vertiendo llanto, como pobre niño,
que del materno seno idolatrado,
extrañas manos, sin piedad lo arrancan,
de su insana imprudencia lamentóse,
y haber perdido á su *segundo padre*,
por no haber escuchado los consejos,
que *la edad*, *la experiencia* y *el estudio*,
como avisos de Dios dan á los hombres;
y la inesperta juventud, fogosa,
ó los desoye, olvida ó los desprecia,
para luego llorar sus extravíos,
si acaso haberlos cometido siente;
empero, quien después siente sus faltas,
y prudente, en su vida, las corrige,
ese oye ya los útiles consejos,
que *la edad*, *la esperiencia* y *el estudio*,
como avisos de Dios dan á los hombres!

# III

## 1510

Las amables maneras cortesanas
del caballero Diego de Nicuesa,
y el rumor del mucho oro que existía
en la rica provincia de *Veragua*,
hiciéronle contar para su viaje
con *setecientos hombres*, escogidos,
y preciso adquirir fuéle otro buque,
para embarcar ese otro contingente,
que también iba en busca de fortuna.

Y como era Nicuesa cortesano,
más que administrador y comerciante,
gastó, con mano franca su dinero,
y faltóle después el necesario,
para acabar de preparar sus naves,
y poder embarcar á sus adictos;
y cuando á un acreedor, á duras penas,
conseguía pagar, ya otro nuevo
la puerta golpéabale exigente,
y en contínuos apuros le ponían;
y así disminuyendo fué el dinero,
y en aumento sus muchos acreedores,
cada vez más severos y frecuentes,
en el dintel de su acosada casa;
y también impolítico y sin tino,
de segundo nombró á Lope de Olano,
lo que le atrajo más dificultades,
pues del gobernador de la Española
disgustados quedaron los amigos;
porque Lope de Olano fué uno de esos
viles caudillos, que á Roldán unidos,
contra el primer *Colón* se rebelaron;
pero al fin pudo conseguir Nicuesa,
dando gracias á Dios y alborozado,
el embarcar sus *setecientos hombres*,
y poner sus bajeles en franquía;
é iba ya á posar el pie en su bote,
dando á aquella ciudad su adios postrero,
cuando arrestado fué por un agente,
y sin más, conducido ante el alcalde,
quien haciendo lugar á una demanda,
interpuesta por cobro de dinero,

intimóle pagar, en aquel acto,
los *quinientos ducados*, que adeudaba,
so pena de encerrarle en una cárcel.

Quedó aterrado el noble caballero,
y corrido ante todos de vergüenza,
al ver una prisión en perspectiva,
en vez de las conquistas y las glorias,
que los ignotos mares le ofrecían,
cuando alzaban ya el ancla sus bajeles;
y el noble caballero, confundido,
en vano expuso:—que érale imposible
pagar en aquel acto los ducados,
que deber declaraba, y pagaría
de los primeros fondos, que obtuviera;
que impedirle su viaje, cuando prontas
estaban ya para partir sus naves,
no tan solo causánbale perjuicios,
de los que, y contra quien lugar hubiera,
en la debida forma protestaba,
sino también que tan atroz conducta,
indignaría al rey en menoscabo
de muchos nacionales intereses,
que él á nombre del rey representaba;
porque iba él á conquistar y á darle
grandes provincias y riquezas muchas;
que á todos, con usura pagaría,
si le acordaban los precisos plazos,
para ir y volver cargado de oro,
á esa de promisión tierra bendita.—

Mas como el pago hallábase sujeto
al oro, que Nicuesa descubriese,
empresa, aunque posible, no segura,
persistía en su cobro el demandante,
sin darle á su deudor plazo ninguno;
y el inflexible alcalde decretaba,
sin oir los lamentos ni razones,
que afligido Nicuesa repetía:
—que á Nicuesa en la cárcel se encerrase,
hasta que aquella obligación cumpliese;—
cuando entró un escribano compasivo,
á evacuar un asunto en la alcaldía,
y viendo al cortesano en tal aprieto,
por sus cuitas á lástima movido,
pidió pagar por él, en ese instante:
corrió á su casa y trajo los ducados,
que entregó al acreedor ante el alcalde,
poniéndose recibo en toda forma,
y dióse por finada la demanda.

Y sorprendido el triste caballero
de la noble conducta generosa
de ese hombre, para él desconocido,
que de tan baja afrenta y tal apuro
librábale, al partir á sus conquistas,
en sus brazos echóse, sollozando,
jurándole amistad tierna y profunda,
y prometiendo *darle una provincia*
de las muchas, que á él correspondiesen,
en los inmensos reinos, que pensaba
pronto agregar al cetro de Fernando;
y libre al fin Nicuesa, y embebido
en tan bellos ensueños de ventura,
volvió á las playas del tranquilo Ozama,
y á ignotos mares dirigió su flota,
en busca de su reino, entre esos mares.

Aún pálido y sin fuerzas todavía,
triste se hallaba Ojeda, meditando,
en el puerto fatal de *Cartajena*,
—qué partido ó qué rumbo seguiría,
después de esa desgracia tan reciente,—
cuando miró de su rival las naves;
y una venganza, sin razón temiendo,
del que antes, sin razón hubo ofendido,
dispuso le llevasen á la playa,
y á Nicuesa dijeran:—que temían
que algo grave hubiérale ocurrido,
pues no tenían de él noticia alguna,
desde el día que plúgole ir á tierra,
suponiendo, que á manos de salvajes
con otros más, hubiese fenecido —

Así lo hicieron, refiriendo luego,
la inesperada muerte de la Cosa
y sus otros setenta compañeros;
y á Nicuesa pidieron:—que olvidase
las ofensas pasadas, que le hiciera,
quien jamas conservó rencor alguno
para aquellos, que fueron sus amigos,
como fué siempre Ojeda de Nicueza;—
y el buen Nicuesa, comprendiendo todo,
y ofendido que de él se imaginase,
que pudiera ejercer torpe venganza,
después de la desgracia en que encontróles,
al instante exclamó:—«Corred en busca
de vuestro comandante, que es mi amigo,
porque es preciso y justo, que le ayude
á que á su buen piloto hora venguemos.»

Y al encuentro corrió de Alonso Ojeda,
y así dijo tendiéndole los brazos:
«No es, Ojeda, de hidalgos caballeros,
ni nobles españoles, cual nosotros,
sino de almas ruínes y perversas,
leves disgustos de etiquetas vanas,
que ya pasaron, recordar ahora,

sino el unirnos, como amigos francos;
pues al uno y al otro nos conviene,
en iguales trabajos y aventuras,
unirnos, como nobles españoles,
para ser fuertes é imperar do quiera;
y que siempre triunfantes nuestras armas
en este nuevo mundo esplendoroso,
que á nuestra amada patria conquistamos,
venzan también, como en el viejo mundo
ponen su ley las huestes españolas,
do quier dirijen sus gigantes pasos....
do quier flamea su cruzada enseña.
Disponed ya de mí, como si fuese
vuestro soldado y cariñoso hermano;
y si os place, mandad que esa mi gente,
unida con la vuestra, presto baje
á esa playa sangrienta, y en sus tribus
vengue iracunda la villana muerte
de la Cosa y sus otros compañeros.»

Y ambos jefes mandaron en seguida,
que *cuatrocientos hombres* y *caballos*
siguiéranles á tierra; y por la noche
todos cayeron en las pobres chozas,
que do quier incendiaban á porfía;
y los pobres salvajes, en su espanto,
ó morían en medio de las llamas,
ó al penetrante filo del acero,
sn que la edad ni sexo allí encontrasen
distinción ni piedad, en unos hombres,
que ciegos de venganza, exterminaban
á esos indios, que ilustrar debían
á la luz fraternal del cristianismo,
y no de mónstruos darles el ejemplo:
y después que saciaron su venganza,
cansados de cruel carnicería,
y apurar sus sensuales apetitos,
de un prolijo saqueo se ocuparon,
que rico debió ser, porque la parte
que Nicuesa y su gente percibieron,
*en castellanos siete mil* tasóse.

¡Mas de esos españoles temerarios,
cuál no fué la sorpresa, al encontrarse
con el informe cuerpo de la Cosa,
hinchado y destrozado en varias partes,
por las hambrientas aves de rapiña,
y asido al pié de un árbol, y á sus plantas
también otros cadáveres, manchados
por el sutil veneno de las flechas;
y destrozados más allá otros miembros,
en diversos montones esparcidos,
indicando que allí fué la batalla
de la noche, en que todos perecieron!

Y este aterrante cuadro, que aún rojizas
las humeantes llamas del incendio,
con tétrico pavor iluminaban,
tan mortal impresión les hizo á todos
los que acababan de incendiar, robando
esas míseras chozas de hojas secas,
y ofendiendo el pudor de tiernas niñas.
que *en ese mismo día* se embarcaron,
ante que oscura noche los hallase
en esas ruinas de recuerdos tristes....
en esos antes virginales campos,
y hora manchados de vergüenza y sangre,
y actos infames de brutal torpeza,
por la impericia y novelesco arrojo....
por la carencia de piedad cristiana
de esos conquistadores paladines,
para aquella misión no preparados....
misión de paz, de luz y de evangelio,
y no de aceros esgrimir do quiera,
como en lides con moros, en España.

Y después de esta acción, ambos caudillos,
y de volver á prometerse fieles
una estrecha amistad, hacia Veragua
Diego Nicuesa dirigió sus naves,
al par que Ojeda, de Darien en busca,
con las suyas también dejó esas playas,
do de su mentor los mortales restos
insepultos yacían, y esta muerte
arrancó al rico sólio de Castilla
uno de los mejores navegantes,
que acompañó á Colón en sus empresas,
y hubiéralas seguido dignamente.

# IV

## 1510

Con la intención de recorrer las costas,
y poder elegir el mejor punto,
en *su más chica nave* entró Nicuesa,
y ordenó:—que *otras dos*, que comandaba
Lope de Olano, cerca le siguiesen,
mientras *las otras cuatro*, de más porte,
en mar adentro fueran navegando;—
y así llegó á las costas de Veragua;
mas un furioso temporal le hizo
el salir á la mar en noche oscura,
pues no halló anclaje ni seguro puerto
donde pasarlo, en las extrañas playas;
y no se vieron en el nuevo día
los dos bajeles que mandaba Olano,
ni en alta mar las velas de los otros;
y todos supusieron que en las rocas
hubieran naufragado por la noche,
ó en alta mar hubiéranse ido á pique.

Y después de pasada la tormenta,
pudo á tierra Nicuesa aproximarse,
y entrar en un gran río, caudaloso,
do echó el ancla, creyéndose salvado;
mas súbito las aguas, agitadas,
que aumentaron las rápidas corrientes,
de un costado arrastraron á la nave,
llevándola á estrellarse en los peñascos,
y haciéndose la muerte inevitable:
en tal apuro, un diestro marinero,
con cable en mano se arrojó á las aguas;
pero arrastrado fué por la corriente,
y perdióse de vista, entre las ondas,
mas sin por tal desgracia intimidarse,
otro marino audaz siguió su ejemplo,
y á un árbol corpulento de la orilla
consiguió, más feliz, atar el cable;
y todos, deslizándose uno á uno,
lograron por el cable el ir bajando;
y la encallada nave, entre las rocas,
en cien pedazos hízose en seguida,
no pudiendo salvarse cosa alguna,
sino *un bote*, que vínose á la playa.

De tan trágico modo así salvóse
Nicuesa, con el resto de su gente,
y halláronse sin armas ni alimentos,
casi desnudos todos y perdidos,
en la salvaje y solitaria costa,
que de auspicios fatales precedida,
hora ya como náufragos pisaban,
y no como señores y amos de ella,
muy poco antes pisarla presumieron:
y hacia la mar con ansiedad perenne,
sus ávidas miradas dirigían,
pensando por momentos ver las naves,
ya solo objeto de su ardiente anhelo;
mas vano fué esperar por largos días,
y en insomnio pasar noches mortales....
ni india canoa, ni distante vela
vieron llegar siquiera al horizonte;
y aún más creyóse entonces, que la escuadra
hubiese por la noche naufragado,
ó el falso Olano, alzándose con ella,
como jefe la empresa prosiguiese,
presumiendo á su jefe ya perdido,
en alta mar ó en las bravías costas;
pues que así procediese, no era extraño,
quien también á *Colón*, en la Española,
traicionó con Roldán, villanamente,
según todos á gritos lo decían,
al verse en esa costa abandonados;
y tal temor Nicuesa, más que nadie,
con angustia abrigaba y presentía,
su proceder ligero lamentando;
mas procuró disimular su pena,
y ánimo dar á su abatida gente.

Después de discutirse lo que harían,
en vista del estado lastimoso
á que se hallaban todos reducidos,
ir á pie por la costa se dispuso,
hacia Occidente, en busca de Veragua,
donde llegar debían los bajeles,
que del naufragio hubiéranse salvado;
y que *el bote, con cuatro marineros*,
andando fuese siempre por la costa,
para ayudarlos á pasar los ríos,
que en su camino fuesen encontrando,
ó poder dirigirse hacia la escuadra,
si por fortuna aparecer la vieran.

Así estos pobres, tristes españoles,

de gran aliento y varonil denuedo,
casi desnudos, rotos y descalzos,
sin tener que comer, faltos de fuerzas,
ni para su defensa algunas armas,
pusiéronse en camino, ora trepando
ásperas cumbres de punzantes rocas,
circuidas de horrendos precipicios,
sin albergue encontrar ni huella alguna;
ora siguiendo por espesos bosques,
de espinos y zarzales circundados,
do jamás penetrara el claro día;
ó pantanos, marismas y torrentes
teniendo que cruzar, ya sin aliento,
y do algunos quedaban moribundos,
que tan solo comían en su viaje
las yerbas ó raíces, que encontraban,
ó algunas aves, con afán cazadas,
sin osar internarse tierra adentro;
pues todos encontrándose sin armas,
para hacer frente en la defensa propia,
temían de los indios el ataque,
aunque no hallaron indios, hasta entonces;
y después de una noche, que durmieron
al pie de un cerro, al asomar el alba,
una certera y escondida flecha
en el blanco sombrero fué á embutirse
de un paje muy querido de Nicuesa;
en cuyos brazos espiró al instante,
en medio del asombro y la amargura
de sus flacos y hambrientos compatriotas;
y todos consternados, presumieron
el ser allí de los salvajes presa;
pero aquellos salvajes no intentaron
el perseguirles ni á cebarse en ellos,
desde que esa señal de desafío,
ó franco reto á dar una batalla,
esquivaron los náufragos, con pena.

Y después de caminar, errantes,
por sierras, costas, valles y pantanos,
y de sufrir trabajos y fatigas,
para salvar su mísera existencia,
vieron una bahía, cuya punta
en la sombría sierra se internaba,
y subiendo en el bote, la cruzaron,
y por la noche halláronse reunidos,
mas *al siguiente día* había *el bote*
y *los cuatro remeros*, que tenía,
desparecido de la vista de ellos:
los desolados náufragos, entonces,
subiéronse á las rocas, esperando
volver á ver á esa última esperanza,
cifrada en frágil leño de ventura;
mas desde la alta cima, solo vieron
que hallábanse circuidos de pantanos,
y solitarios y extendidos mares,
y en una márgen de desierta isla,
do quizá no existiera sér humano;
y entonces, ya sin esperanza alguna,
esos bravos y audaces españoles,
en lastimosos gritos prorumpieron,
que en la desierta isla resonaron,
como el solenme toque de agonía;
y no era el miedo de morir, cobarde,
quien hízoles lanzar tales lamentos.....
otro era el móvil, y en verdad más digno,
que es triste y tormentoso para el genio,
que impulsado se siente á grandes actos
no el morir dignamente en la demanda,
sino ignorado y en extraña tierra,
y antes de haber podido realizarlos,
y que su nombre y gloria al suelo honrasen,
do vió la luz primera en fausto día:
así, pues, ya, sin esperanza alguna,
en dolientes gemidos prorumpieron,
como aquel, que después de la batalla,
y haber salvado al estandarte patrio,
vése en torno circuído de enemigos,
que le ultiman, y rasgan en pedazos
ese patrio pendón, con que se cubre,
y es sudario, que quítanle del cuerpo;
y vanas fueron ya las nobles voces,
el valor, el aliento y la esperanza,
que Nicuesa infundir á todos quiso;
que á su dolor frenético entregados,
unos sus brazos elevando al cielo,
ayes daban y lúgubres gemidos;
y otros en infernal silencio horrible,
macilentos tirábanse el cabello,
ó caer, ya sin fuerzas se dejaban,
en los pantanos ó en la ardiente arena,
cual caen del arbol las heridas aves,
que va siguiendo el cazador certero,
pero el hambre y la sed instigadoras
volvióles á mover.... alzar los hizo,
y que, cual flacas sombras, en la playa,
mariscos y aves ávidos buscasen,
lanzándose á apagar su sed ardiente
de las marismas en los sucios charcos;
y así lograron prolongar su vida
y poder construir, sin herramientas,
*una gran balsa* de tupidas ramas,
para otra vez pasar á tierra firme;
y al fin á ella subieron; y otros cuantos,
por carecer de remos, la arrastraron,
separándola á nado de la orilla;

mas las corrientes zozobrar la hicieron,
aunque lograron, con peligro sumo,
á la orilla volver, todos á nado.

Mortales días y angustiosas noches...
sufrimientos sin fin... lenta agonía...
segura y breve muerte para todos,
eran la sola perspectiva horrible,
que esos náufragos tristes contemplaban,
ora al salir el sol, bello y radiante,
ó ya al ponerse, entre celajes de oro;
ora en la noche, con sus mústias sombras,
ó al platearla, con su luz la luna;
mas súbitos cayeron de rodillas,
cual si su bien supremo contemplaran,
al ver en lontananza blanca vela,
que iba por momentos acreciendo,
y notar, que era un buque de la escuadra,
que hacia ellos alíjero venía;
y á la playa bajaron en un bote
los *mismos cuatro marineros*, que antes
desertores creyeron, cuando solo
fuera su objeto el generoso móvil
de buscar de la escuadra alguna nave,
para luego volver á socorrerlos,
no habiendo pedido antes á su jefe
la vénia para este acto, temerosos
de que fuera negada, ó que dudase
del éxito del plan, ó que creyera,
que ellos trataban de salvarse solos;
y á Nicuesa y su gente refirieron:
—que después de fatigas infinitas,
*dos bajeles* hallaron en las aguas
del *Río de Belen*, donde la flota
sufrido había bajas y desastres,
cual las que allí Colón también sufriera,
en su *viaje postrer* al nuevo mundo.—

Abrazaron los náufragos, llorando,
á sus recien llegados compañeros,
y por ellos supieron:—que en la noche,
que la tormenta dividió á la flota,
Olano guarecióse á sotavento;
y que no viendo al buque de Nicuesa,
ni tratando en la costa de buscarlo,
con sus dos naves, al siguiente día,
hasta el *Río de Chagras* dirigióse,
donde encontró los restos de la escuadra,
que concluía de arrojar á tierra
su ya todo averiado cargamento;
y que á esa tripulación expuso Olano,
fingiendo amargo duelo:—que Nicuesa
había en la borrasca perecido:
y así el mando asumiendo, encaminóse
al *Rio de Belen*, donde los buques,
excepto los dos suyos, concluyeron
por hacerse pedazos, aunque en breve
hicieron con los restos una nave,
y en la extendida playa levantaron
cabañas y casuchos de madera,
do guarecerse, entre miserias tantas,
así esperando, en vano, algún socorro,
mas del acaso, que de esfuerzo alguno;
y que otra recia tempestad sufrieron,
y las arenas y aguas arrastraron
á los nuevos casuchos y su gente,
y muchos perecieron, y los otros
de hambre y enfermedades se morían;
y con vida escapar Olano pudo
de aquella inundación asoladora,
por ser un hábil nadador, famoso,
y hombre sereno en el mayor peligro:
y por volverse presto á la Española,
como único remedio á tantos males,
allí todos clamaban noche y día,
cuando vieron llegar á la ribera
el bote, con los cuatro marinos,
quienes noticias dieron de su gente,
y los trabajos, que sufriendo estaba,
también en otra tierra y sin recursos,
por Nicuesa alentados, y creyendo
que al fin vería á alguna de sus naves:
que estas nuevas pusieron fin al mando,
que usurpado hubo Olano, quien fingiendo
sumo interés tomarse por Nicuesa,
al punto el buque despachó, mandado
por los cuatro arrojados marineros,
á quienes esa unión todos debían;
y recogiendo fueron por la costa
peces, dátiles y otros alimentos;—
que de Nicuesa la estenuada gente,
como manjar divino devoraron.

Iracundo Nicuesa oyó estos hechos
del vil Olano, que traidor le fuera,
cual lo fué al Almirante, en la Española,
y vengarse juró por propia mano,
sacando altivo su terrible espada,
aunque su débil brazo apenas pudo
ya sostenerla, como en otro tiempo,
que espanto daba en las ferales lides;
y después de aprontarse para el viaje,
embarcáronse todos, presurosos,
para el Río Belen, creyendo alegres,
y ya olvidando sus pasadas penas,
que compasivo el cielo á sus lamentos,
iba ya á depararles gratas horas,
y un porvenir risueño de delicias,
unidos con sus buenos compatriotas,
por cierto dignos de mejor fortuna!

MUSEO NAVAL DE MADRID Biblioteca Julio Guillén

# V

## 1510

Cuando en *Belen* supieron que existía
en una isla náufrago Nicuesa,
y expuesto á haber en el ella perecido,
con todos sus marinos y soldados,
por no haber ido á recorrer las costas,
como era su deber, antes que el bote
allí tales noticias les llevase,
intranquilo temió Lope de Olano
de su infame traición las consecuencias,
y el justo enojo de su noble jefe,
cual teme el desleal siempre el momento,
que la verdad descubra sus intrigas;
y pidió á sus amigos y oficiales,
que cuando allí Nicuesa se bajara,
por él intercedieran, exponiendo:
—que no habían mandado sus bajeles
á recorrer las costas y á buscarle,
en cuanto ellos pisaron esa tierra,
porque unos habíanse ido á pique,
y averiados los otros se encontraban;
y también, porque todos supusieron,
que en la noche fatal de la tormenta,
su chica nave hubiese naufragado;
mas que á pesar de suponer tal cosa,
alentados aún con la esperanza
de los suyos ó á él hallar con vida,
un buque se encontraban preparando,
para que al mar saliese, y por do quiera
adquiriese noticias por las costas,
cuando al *Río Belen* entraba el bote,
con la nueva feliz, que él y los suyos
en una costa próxima se hallaban;
que al punto Olano hizo partir el buque,
y con júbilo todos, desde entonces,
de Belen en la playa le esperaron,
para que desde allí, con más ventura,
que hasta entonces tuvieron sus conquistas,
su digna empresa proseguir pudiese,
unido á sus leales españoles.—

Estas y otras escusas y disculpas,
temerosos le dieron á Nicuesa,
cuando la márgen de *Belen* pisaba,
de Olano los amigos y oficiales,
solícitos saliendo á recibirle;
pero más indignado el noble jefe,
al ver que sus soldados y marinos
por Olano pidiesen y abogasen,
ardiendo en justa ira les repuso:
«¡Vive Dios, que me asombra y exaspera,
que para ese traidor oseis pedirme
un cobarde perdón, cuando estoy viendo,
que comenzar debísteis por pedirlo
también para vosotros, que culpables,
tolerando su crímen, impasibles,
cómplices os hicísteis de su infamia,
sin antes inquirir, de un modo cierto,
si había ó no mi nave naufragado!
Después que hubiéseis presuroso un buque
hecho partir por todas estas costas,
lo cual no se hizo hasta llegar mi bote....
y después que ese buque regresase,
trayéndoos ciertas nuevas de mi muerte,
entonces solo, sin deshonra alguna,
ni á vuestro rey faltar, que represento,
en estos anchos mares y conquistas....
entonces solo, y muerto yo en los mares,
ó en alguna guerrilla, con los indios,
á ese traidor pudísteis someteros;
mas á vosotros mi perdón otorgo,
por las muchas desgracias que sufrísteis....
porque sé, que vosotros, como á jefe,
me preferís á mí, do quier vayamos,
y quiero ser clemente con vosotros.
Olano solo sufra mi castigo....
prendedle, pues, al punto, y las cadenas
que en sus pies remacheis, de ejemplo os sirvan,
para que todos, sin escusas vanas,
sepais ser, vive Dios, en adelante,
más fieles á la ley y á vuestro jefe!»

Y púsose en prisión al falso Olano,
quien temiendo el despecho de Nicuesa,
hubo ante él esquivado presentarse.

No por amor á Olano, ni seguirle
en su conducta criminal y torpe,
sino por evitar futuros males,
todos volvieron á decir al jefe:
—que en la precaria situación, que estaban,
creían impolítico aquel acto,
cuya severidad, aunque precisa,

iba aumentando los horrendos males,
con aquel espectáculo, que algunos,
sin comprender el móvil que le guiara,
quizá á cruel venganza atribuyesen,
ó á viles celos, que su noble pecho
jamás pudo abrigar ni abrigaría,
ni menos por un hombre como Olano.—

Estas razones encontraron eco
en la honrada conciencia de Nicuesa;
y aunque era impetuoso de carácter,
era también magnánimo, y oia,
después que su ira rápida pasaba,
de la amistad los próvidos consejos.
Así, pues, ordenó:—que se pusiese
á Olano en libertad; pero que á España,
en la primera nave, que saliera,
para ser encausado se enviaría.—
¡Vanos proyectos de indomables bríos,
y de esa nunca desmentida fama
de aquellos temerarios españoles,
á pesar de la sed, el hambre y muerte,
que sus diarios horrores acrecían!
¡Vanos proyectos y esperanzas locas
de aquel grupo indomable de valientes,
que hora apenas contaba ya *trescientos*,
mústios hombres, escuálidos, rotosos,
sin víveres, hogar ni amparo alguno,
de aquellos *setecientos* paladines,
que de Santo Domingo se embarcaron,
presumiendo adquirir grandes riquezas,
en cuanto el suelo índico pisasen!

De los *trescientos hombres*, que quedaban,
hizo excluir Nicuesa á los enfermos,
y el resto dividió en varias partidas,
para que fuesen por las pobres chozas,
y próximas aldeas comarcanas
á buscar el sustento para todos;
pero harto peligrosa era esa empresa
para escuálidas tropas, abatidas,
casi desnudas y de todo faltas,
y hasta de los pertrechos y recursos,
que en los abiertos campos se precisan
para hacer frente á las guerrillas diarias,
que esos astutos indios ribereños,
en aldeas y bosques sostenían;
y hasta el enfermo hogar de los cristianos
después llegaron, al perder el miedo,
y hallarse cada vez más numerosos,
cuanto iban siendo menos sus contrarios.

Y en tales excursiones peligrosas
iban muriendo muchos españoles;
unos por las heridas de las flechas,
los otros de fatigas y extenuados,
aunque firmes luchasen con los indios,
en su presente situación horrible,
y los adversos hados de su suerte;
y si inmensos afanes les costaba
apropiarse el sustento del salvaje,
y talar sus aldeas y sus mieses,
más trabajo les era el conducirlo
hasta su propio campamento, en hombros,
teniendo que cruzar ásperas rocas,
impenetrables y sombríos bosques,
é insalubles pantanos y desiertos,
sin caminos ni sendas conocidas,
donde esas excursiones peligrosas,
y un penoso trabajo insoportable,
en un abrasador y extraño clima,
diezmaban á esos hombres vigorosos,
que aún iban reluchando con la muerte,
cuando cien veces, otros en su caso,
hubiesen todos antes fenecido,
en aquella grandiosa y primitiva
naturaleza edénica y salvaje:
y fué llegando el hambre á tal extremo
que *unos treinta soldados* de partida,
en horrible banquete devoraron
de un salvaje el ya pútrido cadáver,
que murió en las guerrillas anteriores,
é insepulto encontraron en un monte;
mas ¡ay! ese sacrílego banquete,
que en placer convirtiera el hambre impío,
costó el sér á los *treinta* comensales,
sin poderse salvar *ninguno* de ellos
de una muy pronta y espantosa muerte! 4

Cansado de luchar con su destino
en esa adversa tierra de dolores,
revolvió al fin Nicuesa abandonarla,
no siéndole posible, por más tiempo,
allí esperar del cielo ó de los hombres,
algún providencial, pronto socorro,
ni ya rehacerse de manera alguna,
y nombró al oficial Alonso Nuñez
de su alcalde mayor, y la orden dióle:
—que allí, con otros cuantos se quedase,
hasta alzar el maiz y sementeras,
y que luego por ellos mandaría
de do hubiese su fuerte establecido.—
Y con el resto de su triste gente
y rumbo al Este, hízose á la vela,
en los dos bergantines y en la nave,
que mandó hacer Olano de los restos
de las otras, que habían naufragado,
en busca de otras tierras más propicias,

do establecer su capital pudiese,
y erigir fortalezas y palacios,
extendiendo sus reinos y conquistas
en las vírgenes índicas regiones.

Y así pensando jefes y soldados,
á surcar comenzaron esos mares,
dando al olvido sus pasadas penas,
y también á sus muertos compañeros;
y creyendo que el cielo, compasivo,
iba ya á depararles gratas horas,
y un fulguroso porvenir dichoso,
en vírgenes regiones, exornadas
de insólitos palacios orientales,
en nuevos reinos de lucientes astros....
en pensiles de amor de eternas flores,
y perfumadas brisas embriagantes....
en grutas de coral y de esmeralda....
en muelles lechos de sedosas plumas,
y en verdes campos, cuyos altos montes,
y tersas aguas de argentinos ríos,
cubiertos de oro y de escondidas perlas,
paz, riquezas y dichas les brindasen,
como allí presumieron, que existían.
cuando allí ansiosos á buscarlas fueron!

Cómo estos pobres, míseros marinos,
y estos conquistadores animosos,
que cuantos más contrastes recibían,
más aliento tuvieron en sus viajes,
más pruebas dieron de su fe y constancia,
valor, denuedo y sufrimiento heróico,
así viven los míseros mortales,
siempre engañados, como ilusos niños,
de quiméricos sueños y esperanzas,
que duran, mientras dura su existencia;
y así ¡ay! vivirán siglos de siglos,
mientras exista el mundo en los espacios,
creyendo todos, *que al siguiente día,*
como el curso del sol cambia las horas,
cambiarán igualmente sus dolores;
ó que en las nuevas zonas, do sus pasos
de la fortuna en pos, ráudos dirigen,
al fin encontrarán blando reposo,
amor eterno, dichas y placeres,
no turbados por esos mundanales,
y ya propicia la contraria suerte,
cual ángel de los cielos les sonría!

Tan dorados ensueños y esperanzas
del inmortal espíritu divino,
en la mundana historia encenegado,
no son más que los fúlgidos destellos,
que su inmortal aliento la revelan!

¡Así vive, infelice peregrino,
que entre eriales camina y se destroza,
sin haber aun llegado *á su morada,*
á esa morada, que en la tierra busca,
y es el premio, acordado á las virtudes,
en la mansión eterna de los justos!

*Solo es feliz* aquel que se contenta,
en su viaje en el orbe, bueno ó malo,
con la vida, que tiene, buena ó mala;
aunque este sér feliz, no contribuya
al eterno progreso de las ciencias,
de las artes ni al público adelanto,
del que va en pos la humanidad entera,
costándole á sus hijos redentores
*lagos de sangre,* angustias y martirios,
descubrir y probar á la ignorancia
cada clara verdad y cada invento,
y el beneficio general, que toda
esa doliente humanidad reporta
con cada nuevo invento de las ciencias,
donde se incrusta el nombre venerado
de cada *genio-mártir,* que engrandece
á ese santo progreso de los pueblos,
y une á los pueblos en fraternos lazos,
y que por él se sacrifica y muere!

## VI

## 1510

Había ya Nicuesa navegado,
con rumbo al Este, *como cuatro leguas,*
cuando un marino genovés le dijo,
de aquellos que á Colón acompañaron
en su viaje postrer:—que recordaba,
que debía existir por esas costas,
un inmediato puerto, muy hermoso,
al que Colón le puso *Puerto Bello,*

de su belleza mágica encantado;
y el cual conocería, *por una ancla*,
que enterrada dejaron en la arena,
y próxima *á una fuente de agua dulce*,
que al pie de un arbol colosal había.—

Contento tal noticia oyó Nicuesa,
no solo por hallar á *Puerto Bello*,
do pudieran, al fin, establecerse,
sino, porque en sus buques navegasen
marinos, que esas playas conocían;
y dispuso:—que fuesen navegando
lo más próximo á tierra, para hallarse
con el *ancla* y la *fuente de agua dulce*,
que al pié de un arbol colosal había.—

Así se hizo, y en efecto, hallaron,
al recorrer la costa, á *Puerto Bello*,
cuyo nombre conserva todavía;
y la ancla vieron, cuya argolla y punta
sobresalían de la blanda arena:
y ordenóse:—que parte de la gente
fuese á tierra por agua y provisiones,
y llevase las armas necesarias,
por sí salían indios al encuentro;—
pero al mirar los indios á esos hombres,
débiles, demacrados, y que apenas
sobre sus hombros sostener podían
los cubos y armamento, que llevaban,
salieron á oponerles resistencia,
en gran tropel y con salvajes gritos;
y no pudiendo ya los españoles,
por el crítico estado en que se hallaban,
con ellos pelear ni defenderse,
acometidos sin tardanza fueron;
y cubiertos los unos de flechazos,
en la playa murieron, y los otros,
logrando apenas disparar al bote,
retiráronse á bordo, mal heridos.

Este nuevo contraste, inesperado,
aumentó la aflicción y el desconsuelo
de esos conquistadores, que tan pronto,
*ya á la mitad* se hallaban reducidos;
mas Nicuesa, elevándose á la altura,
que su misión y mando le imponían,
en esa infáusta situación horrible,
dió á todos mil ejemplos de constancia,
abnegación, paciencia y sufrimiento,
y de ser el *primero* en el trabajo,
y el *último* en comer, cuando tenían,
é hizo á la flota proseguir el viaje,
impertérrito y firme en sus ideas
de poder conquistar extensos reinos;

y *como á siete leguas* encontraron
una bahía, que Colón llamara
*Puerto de Bastimentos*, y situado
hallábase en un sitio ventajoso,
y de feraces campos guarnecido;
y allí Nicuesa resolvió el situarse,
y levantar *un fuerte* do pudiesen
resistir á los indios; y bajando
con todos sus soldados á la playa,
sacó la espada y exclamó arrogante,
recordando sus días de victorias:
«Aquí, en nombre de Dios, nos detengamos;
y yo el noble don Diego de Nicuesa,
jefe conquistador, que represento
á los reyes católicos de España,
en esta zona de sus ricas Indias,
solemne posesión tomo en su nombre
de estas hermosas tierras, que pisamos,
y todas sus comarcas y riquezas,
y elévese una cruz en la colina,
que así lo diga y lo demuestre á todos;
y si contrario reino lo negase,
nuestro brazo, aunque débil, pero altivo,
lo pruebe y lo sostenga con la espada!»

Supersticiosa y crédula su gente,
creyó esa invocación de *buen agüero*,
y como el fin de sus presentes males;
y dió el *Nombre de Dios* á ese paraje,
y así llámase el puerto todavía.

Y en breve, de pedruscos y peñascos,
maderas de los árboles cortadas,
y de ramajes, tejas y ladrillos,
empezóse á erijir *la fortaleza;*
pero esos marineros y soldados,
ya sin fuerzas, enfermos y dolientes,
mal podían, trocados en obreros,
cima dar á trabajos tan penosos;
y de rabia lanzando imprecaciones,
y de angustia y dolor, cayendo tristes,
dijeron:—que ese fuerte comenzado
solo iba á ser la abierta sepultura
de todos ellos y su duro jefe;
que era mejor morir sin hacer nada,
ó tratar de volverse á la Española,
si aún con vida volverse ya pudieran.—
y á solas, y cuando él no les oía,
en coro prorrumpían en lamentos,
maldiciendo también al duro jefe;
y esas voces uníanse á las voces
y recriminaciones de los otros,
que en partidas andaban por los campos
y las chozas y aldeas, recogiendo

el común alimento para todos;
mas Nicuesa, elevándose á la altura,
que su misión solemne le imponía,
en esa extrema situación horrible,
supo hábil ir á todos aplacando,
ora infundiendo en ellos su constancia
con la esperanza de mejores días,
ora severo, haciéndoles presente:
—que la única esperanza de salvarse
era el hacer los últimos esfuerzos,
y todos trabajar y obedecerle,
cayendo el que muriese en la demanda,
y el más fuerte salvándose con gloria.—

Y envió al *Río Belen* la carabela,
en busca de sus otros compañeros,
y parecían mómias ó fantasmas
los que al *Nombre de Dios* llegar pudieron,
aumentando el espanto de los tristes,
que allí desesperados se morían;
pero siempre animoso el digno jefe,
puesta ya á prueba su constancia heróica,
despachó á la Española el mismo buque
de recursos y víveres en busca,
que dejó á su salida contratados;
y con la dignidad del caballero,
y santa fe de un hombre generoso,
imploraba también de sus amigos
y las almas piadosas de la isla,
su noble protección y algún socorro,
en vista de su estado miserable;
pero pasaba el tiempo lentamente,
y no mirando regresar al buque,
allí, desesperados, se morían
esos conquistadores temerarios,
dignos, por cierto, de mejor fortuna!

Pero el último esfuerzo hizo Nicuesa
por luchar con la muerte inevitable,
y tratar de vencerla y dominarla;
y él mismo al frente, con espada en mano,
dirigió al campo al grupo más resuelto,
en busca de alimento para todos,
y envió con otro grupo, y á otra parte,
á don Gonzalo Badajoz, su amigo,
también en busca del sustento diario;
y perdidos, vagando en los desiertos,
solo hallaron desiertas las aldeas,
eriales campos y taladas mieses,
y los desfiladeros y emboscadas,
cubiertos de salvajes, en acecho,
que seguían sus pasos vacilantes,
lanzándoles de atrás seguras flechas,
no osando ya esos grupos hacer frente
á desnudos salvajes, inespertos.
Y todos, al volver, desesperados,
macilentos, heridos y rotosos,
como escuálidas sombras de los bosques,
ó lúgubres estatuas de sepulcros,
miraron, con horror, que ya en el fuerte
no había gente sana, que pudiera
de salvajes sorpresas defenderlos,
ni en ese mudo, sepulcral recinto,
por la noche servir de centinela!

Y después que Nicuesa vió reunida
á su gente infeliz, en aquel punto,
con disimulo comenzó á contarla,
sacando fuerzas de su propio duelo;
y entre heridos, enfermos y los sanos,
á *cien apenas* alcanzaban todos,
habiendo perecido *en pocos meses*,
*cuatro buques y seiscientos hombres!*

Y ese jefe, impertérrito en las lides,
ya su tostada frente sintió entonces
cubrirse de glacial sudor de muerte...
vacilaron sus piernas y apoyóse,
como un viejo, en el puño de su espada,
y pudiendo dar luego algunos pasos,
salió del fuerte, de dolor transido;
y sintiendo la brisa de la noche,
que oreaba á sus sienes empapadas,
miró al cielo implorando algún alivio,
con los ojos de lágrimas cubiertos,
y la faz cadavérica y hundida:
de rodillas se puso, oró contricto,
y pidió en su plegaria fervorósa,
tan solo por sus tristes compañeros,
y nada para él; que aún invencible,
alzó su frente al rayo de la luna,
blandamente meciendo con sus besos
la brisa de la noche, cariñosa,
los sedosos y negros, largos rizos
de su hermosa cabeza, descubierta;
los rayos de la luna iluminaron
el rostro varonil, pálido, hermoso,
y los rasgados ojos, aun brillantes,
de ese noble guerrero, arrodillado,
no vencido en los campos de batalla,
ni allí tampoco, ante implacable muerte:
de ese noble guerrero de Castilla,
que con cristiana fe imploraba al cielo;
y del opaco fondo del espacio,
su gallarda figura destacóse,
inmóvil, silenciosa y suplicante,
cual del fondo de un clásico retrato,
destácase, radiosa, la figura;

pero el ruego ferviente de Nicuesa
fué interrumpido por el débil roce
de un cuerpo, que convulso y moribundo,
cariñoso pegábase á sus piernas;
miróle, sorprendido, el noble jefe,
y vió á su leal perro, que siguióle
desde *Santo Domingo* hasta aquel puerto,
mudo á sus piés, agonizando de hambre,
los ojos en las órbitas hundidos,
y de la piel saliéndose los huesos:
lanzó su amo un sollozo de ternura,
posó su mano sobre el flaco lomo,
é inclinó en la del perro, moribundo,
su demacrada y varonil cabeza,
húmeda de glacial sudor de muerte!

Así espiró el mastín: alzóse al punto
el guerrero invencible castellano...
pasó sus manos por su yerta frente...
en la cabeza púsose su yelmo...
miró otra vez al cielo, suplicante...
hizo un postrer esfuerzo, sobrehumano...
avasalló á su físico, y templóse
en el aliento y fé de su alma grande,
y volvió, firme, á dirigir sus pasos
á la triste morada de los suyos!

En tanto, de la agreste fortaleza
solo salían lúgubres lamentos,
ténues suspiros y profundos ayes,
y el lánguido estertor de la agonía!

Ya sin aliento ni esperanza alguna,
en esa agreste huesa sepultados,
no creían, cual antes, ni esperaban,
que condolido el cielo de sus penas,
fuese ya á depararles gratas horas,
ni un fulguroso porvenir risueño,
en las vírgenes selvas y floridas:
¡ay! ya todos, en ellas, moribundos,
dejábanse caer, sin esperanzas,
ó convulsos, lanzando imprecaciones,
angustiosos torcíanse los brazos,
rompiéndose en los muros la cabeza!

Si es verdad que el destino, siempre adverso,
persigue á muchos seres infelices,
que luchan y reluchan, dignamente,
por mejorar su situación penosa,
no es también menos cierto, que otros muchos,
ellos mismos se buscan su desgracia,
por ambición de goces y riquezas,
ó glorias, superiores á su genio:
y es causa, muchas veces, de sus males,
no saber ni querer, cuando es preciso,
dominar sus deseos y pasiones,
ó ser en sus empresas, inconstantes,
y en sus diarios trabajos, indolentes;
porque generalmente la constancia,
los heróicos afanes coronando,
premiar sabe á los grandes sacrificios!

## VII

## 1510

Dejemos á Nicuesa, por ahora,
á su adverso destino abandonado,
—y luchando su genio y la constancia,
por salir dignamente con su empresa,
ya que no con el éxito glorioso,
que presumió obtener para su patria,—
mientras vuelvo á narrar todos los hechos,
que acontecieron al famoso Ojeda,
desde que ambos caudillos se encontraron,
después que los salvajes dieron muerte,
en una noche de fatal sorpresa,
á don Juan de la Cosa y á otros muchos,
á quienes los dos jefes valerosos,
al frente de sus huestes ambiciosas,
vengaron implacables, sin tardanza,
con incendios, degüellos y saqueos,
sin dar cuartel á niños ni mujeres.

Y así, el puerto fatal de cartagena
las naves, en seguida, abandonaron,
y Nicuesa siguió para Veragua,
soñando descubrir pingües tesoros;
y Ojeda, con *sus cuatro carabelas*,
para el golfo de Uraba dirigióse,
siguiendo, aunque ya tarde los consejos
del finado la Cosa, su piloto,
y consejero, protector y amigo,
y establecer pensaba su colonia

en el río *Darien*, famoso entónces,
por el oro, que allí se suponía,
según las narraciones de los indios,
desde el tiempo del célebre Almirante,
y desde allí seguir en sus conquistas;
mas no dando con él, desembarcaron
en diferentes puntos, que aunque hermosos,
de acceso fácil y seguras radas,
y de feraz vejetación sonriente,
todos miraron con temor, creyendo
que oían los rugidos espantosos
de los voraces tigres y panteras,
en los desiertos bosques, en acecho:
que veían serpientes venenosas,
en árboles y matas enroscadas,
y feroces caimanes, en la arena,
á los pobres marinos devorando;
y á millares de indios, escondidos,
y en los profundos senos de las grutas,
que de súbito, en medio de la noche,
corriendo, cual legiones infernales,
y lanzando baladros espantosos,
su pobre campamento destrozaban,
al arrojar las flechas ponzoñosas;
pero tales ruídos y serpientes,
infernales legiones y panteras,
caimanes, tigres y ecos misteriosos,
no eran más que quiméricos temores,
y las reminiscencias del espanto
*de la noche fatal de la sorpresa*,
en que, acosados por millares de indios,
espiraron *setenta* castellanos,
de Cartagenena, en las sangrientas playas;
y esas diversas tierras, florecientes,
de acceso fácil y seguros puertos,
y de feraz vejetación ornadas,
fueron abandonando, temerosos
de otra fatal sorpresa, en triste noche,
hasta que ya en el golfo, y hacia el Este,
se situaron, al fin, en una altura;
*San Sebastian* pusiéronle por nombre,
para que el santo mártir, que cubierto
de saetas, murió crucificado,
á todos ellos los librase siempre
de las temidas flechas de los indios.

Dispuso Ojeda el descargar las naves,
y alzóse *un fuerte* de madera y piedra,
cercado de una buena empalizada...
construyéronse varios edificios,
y despachando un buque á la Española,
á Fernández de Enciso dióle parte:
—que allí su residencia establecía,
y sin perder momento se le uniese,
con los víveres, armas y reclutas,
que tuviera ya prontos para el viaje;—
y previsor, por ese mismo buque,
mandó á Santo Domingo todo el oro,
y los cautivos, que apresado había,
para que como esclavos se vendiesen.

Después que la ciudad improvisada
se encontró en buen estado de defensa,
marchóse Ojeda á recorrer su reino,
con un destacamento bien armado,
y quiso visitar en su morada
á un cercano cacique, que tenía
fama de haber juntado un gran tesoro;
mas apenas dejaron los soldados
las verdosas llanuras florecientes,
cuando los indios sus ocultas armas,
desde los matorrales esgrimieron,
y algunos espiraron en el acto
por el veneno activo de las flechas,
y otros después, sufriendo convulsiones,
y horrible muerte, que aterraba á todos;
y la dispersa tropa castellana
corrió en desórden, á meterse al fuerte,
sin conseguir ya Ojeda detenerla,
ni poder disuadirla, en muchos días,
á que otra vez saliese á campo abierto,
hasta que ya impelida por el hombre,
volvió á merodear del pueblo en torno,
buscando ansioso el alimento diario,
y no ya el oro, inútil por entonces;
mas siempre perseguidos en las *chacras*,
desfiladeros y extraviadas sendas,
entraban los soldados á su pueblo,
diezmados, presurosos y corridos
por los salvajes gritos de las tribus,
sin poder obtener ya el alimento;
llegando á tal extremo la osadía
de las indianas huestes numerosas,
que atacando al nocturno centinela,
con traición y sigilo, herido ó muerto
solíanle encontrar por la mañana.

Pero el célebre Ojeda,—cuyas glorias,
hazañas y aventuras novelescas,
en *romances corrían toda España*,
unidas con aquellas memorables
de *Córdoba y García de Paredes*,
famosos ya también en toda Italia,—
no era, no, para sufrir, tranquilo,
que osasen desafiarle los salvajes,
ni menos, que sitiados sus soldados,
de hambre muriesen, dentro de los muros;
así, pues, infundiéndoles su audacia,

reprochóles su miedo miserable;
y él al frente, á los indios provocando,
fueron en busca del común sustento,
en el valor confiados de su jefe,
y en la pericia, que mostrara siempre,
en todos los combates que sostuvo;
y siempre á la cabeza, y él tan solo
matando más salvajes que su tropa,
consiguió muy en breve intimidarlos,
y de él huían, con mortal pavura,
al mirarle á lo lejos, y el primero,
salir triunfante, con espada en mano;
mas los indios quedábanse confusos,
al ver que Ojeda, en todas las guerrillas,
siendo el primero en esponerse siempre,
y recibir la lluvia de las flechas,
siempre ileso quedase, cuando en torno,
muertos ó heridos los demás caían;
y empezaron, confusos y medrosos,
á creer que le amparaba algún hechizo;
y afirmáronse más en esta idea,
cuando por un cristiano al fin supieron,
*que jamás* aquel jefe estuvo herido.

Entonces dispusieron los salvajes:
—que en los estrechos pasos y peñascos
sus más duchos arqueros se ocultaran;
que con su grupo al de Ojeda atacaría,
mas súbito fingiéndose en derrota,
tragéralos allí, donde pudiesen
los que ocultos estaban y en acecho,
dirijir á la voz sus ráudas flechas
contra el jefe cristiano, que delante
aparecía de su tropa siempre.—

Y cayó el bravo Ojeda en la celada,
que los indios tendiéronle, afanosos;
y de flechas su escudo acribillado,
la más certera atravesóle el muslo;
y ufanos y contentos los salvajes,
al mirar sus deseos ya cumplidos,
gritos triunfales exhalando fueron,
hasta sus pobres chozas, vacilantes,
creyéndose ya libres de aquel hombre,
que más valía, que su gente toda.

En tanto, fué por su aflijido grupo,
al fuerte conducido el bravo Ojeda,
quien más que verse herido, lamentaba
que la reliquia, que llevaba al pecho,
el don divino hubiese ya perdido
de hacerle invulnerable en los combates,
como hasta entonces, húbolo supuesto;
mas recordando la espantosa muerte,
que cauzaban las flechas ponzoñosas,
y ya sintiendo un frío penetrante,
cual síntoma infalible del veneno,
mandó poner un hierro en viva lumbre,
y ordenó cuando estuvo enrojecido:
—que quemase su herida el cirujano,
hasta donde preciso lo creyese;—
mas el buen cirujano dijo, entonces:
—que él no tenía fuerzas ni coraje
para quemar la carne de su jefe;—
y repúsole Ojeda: «Si al momento
mi herida no quemais, quemar os hago,
con este mismo hierro, ojos y boca,
y en seguida colgar de una alta rama.»

Rápido el compasivo cirujano,
al oír amenaza tan tremenda,
que capaz era Ojeda de cumplirla,
en la herida aplicó el rojizo hierro,
que empezó á chirriar, entre humo y sangre,
hasta perder su fuerza destructora,
y quieto Ojeda, y con la faz tranquila,
vió, sin estremecerse *y conversando*,
su carne chirriar, correr su sangre,
y en torno alzarse de humo densa nube,
la sangre desbordándose, copiosa:
atónitos miraron esta escena
sus soldados y antiguos compañeros,
y lanzaron un ¡ay! mal comprimido
cuando el hierro, ya frío por la sangre,
pálido el cirujano arrojó lejos;
pero Ojeda, hasta entonces impasible,
sintió en seguida un fuego por sus venas,
y tan ardiente excitación nerviosa,
que necesario fué estarle envolviendo
en sábanas, mojadas en vinagre,
para calmar su ardor irresistible,
y fuertemente restañar la herida,
para que tanta sangre no corriese;
mas pasaron la fiebre y gran peligro
de la empírica cura, hecha á su antojo,
y pronto comenzó á restablecerse
su rica y juvenil naturaleza.

# VIII

## 1510

Llegó á Santo Domingo aquella nave,
que de San Sebastián, con indios y oro
despachó Ojeda al bachiller Enciso;
y esta evidente prueba de riquezas
del Darien y sus costas ponderadas,
hizo en Santo Domingo gran efecto;
y los cientos de vagos, que existían,
ya próximos á entrar allí en la cárcel,
por deudas ó delitos cometidos,
anhelaron partir al rico emporio,
que el generoso Ojeda conquistaba;
más faltándoles crédito y dinero
para fletar un buque para el viaje,
maquinaban hacerse de recursos,
sin cuidarse del modo de obtenerlos.
cuando llegó la nueva, en esos días:
—que un buque genovés, con gran acopio,
cerca del *Cabo Tiburón* se hallaba,
y que á *Santo Domingo* marcharía
á vender su repleto cargamento.—

Entonces Bernardino Talavera,
y otros aventureros y tramposos,
que iban á ser llevados á la cárcel,
la criminal idea concibieron
de ir al *Cabo Tiburón*, en grupos,
y unirse allí en un punto, dar el golpe,
y apoderarse del cargado buque,
fugándose en seguida, con la presa,
para aquel nuevo reino, lleno de oro:
llevóse pues á cabo tal proyecto,
y partieron *setenta criminales*
al Cabo Tiburón, que la osadía,
ancha conciencia y reprobados medios,
mejor éxito tienen, muchas veces,
que el concienzudo plan de un hombre honrado;
y al paraje llegados de la cita,
atacaron al buque de consuno,
huyendo el capitán y los marinos,
y dueños, por sorpresa, de él se hicieron;
levaron anclas luego, y á la vela
para *San Sebastián*, con blanda brisa,
partieron los *setenta aventureros*,
entonando cantares á su triunfo.

Mas al perder de vista las montañas,
en espanto trocóse tal arrojo,
porque los marineros, que llevaban,
siendo pocos, ineptos y novicios,
apenas el manejo conocían
del timón y maniobras de la nave.

Y el buen historiador de la Española,
ó de Santo Domingo, mejor dicho,
como viejo cristiano y sacerdote,
atribuye á un milagro de los cielos,
que aquella nave, sin piloto alguno,
fuese á San Sebastián en derechura,
para aplacar el hambre y dar socorros
á sus tristes y enfermos moradores,
quienes todos al cielo bendijeron,
al verla anclar en su tranquila rada.

Talavera y los suyos, sin dolerse
del Estado de Ojeda y sus soldados,
vendiéronles á oro y alto precio,
todas las provisiones que llevaban;
pero muy pronto fueron consumidas,
y el mismo Talavera y sus secuaces,
despreciando ya el oro, que adquirieron,
suplicaban á Ojeda:—les vendiese
una parte del resto, que guardaba,
aunque fuera por doble ó triple precio
del que vendieron ellos á su arribo;—
mas á ellos, lo mismo que á su gente,
una escasa ración fué repartiendo
de los últimos víveres guardados,
ledo abrigando la esperanza, que antes
que hubiéranse agotado, ya la nave
del bachiller Enciso allí estaría.

¡Pero vana esperanza, que extinguirse
sentían afligidos, cada aurora,
cuando agotados vieron los recursos,
sin ver lejana nave entre los mares,
que viniese en su ayuda, en tal desierto!

Cansados de sufrir tantos trabajos
la pobre gente del sufrido Ojeda,
tramaba apoderarse de una nave,
y dirigir su proa á la Española,
á pesar del cariño y del respeto,

que á su valiente jefe profesaban;
pues sufrir más quebrantos no podían,
en tal desierto, lúgubre, olvidados;
y también Talavera y sus secuaces
á volver se aprontaban, prefiriendo
el que en Santo Domingo un calabozo
lóbrego asilo al fin les deparase,
antes que allí morir desesperados,
de hambre y miseria, en el desierto horrible.

Y penetrando Ojeda tal intento,
comprendió, justo, la razón sobrada,
que tenía su gente, en tal estado,
para querer volverse á la Española;
mas duro le era abandonar su reino,
y humillado en la corte presentarse,
do de inepto quizá le tacharían;
y sin crédito ya, fortuna ni oro,
falto de protección y de elementos,
para emprender futuras escursiones,
mirándose impotente y suplantado
por otros menos dignos, en su empresa:
duro le era el dejar esa conquista,
y apenas comenzada, abandonarla,
cuando era ella el postrimer baluarte,
que allí le haría grande y poderoso:
reunió, pues á su gente y la propuso,
cual buen padre propone á buenos hijos:
—que le esperase allí *cincuenta dias*,
quedando dirigidos por Pizarro,
mientras, que en el bajel de Talavera
iba á Santo Domingo por recursos;
que si después del término indicado,
él en *San Sebastián* no se encontraba,
sería, porque hubiese fenecido,
ó no hallado recursos, que traerles;
y que podía cada cual, entonces,
hacer lo que mejor le pareciera,
ó en las naves volverse á la Española.—

Y de la habilidad y la energía,
y sagrada palabra de su jefe,
jamás dudando sus sufridas tropas,
aceptaron gustosas, la propuesta,
y partió Ojeda en el bajel pirata
del audaz Talavera y sus secuaces;
y quedaron los tristes moradores
de aquel *San Sebastián*, tan desolado,
contando día á día y noche á noche,
las largas horas, que prolonga el tiempo,
en aquellos, que sufren un martirio,
sin hallar el consuelo, que imaginan.

Siempre Ojeda á mandar acostumbrado,
quiso, cual capitán, mandar la nave,
apenas á la brisa dió las velas;
mas Talavera y su atrevida chusma,
después de una disputa acalorada,
alevosos sobre él cayeron todos,
cargándole de grillos en seguida,
y hundiéronle en cerrado camarote,
del cual, furioso Ojeda, los trataba:
—*de ladrones, piratas y asesinos*,
pidiéndoles su espada, desafiando
á todos ellos á mortal combate;—
mas reíanse los *pillos desertores*
del reto audaz del encerrado Ojeda,
y casi á la ventura navegando,
hacia Santo Domingo proseguían;
pero á los pocos días asaltóles
un violento huracán, y no sabiendo
en tal conflicto dirigir la nave,
recordaron que Ojeda ya otras veces,
esas ondas había atravesado;
y pactaron con él dejarle libre,
y el buque, cual piloto dirigiera,
hasta que á la Española regresasen.

Los tempestuosos vientos y corrientes,
hacia el Sud arrastraron, muchos días,
al pobre esquife á naufragar cercano;
y debido de Ojeda á los esfuerzos,
consiguieron, de Cuba al Occidente,
el que encallase en solitaria costa,
do entre las rocas hízose pedazos.

Y esta náufraga chusma, más desnuda
y más pobre también que cuando osada
atacó á ese bajel, ya destrozado,
bajó medrosa á la salvaje orilla,
lamentando no hallarse en la Española,
á pesar del castigo riguroso,
que todos ellos esperar debían.
Y como ellos sabían, que era Ojeda
más útil y hábil en aquellos campos,
que en las revueltas ondas, que dejaban,
proclamáronle todos por su jefe,
rogándole, contrictos, los sacase
de ese horrible desierto, donde irían
angustiosos muriendo uno por uno;
y conociendo Ojeda, que esa chusma
no podría lidiar con los salvajes,
que á la isla se habían guarecido,
huyendo del tormento y de la muerte,
que extinguieron en Haití las tribus;
y cuyos indios, su ódio al europeo
iban en los de Cuba inoculando,
resolvió no cruzarla ni internarse,

sino cáuto llevarlos por la costa
á la región del Este, aunque pasaran
más trabajos en esa travesía,
esquivando así el riesgo de la lucha
con aquellas indiadas numerosas;
pero igual ó peor peligro hallaron,
al ir andando por salvajes playas.

Hacia el Este tomaron por la costa,
mas en breve los montes florecientes,
de riquísimas frutas adornados,
y que sombrío albergue prometían,
retirándose fueron, gradualmente,
quedando solo las verdosas yerbas
y enredaderas de lucientes flores,
donde cantores pájaros trinaban
en ese hermoso suelo bendecido,
do todo exhala amor inmaculado....
do todo dulcemente al alma tierna
habla el santo lenguaje de los cielos!

Mas esas flores y verdosa alfombra
trasformándose fueron poco á poco,
en blandas tierras y en lagunas luego,
y después en pantanos y marismas
de agua salada y lodazal cubiertas:
*ocho días* por ellas caminaron,
presumiendo encontrar mejor terreno,
llegándoles el lodo á las rodillas,
y comiendo raíces y patatas
y el pan, mojado ó duro, de cazabe,
que como oro guardaban sus mochilas:
y caer se dejaban por la noche
en las tupidas ramas de manglares,
soñando ver al despuntar la aurora,
ya un verde prado, do marchar pudiesen,
ya alguna senda, abierta por los indios;
mas cada vez que se iban internando,
encontraban marismas más profundas,
y fangosos riachuelos y pantanos,
donde ya, sin aliento muchos de ellos,
morían al pasar, y otros quedaban
hundidos en el cieno pegajoso.

Y ya el retroceder no era posible,
sino el salir cuanto antes de esa tumba;
pero más honda, larga y peligrosa
*por más de treinta leguas* proseguía,
llegándoles á veces la agua infecta
á más de medio cuerpo ó la cintura,
y encontrando obstruídas las marismas
de apiñadas raíces y bejucos,
que tenían que hender en su camino,
donde muchos quedaban moribundos,
y otros, al reclinarse en los manglares,
perdían ya las fuerzas para erguirse;
y de las ramas colocaba Ojeda
su milagrosa virgen, implorando,
que presto á todos ellos los sacase
de esos pantanos, que sin fin cruzaban;
y en *uno de esos días más horribles*,
ofrecióle erigir una capilla
en la primera aldea, que encontrase,
y allí dejar su imájen adorada,
para la conversión de los infieles,
si al fin de allí sacábalos con vida.

Después de *treinta días* de torturas,
salieron de marismas y pantanos,
y un sendero tomaron, que llevóles
del cacique Cuéibas á la aldea:
allí entraron exánimes y mudos,
sin ya poder articular palabra,
y caer se dejaron, como muertos,
quedando *veinticinco* en los pantanos
de los *setenta* osados vagabundos,
que proclamaron por su jefe á Ojeda,
para hacer tan terrible travesía.

Asombrados miráronles los indios,
y al saber sus horribles desventuras,
empeñáronse todos á porfía
en brindarles abrigo y alimento,
llevándolos en andas á sus chozas:
y á una partida de indios esforzados
mandó, con provisiones el cacique
á aquellos á buscar, que aún con vida
en las marismas pútridas se hallasen;
y de este modo los piadosos indios
consiguieron salvar alguno que otro
de aquellos infelices españoles,
que del mundo juzgábanse olvidados,
llevándoles en hombros á sus chozas.

# IX

## 1510

Después que Ojeda húbose repuesto
de aquel penoso y temerario viaje,
y pensando cumplir ya su promesa,
al cacique Cuéibas saber hizo:
—el voto hecho á su virgen milagrosa,
cuando hallóse cercado de marismas,
y perdido entre zarzas y pantanos:
refirióle sucesos numerosos,
y la gran protección, con que esa virgen
favorecióle en todas sus empresas,
y en sus muchos peligros y campañas,
en las tierras y mares procelosos:
díjole, que esa virgen bendecida
era en el mundo el símbolo divino
del poder de ese Dios, que diariamente
al sol, luna y estrellas dirigía,
en su perenne marcha en los espacios,
premiando á los mortales, que eran buenos,
con una eterna vida venturosa
de placeres y encantos inefables:
y su vénia pidióle, persuasivo,
para allí levantarla una capilla,
y en un rústico cuadro y entre flores,
que los indios irían renovando,
ponerla en un altar, adonde todos
contritos fueran á elevar sus preces;
que así el divino Dios de los cristianos
haríale dichoso y á su prole,
y serían sus tribus invencibles,
llegando á dominar toda la isla,
si á tan divina imágen adoraban.—

Toda la humanidad es por esencia,
supersticiosa, crédula y confiada,
sin dejar que analice nuestra mente
cuanto al común sentido le repugna;
y halaga al corazón, cual dulce encanto,
todo lo que da aliento y asidero
á sus locos deseos ó esperanzas,
ora sean de dichas en el mundo,
ora en el otro de eternales goces:
cuanto más estupendas las ideas,
más complejas, oscuras é intrincadas,
y más á la razón todo se oponga,
por raro, extravagante é incomprensible,
con mayor ceguedad lo admite todo
la pobre humanidad, que es por esencia
supersticiosa, crédula y confiada,
idólatra, entusiasta y veleidosa,
sin que culparla puédase por esto,
porque así fué formada por quien pudo;
y aunque el pobre cacique no entendía
aquella religión, supersticiosa,
hízole en Dios su ciega fé inocente,
ó en la de sus zemís, á quienes daban
igual poder para acordar milagros,
comprender fácilmente la de Ojeda;
y no solo otorgóle tal permiso,
sino que él y sus tribus le ayudaron
á erigir á la imágen la capilla,
con paredes de piedra y dura greda,
y techo de madera y seca paja,
cubriéndola de largas colgaduras,
que de algodón tejieron afanosos:
y allí iban deponiendo los objetos,
que hallaban más preciosos en la isla;
y místicos cantares á su virgen
compuso Ojeda, que enseñó á los indios,
los que ufanos bailando repetían,
en torno de la ermita venerada,
y al compás de sus toscos instrumentos.

Cuando esos pobres indios, inocentes,
ya en sus chozas trataron, como á hermanos,
á aquellos desvalidos europeos,
al cacique Cuéibas pidió Ojeda:
—que algunos guías hábiles les diese,
que al Este los llevasen de la isla,
para intentar seguir su largo viaje;—
y aunque sintiendo separarse de ellos,
dióles el buen cacique muchos indios,
para que les llevasen sus mochilas,
de buenas provisiones bien cargadas;
y partieron de allí los españoles,
dirigiéndose ya por buenas sendas
á la antigua provincia de *Macaca;*
y allí hospitalidad igual hallaron
á la que de Cuéibas recibieron;
y supo Ojeda, que en Jamáica había
por Esquivel mandado alguna gente;
y vióse precisado á suplicarle,
que de tan triste estado los sacase:

una canoa, con algunos indios,
á su disposición puso el cacique,
y aventuróse en ella Pedro de Ordaz
á luchar con las ondas y corrientes,
saliendo y navegando *veinte leguas,*
*del Cabo de la Cruz hasta Jamáica,*
en la frágil canoa de los indios.

No bien supo Esquivel las desventuras,
que al valeroso Ojeda perseguían,
y su postrer hazaña, atravesando
las marismas de Cuba por la costa,
cuando olvidando todas las injurias,
y el dicho proferido por tal jefe
de cortarle en Jamáica la cabeza,
despachó, presuroso, un barquichuelo
en busca de él y sus demás paisanos,
al *Cabo de la Cruz*, donde gozosos
embarcáronse todos, del Eterno
ensalzando tan gran misericordia.

Poco tiempo después que partió Ojeda
del pueblo, que Cuéibas gobernaba,
fué cuando comenzóse, con empeño,
por don Diego Colón, el almirante,
la colonización de aquella isla;
y allí llegando el célebre Las Casas,
dijo una misa á los humildes indios,
en el mismo oratorio venerado,
que Ojeda construyó con todos ellos,
y con místico esmero conservaban;
y como de esa imágen los milagros
el buen padre Las Casas ya sabía,
el cacique trocársela propuso
por otra, que él llevaba; mas dudoso,
nada quiso decirle el buen cacique;
y notó el sacerdote, al otro día,
al ir á celebrar el santo oficio,
la falta de la imágen milagrosa,
y supo, por indios, que acudieron:
—que temiendo el cacique, que su imágen
fuese por él ó alguno sustraída,
ó siguiese empeñado en aquel trueque,
partió con ella á los ocultos bosques.—

Al par que enternecido y admirado,
oyó Las Casas á los pobres indios,
revelándole ese hecho, y otros muchos,
con que facilidad y gran provecho,
sin estériles gastos, ni legiones
de feroces guerreros sanguinarios,
se podían hacer esas conquistas,
por medio de las máximas de Cristo,
del amor, caridad y la enseñanza,
*que él pedía á la corte practicase,*
y él practicaba, por do quiera fuese,
y no por el rigor y el exterminio,
que esos campos dejaban empapados,
con la inocente sangre de sus hijos,
y á esas vastas regiones despoblabas!

Mandó decir Las Casas al cacique:
—que del propuesto trueque desistía,
y volviese, cuanto antes, á su pueblo,
sin temor de perder su santa imágen;—
pero á pesar del crédito y respeto,
que inspiróle el amable sacerdote,
quedóse oculto en las tupidas selvas,
y no volvió á poblado con su virgen,
hasta que la partida de Las Casas
no le avisaron sus adeptos indios.

Con los brazos abiertos, como un padre,
que en ellos tierno estrecha al hijo amado,
así esperó Esquivel al bravo Ojeda,
sabiendo respetarle en sus desgracias,
ora admirando al valeroso jefe,
ora al conquistador de muchos pueblos,
y no al hombre que habíale ultrajado,
en un momento de impetuoso arranque:
comprendió el noble Ojeda la grandeza
de aquel otro español, no menos noble,
y no creyó desdoro el suplicarle,
ni el pedirle á su vez, agradecido:
—que perdonase su pasada ofensa,
dándole así satisfacción cumplida,
y su amistad brindándole por siempre.—

Y después de unos días de contento,
para Santo Domingo salió Ojeda,
sin querer Talavera y sus secuaces
seguirle, temerosos del castigo,
que allí esperar debían en el acto;
y por eso quedáronse en *Jamáica,*
creyendo se olvidase con el tiempo,
el pirático asalto de la nave.

Cuando puso su pie en Santo Domingo,
la primera pregunta que hizo Ojeda
fué por su socio el bachiller Fernández,
y supo, con sorpresa y alegría:
—que hacía ya algún tiempo, que su socio
habíase marchado á la colonia,
con abundantes víveres y gente.—

Lleno de consuelo y de esperanza
el persistente y denodado Ojeda,
algun buque aguardaba de retorno,

procurando adquirir buenos auxilios,
para irlos enviando, sin demora;
pero ¡ay! que el tiempo rápido pasaba,
sin tornar nave alguna de las suyas,
entre aquellas, que el pueblo alborozado,
solía ver anclar en la ribera;
ni menos obtener noticia alguna
de su pobre colonia, que afligido,
ni un momento apartaba de su mente;
y á crédito buscó, también en vano,
quien le vendiese víveres y ropas,
para enviar en las naves esperadas;
mas ya todo salíale fallido:
y al mirar sus amigos de otro tiempo,
á quienes protección y amparo diera,
que ya de él esperar nada podían....
y al verle todos desdichado y pobre,
enfermo, mal vestido y sin recursos,
y cual prófugo ya de su colonia,
separábanse de él, cual de un leproso,
á su empresa:—llamando *una locura*,
y extravagantes sus frustrados planes;—
olvidando sus glorias y proezas,
que entusiasmados antes, ó serviles,
buscando sus miradas, aplaudieron:
y esto es lo que á los héroes acontece,
cuando anúblase el sol de la fortuna,
en el día fatal de su desgracia:
entonces, para el pueblo, deslumbrado,
dejan de ser sus *héroes* y hombres *grandes*,
y descienden al rol de *aventureros*....
y era ya, como tal, mirado Ojeda!

Al llegar á saber el almirante,
que el ladrón Talavera y su cuadrilla,
asilados hallábanse en *Jamáica*,
en seguida mandó por todos ellos:
pusiéronse en prisión, y levantóse
un proceso de oficio por el robo,
que á mano armada de la nave hicieron,
que junto al *Cabo Tiburón* se hallaba;
y condenados fueron á la horca
Talavera y sus cómplices mayores,
convictos y confesos del delito.

¡Oh! cómo en su prisión no sentirían
aquellos infelices criminales,
después que salir salvos consiguieron
de desiertos, marismas y pantanos,
el no haberse quedado con los indios
en la tranquila y venturosa aldea,
do á la imágen de Ojeda, milagrosa,
afanosos alzaron la capilla!

¡Si á ciegas van algunos en el mundo,
de la dicha ignorando los senderos,
en medio del misterio de la vida,
otros van á sabiendas caminando,
sin escuchar la voz de su conciencia,
al fin de su desgracia é ignominia!

Del ruidoso proceso en el trascurso,
á declarar Ojeda fué llamado;
y aunque agravar la cáusa no intentase
de aquellos criminales infelices,
tuvo, bajo el sagrado juramento,
que decir con verdad todos los hechos,
y hasta exponer:—que él mismo había sido
preso á traición, inerme y ultrajado,
al pisar el bajel, como lo hicieron
bandidos y piratas extranjeros,
y no del rey de España los vasallos.—
Esta declaración valiente y digna
atrájole el rencor y la venganza
de aquellos que escaparon de la horca,
y de otros contumaces criminales,
que las huellas piráticas seguían
del muerto Talavera y sus secuaces;
*y una lóbrega noche*, que angustiado
iba á llegar á su modesto albergue,
fué de pronto asaltado en su camino
por aquella partida de pillastres;
y Ojeda, sin perder su sangre fría,
se arrimó á la pared, sacó su espada,
hizo frente y luchó con todos ellos,
hiriendo á unos, desarmando á otros;
y apaleando á todos á su gusto,
los corrió gran distancia por la calle,
y luego entró á su casa muy tranquilo.

Este es el *postrer hecho*, que la historia
narra del caballero Alonso Ojeda,
que oscurecido, pobre y olvidado,
siguió en Santo Domingo así viviendo;
y su carácter franco y digno orgullo,
su alma impetuosa noble y elevada,
y su arrogante espíritu invencible,
moralmente sufrieron decepciones,
al verse en la miseria y despreciado;
y comenzó á sufrir de aquella cura,
que empírica hizo hacerse en una pierna,
la vez *primera y única*, que herido
fuera en *San Sebastián* por los salvajes:
y oscurecido, pobre y olvidado,
dignamente arrostrando sus desgracias,
así vivió algún tiempo, sin saberse
la época y detalles de su muerte.

Y Gomara, en su *Historia de las Indias*,
dice:—murió de fraile franciscano;—
y sin tal hecho referir Las Casas,
por lo que muchos dudan del aserto,
expone:—que sufrió un notable cambio
en sus últimos días, y que humilde,
y en expiación de su pasado orgullo.
suplicó que su cuerpo se enterrase
en la puerta del templo San Francisco,
para que al penetrar todos los fieles.
*el vil polvo pisasen de su cuerpo;—*
porque menciona:—que murió tan pobre,
de todos olvidado y sin recursos,
que ni un cobre dejó para su entierro.—
Y dice Charlevoix, el autor prolijo
de la historia mejor de aquella isla:
—que como Ojeda no hubo caballero,
que pudiese igualarse en una empresa,
ni ejecutarla con mayor coraje,
ni darla cima con mayor acierto,
ni más ansiada merecida gloria,
ni más la suerte hubiese despreciado:
que era por sus ardides admirable
para ser por un jefe dirigido,
pues faltábale el genio para el mando,
y de hábil general la gran prudencia.—

Tal fué Alonso de Ojeda, el prototipo
de esos nobles intrépidos guerreros
de la conquistadora, invicta España,
de la gran Isabel y Carlos quinto,
que con la cruz de Cristo en una mano,
y el acero flamígero en la otra,
á través de los mares prosiguieron
las huellas de Colón, inmarcesibles....
las huellas de Colón, qne será siempre
de todos los mortales el *primero!*

# X

## 1510

Cuando á Santo Domingo llegó el buque,
que de San Sebastián despachó Ojeda,
tenía el bachiller Martín Fernández
para darse á la vela pronto el suyo;
y en ambos embarcó sus provisiones,
y *como unas doce yeguas y caballos,*
*cerdos, ovejas, cabras y gallinas,*
y *más de ciento treinta aventureros;*
y llegando á saber el almirante,
que muchos vagabundos y tramposos
trataban de embarcarse ocultamente,
para eludir las penas merecidas,
mandó:—que escoltase uno de guerra
á aquellos dos bajeles de Fernández,
hasta que ya se hallasen en franquía.

Hízose el bachiller así á la vela;
y ya fuera del puerto se encontraba,
y del buque de guerra separado,
cuando él y sus marinos, sorprendidos,
de entre una enorme pipa salir vieron
á un hombre de arrogantes proporciones,
que un demonio ó fantasma imaginaron,
y al que un valiente perro acariciaba:
ese hombre, con Rodrigo de Bastidas,
ya había *en mil quinientos* navegado
algo de Costa Firme, y hasta el puerto
*Nombre de Dios y Cabo de la Vela,*
después que abandonó la noble casa
del señor de Moguer, Portocarrero;
y hacía años que estaba en la Española
de una granja al cultivo contraído,
en un pueblo, llamado Salvatierra,
que á orillas de la mar se iba formando;
mas medrar no pudiendo en la labranza,
y hallándose *adeudado* y *sin dinero,*
hízose dentro del tonel, vacío,
llevar á bordo, cual si fuera de agua.

¿Pero cómo llamábase aquel hombre,
que así arrostraba las tremendas iras
de la justicia y el letrado Enciso?
¿Qué era por fin, visión, hombre ó fantasma,
ese desconocido aventurero,
que superaba, temerario, á todos,
burlándose de todos y las leyes?

Era de carne y huesos y *muy hombre...*
valía mucho más que *todos ellos,*
y era de noble sangre y jerezano,
y *en años treinta y cinco* frisaría:
y era alto, bien formado y vigoroso,

de sonrosada tez y blanca frente,
de varonil belleza y distinguida,
de ensortijada y rubia cabellera,
y de ardiente mirada penetrante,
que su genio y pasiones revelaba;
y del marcial talante que distingue,
aunque de andrajos véase cubierto,
al que es de alma y de orígen caballero:
era, en fin, VASCO NUÑEZ DE BALBOA,
á quien llenó de halagos y caricias
su buen mastín, llamado *Leoncito*,
que siguiendo á la pipa fué hasta el buque;
y cuyo perro, de color bermejo,
de negro hocico, recio é inteligente,
dióle luego á ganar oro bastante,
pues con él peleaba en las batallas,
dándosele la parte de un soldado,
ó lo alquilaba para entrar en ellas,
las veces que él se hallaba en otra parte;
y tenia el instinto prodigioso
de conocer al indio bravo ó manso,
y traíase á aquél, que se escapaba,
asido de la mano con sus dientes:
de cicatrices se cubrió su cuerpo
por las muchas heridas recibidas
en los diarios encuentros con los indios;
pero no *Leoncito* murió de ellas,
sino por un salvaje envenenado;
é hijo fué este mastín de otro famoso,
de que habla Herrera y llama Becerrico.

Después que el bachiller y marineros
hubiéronse repuesto del asombro
de ver salir á un hombre de una pipa,
que creian se hallaba llena de agua,
preguntóles, colérico, el letrado:
—que cuál de ellos habíale traído,
así traidor, faltando á sus deberes,
y á las recientes órdenes severas,
que promulgó el virey en las colonias;—
mas todos expusieron:—que aquel hecho
habían, hasta entonces, ignorado,
suponiendo la pipa llena de agua,
y no que en ella se ocultase un hombre,
que quizá un asesino ó ladrón fuese.—

Y el bachiller, volviéndose á BALBOA,
con iracundo ceño, así le dijo:
«¡Vive Dios, que me pasma vuestra audacia,
*gran señor del tonel*, cuando yo puedo
haceros arrojar entre las ondas,
por faltar á las leyes de estos reinos;
y por mi ánima, os juro, que al instante,
que encontremos desierta alguna isla,
allí en castigo os dejaré.... sabedlo!»

Pero el humilde aspecto de BALBOA,
que hábil acomodarse bien sabía
á todas las variables situaciones
de la agitada vida, que llevaba,
y los diarios servicios, que incansable
iba á todos prestando, comedido,
hicieron que al fin todos le estimasen;
y hasta el mismo Fernández, no pensando
en arrojarle en la desierta costa,
iba ya, sorprendido, cada día,
nuevas prendas en él reconociendo,
que utilizar podría en este viaje.
¡El genio de por sí do quier se impone,
y era el genio de NUÑEZ DE BALBOA
el que ya se admiraba y se imponia!

Llegó la expedición tranquilamente
de Fernández de Enciso á Cartagena;
mas los muchos contrastes ignorando,
que incauto sufrió Ojeda en esas costas,
observaron, que armadas ya las tribus,
aprestábanse á dar una batalla,
creyendo, que esos mismos extranjeros,
los mismos fuesen, que sus pobres chozas,
é indefensas mujeres y sus hijas,
destruyeron, robaron y violaron;
mas haciéndoles ver los españoles,
que su amistad buscaban, no la guerra,
generosos leváronles los indios,
los pasados agravios olvidando,
*pan de maiz, pescado en sal y frutas*
*y un tónico*, ó licor espirituoso,
en algo semejante á la cerveza.

Sorprendidos, anclar en aquel puerto,
el bachiller Fernández y su gente,
un chico bergantín vieron un día;
y escuálidos, hambrientos y andrajosos,
*una veintena* de hombres y PIZARRO
bajaron, exponiéndole á Fernández:
—que dejando pasar *cincuenta dias*,
que dióles, al partir, de plazo Ojeda,
habíanse embarcado en esa nave,
y *como veinte hombres* en la otra,
que Valenzuela dirigir debía,
debiendo, juntas ambas, hacer rumbo
para Santo Domingo en derechura;
empero, que antes de perder de vista
esa tierra fatal, donde quedaban
sus pobres compañeros insepultos,

una horrenda borrasca levantóse,
absorviendo las ondas mugidoras
el pequeño bajel de Valenzuela;
que tan cercanos en aquel instante,
de este postrer siniestro se encontraron,
y sin poderles dar ayuda alguna,
que miraban nadar, salir y hundirse,
luchando y reluchando con las ondas,
á esos sus compañeros infelices,
y escucharon sus últimos lamentos,
que aún en sus oídos resonaban,
cual tristes ecos de futuros males....
cual negras sombras de su nave en torno,
persiguiendo también su triste vida!
¡Que ellos solos quedaban.... *veintitantos*
*de los trescientos hombres*, que siguieron
á Ojeda á aquel San Sebastián infáusto;
pero ya más dichosos se juzgaban,
allí al mirarse unidos y amparados,
para poder tornar á la Española.—

Triste quedó Fernández y su gente
de este relato lúgubre y terrible;
y todos á porfía socorrieron
á sus pobres paisanos, tan sufridos,
con los pocos recursos, que tenían,
y olvidándose fueron, poco á poco.

Pero no tal contraste vencer pudo
la ambición de los otros españoles,
ni su constancia ni implacable anhelo
de ir en pos de nuevas aventuras,
que su indómito brío se aumentaba
al par de los trabajos, que sufrían,
y de los golpes de la suerte adversa;
ni la sed de riquezas, ni el carácter
de Fernández de Enciso, que resuelto
en esa expedición aventuraba
su adquirida fortuna con afanes,
y tenaz privación de muchos años;
y á emprender hacia el Este decidióse
un corto viaje, por la extensa costa,
de *veinticinco leguas* de distancia,
do la provincia hallábase de Zenu,
que allá, según los indios le dijeron,
—caía el oro fino de los montes,
arrastrado por lluvias y torrentes,
y al bajar á los ríos caudalosos,
en redes los indígenas sacaban;—
dijéronle también:—que Zenu era
muchos siglos hacía el rico osario
de todos esos pueblos, do los muertos
con sus valiosas joyas se enterraban,
y oro allá en abundancia encontraría.—

Y todos, al oir tales grandezas,
creyendo hallar repletos los sepulcros
el oro por los siglos, apiñado,
y poder asaltar aquellas tumbas,
cual panal de miel traviesos niños,
clamaron porque á *Zenu* los llevase
el astuto letrado, que más que ellos,
su oro centuplicar allí soñaba.

Hiciéronse á la vela para Zenu,
y fueron en su costa recibidos
por las guerreras tribus de un cacique,
dispuestos á impedir que se internasen;
y el prudente letrado mandó al punto
dar lectura del raro formulario,
que hubo ordenado el rey que se leyese,
al pisar del salvaje los dominios:
y oyéronle los indios, respetuosos,
mas después que supieron su sentido,
explicado por ciertos lenguaraces,
les hizo contestar así el cacique:
—que respecto á que hubiera un Dios supremo,
de los cielos y tierra soberano,
no dudaban, que ser así debía;
mas no estaban conformes, con que el papa
fuese el señor de todo el universo,
representando á Dios sobre la tierra;
y que sin duda el papa *estaba loco*,
cuando intentó donar al rey de España
lo que *jamás fué suyo;* y que no menos
loco ese rey también se encontraría,
al querer de *lo ageno apoderarse*,
por medio de la fuerza ó del engaño:
que ellos eran *los dueños absolutos*
de aquel independiente territorio;
y que si el mismo rey allí viniese
á querer, cual á esclavos, someterlos,
*cortaríanle al punto la cabeza*,
como hacerlo tenían por costumbre,
con cualquier enemigo de sus lares.—
Y cabezas mostráronles en picas,
en la tierra clavadas en hilera.

Convencido el letrado, que esos indios
no aceptaban *su lógica de embudo*,
á amenazar volvióles en seguida,
con fiera esclavitud y horrenda guerra;
pero más infatuados los salvajes,
cuanta mayor razón tener juzgaban,
volvieron al letrado á repetirle:
—que si intentaba ejecutar tal cosa,

pondrían *su cabeza en una pica*,
ya que era de su rey representante.— 7

Viendo la ineficacia entre las tribus,
de su proclama ó *lógica frailuna*,
mandó el letrado, entonces, atacarlas,
empleando ya *la lógica del sable*,
que es la que da razón al que es más fuerte;
y cogióse al cacique prisionero,
y huyeron las indiadas á los montes,
para rehacerse y defender sus chozas,
quedando heridos *dos* de los soldados,
que entre dolores y al siguiente día,
murieron *del veneno* de las flechas.

No atreviéronse, pues, los españoles
tierra adentro á internarse de esa costa,
visto su poco número de fuerzas,
y la actitud hostil de los salvajes,
y quedó, por entonces, sin saberse:
—Si de Zenu el antiguo cementerio,
esas grandes riquezas ocultaba,
aglomeradas por pasados siglos;
y si en redes el oro se sacaba
de las plácidas aguas de los ríos,
como en ledo pensil las mariposas.—

Y entonces quiso el bachiller Fernández,
prevalido del título, y cual jefe,
que de alcalde mayor diérale Ojeda,
ir á San Sebastián, y las conquistas
allí empezadas, proseguir cuanto antes;
y venciendo las muchas resistencias
de aquellos infelices, que esas playas
cubiertos de pavor abandonaron,
el naufragio al mirar de Valenzuela,
para San Sebastián todos salieron,
en busca, ansiosos, de mejor fortuna.

¡Mas cómo la fortuna veleidosa,
implacable se burla y escarnece
á aquellos que la imploran y la buscan,
y sus huellas recorren por do quiera,
la muerte y los peligros desafiando!
Ingrata y loca en sus favores siempre,
y repartiendo á ciegas sus caricias,
es de mal gusto, injusta y caprichosa,
y entrégase á los necios y bribones,
cuando menos se piensa que lo hiciese,
de su fama en desdoro y de su gloria.
Dejad, pues, á esa diosa cortesana,
falsa, voluble y olvidado mito,
que el ciego fanatismo bendecía,
y la ignorancia crédula imploraba,
y solo en la justicia del Eterno
esperemos el premio, en vida eterna!

Después de un ráudo y venturoso viaje,
apenas ¡ay! en las fatales playas....
apenas ¡ay! en el tranquilo puerto
iba el bajel de Enciso á echar el ancla,
cuando su ráuda proa en una roca
estrellóse con ímpetu violento....
y crugieron los mástiles y el casco,
y comenzóse á abrir en el instante;
y la tripulación, sobrecogida,
apenas pudo trasbordar sus armas,
y algunos pocos víveres y granos
al bajel, qne Pizarro dirigía;
pues las corrientes y agitadas ondas,
en pedazos al otro dividieron,
que al abismo arrastraban, al hundirse
*caballos, yeguas, cerdos y gallinas*,
y todos los objetos y recursos,
que iban á ser plantel de la colonia!

# XI

## 1510

El triste bachiller, ya empobrecido,
con la impensada pérdida del buque,
y cuanto en él llevaba á la conquista;
y esos aventureros, que á su sombra,
creyendo hacer fortuna le siguieron,
muy tristes, sin aliento y desolados,
fueron bajando á la funesta playa;

pero ¡ay! solo encontraron los escombros,
y las tibias cenizas de una hoguera,
que los indios cantando sus *areitos*,
con el fuerte y las casas levantaron;
y en torno aún de la horrorosa escena
de esas negras ruínas y cenizas,
y entre las piedras y nacientes matas,

se veían los huesos esparcidos...
los insepultos cuerpos, destrozados
por las aves carnívoras y fieras,
de sus antes primeros compañeros,
que á recordar tornaron, sollozando!

Igual á su dolor y su sorpresa
fué el desaliento, que sintieron todos,
al pisar esa tierra de agonía,
previendo cada uno, que su cuerpo
se iba á unir á esos otros destrozados,
*y agitáronse todos con pavura;*
mas la necesidad, la sed y el hambre
hízoles recobrar su osado aliento,
y en las verdosas selvas y corrientes
hallaron agua, dátiles y carne
de los agrestes cerdos de las piaras,
que buscaban las sombras de los montes;
pero emboscados ágiles los indios,
les dirigían sus certeras flechas,
y fatigados ya los españoles
de la angustiosa vida, que llevaban,
de desastre en desastre caminando,
sin hallar luz alguna de consuelo,
que su extinta esperanza iluminase,
al bachiller pidieron:—que dejara
esa insaciable y horrorosa tumba,
que á todos iba en breve á devorarlos;—
y hasta el mismo Fernández, ya resuelto
á perder su fortuna y no su vida,
trataba al fin de abandonar su empresa,
su ambición temeraria maldiciendo;
pero en tal situación, un hombre, entonces,
que en aliento, osadía y esperanzas,
con asombro hubo á todos excedido,
poniéndose de pie, les dijo á todos,
con voz entera, enérgica palabra,
y ora halagando su ambición de gloria,
ó escarneciendo su temor indigno:
«Escuchadme, señores, un momento,
y haced, después, lo que mejor os plazca.
En estos mares, y otros más distantes,
he navegado yo, por largos años,
con mi amigo Rodrigo de Bastidas;
y recuerdo muy bien.... cual si lo viera,
que del *golfo de Uraba* al Occidente,
hállase una bellísima comarca,
al pie de un río, que *Darien* nominan
sus buenos moradores, que no usan,
como estos indios, flechas ponzoñosas:
conozco ese país.... el que es un cielo....
hay allí planchas relucientes de oro,
abundante alimento, ricas frutas,
frescas y limpias chozas, como casas,
lindas mujeres de mirada ardiente,
de suave cútis y preciosas formas,
noches de amor y días de ventura,
y edén quizá nos sea de riquezas,
y de un brillante porvenir, grandioso,
después de tantas penas y trabajos,
y á llevaros me ofrezco yo por guía;
porque es triste, oh valientes compañeros,
que amedrentados por desnudos indios,
que tan solo por armas tienen flechas,
huír nos vea á sus playas la *Española*,
y que en Santo Domingo tal se diga,
y todos nos señalen con el dedo,
diciendo:—esos que veis llegar, medrosos,
de los indios huyeron, como mándrias.—
«Y antes que tal infamia se me infiera,
si no aceptais mi oferta, yo me quedo;
moriré peleando con los indios,
y no cual un cobarde, huyendo de ellos!»
Y añadió, dirigiéndose á Fernández,
con sarcástico encono, comprimiendo:
«Yo el señor del tonel, en esta costa,
mas que *desierto*.... osario de los nuestros,
si á la Española os vais, voy á quedarme.
Y si á vos antes os pasmó mi audacia,
á mí ahora, tócame el deciros:
¡Vive Dios, que me pasma vuestro miedo,
y jamás volvereis á hacer fortuna!»

Y tal astuta, alocución, hiriente,
enardeció el valor y la codicia,
los lúbricos deseos y esperanzas
de todos sus osados compañeros,
que antes de ser tenidos por cobardes,
prefirieran morir una y mil veces;
y al bachiller pidieron:—que á Balboa
la dirección confiara de la nave,
hasta ese nuevo pueblo.... que era un cielo;—
y el bachiller, *contento, más que todos*,
que los llevase allá pidió á Balboa.

Hiciéronse á la vela, y *felizmente*
á las orillas del Darien llegaron,
do en orden de batalla y con sus armas,
tomaron posesión de aquella tierra,
que era un edén florido y nuevo cielo,
como les dijo Nuñez de Balboa.

El cacique Cemaco, de ella jefe,
púsose al frente de *quinientos* indios,
á defender, dispuestos, sus hogares;
arengó el bachiller á sus soldados,
y prometió á la *Virgen de la Antigua*
dedicarla y alzar un bello templo,

con el oro y despojos, que sacasen
de los infieles indios, y ponerle;
si á conquistar llegaban esa tierra,
la de *Santa María de la Antigua*,
que por la de Darien llamaron luego.

Resistieron los indios y pelearon,
y sus muertos cubrieron la pradera:
pero viendo el estrago de las armas,
medrosas dispersáronse sus huestes,
y triunfantes, entonces, los soldados,
el indefenso pueblo recorrieron,
hallando *comestibles*, *planchas de oro*,
*adornos de valor*, *joyas*, *coronas*,
*mucho hilado algodón y objetos varios*,
que daban nueva faz á su existencia,
y contentos *cantaron ya victoria*. 8

Y ya en *Santa María de la Antigua*,
del Darien comenzaron á poblarse;
y de alcalde mayor y de teniente,
en nombre de su jefe, el digno Ojeda,
el bachiller Enciso asumió el mando,
haciendo publicar un duro edicto,
que su falta de tino revelaba,
después que hubo el reparto escatimado,
por el cual:—bajo pena de la muerte,
prohibió á los codiciosos pobladores,
que en oro negociasen con los indios;—
lo que si era de acuerdo con las leyes,
que dispuso el monarca se dictaran,
no era de acuerdo con el gusto de ellos,
ni expedir, por entonces, oportuno.

Y tal edicto disgustando á todos,
comenzóse á decir:—que aquel avaro,
solo inspirado en su infernal codicia,
para sí pretendía todo el oro,
cuando habiendo pasado iguales penas,
á todos asistía igual derecho.—

Y Nuñez de Balboa, que acechaba
de su venganza la ocasión propicia,
la amenaza de Enciso recordando,
dijo á sus descontentos compañeros:
—que según las recientes concesiones,
que á Nicuesa y Ojeda hizo el monarca,
ser debía esa tierra de Nicuesa;
y que por esta causa era usurpado
el gobierno ejercido por Enciso,
pudiendo, con razón, desconocerse.—
Y esto aumentó la indignación y grita;
y antes que el bachiller se rellenase
en su silla de jefe de ese pueblo,
que abandonarla tuvo, presuroso.

Fué facil cosa el deponer á Enciso,
mas no así sucesor el encontrarle;
y después de sesiones calurosas,
donde todos mostráronse oradores,
fueron al fin de alcaldes recibidos
Martín Zamudio y Nuñez de Balboa,
y como regidor un tal Valdivia,
que excelente soldado y caballero,
habíase, hasta entonces, distinguido;
pero este triunvirato no complugo
á los varios partidos, que existían:
—unos querían conferir el mando
á Nicuesa, cual dueño de esa tierra,
y mandarle á buscar por esas costas,
para darle el gobierno, que era suyo;—
otros se resistían, y alegaban:
—que solo á Vasco Nuñez de Balboa,
como un premio, debiera conferirse;
tanto porque él llevólos á aquel pueblo,
cuanto por sus servicios y altas dotes;—
y los más imparciales y tranquilos,
anhelando la paz, manifestaron:
—que lo más acertado y conveniente,
y evitaba las dudas y gestiones,
hasta que el rey fallase en el asunto,
era el volver á reponer á Enciso,
quien retirar su edicto prometía,
y á todos complacer en su gobierno,
pudiendo medrar todos, sin disturbios.—

Y en ardiente disputa, una mañana,
sin poderse entender, todos querían
que su opinión, al fin, predominase;
y agotando razones y argumentos,
sin poderse entender, todos gritaban,
ya mas como guerreros que oradores,
cuando oyeron sonar un cañonazo,
y en el puerto miraron *dos* bajeles:
corriendo fueron todos á la playa,
y vieron botes y española gente,
que mandaba Rodrigo Colmenares, 9
quien buscando á Nicuesa en esas tierras,
les dijo:—que mirando en aquel puerto
un buque anclado, allí pensó encontrarle,
provisiones trayéndole en sus buques;
que hubo en San Sebastián desembarcado,
presumiendo que allí le encontraría,
pero que solo halló fatales restos,
que huellas españolas le indicaban,
sin haber adquirido otras noticias;

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Julio I. Elías Murguía

mas que no desistía de su intento,
y pensaba buscarle en esas costas,
hasta saber su muerte ó encontrarle.—

Y al saber Colmenares el asunto,
que á todos los tenia disidentes,
hízoles comprender:—que era á Nicuesa
á quién, en legal forma y por derecho
el mando superior correspondía.—
Y Nuñez de Balboa, que no el mando
obtener de los suyos aspiraba,
por medio de disturbios y bajezas,
que ensangrentar pudiesen la colonia,
sino, que por sus triunfos y servicios,
uniformes, ya todos, se lo diesen;
y queriendo evitar futuros males,
pues comprendía, que la unión de ellos
era el único medio de salvarse,
suplicó á sus adeptos desistieran
de sostenerle á él, como á su jefe,
y á Nicuesa juró que atacaría,
*si hallábase á Nicuesa en esas playas.*

Y dióles Colmenares provisiones,
grangeándose el favor de los colonos,
quienes por sus enviados eligieron
á un bachiller Corral y Diego Albitez,
para que aconpañando á Colmenares,
á Nicuesa el gobierno le ofreciesen.
Y todo así arreglado, y con contento
de las varias fracciones disidentes,
hí zose Colmenares á la vela.

# XII

## 1510 y 1511

Recorrió Colmenares de Veragua
la costa Occidental, puertos, bahías,
y vagando cruzaba aquellos mares,
sin perder, animoso, la esperanza
de encontrar algún buque de Nicuesa
ó á él hallarle con su pobre gente,
en alguna ensenada ó ancho río,
cuando avistó á lo lejos una nave,
y á ella corrió con velas desplegadas:
—supo que andaba en busca de recursos,
y que en *Nombre de Dios*, puerto cercano,
hallábase Nicuesa establecido,
en donde mil desgracias le acuitaban;—
y navegaron para allá en seguida.

Con lágrimas de júbilo y ventura
recibieron Nicuesa y sus soldados
aquel providencial, pronto socorro,
como el sediento, en arenal de fuego,
lleva á sus secos labios, abrasados,
el agua fresca de encontrada fuente.

¡Ya no eran *cien* de aquellos *setecientos*,
que de Santo Domingo en *siete* naves,
ledos partieron á buscar fortuna:
solo eran ya *sesenta*....demacrados,
débiles, andrajosos y abatidos,
enfermos y descalzos; pero algunos
pugnaban con la muerte todavía,
y su ardor juvenil, la exuberancia
de su salud de hierro y fuertes miembros,
y su constancia, opuesta á los trabajos
y espantosas miserias que pasaban,
pudieron solo hacer, que aún con vida
el noble Colmenares los hallase;
y en aquellos momentos de ventura,
de salvación y júbilo.... al olvido
diesen ya sus pasados infortunios!

Gozoso oyó Nicuesa:—que se alzaba
del Darien á la márgen, otro pueblo,
que era más rico y próspero que el suyo;
y que por medio de Corral y Albitez
mandábale ofrecer el primer puesto.—

Y teniendo las buenas provisiones,
que había Colmenares ya bajado,
dió un banquete á los dos embajadores,
y el gobierno aceptó, que le ofrecían;
pero más que político, guerrero,
mostróse envanecido y fué imprudente,
nada habiendo aprendido en la desgracia,
*que es la mejor escuela de los cuerdos*,
para fijar los actos en la vida;
y volviendo á adquirir su aire de mando,
al saber, que el mucho oro y las riquezas,
robadas de los indios en las chozas,
habíanse entre todos repartido,

dijo á Diego Corral y Diego Albitez:
—que eso era despojar á la corona
de su real derecho; y que él haría
que todo el oro al punto se entregase,
para ser legalmente distribuído.—

Y tal indiscreción, menguada y loca,
sorprendió á los enviados, que temieron
el ser medidos por aquella vara,
que antes de inaugurarse, ya se erguía,
para caer, terrible, sobre todos,
quitándoles, de un modo retroactivo,
todo lo que contaban como suyo,
impidiendo, también, en adelante,
que pudiesen hacer mayor fortuna,
y dió orígen de Enciso á la caída;
y más fué el descontento, cuando oyeron
á don Lope de Olano que arrestado,
aunque ya sin el peso de los grillos,
se quejaba hondamente de Nicuesa,
y les dijo:—«Tomad en mí ejemplo:
yo le saqué de una desierta isla,
donde hubo naufragado; y sin mi ayuda,
hubiera muerto allí de hambre y miseria!
¡Tal es la gratitud de ese tirano,
á quien quiere Darien darle el gobierno!
¡También sereis vosotros, cual yo he sido,
en premio de la oferta, encadenados!»

Pero Lope de Olano, en su perfidia,
no dijo, que Nicuesa le confiara,
por ello disgustando al almirante,
el mando de tres naves, y que ingrato,
al separarle de él una borrasca,
no fué á buscarla al puerto convenido;
y que dando por muerto yo á su jefe,
hízose proclamar, hasta que un bote
vino á decirle á su engañada tropa,
que Nicuesa existía en una isla
inmediata á donde ellos se encontraban;
y entonces el traidor vióse impelido
á ir á incorporarse con sus naves.
Solo, pues, un traidor llamó tirano,
á quien debió cortarle la cabeza
por su infame traición de abandonarle,
y querer en el mando sustituirle.

Embarcóse Nicuesa en una nave,
con unos cuantos hombres de confianza,
asegurando al resto de su gente:
—que á buscarla al momento mandaría,
que el mando reasumiese de la Antigua;—
y como en unas islas se detuvo,
para apresar cautivos y venderlos,
llegaron antes que él, Corral y Albitez,
y convocando al pueblo, le dijeron,
cuanto vieron y oyeron, añadiendo:
«¡Por último, sabed, amigos míos,
para que su gobierno no os sorprenda,
que si hemos escapado de los dientes
del hipócrita lobo, codicioso,
vamos ¡ay! á caer, como corderos,
en las garras del tigre sanguinario!»

Gritos de indignación, oprobio y muerte,
unánimes resonaron en la Antigua,
y vióse aparecer á Juan Caicedo,
en un bote del buque de Nicuesa,
diciendo:—que venía de su parte
á advertirles, que hallábase en la rada.—
Y todos á Caicedo interrogaron,
si en el mando sería malo ó bueno,
ese jefe, que apenas conocían;
y Caicedo, que estaba resentido,
como Lope de Olano, con Nicuesa,
díjoles, reprobando su conducta:
«¡Solo locos pudísteis el llamarle,
y un tirano imponeros, motu-propio,
cuando gozabais libertad cumplida!

Al oír de Caicedo estas palabras,
ya no les cupo, no, duda ninguna,
del peligro, que á todos amagaba:
y afligidos, hallábanse indecisos,
sin saber qué partido tomarían;
entonces Vasco Nuñez de Balboa
fué llamando en secreto á *uno por uno*,
y así les dijo, con astucia y risa:
«¡Tristes estais, creyendo que el enfermo
no puede tener cura y que se muere;
mas teneis el remedio en vuestra mano....
*no le dejeis bajar á nuestras playas!*»

Todos vieron resuelto ya el problema....
juntáronse en la playa bien armados;
y Nicuesa, orgulloso, desde el bote,
mirando á todo el pueblo en la ribera,
á bajar disponíase, entre aplausos,
cuando escuchó una voz, que en alto acento
le intimó:—que partiera de la rada,
y á su *Nombre de Dios* hiciese rumbo.—
Siguiéronse á esta voz, *mueras, silbidos*,
y amenazas con puños y las armas.

Quedó Nicuesa herido, cual si un rayo
hubiérale privado de la vida;
mas repuesto, después de tal asombro,
pidió, desde su bote á la pueblada:

—que á tierra descender se le dejase,
y de esa transición tan repentina
se le diese la causa, pues estaba
dispuesto á complacer al pueblo en todo;—
mas el pueblo, irritado y sin oirle,
dirigiéndole insultos proseguía;
y abatido, y entrada ya la noche,
volvióse á su bajel; pero en la playa
tornó al día siguiente á presentarse,
imaginando, que el voluble pueblo
hubiese de opinión cambiado en horas.

Y hubo, en efecto, al parecer cambiado,
pues á tierra el bajar le permitieron;
mas prenderle trataron en seguida:
apeló, entonces á sus piés Nicuesa,
antes que doblegarse á aquel chusmaje;
y como era muy ágil y ligero,
pudo á todos ganar la delantera,
y en las tupidas selvas ocultarse.

Compadecido Nuñez de Balboa
que así hubiesen burlado á un caballero,
y que él lo permitiera, siendo noble,
pues cual noble debía darle ayuda,
sintió el impulso dado á aquella plebe,
no imaginando, que llegase á tanto,
la excitación y furia, que mostraba:
y á ruegos de Nicuesa vió á Zamudio,
para que al populacho apaciguara,
pues díjole:—que ya no pretendía
que como á jefe allí le recibiesen,
sino, que aún cargado de cadenas,
morir allí tranquilo le dejasen,
antes que perecer de hambre y de desprecio,
en el *Nombre de Dios*, tan malhadado;—
mas temiendo perder su mando y vara
el alcalde Zamudio, hízose sordo
de su amigo Balboa á las instancias;
y dejó que un Francisco de Benítez,
*levantador de muertos* y tunante,
comenzase, juntando al populacho,
de Nicuesa y sus ruegos á mofarse,
arengando furioso, y proponiendo
ir á buscarle, para darle muerte;
y ya irritado Nuñez de Balboa
de sus sarcasmos, y su acción cobarde,
quiso hacerle callar; pero Benítez,
como si ébrio o demente se encontrara,
así exclamó, con descompuestas voces:
«¡No...jamás, que á hombres viles, cual Nicuesa,
vive Dios, no debemos admitirlos,
ni permitir que á deshonrarnos lleguen!»

Ya no pudiendo Nuñez de Balboa
soportar de ese insano la insolencia,
dispuso que le dieran *cien azotes*,
los que aplicados fueron en seguida,
y antes que el otro alcalde interviniese;
y dejó al orador y ébrio Benítez
este santo remedio muy tranquilo,
como dejan al niño mal criado
los pellizcos del dómine severo.

A Nicuesa mandó decir Balboa:
—que tornase á su buque y no volviese,
hasta que él le avisara, pues temía
que á buscarle á las selvas fuese el pueblo,
porque más exaltado se encontraba.—

Hízolo así Nicuesa; mas Zamudio
urdiendo, cual villano, una perfidia,
al punto le escribió:—que como alcalde,
dispuesto estaba á trasferirle el mando,
pues ya en ello conforme estaba el pueblo,
y que bajara de él á recibirse.—

No soñando Nicuesa en su hidalguía,
*tan negra avilantez*, en un alcalde,
bajó confiado á tierra, y en la playa,
cercándolo Zamudio con su gente,
pidióle que jurara:—que en el acto
haríase á la vela para España,
presentándose al rey ó á su consejo,
y de no, que allí muerte le darían.—

Pero en vano Nicuesa ver les hizo;
—que él era allí del rey representante,
y ellos eran tan solo los traidores;
mas que tierra y gobierno les dejaba,
si por humanidad, á él y los suyos,
les daban hospedaje únicamente.—

Se irritó, mas el grupo al escucharle,
y temiendo Nicuesa por su vida,
tuvo al fin que jurar, y fué llevado
al más desmantelado y viejo buque;
y unas malas y escasas provisiones
solo le dieron *para pocos días*,
forzándole partir, sin más demora.

Y *diezisiete* servidores fieles,
voluntarios entraron en el buque,
resueltos á salvarle en esos mares,
ó con él perecer, como españoles,
que su deber sagrado no olvidaban,
á su jefe, hasta lo último, siguiendo.

Partió la nave *en mil quinientos once,*
*el primero de Marzo*, navegando
por el Caribe mar á la Española,
y ya nada volvióse á saber de ella.

Díjose *años después* que recorriendo
las riberas de Cuba unos bajeles,
esta inscripción hallaron en un tronco:
*Aquí yace Nicuesa, el desdichado,*
presumiéndose de ella que murieron
Nicuesa y sus fieles servidores
de miseria, ó manos de los indios;
sin embargo, las Casas nos refiere:
—que él pasó con don Diego de Velazquez,
*ese mismo año* á conquistar á Cuba,
y nada allí se dijo de tal cosa,
por lo que se supone que es incierto,
más bien creyendo que en el mar Caribe
el inservible buque zozobrase,
ó de hambre y sed hubiesen fenecido;
pues que de provisiones carecían
para llegar aún á la Española.—
Y también manifiesta el digno obispo:
—que díjole un astrólogo á Nicuesa,
*que no saliera al mar, en cierto día,*
*porque el viaje seríale funesto,*
de cuyo aviso, el jefe temerario,
haciéndose á la mar, quiso burlarse;—
y dice que recuerda:—que un cometa
se observó en la Española, por entonces,
una espada pendiente de su cola;
y que había un buen fraile aconsejado
á muchos de los que iban á embarcarse,
el que no se asociaran á ese jefe,
porque su triste fin marcaba el cielo;—
y concluye diciendo:—que otro tanto
de Alonso Ojeda púdose haber dicho,
que por la misma época partiera,
y prosiguió en el mar el mismo rumbo,
y que no obstante, falleció en su lecho.—

# XIII

## 1511

Como derrumba destructor el tiempo
á un antiguo castillo,
y redúcelo á escombros y pavesa,
ó rómpese en el yunque un gran martillo;
así Ojeda y Nicuesa
perecieron, luchando en la desgracia;
y entonces, Vasco Nuñez de Balboa,
comprendió, con su clara suspicacia,
—ya él solo de Darien en la palestra,
porque era Enciso para él un cero,—
*que al español seduce, con su brillo,*
*el valor y la audacia*
de la que se levanta altiva diestra
de noble caballero;
y que él podría ser ese caudillo,
temido y adorado,
que en Darien inmortal su nombre hiciese,
con hechos memorables,
y surgir de la nada se le viese,
al frente de esos hombres incansables;
y tal juicio, en verdad, era acertado,
y el demostrarlo le era muy sencillo,
pues estaba dotado
de eximias y brillantes cualidades,
para llegar á ser un gran caudillo,
en aquellas sonrientes soledades,
que un sol de amores con ternura baña,
y su azul cielo cariñoso riega,
como el ardiente beso de un amante,
que ciego y delirante,
á complacer á su ídolo se entrega,
y de una en otra hazaña,
ir subiendo, triunfante,
del istmo Panamá á la alta montaña,
donde vése *su sombra de gigante,*
legando ese caudillo
otro preclaro timbre para España,
con su preclaro nombre, gloria y brillo.

Pero no bien partió el pobre Nicuesa,
cuando volvióse todo un nuevo infierno,
entre esa gente díscola y traviesa,
al tratar de formar allí un gobierno:
diversas opiniones,
entre diversas formas discutían,
que á los más necios, cándidos ú obtusos,
de admiración ó gozo estremecían,
y dejaban absortos y confusos;
y los que por peritos se tenían,
buscando perfecciones,

comentaban las leyes y los usos
de asiáticos, de griegos y romanos,
que niños siendo, oyeron
contar y discutir á los ancianos,
cuando el *catón* del dómine aprendieron:
por tal sistema algunos abogaban,
su bondad entonando en una loa,
creyendo cualquier otro inoportuno:
muchos de ellos estaban
por no aceptar ninguno,
y vivir, como en otro paraíso,
sin gobierno, ni leyes, ni tribuno:
otros á Vasco Nuñez de Balboa,
por patriarca de aquellas soledades,
proclamar intentaban,
como en tiempos de bíblicas edades;
quienes, con toda flema,
pedían de improviso,
algún nuevo sistema,
cual pide un orador un nuevo inciso;
y algunos presumieron
ver saltar al gobierno alguna boa,
que fuese á todos ellos devorando;
y todos peroraron, discutieron,
y después de charlar, se convinieron
en dar de jefe el mando
á Nuñez de Balboa,
su pericia entonando en una loa;
tal cosa al fin se hizo,
á Balboa por jefe proclamando,
por merecer de todos el aprecio:
púsose preso al bachiller Enciso,
por refractario y ocultar el oro;
y Enciso, enfurecido, cual un toro,
reclamaba su puesto, como un necio,
y luego apelar quiso
á las formas jurídicas del foro;
pero siendo los trámites legales
*allí una cosa extraña,*
donde no habían jueces ni letrados,
pero sí aventureros y soldados
y muchos criminales,
le quitaron el oro,
y salir le dejaron para España,
lo que algunos juzgaron de imprudencia,
con más tino que ciencia,
en busca de los altos tribunales,
pues allí no valían
su derecho, sus ínfulas ni estudio,
pero como temían
que en España entablase
sus quejas y reclamos,
y á todos en Darien perjudicase,
el suspicaz Balboa, de exprofeso,
lo mandó acompañado de Zamudio,
también muy complicado en el suceso:
—para que ponderase sus servicios,
contestara al proceso.
y le hiciera presente á su monarca
los grandes sacrificios,
y adelantos que hacía en la comarca,
y el mucho oro, que iríale mandando.—

Y mandó á don Miguel de Pasamonte,
que gozaba la gracia de Fernando
en toda la Española,
donde era tesorero,
una muy buena cantidad de oro,
como *primer presente* al caballero
y su amigo sincero,
y no para que entrase en el tesoro:
y así, por el momento,
presumió despejar el horizonte,
halagando á su rey, el avariento,
y comprando el favor de Pasamonte.

No á ser gobernador de aquella tierra
aspiró Vasco Nuñez de Balboa,
para hacer á los indios cruda guerra,
y atesorar el oro, codicioso,
y mandar y gozar de ese alto puesto,
cual vulgar vanidoso;
sino, porque anhelaba,
á su gente poner de manifiesto,
que él lo merecía, y que á ellá honraba,
para todo encontrándose dispuesto:
y que si antes, *saliendo de una pipa,*
fué su extraña conducta algo irrisoria,
pasando por un truan ó algún demente,
puede el genio triunfar, y se emancipa
de su destino adverso;
y alzándose potente,
dar á su patria gloria,
al hacerse aplaudir del Universo!
La intuición de su genio, aún no probado,
la recóndita voz del heroísmo,
y el ensueño dorado
de una noble ambición de gloria y nombre,
confianza le inspiraron en sí mismo,
y alzóse, sobre todos, aquel hombre,
incansable, de genio, audaz y vivo,
de alma gigante y corazón de fuego;
y empezó el gran Balboa, desde luego,
á mostrar su pericia y genio activo,
hasta ser las fatigas su sosiego,
y la anhelada gloria su objetivo.

Oyó decir que en Cóiba,

provincia que distaba
de la Antigua, *como unas treinta leguas*,
el oro en abundancia se encontraba;
y mandó con *seis hombres* á Pizarro,
que á esa tierra explorase,
y ganarse al cacique procurase;
mas apenas *tres leguas*, río arriba,
habrían caminado,
por ese virgen suelo, tan callado,
cuando bajó agresiva
la hueste de Cemaco, de una altura,
y acometió furiosa
á Pizarro y su gente,
con extraña osadía;
pero el grupo valiente
á la hueste corrió hasta la espesura,
hiriendo y dando muerte á muchos indios;
mas otra vez rehechas
las falanjes salvajes,
tuvieron que alejarse velozmente
de una lluvia acosados de mil flechas,
disparadas de altísimos herbajes;
pero Francisco Hernán, un buen soldado,
quedó en el campo herido;
y el piquete, acosado,
y de sangre cubierto,
y por la retaguardia perseguido,
pudo entrar en la Antigua, medio muerto.

Mas Nuñez de Balboa, despechado,
al saber que un soldado,
dejaron en el campo sin socorro,
y á la ciudad entraron fugitivos,
llamó al jefe y le dijo: —«¿Así Pizarro
deja ya abandonado á un buen cachorro,
cuando para lidiar tiene otros vivos?
¡No, no perdais de militar bizarro,
entre los indios vuestra buena fama:
por donde habeis venido
volved con el piquete.... Hernán os llama!»
Salió Pizarro y trajo á Hernán herido,
sirviéndole sus brazos de cojines.

Y compasivo Nuñez de Balboa,
despachó á gran priesa
para Nombre de Dios *dos* bergantines,
en busca de la gente de Nicuesa,
la que ya en aquel suelo,
creyéndose del mundo abandonada,
sus manos alzó al cielo,
al mirarse en los buques embarcada,
y ver, que todavía,
para ella en el mundo,
el sol de la existencia relucía:
y viniendo del istmo por la costa,
*dos cristianos* hallaron,
que *un año y medio* hacía,
buscando algún abrigo,
á esa costa de Cóiba se fugaron
de un buque de Nicuesa,
huyendo del castigo:
grande fué de unos y otros la sorpresa,
y más de los viajeros,
al ver á sus paisanos pintorreados,
y cual los indios, presentarse en cueros,
y por el sol tostados,
y su sexo ocultar con caracoles:
y estos ya semi-indios ó españoles,
que allí vivían en quietud completa,
como en verde pradera altivos potros,
pasando cada cual por un profeta,
dijeron á los otros,
negra traición haciendo al hospedaje:
—que el cacique llamábase Careta,
y de oro y provisiones
tenía gran acopio;
y que podrían ellos y su jefe
hacer todo eso propio,
haciendo una escursión de paz ó guerra,
y ponerle, además, contribuciones:
y que uno de los dos se embarcaría,
para que la invasión, siendo por tierra,
sirviérales de guía;
y el otro quedaría,
para que nada allí se desconfiase
de tales intenciones,
y el sitio del botín les indicase.—

Y aceptaron aquellas sugestiones,
con intenso placer los navegantes,
y así el plan se convino:
embarcóse uno de los dos tunantes,
y ráudos los bajeles,
impelidos por viento favorable,
para Darien siguieron su camino,
soñando sorprender á los infieles,
y adquirir un botín considerable.

# XIV

## 1511

Con júbilo indencible,
del cristiano semi-indio, que llegó,
escuchara Balboa
la exacta é interesante narración,
que trazóle de Cóiba,
y de varias provincias en redor:

—Que Careta tenía
oro y provisiones á granel,
en grandes almacenes,
y los otros limítrofes también;
y que buenos aliados,
sin gran dificultad, podrían ser.—

Y Nuñez de Balboa,
pensando ya del rey poder saciar,
la notaria codicia,
con *ciento treinta* hombres salió audaz,
y *sus dos* bergantines,
de Cóiba á la provincia, por el mar.

El buen indio Careta
á Balboa hospedó en su población:
hízole mil obsequios,
y su fiel amistad le prometió;
y hallábase indefenso,
sin llegar á abrigar ningún temor.

Pidió Balboa al indio
del buen acopio alguna cantidad,
mas dijo:—que no estando
con el otro cacique Ponce en paz,
faltábale el acopio,
pues no pudo su tierra cultivar.—

Entonces á Balboa
el guía tal engaño le hizo ver,
y díjole:—fingiese,
que se iba con la gente á su bajel,
y hacia la media noche
entrasen á asaltar el almacén.—

Así lo hizo el caudillo:
entró al pueblo y sacó un rico botín;
mandó todo á su buque,
y nadie pudo en la sorpresa huir,
ni Careta y sus hijos,
ni sus mujeres escapar de allí.

Partió con las dos naves
y tan rico botín para Darien;
y todos sus soldados
llegaron en Balboa á conocer,
que era el solo caudillo,
que tenían de genio é intrepidez.

Y el pobre cacique,
llorando, infeliz,
al noble Balboa
pregúntale así:
¿Qué te hice, oh cristiano,
é insigne adalid?
¿Por qué los furores
esgrimes en mí
de espadas y rayos,
con furia febril?
¿Mi pan y mi choza
acaso escondí
á tí y á los tuyos,
en este país?
¿No he dádote, al punto
valiente adalid,
mi hamaca y sirvientes
y joyas, sin fin?
Entonces, cristiano,
¿en qué te ofendí?
si acaso otras joyas
guardé y no te dí,
ya todas las tienes,
y no hay que pedir,
ni darte otras puedo;
mas déjamé, sí,
las joyas queridas,
que me hacen vivir....
las joyas del alma,
que miras aquí....
mis hijos.... mujeres,
que me hacen feliz!

Si quieres, que amigos
lleguemos á ser,
ordena que libres

mis tribus estén,
mis hijos, mujeres
y aldeas también;
y el oro y acopio,
que pueda yo hacer,
á tí y á los tuyos
por siempre daré;
y tú, con tus rayos
é inmenso poder,
podrás del de Ponca
domar la altivez.
Seremos amigos,
y yo te diré
do muchos tesoros
se pueden tener.
Acepta, oh caudillo,
acepta mi fe,
y á mi hija, más pura
que el sol al nacer,
de esposa y de amiga,
desde hoy te daré.
¡Es bella.... es muy bella....
oh, mírala bien!
Si somos amigos,
desde hoy tuya es.
¿Qué prenda más santa
podrías tener,
ni darte podrían
mi aprecio y mi fé?»

Y Nuñes de Balboa, enternecido,
la plática al oir
de ese pobre cacique, que creía,
que con poder ser libre, era feliz;
y la modestía al ver y la dulzura
de aquella tierna niña angelical,
que el padre le ofrecía
y entre los indios era una beldad;
estrechó al buen Careta entre sus brazos,
su amistad aceptó,
y prometióle:—que saldría en breve
su rival á vencer, sin condición;—
tomó á la joven india por esposa,
y la llegó á querer
hasta el último instante de su vida,
por su beldad, talento y lucidez;
llamóla su Ventura....
mas si ella fué su amor y dicha allí,
también él, infelice,
por ese puro amor, llegó á morir!

Permaneció el cacique y su familia
*tres días* en Darien,
y mostróles Balboa
el más grande bajel,
armas, arcabuces y espingardas,
que hizo disparar,
y mandó, que los músicos tocasen
algún himno marcial,
trozos alegres, tiernas melodías,
que oyeron con temor y con placer:
y cuentas, cascabeles y otros dijes
repartió á cada infiel;
y marchóse el cacique con sus indios,
contento y sin temor,
dejando á su hija amada,
y acopios prometiendo al español.

Con su amigo Colmenares
y *unos ochenta hombres* de armas,
hízose á la mar Balboa,
para cumplir su palabra
al buen cacique Careta,
padre de su bella amada:
iba á las tierras de Ponca,
y fondeó y bajó á sus playas;
pero este indio y sus tribus,
sin presentarle batalla,
habiendo ya oído hablar
de sus hechos y arrogancia,
y al ver su bélico aspecto,
huyeron á las montañas,
y sus aldeas dejaron
en seguida abandonadas:
las tierras taló Balboa,
sin que resistencia hallara,
haciendo un rico botín,
y saqueando las cabañas:
embarcó todo en su nave,
pues cuanto antes anhelaba
ver florecer su colonia,
sin que nada le faltara,
y cual hombre previsor,
de ella, ante todo cuidaba;
y regresó para Cóiba,
donde él y toda su armada
fueron muy bien recibidos,
al saber que á las montañas
se había Ponca internado,
y que de él libres se hallaban.

Dijo Careta á Balboa:
—que en la provincia cercana
el buen cacique Comagre
con *sus siete hijos* moraba;
y que quería tratarle,
y que implorando su gracia,
su protección y consejos,

con su amistad le brindaba;
porque hasta allá se sabían
sus grandes hechos y fama;—
y pidióle que allá fuera,
y esa amistad aceptara,
porque Comagre tenía
mucho oro y muchas cabañas,
de víveres y riquezas
todas ellas atestadas.

Y aceptando tal oferta,
púsose Balboa en marcha
para el reino de Comagre,
que al pie de una alta montaña
y en deliciosa llanura,
siempre verde y cultivada,
*doce leguas* se estendía,
y en paz su gente moraba:
tendría de población
*poco más de diez mil almas*,
y *como tres mil arqueros*,
y buenas rústicas casas,
como hasta entonces no hallaron;
y la del cacique estaba
de un alto muro de piedra
perfectamente cercada
y con cierto arte construída;
y *ciento cincuenta varas*
el largo de ella sería,
y *ochenta* de ancho y techada
de bien pulidas maderas,
cosa que hallar no pensaban
los avaros invasores,
en tal salvajes comarcas;
y hallábase repartida
entre otras viviendas varias,
donde el pan, maiz, bebidas,
carne de venado y grasa,
y otros varios alimentos
por divisiones guardaban,
todo muy bien preparado,
como todo en abundancia;
y una vida patriarcal
pasábase en su comarca
el venturoso cacique,
y su respetuosa indiada.

Y de sus antepasados,
en gran recóndita sala,
los secos intactos cuerpos
el cacique conservaba,
con religioso cariño,
cubiertos con ricas mantas,
de chapas de oro y de perlas,
con rico primor bordadas;
y de piedras trasparentes,
finas, de color y claras,
y caracoles y conchas,
bruñidas, tornasoladas,
y cien tallados objetos,
las paredes adornaban
de esa mansión de la muerte,
á la muerte consagrada!

## XV

## 1511 y 1512

Con sus hijos y mujeres,
doncellas, niños y ancianos,
salió á recibir Comagre
á Balboa y sus soldados;
y á Balboa y Colmenares,
en su gran casa hospedando,
con afecto cariñoso,
les presentó su regalo,
*como diez arrobas de oro*,
ora en objetos labrados,
ora en pedazos en bruto,
y ricos adornos varios;
pues no ignoraba el cacique
la avidez de los cristianos
por este metal precioso,
y quiso de oro colmarlos,
antes, que como otras tribus,
verse el también despojado,
no solo de ese oro inútil,
sino de su tierra y mando.

Y después que todo el oro
se hubo fielmente pesado,
mandó Balboa que el quinto,
cual se hacía en tales casos
para el rey se separase,

y prosiguiese el reparto;
mas cada cual presumía
haberse mejor portado
que sus otros compañeros,
aunque tuviesen más grado,
y creíase acreedor
é otros más grandes pedazos,
y que tuvieran más peso,
que aquellos adjudicados,
según su clase y servicios:
difícil era el reparto,
y dió orígen á disputas,
que acaloraron los ánimos.

El cacique, sus mujeres
y sus hijos, asombrados,
la disputa contemplaban
de aquellos hombres avaros,
que por unas piedras de oro
se iban casi ya á las manos,
aunque sin duda era el móvil
el amor propio ultrajado,
cuando de Comagre el hijo,
que era el mayor y gallardo,
hervir sintiendo su sangre,
por tal miseria indignado,
se adelantó á la balanza,
y dió en ella *un puñetazo*,
haciendo saltar el oro,
que ocasionaba el escándalo,
y dirigiéndose al jefe,
de este modo hablóle osado:

«Por tal bagatela,
¿por qué disputais?
¡Si vuestros hogares
os hizo dejar
la sed y ansia de este
dorado metal,
yo puedo llevaros
donde hay mucho más!
Y *al Sud señalando*
les dijo: «Mirad....
*seis soles* os bastan
de viaje hasta allá,
y una alta montaña
se llega á encontrar,
do existen cien tribus,
que el oro os darán:
subiendo á su cumbre,
*vereis un gran mar*,
que surcan bajeles,
que bogan en paz,
por islas y costas,
do van á buscar
el oro y las perlas,
que tanto anhelais:
subiendo á la cumbre,
se mira *al gran mar*,
y tierras y pueblos
se ven más allá,
que tienen vajillas
del rico metal,
y do más abunda,
que el negro, que usais,
en vuestros cañones,
espada y puñal.»
Y al Sud indicando,
les dijo: «Mirad....
*seis soles* os bastan
de marcha no más;
y puedo llevaros
á todos allá,
y desde la cumbre
*vereis al gran mar*,
que baña á cien pueblos,
que viven en paz,
y tienen riquezas
que asombra el mirar,
y más opulentos
no visteis jamás.»

Asombrado oyó Nuñez de Balboa
del hijo del cacique
aquella narración,
de igual modo que el indio, en su canoa,
asombrado veía el muro y dique,
de un bajel español.

Y se informó de todo cuanto pudo
y servirle creía,
para ir hasta el otro opuesto mar;
y juró para sí:—que aún desnudo,
y él, hasta solo iría,
tan gran descubrimiento á realizar! –

Y ya creyó Balboa haber hallado
el oculto sendero,
que Cristóbal Colón,
para ir á las Indias, denodado,
en su viaje postrero,
con ciego afán buscó.

Díjole el joven indio, sin rodeos,
de Balboa avivando los deseos,
y de esa ávida gente la esperanza:
—que para conseguir
buen éxito en la empresa, y sin tardanza,

y poder garantir
contra cualquier evento su decoro,
*aún más soldados, que pedazos de oro*
*había en la balanza,*
debiéranle seguir;
pues que muchos caciques poderosos
saldríanle al encuentro,
entre ellos el feroz Tubanamá;
porque aquel era el centro,
en medio de dos mares procelosos,
de la indígena tribu más audaz;
que oro y perlas allá recogerían,
en las chozas y arenas,
sin gran dificultad;
mas que también tendrían,
entre contínuas y terribles penas,
mucho que pelear,
antes de ver las aguas muy serenas,
de aquel oculto y majestuoso mar.—

Y Nuñez de Balboa oyó *asombrado*
aquella relación;
y sintió nueva vida en su existencia,
cual su divina esencia
hubiese, con su gracia, perfumado
su alma ardiente, sensible
y heróico corazón;
y la luz de la gloria inmarcesible,
cual ráudo meteoro,
y no torpe ambición
de perlas ni de oro,
hízole de la gloria ver la palma,
y no ya el desgraciado aventurero,
sino el erguido y noble caballero,
sintió en todo su sér
la grandeza de su alma,
y esa fuerza adormida,
que hasta entonces, incógnita y perdida,
no llegó su gran genio á conocer,
ó no tuvo, hasta entonces, escenario,
do sus hechos, en libro legendario,
llegáranse á grabar y recoger:
su espíritu elevóse,
por Dios purificado, ennoblecido,
tal obra al emprender:
grande, entonces, sintióse
en aquel nuevo mundo, bendecido,
y grande por la gloria quiso ser!!!

Y cual perenne y encendida tea
que no logra apagar el vendaval,
así la gran idea
de descubrir aquel oculto mar,
desde entonces, perenne y con grandeza,
germinó de Balboa en la cabeza,
con incansable afan.

Y Nuñez de Balboa
para Darien apresuró su vuelta,
su empresa meditando,
á conducirla á cabo, ya resuelta
su firme voluntad:
y queriendo dejar entre esa gente
de Cristo la evangélica simiente,
hizo antes bautizar
á Careta, poniéndole *Fernando*,
y *Carlos* á Comagre:
y á muchos de los indios asimismo,
por el clérigo Vera hizo aplicar,
no el óleo que no había.... ni aún vinagre,
sino la agua corriente del bautismo,
como San Juan á Cristo, en el Jordán.

No hacía muchos días que Balboa
hallábase en Darien,
cuando á Valdivia, en su pequeña nave
vieron aparecer;
mas como las tormentas y las lluvias
duraron *más de un mes*,
las tiernas sementeras de las huertas
echáronse á perder,
y muy pronto el repuesto de Valdivia
llegóse á consumir;
y dispuso Balboa por tal causa:
—que volviese á salir
ya *por segunda vez* á la Española,
en otro bergantín,
trayendo las simientes necesarias,
para sembrar allí.—

Y entusiasmado, dábales noticias
á don Diego Colón,
del nuevo mar, que descubrir pensaba,
del Sur en la región,
rogándole, que al rey le demandase,
como único favor,
*unos mil hombres* que precisos eran
para esa expedición;
porque ese número era el calculado
con uniformidad,
por Comagre, Careta y otros indios,
para poder llegar,
venciendo grandes tribus aguerridas,
al istmo Panamá,
y ver desde su cumbre pedregosa,
del Sur el nuevo mar
*unos quince mil duros* remitióle,
como el quinto del rey,

mandando algún dinero á otros colonos,
para pagar también
sus atrasadas deudas en España,
haciendo á todos ver,
que ser feliz y rica prometía
la *Antigua Darien*.

Pero plazca ó no plazca á mis lectores,
debo yo, cual exacto historiador,
hacer, como en la escena los actores,
un *aparte* ellos, yo, una *digresión*.

El viaje desgraciado de Valdivia
entro con laconismo á bosquejar,
pues más que si cruzado hubiese á Libia,
padeció con su gente en Yucatán.

Y antes que el gran BALBOA escale osado
las empinadas cimas de Darien,
debo, aunque sea en cuadro mal trazado,
sus tribus y usos bosquejar también.

# XVI

## 1512 hasta 1516

Presuroso, con rumbo á la Española,
salió Valdivia: *veinte* hombres llevaba,
tripulando su nave: entre ellos iba
*Jerónimo Aguilar*, buen sacerdote,
para Santo Domingo de regreso;
y bendiciendo al cielo, hasta Jamáica,
por su dichoso viaje fueron todos;
mas al llegar allí, los huracanes,
tan frecuentes en esas latitudes,
á la nave, entre escollos y bajíos,
que llamaban las *Víboras*, llevaron,
y célebres se hicieron, desde entonces,
por los muchos naufragios ocurridos:
y allí, pedazos mil se hizo la nave,
pudiendo apenas, en pequeño bote,
arrojarse Valdivia con su gente,
sin poder trasbordar víveres ni agua.

*Trece días* larguísimos y errantes
bogaron á merced de las corrientes,
y *siete* desdichados perecieron
de hambre y sed y calor, entre torturas:
arrojóles el mar en una costa,
hacia el lado Este y Yucatán llamada,
y nombrábase *Maya* esa provincia.

Al bote los indígenas rompieron,
y los míseros náufragos, postrados,
fueron luego á la aldea conducidos,
donde mandó encerrarlos el cacique,
en una fuerte jaula, como á fieras,
dándoles diariamente y con regalo,
que comer y beber, en abundancia,
y mantas de algodón para cubrirse.

Así á restablecerse comenzaron,
y después á engrosar notablemente,
por la enjaulada vida, que llevaban;
pero en breve trocóse en amargura
esa vida indolente y de regalo;
pues designó el cacique:—que Valdivia
y sus cuatro más gruesos compañeros,
á sus ídolos fuesen, en ofrenda,
en el pagano altar sacrificados.—

Hízose así; y después, en gran orgía,
los mutilados miembros se comieron,
cantando *aréitos*, entre alegres danzas,
y profiriendo aullidos, tan terribles,
que llenaron de horror á los cristianos,
yerta sintiendo su parada sangre,
sin poder pronunciar palabra alguna;
mas luego el miedo acrecentó sus fuerzas,
y rompiendo los palos del encierro,
cuando los ébrios indios dormitaban,
corrieron á ocultarse entre los montes,
do vagaron hambrientos y desnudos;
pero al fin, fatigados de esa vida
de soledad, miserias y abandono,
trataron de llegar á otra comarca,
donde hízoles cautivo otro cacique,
que en los duros trabajos de desmontes,
y maderas llevar de gran distancia,
los ocupaba, sin cesar, á todos;
y *solo dos* sobrevivir pudieron
al trabajo excesivo y duro trato,
que hiciérales sufrir aquella tribu.

Espiró al poco tiempo aquel cacique,

y otro, Tasmár llamado, sucedióle,
que era cruel también y más astuto,
é hizo á los dos pasar iguales penas;
mas solo quedó en breve á su servicio
Jerónimo Aguilar, *el sacerdote*,
pues Gonzalo Guerrero, que era el otro,
valiente, osado y diestro marinero,
á la provincia Chatemál, vecina,
logró escapar, do tanto á su cacique,
sirvió con sus proezas y estratégia,
en las contínuas guerras, que tenía,
y tanto, al fin, cundiendo fué su fama,
que una princesa india y poderosa
le dió su mano, de él enamorada;
y la suerte, por fin, premió sus hechos,
adoptando Guerrero las costumbres
de los indios, en *jefe* convertidó.

El clérigo Aguilar, por su obediencia,
sencillez, castidad y el juramento
de resistir á esas *gentiles ninfas*,
que en los campos tentábanle, livianas,
lindas Evas, sus formas ostentando,
el antítesis era de Guerrero;
pues sus ojos bajaba, haciendo cruces,
ante aquellos encantos juveniles,
y satánicos goces de la carne,
solo por ciertos santos resistidos,
—lo que me hace dudar, que fuera joven,
y me hace suponer que fuera viejo;
pues *ni una sola vez* hubo pecado,
entre aquellas mujeres tentadoras,
según así *su historia lo asegura*;—
y al ver ellas, absortas, sus desdenes,
y heridas al sufrir su indiferencia,
mas curiosas sus ánsias redoblaban,
siguiéndole, lascivas, por do quiera,
sin poder conseguir que aquel cristiano
pecase *alguna vez*, ó diera indicio
de sentir los deseos naturales,
que siempre un sexo al otro sexo inspira.

Y sorprendido,—como yo,—el cacique
de aquella castidad y su obediencia,
y del valor estóico, que mostraba
al ver guerrear unas y otras tribus,
quiso, pues, someterle á duras pruebas,
antes de concederle esa confianza,
que íbanle ya inspirando las virtudes
del humilde Aguilar, siempre obediente,
y sabio consejero del cacique,
cuando algún grave asunto complicado,
consultar le solía, entre sus dudas:
y quiso, pues, Tasmár probar un día,
si era en verdad valiente ese extranjero;
y un día que sus indios belicosos
se entretenían en tirar á un punto,
díjole un tirador, que envió el cacique:
«¿Ves cómo aciertan todos en el blanco?
Dime, que harías, si tu boca y ojos
poner ahora de blanco nos pluguiese?»
Y el humilde Aguillar, sin inmutarse,
sonriendo al punto, contestóle al indio:
«Yo vuestro esclavo soy, podeis mandarlo,
y me pondré de blanco en el instante;
pero sois por demás sabios y humanos,
para dar así muerte á un infelice,
que cuanto inofensivo os será útil.»
Mucho agradó al cacique la respuesta,
que el tirador corrió á comunicarle.

Y otro día Tasmár, probar queriendo
la castidad pasmosa de aquel hombre,
que imposible tal vez le pareciera,
y cuya resistencia á los hechizos
del amor y sus goces, no alcanzaba
que conseguir pudiera ser humano,
á pesar de otras pruebas anteriores,
á que había al cristiano sometido,
dispuso:—que una joven seductora,
que aún no llegaba *á los catorce años*,
y era bella y de todos codiciada,
fuese con Aguilar á la ribera,
y pasasen allí juntos la noche,
una amaca llevando para entrambos,
para empezar la pesca desde el alba.—

Y prometió el cacique á la doncella:
—hacerla muy feliz y darla un premio,
que entre toda su tribu se envidiase,
si á ese cristiano seducir lograba,
además de la gloria, que obtendría,
de haber únicamente sido ella
la que pudo vencerle y cautivarle,
y entre todas la honrada y preferida;—
pero Aguilar, cual otro *San Antonio*,
a noche al extender su oscuro manto,
suspendió de los árboles la hamaca,
para que sola, y separada en ella,
su frágil tentadora descansase;
y encendiendo una hoguera, reclinóse
en la húmeda arena, y fué pasando
las cuentas del rosario, entre sus rezos;
mas la idólatra joven, rozagante,
y bien por el cacique aleccionada,
incitaba á Aguilar á su regazo,
con sonrosada tez y húmedos ojos,
más ardientes y vivos, que la lumbre,

que su esbelta figura destacaba,
y más abrillantados, que el lucero,
titilando en el alba por Oriente;
y pasóle los brazos por sus hombros,
y buscando sus labios con la boca,
al deleite y caricias le incitaba,
con infantil candor de virgen pura.

¡Oh virtud! ¡Oh virtud! Santo y muy santo
resistióse Aguilar, cual San Antonio,
á aquella tentación irresistible,
y boca abajo púsose en la arena;
pero la ardiente joven, *retozona*,
ya exaltada por lúbricos deseos,
—y *esa curiosidad*, que al sexo hermoso
á tributar inducen sus primicias,
quizá al hombre, que menos las merece,—
hacíale cosquillas, con sus besos,
é intentaba abrazarle, entre sus llamas;
más corría Aguilar, entre las rocas,
ó entre los altos juncos á ocultarse,
*y hallóle la mañana* resistiendo
de Satán á la hija tentadora;
y lívido y convulso de la lucha,
que sufrieron su *espíritu y materia*,
de ella muy lejos comenzó el trabajo,
apenas vió que el sol aparecía;
y concluída su pesca, echóse en hombros
pesca y hamaca, y regresó á la aldea.

¿Pero esto era *virtud* ó *hipocrecía?*
¿Era él más astuto que el cacique,
y no cayó por eso en la celada,
burlando del cacique los intentos?
¿O era, en efecto, un *nuevo San Antonio*,
en aquel sorprendente, *nuevo mundo?*
¡Solo Dios y Aguilar pueden saberlo,
y no quien solo los sucesos narra!

La joven *la verdad* dijo al cacique
de todo lo ocurrido en *esa noche;*
y él, asombrado de virtud tan grande,
y cuya resistencia á los hechizos
del amor y sus goces no alcanzaba,
ni humanamente comprender podía,
*hizo el raro hecho....* y más, entre ellos, *raro*,
repetir por sus criados en el pueblo;
y á Aguilar otorgóle, desde entónces,
su más amplia confianza en los asuntos,
y durante su ausencia en las aldeas,
dejábale encargado del cuidado
de su casa, negocios y mujeres.
¡Triste cosa, por Dios, para aquel santo!
¡Prosáica recompensa á sus virtudes!

Pero viendo aquel santo el pobre premio,
que sus raras virtudes alcanzaban,
y algo más elevado ambicionando,
del marino Guerrero seguir quiso,
para lograr su objeto, el noble ejemplo,
y pidióle á Tasmár:—que le cediera
arco, flechas y clava, y le pusiese
en el mayor peligro en los combates;—
así lo hizo el cacique, y sus proezas,
entre aquellos arqueros adiestrados,
hiciéronle *el primero*, muy en breve;
y Tasmár, con su ayuda, derrotaba
á todos los limítrofes caciques,
hasta que uno, indignado, envió á decirle:
—que con la ayuda solo *de aquel hombre*
de extraña religión, pudo vencerle,
y debía á los dioses inmolarle,
si irritar á los dioses no quería.—
Mas Tasmár contestóle sabiamente:
—que no era tan ingrato ni inhumano
para inmolar aquel con quien vencía;
y puesto que él con Aguilar triunfaba,
mejores eran de Aguilar los dioses,
y no los suyos, á sus ruegos, sordos.—

Exasperó esta réplica al cacique,
y á otros unido, preparóse al punto
á llevar á Tasmár sangrienta guerra;
pero á Tasmár pidiéronle sus huestes:
—que entregase á Aguilar á los contrarios,
antes que á los peligros exponerse
de tener que lidiar con tantas tribus.—
Y ese buen santo conjurando el golpe,
previnole á Tasmár:—que si resuelto
sus consejos seguía en esa guerra,
*triunfar* le haría el Dios de los cristianos;
y que si así no fuese, se ofrecía
del ídolo á morir en sacrificio;—
y el prudente Tasmár siguió el consejo:
—que era dejar entrar al enemigo,
y finjiendo sus huestes en derrota,
salirle de sorpresa á retaguardia,
con sus flecheros ágiles y diestros,
y después, encendiendo largas teas,
ir quemando de atrás á los contrarios.—

Tal se hizo, y Tasmár, ya victorioso,
quedó dueño esclusivo de su estado,
y de otros nuevos pueblos sometidos,
siendo Aguilar el ídolo de todos,
y proclamado *como gran guerrero*.

# XVII

## 1516 hasta 1519

Llegó á Tasmár la nueva:—que una flota
de grandes naves de extendidas alas,
cual si bajaran súbitas del cielo,
encontrábase anclado en la ribera;
que hombres bajaban, blancos y barbudos,
con espadas y lanzas relucientes,
cubiertos de metales brilladores,
y con largas banderas y estandartes,
ígneos rayos lanzando de sus manos,
y nacidos del sol en las regiones,
y entraban á esas costas como dueños,
sin que nadie oponérseles pudiese.—

Era Hernández de Córdoba, que andaba
explorando esas playas con su flota,
y aterró tal noticia á los salvajes,
pues según concienzudos escritores,
que trataron entonces de estos hechos,
aún el recuerdo allí se conservaba
de una fatal y antigua profecía,
que hizo Chilám Cambál, un adivino,
y que á ser cierto, fué tan buen profeta,
como el mejor, que ensalza nuestra biblia:
y esa tal profecía revelaba:
—que hombres blancos, barbudos y de Oriente,
que montaban dragones espantosos,
y expedían centellas de sus manos,
sus cabañas y dioses hollarían,
sojuzgando á esas vírgenes regiones,
al formar con sus rayos densas nubes;
que tratados los indios, como á esclavos,
un solo y nuevo dios adorarían;
y mezclada su raza con la blanca,
extinguiéndose iría en ese suelo,
como dejan los pájaros el bosque,
que va cortando el leñador y asuela.—

Mas alzaron sus anclas los bajeles,
y de Aguilar el gozo disipóse,
como mira el cautivo, que se aleja
la piadosa misión, que con su influjo
ó el oro, comprar pudo su rescate:
tuvo, pues, que ocultar su mucha pena,
fingiéndose al relato indiferente,
y no pudo pensar en escaparse;
porque era por los indios vigilado,
y no quiso infundir sospecha alguna,
temeroso, que fueran á inmolarle.

Y *dos años después*, don Juan Grijalva,
esto es, *en mil quinientos diez y ocho*,
apareció también en esas costas;
pero el pobre Aguilar, lleno de angustias,
no podía intentar el verse libre;
porque era por los indios vijilado,
y temía que fueran á inmolarle;
y perdiendo, ya al fin, toda esperanza,
no dudó, moriría en esa tierra,
donde, si era querido y respetado,
no era, no, aquella idolatrada patria,
donde los ojos al nacer abrimos,
y por la cual, ausentes, suspiramos!

*Siete años*; ¡ay! de esclavitud llevaba
el clérigo Aguilar, entre los indios,
cuando ya, *en mil quinientos diez y nueve*,
*tres nadadores indios*, naturales
de Cozumél, una pequeña isla,
que se halla á cuatro leguas de Cotoche,
una carta en su mano depusieron,
que uno de ellos traía, entre sus trenzas:
era de Hernán Cortés, del gran caudillo,
que con *seiscientos hombres y once naves*,
comenzado ya había la conquista
del poderoso imperio mejicano:
llevándole á esa isla una tormenta,
supo en ella, que habían, tierra adentro,
algunos pocos náufragos cristianos,
y dispuso, al enviarles esa carta:
—que también Diego de Ordaz, con dos naves,
llevase de Cotoche hasta la punta,
á aquellos tres salvajes mensajeros,
y su vuelta *ocho días* esperase,
y en Cozumél después se le reuniesen.—

Leyó Aguilar, con indecible gozo,
aquella extraña carta, entre los indios,
y atónitos quedaron al oirle,
y más, al ver, que tan pequeña hoja,
pudiese trasmitir tantas noticias,
cual hoy quedara atónito un gran sabio
de aquellos de la Grecia memorable,

si pudiera salir de su sepulcro,
con su traje talar y sus sandalias;
y antes que conociera ó presenciara
de Morse el telegráfico sistema,
alguno le dijese:—sin hablarse,
y á través de los mares procelosos,
filosofar ya pueden los mortales,
desde un extremo al otro de la tierra,
cual los peripatéticos lo hacían,
discutiendo en el atrio del Liceo;—
y como él comprendía;—no ya el sabio,
sino el padre Aguilar, que al buen cacique,
á quien tanto servía y estimaba,
causaríale pena su partida,
ó con razón á ella se opusiese:
—el poder formidable exageróle
de esa escuadra, dragones y sus rayos,
invencibles do quier en tierra y mares;
mas que si en él confiaba los arreglos,
con los hijos del sol, le prometía,
que no solo serían sus amigos,
pudiendo así vencer todas las tribus,
que en esa inmensa zona se extendieran,
sino que muchas cosas le darían
de aquellas que encomiaban los tres indios,
y zarandajas, cuentas, cascabeles,
y esas mil bagatelas, que ostentaban.—
Y contento Tasmár le dió licencia
para partir y hacer tales arreglos.

Aún á pesar del tiempo trascurrido,
no olvidaba Aguilar al marinero;
y fiel á la amistad, envió á decirle:
las nuevas placenteras, que tenía,
y á partir á su patria le invitaba;
mas no obstante Guerrero de encontrarse
lleno de dignidades y de honores,
ya tener larga prole, y á su esposa
seguir, agradecido, siempre amando,
sin vacilar hubiérale seguido;
pero habiendo perdido la esperanza
de volver á pisar su patrio suelo,
habíase su cuerpo ya pintado
con indelebles tintas y colores;
y sus labios, nariz y ambas orejas,
caídas y horadadas se encontraban
por adornos y argollas de oro y perlas;
y antes que presentarse de este modo,
y de seguro ser risa y ludibrio
en su amado país, y vivir pobre,
prefirió, pues, quedarse con su esposa,
sus muchos hijos y queridas tribus,
y continuar allí siendo *el primero*,
y no en su tierra *el último y payaso*.

Partieron Aguilar y los tres indios,
y acuitado Tasmár, quedó la ausencia
de su buen consejero lamentando;
aunque de verle pronto entre sus lares,
la esperanza su pena amortiguaba:
á la punta llegaron de Cotoche;
pero de Ordaz habían los bajeles
ya para Cozumél levado el ancla,
pasado el plazo de los *ocho días*,
que Aguilar excedió, con imprudencia,
la respuesta esperando de Guerrero.

Triste ¡ay! desconsolado, por la playa,
lamentaba Aguilar su adversa suerte,
meditando:—¿qué haría en tal momento?—
cuando vió, sumergida entre la arena,
una endeble canoa, abandonada,
que fué en breve sustraída y puesta á flote,
por sus tres serviciales compañeros;
y dos duelas hallaron de una pipa,
que unieron en un palo cada una,
y podían muy bien servir de remos:
y animosos, entrando en la canoa,
y arrostrando las ondas y corrientes,
con rumbo á Cozumél, las cuatro leguas
hacer pudieron, sin contraste alguno,
viendo anclada á lo lejos una nave.

Al bajar á la playa, fatigados,
salióles al encuentro una partida
de la tropa, que en tierra se encontraba,
y huyeron á su vista los tres indios;
pero gritó Aguilar: «Yo soy cristiano,
de aquellos que buscásteis en Cotoche,
y he venido hasta aquí en esa canoa.»
Y cayendo en la tierra de rodillas,
abrió sus brazos, bendiciendo al cielo.

Absortos sus paisanos conocieron,
que era ese hombre español, por el idioma,
no por el largo pelo que tenía,
miembros tostados y desnudo cuerpo,
y arco y morral y flechas en la espalda;
y quiso de Aguilar la buena suerte,
que hallase en Cazumél aquella nave,
que habíase *unos dias* demorado,
reparando en la popa una avería.

Cuando llegó Aguilar á la presencia
del gran Hernán Cortés, que se encontraba
en medio de sus jefes y ayudantes,
ante él dobló sumiso las rodillas,
y dijo, con acento conmovido:
«¡Oh insigne capitán, héme tu esclavo,

que al darme libertad y verme exento
de vivir entre idólatras salvajes,
me habeis dado, señor, más que la vida,
y vos, pues, de mi vida sois el dueño!»

Y el gran conquistador, entre sus brazos,
levantóle del suelo, y en los hombros,
desnudo al verle, púsole su capa
*de listas encarnadas y amarillas*:
y oyó los pormenores de su historia,
de sus muchos trabajos y aventuras,
y exactas descripciones, minuciosas,
de usos y costumbres de los indios,
que eran de utilidad para su empresa,
y le fueron en ella muy importantes;
y al saber que era el náufrago pariente
de Marcos Aguilar, el licenciado,
é íntimo amigo suyo, más cariño
llególe á demostrar; y conociendo
la viveza, el valor é inteligencia
que Aguilar revelaba en la conquista,
solía, ora ocuparle como jefe,
ora como entendido secretario,
ó ya como su intérprete ó enviado,
entre aquellos caciques numerosos;
y en premio de servicios impagables,
á regidor de Méjico ascendióle.

Así sus desventuras y virtudes
pudieron ser al fin recompensadas,
siendo favorecido y respetado;
mas trocóse su dicha en amargura,
*que no hay cumplida dicha en este mundo*,
al llegar á saber al poco tiempo,
la triste suerte de su pobre madre;
pues según Pedro Mártir nos refiere,
cuando esa madre supo, que su hijo,
en una horrible tempestad había
en costas de *caribes* naufragado,
en donde á los cristianos devoraban,
volvióse loca, prorrumpiendo siempre
que á ver llegaba carne asada ó cruda:
«¡Infelice mujer! ¡Mísera madre!
¡Estos son ¡ay! los mutilados miembros
de mi querido hijo, asesinado!
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Yo los veo y no es mentira!»

# XVIII

## 1519

No en el río Darien situada estaba
esa *Santa María de la Antigua*,
según sus fundadores supusieron,
sino sobre uno de sus muchos brazos,
yendo á perderse el último en el golfo;
pues á trescientas leguas de ese pueblo,
y al Sud de las montañas del Anserma,
es donde nace de Darien el río,
que se une en su carrera con el Cáuca,
hasta llegar, por bosques y desiertos,
á las quebradas sierras de Antioquia,
donde el *Cáuca* se pierde y toma el nombre
del *majestuoso río Magdalena;*
y prosigue el Darien, encajonado,
de Abáibe entre las altas cordilleras,
cual un collar de perlas en el cuello
de una erguida matrona, deslumbrante;
y entre raudales dividido al Norte,
de Panamá las aguas recogiendo,
en mil arterias piérdese en el golfo,
que también tiene de Darien el nombre.

En este golfo hallábase situada
la moderna ciudad, y hacia el Oriente;
y la alejaba el golfo *siete leguas*
de la extendida costa y de las tribus,
que por fieros caribes se tenían;
hacia el Norte dilátase el oceano,
ya su oculto misterio descubierto;
y hacia el Oeste el istmo pedregoso,
otro mar ocultando sus montañas;
y del Darien por los diversos brazos,
formando á trechos, bajos y lagunas,
las llanuras del Sud eran cortadas;
mas los valles, que habían al poniente,
entre el río y las altas cordilleras,
hubiéranles bastado á los cristianos
para ser á millares muy dichosos,
con la pesca, la caza y el cultivo;
para todos allí solo buscaban
oro en la tierra y oro entre las tribus,
y á explorar esas tribus se lanzaron.

Mas no eran, no, esas tribus tan feroces,
como otras, que moraban al Oriente,
ni envenenaban sus agudas flechas,
ni los cautivos indios, inmolados,
eran rico manjar á sus instintos;
hacíanlos esclavos, y en la frente
de esclavitud grabábanles la huella;
y las armas, que usaban en las lides,
eran mazas y dardos y macanas;
y á aquel que descollaba ó era herido,
en los encuentros con las otras tribus,
premiábale el cacique con honores,
que eran hasta sus hijos trasmisibles,
ó con alguna joven distinguida,
ó donándole algunas posesiones,
si la carrera bélica seguía;
y de plumas poníanse un penacho,
cuando iban á lidiar en los combates.

A su dios ó deidad llamaban *túira*,
y perfumes, y pan, frutas y flores
en su altar en ofrenda colocaban:
*tequinas* á sus médicos y sabios,
que los triunfos ó males predecían
de las guerras, que el pueblo consultaba;
y muchos de ellos, buenos herbolarios,
con sus yerbas curaban los enfermos.

Eran sus chozas de ramaje y caña,
con un reboque de tupido barro,
y con juncos y cuerdas los ramajes
estirados quedaban y seguros;
de caballete el techo, y bien cubierto
de largas secas pajas y espadañas,
á los vientos y lluvia impenetrable;
y de sitio cambiaban sus aduares,
según las circunstancias y peligros.

En sus siempre llanuras florecientes,
la *yuca*, el *maíz* y la *patata*,
y otros varios productos de la tierra,
en sus verdosas *chacras* cultivaban,
cada mes la cosecha recogiendo;
y dábanles también la caza y pesca
abundante alimento y muy sobrado.

Eran aficionados locamente
á los campestres bailes, que seguían
al son de sus aréitos ó cantares,
y de algún tamboril ó caracoles;
y de dátil, maiz y otros productos
un licor fermentado fabricaban,
que bebiendo en sus bailes prolongados,
dejábalos beodos y rendidos.

Cuando algún gran cacique fallecía,
matábanse sus criados y mujeres,
para servirle siempre en la otra vida,
creyendo, que aquel que no lo hiciera,
tornábase al morir en humo y aire,
no pudiendo gozar de eternas dichas;
y el cuerpo, enjuto al fuego, era colgado
con sus mantas, adornos y coronas,
en reservado nicho á su familia;
ó si en la guerra sucumbía alguno,
y su cuerpo no hallábase en el campo,
á la posteridad sus altos hechos,
en cantos sus aréitos trasmitían.

Desnudos siempre andaban esos indios,
y su sexo los hombres encubrían
con un canuto de oro ó de madera,
ó con un caracol ó algún objeto,
atado por atrás con una cinta:
y desde la cintura hasta los muslos,
un ceñidor usaban las mujeres,
como una muestra del pudor salvaje,
si bien en muchas partes, ni unas ni otros
cosa alguna trataban de encubrirse;
en la nariz y orejas se ponían
pequeños caracoles ó argolluelas,
y en los brazos y piernas brazaletes;
y pintábanse el cuerpo de colores,
echándose el cabello por la espalda,
que era negro y tupido en todos ellos,
y cortado en la frente hasta las cejas;
y pasar muchas horas en el agua,
nadando como peces, era el gusto
de los hombres, mujeres y muchachos:
y cuando por la edad ó la crianza
notaban las mujeres que sus pechos
la consistencia y redondez perdían,
se los alzaban con varillas de oro,
ó especie de corpiño ó corselete,
que en sus hombros, con cintas sujetaban.

Los notables señores y caciques
podían adoptar cuantas mujeres
á sus sensuales gustos convinieran,
viviendo respetados, cual patriarcas;
y el nefando pecado abominable,
si no era general, entre las tribus,
solía en ciertos puntos cometerlo
algún sensual cacique, libertino,
encerrando en serallos á sus mozos,
que en domésticas cosas ocupados,

y adaptando los usos mujeriles,
por voluntad de su señor se hallaban
exentos de las guerras y el trabajo;
aunque allí no eran muchas las faenas,
ya por la exhuberancia de ese suelo,
ya por la sobria vida, que llevaban.

Los súbditos podían divorciarse,
cuando era estéril su mujer, ó cuando
algunos de los cónyujes quería:
y la prostitución no era deshonra
para la joven ni mujer soltera,
no siendo allí el pudor reconocido,
cual prescripción social ni necesaria,
ni cual virtud, como divino dogma:
no era, pues, liviandad en las mujeres,
pronto entregarse á aquel, que sus caricias
por lúbrico placer solicitase;
y juzgaban indigno é indecoroso
el negarse á acceder al que quisiese
gozar de sus halagos y primicias,
y mas, si era algún indio distinguido,
siendo el libertinaje así perenne;
y por no interrumpirlo con sus partos,
para abortar tomaban ciertas yerbas,
muy ufanas las jóvenes diciendo:
—que ellas tenían aún que divertirse,
y hartas las viejas de gozar, pariesen,
entretenidas en cuidar sus chicos.—
Sin embargo, estas jóvenes livianas,
en pos de sus amantes ó su esposo,
á su lado lidiaban en las guerras,
y junto á ellos, con valor morían,
é incansables curaban, cariñosas,
sus heridas y males, como esclavas.

¿Podían esos indios indolentes,
solo entregados á carnales goces,
en la apacible vida de los campos,
y tímidos, sin armas y desnudos,
resistir de Balboa y sus soldados
el viril ardimiento de la guerra,
y de sus armas y poder, los golpes?
No: y ellos bien su estado conocían;
y so pretexto de cambiar sus frutos
por cuentas, cascabeles y otros dijes,
iban á espiar las castellanas huestes;
y deseando que de allí partieran,
á Balboa, afanosos, ponderaban
la muy rica provincia de Dobáiba,
á la margen situada de un gran río,
que hallábase, según ellos decían,
á *unas cuarenta leguas* de distancia,
y del golfo de Uraba en el extremo.

Según la tradición de aquella tierra,
derivábase el nombre de Dobáiba
de una mujer de los primeros tiempos,
que inteligente, bella y poderosa,
la madre fué del sol y de la luna,
y todos los terráqueos elementos:
á su potente voz el trueno y rayo,
flamígeros cruzaban por el orbe;
y á los rebeldes pueblos devastaban,
que de ofenderla el ánimo tuviesen;
mas esparcía, augusta y protectora,
el amor, la abundancia y los placeres
en los otros, que fieles la adoraban:
y que después de muerta se la hicieron
sorprendentes exequias, como á diosa,
y erigiéronla un templo portentoso,
donde anualmente, de lejanos reinos,
depositaban todas sus riquezas,
en ese altar, sacrificando esclavos.
y entapizadas sus paredes de oro
y grandes mantas de algodón, bordadas;
mas que remisa, luego, con el tiempo,
fué la gente olvidando estos deberes;
y la deidad suprema, harto indignada,
envió á los pueblos tan terrible seca,
que agotaronse ríos y lagunas,
hasta que, presurosos nuevamente,
sacrificios y ofrendas la rindieron,
hasta tener á la deidad propicia.
Además, anunciáronle á Balboa:
—que era allí donde estaban esas minas
del dorado metal, que iban buscando.—

Tan nueva descripción, maravillosa,
causó asombro á Balboa y sus legiones,
soñando apoderarse, en un momento,
de todo el oro, que encerraba el templo:
y fascinados de grandezas tantas,
esto pidieron, con clamor profundo,
aquellos aventureros á su jefe,
que arrogantes, audaces, y olvidando
ya sus trabajos y pasadas penas,
se creían á fe, y eran muy dignos,
de subir y escalar al mismo cielo,
que en ese nuevo mundo eran titanes!

Como no era el intrépito Balboa
hombre á quien arredrase empresa alguna,
ni de estar sumergido en la indolencia,
oyó con gusto á su resuelta gente,
que íbale más amando cada día,

de su arrojo esperando grandes cosas:
y como un pasatiempo para ella,
dispuso esa escursión llevar á cabo,
mientras de España ó del virrey llegaban
de tropas el pedido contingente,
para emprender al fin la gran campaña,
que traíale inquieto y pensativo,
ya al presentir su gloria inmarcesible.

# XIX

## 1512

*Ciento setenta hombres* atrevidos
escogió Vasco Nuñez de Balboa,
y con su buen amigo Colmenares,
en *dos naves* partieron, decididos,
á los dorados lares
de la rica Dobáiba, misteriosa,
soñando mil grandezas esa hueste
infatigable, audaz y generosa:
contentos navegaron
*nueve leguas* al Este,
hasta la embocadura de un gran río,
que de *San Juan* llamaron,
pues allí el día de San Juan llegaron;
y á cuyo río luego los ingleses,
en varias excursiones,
que hicieron por aquel golfo de paso,
y también los marinos holandeses,
denominaron *Rio del Atraso*;
aunque después supieron,
que un ramal era del Darien tan solo,
que entra en el golfo y piérdese veloce;
y con estos *tres nombres*, en el día
los llama y reconoce
la historia y geografía.

Con *un tercio* de gente
Colmenares siguió explorando el río;
y por otro ramal entró Balboa,
á todos dando de su arrojo ejemplo,
pues era una de las muchas vías
para llegar al reino refulgente,
donde se hallaba el memorable templo,
según los nuevos guías,
que conocían todos esos ríos;
y recorrió las costas y raudales,
remansos y bajíos,
brazuelos y ramales,
y de la playa, huella una por una,
cual navegante experto
busca el rico puerto,
que es famoso por su oro y su fortuna;
pero solo pantanos y juncales
ó fangosa laguna,
y un territorio extenso, más desierto,
iban do quier hallando, ya por tierra,
y recientes señales
de que los indios, advertidos, huían,
esquivando la guerra,
que do quiera llevaban y seguían
aquellos castellanos;
pues habiendo Cemaco descubierto,
por espías indianos,
esa excursión al reino de Dobáiba,
rápido para allá partió en sigilo,
como quien huye de la espada el filo,
y logró que esa tribu se internase,
sin dejar en el río una canoa,
y toda la ribera abandonase,
al llegar Vasco Nuñez de Balboa;
y á las otras fué á dar la voz de alerta,
cual la dá en los incendios la campana,
logrando en pocos días
así aislar á la hueste castellana;
y en aquella región, muda y desierta,
á Balboa faltáronle los guías,
y también provisiones,
para seguir al interior su empresa;
y del dorado templo las visiones
y mutuas alegrías,
en quebranto trocáronse y sorpresa,
que cual cadáver yerto,
que solo infunde espanto,
hallábase sin vida aquel desierto,
la alegría tornándose en quebranto,
ante aquel desengaño doloroso:
y lento trascurría
un día y otro día,
y más otro tornaba caluroso;
y solo los gorjeos escuchaban
de alondras y turpiales,
que cantando dejaban
de la margen del río los juncales,

y su albergue en los árboles floridos;
ó entre selvas sombrías,
de los verdosos loros los chirridos,
alzándose, espantados,
de los extraños huéspedes osados,
que su marcha impertérritos seguían,
en busca de riqueza ó de ventura,
creyendo en su camino,
domeñar al desierto y la natura,
y hasta vencer también á su destino:
y lento trascurría
un día y otro día,
y ya todos rendidos, medio muertos,
y de su buque más y más lejanos,
solo hallaban desiertos y desiertos,
abandonadas chozas,
eriales y pantanos
é impenetrables brozas;
y habiendo en las cabañas recogido
*siete mil* castellanos,
en joyas de oro y trozos,
dióse cada cual por bien servido
de haber presto salido
de desiertos, eriales y hondos pozos;
y en una gran canoa,
que en un remanso oculta se encontraba,
entre algas y pinares,
hizo todo el botín cargar BALBOA,
para el golfo de Uraba,
en busca de Rodrigo Colmenares.

Y estando ya en el golfo, una tormenta
hizo casi á los buques zozobrar;
y la canoa, su oro y tripulantes
fueron la presa del furor del mar;
y en uno, que llamaron *Rio Grande*,
consiguieron subir y penetrar;
y á un riachuelo siguiendo, tributario,
por sus oscuras aguas de color,
*Río Negro* pusiéronle por nombre;
y en aquellos parajes, con tesón,
varias escaramuzas sostuvieron,
hasta hallar de Abibáiba la mansión.

Como eran esos campos pantanosos,
de lagunas, bajíos y espadañas,
y sus márgenes de agua se cubrían,
los indios, cautelosos,
cual pájaros, hacían
sus nidos ó cabañas,
encima de los árboles pomposos;
y hasta *doscientos* de ellos ó *trescientos*
cabían en un nido,
que de un árbol á otro iba tejido,
entre los altos troncos, corpulentos,
no hallándose unos de otros muy distantes:
y en otras divisiones
acopiaban su pesca y provisiones;
y en lo ágiles, á monos semejantes,
á sus colgados nidos ó cabañas
bajaban ó ascendían
por peldaños de cañas,
do en la noche á los árboles subían,
atando á sus canoas en los troncos;
y al columpiar sus nidos
las brisas melancólicas, suaves,
como blandos sonidos,
quedábanse dormidos,
no de las fieras á los ecos broncos,
sino á los tiernos cantos de las aves,
en noches placenteras y estrelladas,
derramando la luna majestuosa
sus luces nacaradas,
entre la selva lóbrega y hojosa.

Cuando miró esa tribu á los cristianos
llegar hasta sus nidos, muy ufanos,
subióse á sus castillos,
y alzó sus escaleras
ó frágiles rastrillos,
como si huyera de voraces fieras,
creyéndose en sus nidos muy segura;
y bajar no quisieron
sus pobres moradores,
por más que con blandura
así se lo pidieron
aquellos atrevidos invasores,
que juntando ramajes y hojas secas,
y usando la amenaza en vez del ruego,
á la tribu gritaron:
«Si en no bajar te obcecas,
á tus castillos prenderemos fuego.»
Y á hacerlo comenzaron,
pero los indios, silenciosos, mudos,
con lluvias de pedruscos contestaron:
y entonces, sorprendidos,
los de abajo opusieron sus escudos,
y el asalto, empuñando sus aceros,
empezaron contra esos majaderos,
que en sus débiles nidos,
golgantes y salvajes,
creyéronse seguros,
cual si aquellos ramajes
fueran de piedra impenetrables muros
de torres almenadas;
empero, cuando vieron,
que las picas y espadas
sus nidos destruían, presurosos

en tropel descendieron,
y perdón demandaron suplicantes,
humildes y medrosos;
y otorgóse el perdón; mas no pudo antes
apaciguar Balboa á su Leoncico,
que entre esos infelices hizo estragos,
como el buitre voraz hunde su pico
en los ojos de tímida cordera.

Pidió Balboa al mísero cacique
el oro que tuviera,
y repuso el cacique, balbuciente:
—que el oro en su comarca no existía,
ni allí en nada apreciábalo su gente;
mas que en segura prenda
sus hijos y mujeres dejaría,
y de oro, con su ofrenda,
á canjearla en seguida volvería.—

Y diósele el permiso;
más no volvió el cacique
á rescatar sus hijos y mujeres,
ni nadie después supo qué se hizo;
y con sus abundantes provisiones
pasaron unos días los cristianos
de holgorio y de placeres,
olvidando el fantástico miraje
del templo de Dobáiba y sus visiones,
y del penoso viaje
los bajíos, desiertos y pantanos,
así acordando á sus fatigas tréguas;
mas volvieron después sus escursiones
á seguir tierra adentro muchas leguas,
contentos y animosos,
y cual si en cada loma
fuesen cruzando vegas andaluzas,
entre jarana y broma,
en vez de los encuentros belicosos,
choques y escaramuzas,
que de noche y de día
su gran intrepidez resistir pudo;
porque esa osada expedición tenía,
su intrépido denuedo por escudo,
su lidiar por sistema,
y su fé, su constancia y su porfía
por lábaro y emblema.

Y después que esos desiertos
recorrieron, afanosos,
sin los tesoros preciosos
poder de Dobáiba hallar,
al fin resolvió Balboa,
con los despojos y esclavos,
que hicieron allí sus bravos,
á la *Antigua* regresar.

Del Río Negro á la entrada,
como punto conquistado,
á Bartolomé Hurtado,
con *treinta hombres* dejó,
con ánimo de que fuera
nuevos datos adquiriendo,
para seguir extendiendo
su importante exploración.

De no hallar el rico templo
de oro sus muros ceñidos,
muchos fueron, aflijidos,
hasta llegar á Darien;
mas no había, para otros,
resuelto el viaje el problema,
y fué la charla y el tema
por mucho tiempo después.

## XX

### 1512

Con *dos ó tres barquillas*,
dueño y señor Hurtado
quedó del *Río Negro* y sus orillas;
y habiendo capturado,
en sus varias salidas y forrajes,
*veinticuatro* salvajes,
mandólos á Darien, acompañados,
en una gran canoa,
de *unos veinte* soldados,
que por el clima húmedo, enfermizo,
y su vida agitada,
hallábanse postrados:
la canoa se hizo
río abajo, despacio y muy cargada,
por entre aquellas márgenes tupidas;
pero *otras cuatro*, con resuelta indiada,

de clavas y de lanzas bien armada,
y que en acecho estaban escondidas,
con furia á la canoa atropellaron,
donde iban los cristianos navegantes;
y á *dieziocho mataron*
con sus clavas y lanzas,
y echáronlos al río;
los *otros dos* restantes,
sin perder hasta el fin sus esperanzas,
lanzáronse, con brío,
en la diestra blandiendo su cuchilla,
á largos troncos de árboles flotantes,
y bajando, en penosas actitudes,
así salir pudieron á la orilla:
y con hartos trabajos é inquietudes,
después de ese suceso malhadado,
consiguieron llegar al campamento,
y referir al sorprendido Hurtado
de los otros dieziocho el fin sangriento.

Y después supo Hurtado:—que Cemaco,
—de Darien el caudillo infatigable,
y que de todos era el más bellaco,
atrevido é indomable,
por su astucia terrible,
y al rigor ó blandura
también inaccesible,—
era el que había osado, con bravura,
asaltar su canoa,
sin que tal cosa nadie sospechase;
y á otras tribus habíase ligado,
para atacar á Nuñez de Balboa,
cuando más descuidado
en Darien se encontrase.—

Aterrados quedaron los *diez hombres*,
què estaban con Hurtado,
al saber de sus otros compañeros
el fin tan horroroso,
débiles ya juzgando sus aceros,
ante ruda milicia
de salvaje tropel tan numeroso,
y del audaz Cemaco la malicia;
y conociendo Hurtado, que su gente
hallábase alarmada y vacilante,
y con razón temía una sorpresa,
determinó, prudente,
antes que fuera de los indios presa,
partir del Río Negro en el instante,
y llevar á Balboa tal noticia.

Llena de encanto y dulzura
y anhelante
recibió á su tierno amante
la graciosa india Ventura,
que cayendo ante él de hinojos,
entre púdicos sonrojos,
buscó, de amor abrasada,
su mirada,
asiéndose, con cariño,
de su brazo,
como el inocente niño
busca el materno regazo:
y el semblante,
de Ventura,
ante su amado español,
se iluminó de hermosura,
cual radiante
precede la aurora al sol.

Y Balboa, apasionado,
al contemplar los sonrojos
del ardiente amor velado
de sus negros, grandes ojos,
sintióse magnetizado
de placer;
porque no hay para el mortal
dicha igual,
como amar á una mujer,
y verse de ella adorado;
y más, cuando la ambición
de excelsa gloria y renombre
hace latir en el hombre
su grandioso corazón!

Aún antes que Hurtado
hubiese, presuroso,
á Darien regresado,
ya la conspiración, que se tramaba,
y demás pormenores,
los sabía Balboa, y cauteloso,
de castigar y escarmentar trataba
de aquel astuto plan á los autores.

Había entre los indios de la Antigua
una joven cautiva. ...
*Fluvia*, en indio llamada,
y entre los españoles
por su gran donosura celebrada;
y á *Fluvia* una pasión ardiente y viva
por Balboa agitaba,
que su alma destrozaba,
tierna y celosa, meditando en vano,
poseer tan solo ella
el amor del guerrero castellano,
y no su otra rival, Ventura bella.

Un día á Fluvia díjola su hermano,

que solía, afectuoso,
correr á visitarla,
intentando salvarla
de un preparado ataque tenebroso:
un día á Fluvia díjola, indiscreto,
su cariñoso hermano, este secreto:
«Escucha, hermana amada....
hoy, más que nunca, inquieto,
presuroso hasta aquí he corrido á verte,
y mi alma voy á abrirte por completo,
para librarte de segura muerte:
quede en tí, pues, por siempre sepultada
la fausta relación, que voy á hacerte:
Escucha Fluvia, amada....
huye de aquí.... sobre un volcán reposas,
que en Tichirí, Cemaco, nuestro jefe,
unido á *cinco tribus poderosas*,
al frente está de *cinco mil arqueros*
*y cien canoas*; ya á nuestra venganza
aviva la esperanza,
que de esos castellanos
correrá la vil sangre por regueros;
que abrirán en los campos nuestras manos,
sin que ya nada nuestra furia aplaque,
que firmes á la vez, por mar y tierra,
daremos el ataque,
cual bajan los torrentes de la sierra,
y asuelan la llanura.
Ya va en breve á brillar el claro día,
tras larga noche oscura,
y no serás la esclava, hermana mía,
de esos torpes tiranos,
ni será tu hermosura,
presa, ludibrio, hollada por el suelo,
de su lascivia impura,
cuyo único placer es ultrajante...
Y si este plan ahora te revelo....
si falto á mi deber.... es por salvarte!
Huye de aquí, apróntate, y mañana,
cuando al salir la luna, aclare el cielo,
vendré á salvarte. ¡Adios, querida hermana!»

Partió el joven arquero, alegre, ufano,
para su campamento,
soñando en el terrible fin, cercano,
que preparaban dar al castellano,
sin sospechar siquiera,
que esa de Fluvia encubridora calma,
era solo el tormento y la agonía
de la lucha mortal, ardiente y fiera,
que destrozaba á su alma,
y en la lucha tenaz, desfallecía!

Como dos contrarios vientos,
al encontrarse y chocar,
tromba forman en el mar,
que arrastrando van violentas;
y así, entre dos sentimientos,
loca, Fluvia se agitaba,
y su alma se destrozaba,
que en amargo torcedor....
entre su deber y amor,
febriciente vacilaba.

Y la hizo
esta duda,
dolorosa,
sollozar;
y una lágrima
ardorosa
á sus ojos
asomar.

Tiembla, medita y batalla,
entre su amor y deber
sin saber lo que ha de hacer,
y solución á ello no halla;
pero su deber acalla,
cuando piensa á cada instante,
que ve morir á su amante,
y á su amor tan solo escucha;
y de aquella horrible lucha
se elevó su amor triunfante.

Y presurosa
la india donosa
al castellano
le refirió
aquel secreto,
que harto indiscreto
su buen hermano
la reveló.

Y cuando el indio,
siempre confiado,
por esa hermana
llegó á volver,
fué capturado,
y en el tormento,
sin más Balboa
le hizo poner.

Y todo lo que Fluvia,
cegada por su amor,
había referido,
en el tormento, el jóven confesó,
llorando su imprudencia,
y conociendo, al fin, por experiencia,

que ninguna mujer,
que se halla enamorada
con toda su alma y sér,
tiene secretos para el hombre amado;
y menos si el secreto
tuviese por objeto
á su amado perder!

Y no solo arrancárase á aquel joven
todo el plan del ataque preparado,
sino también comunicó á Balboa:
—que *los cuarenta indios*,
que antes Cemaco habíales mandado
para labrar su huerto,
tenían orden de él de darle muerte;
mas como siempre hallábase, temible,
con sus armas cubierto,
ó en los campos mostrábase más fuerte,
montado en su caballo y con su lanza,
nunca les fué posible
efectuar de Cemaco la venganza,
que aún en su alma ardía.—

Y con *cuatro canoas*,
y al hermano de Fluvia como guía,
á Colmenares, con *setenta hombres*,
por la costa mandó secretamente,
y él, *con otros setenta*, bien armados,
por tierra dirigióse, diligente,
á apresar en su jáula á los aliados,
que por la costa y tierra
halláronse cercados,
cual en la trampa el pájaro se encierra;
y á muchos cabecillas y legiones
de reunidos arqueros,
hacer pudo Balboa prisioneros,
y quitarles también sus provisiones,
que mandó remitir á sus graneros;
pero con más presteza, que un guanaco
logró escapar Cemaco,
en su ligera huida,
á los más densos y distantes montes,
y de este modo conservar su vida.

*Leoncico* se lució en esta campaña,
y llevó al campamento
innumerables indios fugitivos,
recorriendo cabaña por cabaña:
y á todos los caciques y magnates
hizo ahorcar Balboa, en escarmiento,
en la selva contigua,
delante de los míseros cautivos,
y regresó con ellos á la Antigua.

Al ver en los ramajes
colgados á sus jefes y caciques,
quedaron aterrados los salvajes,
como quien loco, piensa ver los diablos,
en pintados tabiques
ó rojizos retablos.

Castigo tan severo,
hizo á las tribus la cerviz doblar,
y en adelante todas
tuvieron que atacar
al poder castellano,
y á Nuñez de Balboa por señor,
que impuso su derecho
por medio del terror.

No obstante este terror, hizo Balboa
un fuerte levantar,
para que nunca el indio, por sorpresa,
llegárale á asaltar,
*poniendo una espingarda en cada flanco*;
é hizo tremolar
en su elevada torre de madera,
el lábaro español,
cuando se inauguró el terrible fuerte,
con dianas, salvas y al salir el sol.

# XXI

## 1512

Nada del resultado se sabía
del viaje de Valdivia y de Zamudio,
después del largo tiempo trascurrido,
y la ansiedad crecía;
y tal incertidumbre fué el preludio,
para los que en la Antigua se quedaron,
de que hubiérales á ambos acaecido
alguna gran desgracia: y la malicia

hizo también, que algunos supusiesen,
y por cierto otros dijesen:
—que solo ya tendrían la noticia,
que Valdivia y Zamudio
hubiesen usurpado
el oro remitido,
dejando al nuevo pueblo abandonado,
en vez de realizar su cometido.

Así la torpe y desconfiada gente,
juzgando maliciosa,
murmuraba impaciente....
y luego se creyó cierta la cosa;
y hasta el mismo Balboa,
dando crédito al fin á esos rumores,
que todos repetían,
llegó á abrigar temores,
de que el travieso bachiller lograse,
que el astuto monarca
en su tenaz reclamo le amparase;
y resolvió dejar esa comarca,
y en breve ir en persona
á seguir el litigio
cerca de la corona,
no en su naciente fama ni prestigio
confiado incautamente,
sino en el gran poder, irresistible,
del oro reluciente,
que á su avaro monarca brindaría,
y haríale accesible,
pidiéndole:—tan solo le dejase
realizar el proyecto que tenía,
la gloria así aumentando
del famoso católico Fernando.—

Mas al oir del jefe esta propuesta,
todos sus compañeros se opusieron,
y diéronle, aflijidos, por respuesta:
—que allí era indispensable,
para el progreso y orden de aquel pueblo,
su importante persona,
la que era irreemplazable,
y allí valía más que una corona:
que á la corte mandase
algún seguro amigo,
que lo representase
y su pleito siguiera,
y que no abandonados los dejase,
porque él de la colonia el alma era;
pero que, si en su viaje persistía,
al ruego de su pueblo, endurecido,
entonces cada cual procedería
según le pareciera.—

Al escuchar Balboa, conmovido,
las sentidas razones
y acentos lisonjeros,
con que sus entusiastas compañeros
supieron formular sus opiniones,
les prometió seguir en su campaña,
y no dejar, sin ellos, esos lares;
y se convino, en fin, mandar á España
á don Juan de Caicedo y Colmenares,
que de Darien partieron,
llevando extensas cartas de familia,
do todos á porfía describieron:
—los encantos, el oro y las grandezas
y frutos tropicales
de esos vírgenes pueblos, tan remotos....
del templo de Dobáiba las riquezas
y tesoros ignotos:
que de Zenu en los ríos recogían
el oro en redes, cual si fuesen peces;—
todo esto, cada cual, y más decían
dando crédito y creces
á cuanto á ellos los indios les dijeron,
para que en la península cundiera,
y la corte á Balboa protejiera:
y un indio remitieron,
que ya chapurreaba el castellano,
y era ladino y vano,
y tenía en Darien mucho prestigio,
por contar, muy formal, cada patraña,
con pelos y señales,
para que el rey, la corte y toda España,
oyeran de su boca tal prodigio,
y el relato de cosas sin iguales:
así todos, gustosos, procedieron,
y con notable instinto,
á reunir una suma concurrieron,
para entregar al rey, á mas del quinto,
que mandábale cada gobernante.

Bartolomé Hurtado,
que fué del *Río Negro* comandante,
y aún era por Balboa protegido,
por esta cáusa hallábase infatuado;
y un día, algo chocante,
propúsose embromar, y propasóse
con un Alonso Perez de la Rua,
caudillo de la plebe,
osado y quisquilloso,
y de altivo carácter rencoroso:
y Perez de la Rua, en su despecho,
reunió á sus partidarios,
y contra Hurtado, sediciosos gritos,
en público lanzaron, temerarios;

pero impuesto Balboa de aquel hecho,
mandó:—que á un calabozo
á Pérez de la Rua se llevase,
donde su acto punible lamentase.—
Entonces, sin embozo,
reuniéronse en la plaza sus adictos,
la misma cosa haciendo los de Hurtado;
y surgiendo á la vez nuevos conflictos,
y más graves alarmas,
iban ambas fracciones
á recurrir al fallo de las armas,
como únicas razones,
cuando algunos, con juicio, y más sensatos,
esclamaron: «¿Acaso es nuestra empresa
venir aquí á reñir, cual mentecatos,
pasando en nuestra patria por traidores,
y siendo luego de los indios presa,
cuando debemos *ser conquistadores?*»

En la gente del pueblo, este dialecto
verídico, bien claro y terminante,
surtió su pronto efecto;
y quedando tranquilos, por entonces,
mandó Balboa á Pérez al instante,
poner en libertad; y de ello ufano
el grupo de la Rua, ese incidente
pasó, como tormenta de verano;
mas la Rua, ya libre y displicente,
volvió *al día siguiente*
á juntar sus adictos en la plaza,
y en tono de amenaza
lanzaron mil injurias,
no solo contra Hurtado,
sino ya contra Nuñez de Balboa,
diciendo:—que éste, avaro y altanero,
sin repartir, habíase quedado
con todas las esclavas y el dinero,
y que tal facultad nadie le diera:
que *diez mil castellanos* existían
de la excursión postrera,
y que su parte de botin pedían.—

Balboa conoció perfectamente,
que no con el rigor, sino con maña,
podría gobernarse á aquella gente,
indómita y aviesa,
que tenía que emplear en su campaña,
hasta dar cima á su soñada empresa:
y díjole á un amigo,
que corrió presuroso á demandarle
para los deslenguados un castigo:
«Al contrario.... á esa gente voy á darle
lo que pidiendo está, pues nada ignoro.
Sí: ayer calumniábase á Valdivia....
hoy a Hurtado y á mí. ¡Sea en buen hora!
¿Quieren oro? ¡Pues bien, busquen el oro!
¿Y también las esclavas, en su incuria?
¡Pues sacien su lascivia,
y en ellas satisfagan su lujuria,
y así vayan poblando estas regiones,
con raza castellana,
en vez de verter sangre embriagadora!
Estos bravos leones
sufren su febricente *cuarto de hora*,
y muy tranquilos estarán mañana;
y sería, en este acto, una imprudencia,
si entrase yo con ellos en razones....
¡Cuando es preciso, *sé tener paciencia*....
ya lo ves.... me hago el sordo, escucho y callo,
que yo sabré domar esa insolencia,
y ahogar en su garganta esa amenaza!»

Y ensillando Balboa su caballo,
al amigo añadió: «Vete á la plaza,
y como cosa tuya, dí, que abiertas
quedan de mi mansión todas las puertas,
y que á los bosques márchome de caza.
¡Oh, plegue á Dios que acudan!
¡Ya verás cómo cesan las reyertas,
cuando algunos el polvo se sacudan!»

Este fué de Balboa el juicio y fallo;
y luego, muy tranquilo
tomó sus armas y montó á caballo,
dejando abandonado aquel asilo;
y haciendo *Leoncico* una cabriola,
alzó alegre su cola,
siguiendo al punto á su amo,
que al ausentarse, encomendó al amigo,
que en su ausencia cuidase de Ventura,
la que quedó llorosa,
al ver solo partir á la espesura
á su adorado amante,
haciéndola su llanto más hermosa,
que el llanto verdadero
de la mujer, que gime
por algún sentimiento grandioso,
ó suceso luctuoso,
es santo en su dolor.... es hechicero,
y tiene algo en la tierra de sublime!

Apenas de Balboa la partida
llegaron á saber, cuando invadieron,
no su inviolable asilo, sino el cuarto,
donde estaba la caja con el oro;
y proclamados como jefes fueron,
para hacer el reparto,
el bachiller Corral y Alonso Pérez,

y como secretario, un nuevo alférez;
mas apenas se había comenzado,
cuando todos, quejosos,
contra su triunvirato malhadado,
prorrumpieron furiosos:
cada cual se creía
que era merecedor de mayor lote;
todos gritaban, nadie se entendía,
y uno que otro empuñaba ya el garrote;
y quizá terminara tal escena
de injurias y reniegos
y gritos tumultuarios,
como aquellas frecuentes del Quijote,
entre el buen Sancho Panza y los labriegos,
si algunos partidarios
no hubiesen exclamado:—que Balboa,
más justo que ninguno,
había siempre repartido el oro,
según lo merecía cada uno:
que el oro allí quedase,
y que Balboa, cuando bien quisiera,
y sin que nadie importunarle osase,
sugún su voluntad, lo repartiera;
porque ese oro, y aún más, el repartido,
al talento y pericia
solo del gran Balboa era debido;
y que allí, ya sin él á la cabeza,
iba todo aquel pueblo á ser perdido,
como un campo, que invade la maleza:
que si Corral y Perez
querían tener oro,
que fueran á buscarlo
por ese extenso campo floreciente,
y no yendo á robarlo,
cuando su noble jefe estaba ausente;
pues si él allí estuviera,
ninguno á tal infamia,
cobarde se atreviera.—

De la casa salieron, indignados,
los sinceros amigos de Balboa;
y los otros también, avergonzados,
al llegar á mirar tales escesos,
á Pérez, á Corral y algunos otros,
que audaces fueron del motín cabeza,
pusieron grillos y llevaron presos,
cual reos, á la nueva fortaleza.

Y de diversos modos,
así quisieron todos
aparecer, sin culpa, en el asalto;
y algunos propusieron,
vítores dando al digno jefe ausente,
ir en su busca, y todos los siguieron.

Y Balboa, político y clemente,
y en todas situaciones oportuno,
corrió á la fortaleza,
y dando libertad á los caudillos,
repitióle al oído á cada uno,
con tranquila firmeza,
pero aterrante tono:
«Si aquí vengo á quitarte yo los grillos,
que te han puesto tus mismos compañeros,
es porque es esta tu primera falta....
por eso te perdono;
pero sino te obliga mi nobleza,
vendré en otra á cortarte la cabeza,
porque de nadie sufro desafueros!»

Y luego, dirigiéndose á su amigo,
así dijo Balboa:
«Ya estos bravos leones,
así mismos se han dado su castigo,
y seguido ellos mismos mis razones,
sin habérselas dado:
es que su *cuarto de hora ya ha pasado,*
y ya ellos son mi presa:
como potros furiosos,
que atropellan, potentes, los atajos,
por tanta holganza están fuertes y briosos,
y debo, en breve, comenzar mi empresa,
y que domen sus bríos los trabajos!»

## XXII

## 1513

Mandado por Colón, el almirante,
salió de la Española,
don Cristóbal Serrano, con *dos naves,*
y un acopio abundante
de *víveres y ropas,*
y *con doscientos hombres* de refuerzo,
para engrosar á las escasas tropas,
que Balboa en la Antigua comandaba,
de todos con aplauso;
pues don Diego Colón, se interesaba

por el descubrimiento,
que el intrépido jefe hacer quería,
el que tuvo, además, el gran contento,
de que tan oportuna y buena ayuda,
no le llegase sola
en venturoso día,
pues de *gobernador de aquel distrito*
le enviaba el nombramiento
don Miguel Pasamonte,
tesorero real de la Española,
y que del rey gozaba el valimiento.

Ya no era, pues Balboa el jefe intruso,
que á su afligida gente
por su energía y voluntad se impuso,
sino que era *nombrado oficialmente*;
porque se suponía,
que Pasamonte por el rey tenía
autoridad bastante
para llegar á dar, en ciertos casos,
cargo tan importante,
procurando el monarca de este modo,
limitar el poder del almirante,
porque él quería entrometerse en todo;
pues si antes fué Colón, después el hijo
también llegó á inspirarle sus recelos,
y todos los caudillos, que en las Indias
eran en sus distritos reyezuelos,
causábanle al monarca,
avaro de poder, temor y celos;
pero quien mucho aprieta poco abarca,
y por tal proceder, menguado y nímio,
y por su repulsivo monopolio,
no fué en Indias su nombre más eximio,
ni engrandeció, cual pudo, más su solio.

Los refuerzos llegados,
y de Balboa el digno nombramiento,
fueron con alegría celebrados;
y las enemistades,
que antes se alzaron, como viento leve,
producidas por necias vanidades
ó por rivalidades,
extinguiéronse en breve;
y Nuñez de Balboa, desde entonces,
no solo el jefe amado
fué de esos hidalgüelos y la plebe,
sino por todos ellos encumbrado,
y el que de todos púsose en relieve.

Mas ¡ay! bien pronto para el gran Balboa,
trocóse tal placer en pesadumbre,
como el que sueña hallarse
feliz y poderoso en alta cumbre,
y al despertar se encuentra
preso por mano férrea, en servidumbre,
y sin poder alzarse,
ni de hombre libre recobrar el porte;
pues su amigo Zamudio le escribía:
—que en su litis, seguida ante la corte,
estaba condenado
á pagar ya los daños y perjuicios,
habiendo así el bachiller ganado
y salido triunfante en tal empresa:
y que inmediatamente
sería á España por el rey llamado,
como autor de la muerte de Nicuesa,
y proclamarse jefe de su gente:
que contra el valimiento poderoso,
que había puesto el bachiller en juego,
no pudo, desde luego,
ser por el rey ni el tribunal oído,
y veíase perdido:
que dábale esta nueva, pesaroso,
para que se encontrase prevenido,
antes de tener orden de su alteza.—

Absorto quedó Nuñez de Balboa,
como el que oye rugir terrible trueno,
cerca de su cabeza,
al recibir esta fatal noticia;
mas repuesto y con ánimo sereno,
sintiendo renacer su fortaleza,
quiso que del monarca la injusticia
sus nuevos hechos resaltar lograsen;
y como no existía orden alguna,
ni notas oficiales,
que de su nuevo cargo le privase,
quiso confiar su vida y su fortuna,
conjurando á la vez futuros males,
en su muy árdua empresa meditada:
según cálculo de indios y cristianos,
*mil hombres* se creía
que para darla cima eran precisos,
y era por él la fuerza demandada
al rey de España; pero ya, ni un día
detenerse podía
en planes indecisos,
y para meditar era ya tarde....
reunió pues á su gente
y sin hacer de su pericia alarde,
la dijo, con denuedo y francamente:
«Valientes castellanos....
raza de héroes, sin fin esclarecida,
hoy, de vuestros esfuerzos, sobrehumanos
un gran descubrimiento
nuestro ilustre monarca espera atento,
y nuestra patria aguarda agradecida.

Un nuevo mar se oculta
atrás de aquellos montes,
donde entre cristalinos horizontes,
este sol fulguroso se sepulta;
pero para llegar á aquella cima,
do solo anidan águilas caudales,
y á ese mar descender, teneis, amigos,
no que pedir el pan como mendigos,
sino escalar, sin él, asperidades....
y siempre á la intemperie,
sopartar los ardores de este clima....
y cada cual terrible, firme y fuerte,
á cada instante despreciar la muerte....
lidiar, vencer, sufrir penalidades,
con aquella constancia, que sublima
á los hombres de todas las edades,
sin ver en cada roca un precipicio,
y viviendo en contínuo sacrificio.
Todo esto, y mucho más, en tal empresa,
tenemos que sufrir, oh compañeros,
sin dejar de la mano los aceros,
hasta llegar á donde
el mar del Occidente
se aduerme entre sus perlas y se esconde.
Y yo os prometo, si quereis seguirme,
que siempre de vosotros iré al frente!»

Un *sí*, en el acto, unísono responde,
sonoro y decidido,
á la voz del valiente jerezano;
y cada cual, contento, alzó su mano,
victoreando á su jefe esclarecido.

*Ciento noventa soldados*,
de su gente más resuelta,
armó Nuñez de Balboa
con arcabuces, ballestas,
mochila, espada y escudo
é hizo agregar á ella
algunos perros alanos,
que el pánico, por do quiera,
infundian en las tribus,
por su arrojo y su destreza:
preparó también *mil indios*
de los que más fieles eran,
y ayudábanle en Darien,
pues sabía, que en su empresa
podrían grandes servicios,
como hijos de aquella tierra,
prestarle á cada momento,
ora en las ásperas sierras,
ora en el mar y en las costas,
ó las llanuras desiertas.

Y *en su mejor bergantín*,
y *en diez canoas ligeras*,
hizo embarcar á su tropa,
que vió, animosa y contenta,
á su querido caudillo
entrar al buque, en pos de ella,
con su Ventura y Leoncico
y el padre don Andrés Vera,
y don Francisco Pizarro,
*aquel que por sus proezas,*
*cual por sus muchas crueldades*,
avasallara y hundiera
al imperio de los Incas,
robándoles sus riquezas
*y mandando estrangular*
á Atahualpa, que el rey era.

*El primero de Septiembre*,
dióse Balboa á la vela,
dirigiéndose al Nordeste,
y descendió en las riberas
de la provincia de Cóiba,
cuyo jefe era Careta,
quien con los brazos abiertos
y con efusión sincera,
recibió á Balboa y su hija,
que parecióle más bella
que la luna en el cenit,
al ver su seno y orejas
y sus modelados brazos,
cubiertos de grandes cuentas,
y de cintas de colores
sus negras y largas trenzas:
y obsequió á los españoles
con esquisita franqueza,
y dió á Nuñez de Balboa,
cual fruto de su experiencia,
muchas noticias y datos
para proseguir su empresa;
buenos arqueros y guías,
que conocían las sendas
de aquellos fragosos riscos,
como su choza paterna,
y cuanta ayuda y socorros
con su provincia tuviera:
y agradecido Balboa
le regaló algunas prendas
al cacique y sus parientes,
que como ricas preseas
anhelaban y estimaron,
en su infantil inocencia,
causándoles tales dijes
y sus usos, gran sorpresa;

y dejó á su india Ventura,
*ya vestida á la Europea*
al lado de su familia,
mientras duraba su ausencia;
y dejó también en Cóiba
*á la mitad de sus fuerzas*,
para que al buque y canoas
cuidaran y defendieran,
y fuesen aquellas tribus
y las demás ribereñas,
aprendiendo sus costumbres,
idioma y cristiana creencia.

Y poseído Balboa
de la gran misión suprema,
*que lleno de fe emprendía*,
dispuso, que el padre Vera,
la víspera de su marcha,
y ante un altar, que de piedra
sus tropas improvisaron,
solemne misa dijera,
que oyeron todos contrictos,
de rodillas en la tierra,
implorando que los cielos
su campaña protegieran,
para gloria de su patria;
y la oyó también Careta
con su familia y su tribu,
admirando la entereza
de esos hombres invencibles....
de ese puñado de atletas,
que á escalar se preparaba
los precipicios y sierras,
y á afrontar la sed y el hambre,
la desnudez y miseria
y rayos caniculares,
entre encuentros y refriegas,
con las tribus aguerridas,
que acampadas en las peñas,
á cada instante saldrían,
donde sus pasos volvieran,
sedientos y fatigados,
como dispersas ovejas,
bajo una zona de fuego,
perseguidas por las hienas.

Y al mirarlos sonreir,
al arrostrar esa empresa,
que más que de humanas almas
era de almas gigantescas,
no mortales, sino dioses,
creyeron, entonces, que eran;
y el árbitro fué Balboa
de las tribus de Careta,
por el amor que inspirara,
y el respeto, que impusiera,
porque el genio superior
se abre camino y descuella,
cuando firme se propone,
que triunfe su gran idea;
y los que antes, como igual,
ó menos le supusieran,
ya respetuosos le admiran,
y en pos de él siguen su senda.

Y *el dia seis de Septiembre*,
cuando el alba placentera,
en sus dorados celajes,
y los trinos de las selvas
al almo sol saludaban,
con cantos, besos y ofrendas,
salió animoso Balboa
de su gente á la cabeza,
hacia las altas montañas
cuyas escabrosas crestas
á iluminar empezaban,
con pinceladas espléndidas,
del sol los nacientes rayos,
como el alma, que arde ciega
en el fuego de amor santo,
que embellece la existencia,
disipando esos vapores,
con que la noche y estrellas
de azul y carmín revisten
las altas cumbres desiertas:
adelante iban los indios,
indicándoles las sendas
cercadas de precipicios,
entre las rocas abiertas,
y llevando á sus espaldas
con planta firme y ligera,
las municiones y víveres
de esa altiva y marcial fuerza,
que empezó á escalar el istmo
las vastas rocas primeras,
provista y bien preparada
con sus armas y rodela,
cual si fuese á un simulacro;
y tan ufana y contenta,
cual si triunfante marchase
á alguna campestre fiesta,
cuyo suelo entapizaran
las flores de primavera,
y no rayos tropicales,
que enrojeciendo á las piedras,
lanzan ambiente de fuego,
como en torno de una hoguera!

# XXIII

## 1513

Como rugientes olas,
que apiñadas impele el torbellino,
así ráudas las fuerzas españolas
llevaban ya *dos días* de camino,
decididas subiendo las montañas,
cuando de un pueblo hallaron
abandonadas todas las cabañas,
en donde *doce días* reposaron,
buscando allí un refugio
contra el ardiente sol y las alarmas,
pues algunos soldados,
por el calor y peso de las armas,
y por la falta de agua, se veían
enfermos y postrados:
las primeras fatigas extrañaban,
al ocio ya habituados,
tras su inacción completa,
esos hombres de hierro y de granito!

Era Ponca, enemigo de Careta,
el régulo y señor de aquel distrito;
y cuando vió á las fuerzas españolas
subir por las montañas,
como rugientes olas,
abandonó, cobarde, sus cabañas
y huyó á los intersticios
de las opuestas rocas,
y á los más peligrosos precipicios,
buscando abrigo en sus ocultas bocas,
y en ellas presumiendo estar seguro,
cual si dentro se hallase
de un almenado muro.

Llegó á saber Balboa el paradero
donde Ponca y su gente se ocultaban,
y con un diestro indio, mensajero,
le envió á decir:—que sin temor alguno
ante él se presentase,
pues venía de paz, como cristiano,
á ver desde la cima,
del continente Sud el oceano,
y después regresar en breves días;
y que solo anhelaba le prestase
algunos buenos guías;
que era hijo del cielo y era fuerte;
y el rayo dirigía y empuñaba;
y que si su amistad, necio, rehusaba,
á sus antros iría á darle muerte.—

Y Ponca, presentóse, presuroso,
seguido de su tribu, condolida,
ante el cristiano altivo,
quien, con su habilidad reconocida,
dijo á Ponca, cautivo
y esclavo de su acento bondadoso,
y á toda aquella tribu, sometida,
ante el aspecto osado y belicoso
de su gente, y su música guerrera,
que en las montañas resonaba bronca,
como rugiente fiera;
é hizo dar al cacique bujerías
y mil otros regalos á su tribu;
agradecido Ponca,
suministróle víveres y guías,
y volvió á su cabaña
con su tribu y arqueros,
seguro en la amistad de esos guerreros,
y admirando su arrojo y valentía;
y repitióle al jefe jerezano,
que aún sus dudas tenía:
—que desde la alta cumbre ver podía
aquel del Sud pacífico oceano.—

Y dispuso Balboa, procavido:
—que á Cóiba se volviesen
todos los que postrados estuviesen,
pues para tan penosa travesía,
do en cada roca el sol su fuego incrusta,
solo llevar quería
de su gente la flor, sana y robusta,
que cada nuevo día,
con desden desafiando
el horrible calor, la sed y la hambre,
prosiguiera esas rocas escalando,
cual si fuesen tapiz de fino estambre.—

El *veinte de Septiembre*,
cada vez más penosa é inaccesible
continuaron su marcha, atravesando
con denuedo indecible,
esas rocas agudas y punzantes:
los indios, que ligeros,

do quiera los primeros,
saltando fueron antes
por estrechos senderos,
y enroscados torrentes, espumantes,
iban ya, jadeantes,
dejándose caer de piedra en piedra,
sudorosos, exánimes, rendidos,
como aquel que impotente, ya se arredra,
sus gigantes esfuerzos extinguidos,
de haber osado empresa sobrehumana,
visiones al seguir, deslumbradoras;
mas la invencible tropa castellana,
aún siguiendo á sus guías,
y presa de hambre y sed devoradoras,
marchaba largas horas,
soportando tan lentas agonías:
secábanse en su cuerpo sudoroso
las ropas empapadas,
por los cortos y fuertes aguaceros;
y durmiendo en las piedras calcinadas,
ó al pie de algún torrente estrepitoso,
así audaz el tropel de aventureros,
afanoso marchaba noche y día,
convirtiendo su lucha en alegría,
con incansable anhelo;
y ufano de sí propio y orgulloso,
se creía capaz y poderoso,
para escalar despues al mismo cielo,
mirando en menos los peligros vanos
de indios, elementos y natura,
y horas de hambre, de sed y de amargura;
y arrastrando la lengua los alanos,
lamian, sin aliento,
de los soldados las sudosas manos,
cayendo y levantándose al momento!

Y Núñez de Balboa,
subiendo, con no vista fortaleza,
el primero de todos, y arrogante,
como el lucero, que en la noche brilla,
á todos les gritaba: «A la cabeza
os prometí yo ir.... vedme adelante....
y adelante los hijos de Castilla!»

De este modo *diez leguas* avanzaron
*en cuatro días* de sufrir horrible,
y á *Cuarecuá* llegaron,
distrito muy temible,
por su atrevida tribu belicosa,
que en hueste numerosa,
de lanza y maza armada
y el arco y ráuda flecha,
mandábale Torecha;
y lanzando aullidos,
arremetió, furiosa,
á los aventureros decididos:
con ánimo sereno,
hicieron éstos fuego á las indiadas,
que al ver el fuego y escuchar el trueno,
que arrojaban sus manos poderosas,
y á los suyos caer en las quebradas,
dispararon, medrosas,
quedando anonadadas,
y aumentándose más su desconcierto,
al mirar á Torecha, su cacique,
dar un paso y gritar, cayendo muerto:
lanzaron en pos de ellas los alanos,
corriendo Leoncico á la cabeza;
y sedientos y fieros,
cual voraces milanos,
destrozaron la hueste numerosa,
que huía presurosa:
*y seiscientos arqueros*
quedaron en las rocas moribundos:
del cacique un hermano y varios jefes
cayeron prisioneros,
arrojando lamentos furibundos:
*y eran como cincuenta*, afeminados,
de blancas y anchas túnicas vestidos,
y de meloso idioma,
y por los guías fueron acusados
del horrendo pecado de Sodoma,
y esos indios quedaron confundidos:
entonces los cristianos, indignados,
inventaron allí un nuevo suplicio,
para el castigo del nefando vicio,
y ordenaron: —muriesen en los cerros,
lanzados desde un pico,
y destrozados por los diestros perros;
*y á más de veinte* destrozó Leoncico! 11

Después del triunfo sangriento,
que con tanta bizarría
obtuvieron los cristianos,
sobre aquellas huestes indias,
al pueblo de Cuarecuá
y á sus chozas desvalidas,
buscando reposo entraron,
do mitigar sus fatigas:
situado estaba ese pueblo
sobre rocas esparcidas,
y al pie de la última cumbre,
desde donde se veía
de esa eminente montaña
clara ya la última cima,
que, si escalar animosos
no pudieron en seguida,
faltando el vigor al cuerpo

en que su espíritu ardía,
al menos, en su impaciencia,
la abarcaban con la vista:
entraron, pues, en las chozas,
medio muertos de fatiga,
que más bellas supusieron,
que suntuosas caserías;
y encontraron provisiones
y algunas frescas bebidas,
y agua en grandes calabazas,
y mucho oro y joyas ricas.

Curáronse los enfermos
y las personas heridas,
en esa postrer refriega;
y entre su gente y los guías,
sin olvidar á los perros,
las provisiones cogidas
fué repartiendo Balboa,
pues á evitar propendía
disgustos, que en tal momento,
no diesen gloria cumplida
á sus fieles compañeros,
en aquella árdua conquista,
y á él la justicia y premio,
que del rey apetecía:
y después de separar,
con exactitud prolija,
*el quinto* de la corona,
que se pasaba á Castilla,
repartió tambien el oro
y las varias joyas finas,
*sin querer tirar la parte*
que él y Leoncico tenían.

De Cuarecuá nuevos indios
dispuso tomar por guías,
y despidió á los de Ponca,
con algunas baratijas:
y aunque los claros celajes
con resplandor todavía
en Occidente brillaban,
como angélicas sonrisas,
mandó Nuñez de Balboa,
ya acabada la comida,
que á silencio se tocase,
pues en su ansiedad quería
ir con la luz del lucero
ya marchando hacia la cima:
y en breve, pues, su legión
quedóse toda dormida,
y hasta el pobre centinela,
con su arcabuz se caía,
ya sin fuerzas y postrado,
ante esa calma infinita,
ante el augusto silencio,
que al orbe acalla y domina.

Lánguida, tierna, suave y amorosa
brilla la luna llena en el cenit,
y cubierta su bóveda de estrellas,
hace la luz del día proseguir.

Noches tan claras, casi como el día,
de calma, de ventura y de embriaguez,
que á los sensibles pechos estasían,
solamente en los trópicos se ven....

De la montaña los salientes picos,
como luces de plata hizo brillar;
y rotas filigranas parecían
de granítica estatua colosal.

Majestuosa la luna caminaba
por su inmenso, estrellado espacio azul,
en tanto que la gente de Balboa
lácia dormía, en plácida quietud.

Solo despierto un hombre allí soñaba,
y presa del insomnio y fiebre allí,
contemplaba á la luna, suspirando,
sin hambre, sueño ni dolor sentir!

Solo esperaba que el naciente día
para él fuese de gloria y de perdón:
la gloria esperábala del mundo,
y del rey la justicia, en galardón!

Miró al fin al lucero del Oriente,
con más brillantes rayos titilar,
é irse dorando las nacientes nubes,
mensajeras del gran carro triunfal.

Ciñó, entonces, sus armas el guerrero,
de su lado se alzó su alano fiel;
se fué á las chozas, hizo tocar diana,
y elevando su voz, dijo después:

«Compañeros valientes, alzaos,
que ya el rojo y dorado color,
que en el alba risueña se ostenta,
nos anuncia, que elévase el sol.

De esta inmensa montaña salvaje
hoy debemos la cima pisar,
y allí puesta la cruz sacrosanta,
desde allí otro oceano mirar.

Adelante.... del mundo el aplauso
hoy corone á los hijos del Cid:
ya esas cimas la gloria nos muestran....
¡Oh valientes, mi enseña seguid!»

Y Nuñez de Balboa la bandera
hizo altivo en sus manos tremolar....
y toda esa legión, audaz, guerrera,
la alta cima, en pos de él, siguió á escalar.

# XXIV

## 1513

Apenas del alba las tintas doradas,
en ténues celajes dejábanse ver,
cuando iban Balboa y sus compañeros
subiendo del istmo la cima postrer.

Felices y alegres cantaban los himnos,
que entona la patria al bélico ardor,
ó aquellas canciones, que mecen la cuna,
ó aquellas endechas de fiel trovador!

Felices y alegres seguían andando
en pos de Balboa, que haciendo ondear
la enseña española, quería en la cumbre
ponerla él primero, mirando la mar.

De grana, amaranto y en disco de fuego,
alzóse en Oriente, magnífico el sol,
y de esa montaña la cima altanera,
con luces brillantes los picos doró.

Estáticos todos miraron al astro
subir y elevarse, y luego teñir
la mole eminente, con nítidas tintas
de oro y de plata, de azul y carmín!

Brillaron las armas, escudos y cascos
de aquella española, gigante legión,
que al sol saludando del nuevo hemisferio,
con más entusiasmo su marcha siguió!

Sí: que eran los dignos, famosos heraldos
de aquel *hombre santo* y henchido de fe,
que mares ignotos, *cruzando el primero*,
todo *un nuevo mundo* donara á Isabel!

Sí: que eran los dignos, famosos guerreros
de aquel, que inspirado de *santa virtud*,
á *un nuevo mundo*, que el otro ignoraba,
llevó en sus espaldas de Cristo la cruz!!!

Eran *como las diez de la mañana*
*del dia veinticinco de Septiembre*,
cuando gritó Balboa á su columna,
que afanosa llevaba *ya seis horas*
de ir pasando piedra sobre piedra:
«Descansad un momento y serenaos,
para ver el gran mar del Occidente,
despues de afanes tantos y peligros,
como habeis noche y día soportado,
ultrapasando, heróicos, mis deseos.»
Y atrás dejando á los cansados guías,
impertérrito *él solo*, con más bríos,
cuanto más á la cima se acercaba;
y rápido, impelido por la fiebre,
cual leve arista, que los vientos llevan,
llegó hasta el corto espacio de la cima,
y su marcial figura destacóse
sobre el azul purísimo del cielo:
allí sonrió Balboa, alzó sus ojos....
llevó á su seno sus crispadas manos,
pues estallar su corazón sentía,
*y luego de rodillas fué cayendo:*
y á Dios alzando sus potentes brazos;
lágrimas, de un placer indescriptible,
fueron bañando su tostado rostro,
hasta que al suelo, exámine, inclinóse.

¡Gloria á tí, Balboa, en la alta cumbre
de esa egregia montaña, que atraviesa
*al nuevo mundo, desde Sud á Norte*,
y cual férrea cadena une á sus hijos!
¡Gloria á tí, Balboa; *á tí el primero*,
que de Castilla el lábaro invencible
y la divina Cruz de Jesucristo
allí enclavaste, contemplando, absorto,
aquel índico mar del Occidente,
ante el aplauso unánime del Orbe!
¡Ese es tu pedestal.... ese es tu trono....
allí tus manes veo.... allí tu gloria,
que cantarán los siglos de los siglos!
Y yo, humilde cantor de tus hazañas,
al pedirte perdón de mi osadía,

ante tu estátua colosal me postro,
y americano y libre te saludo,
*y esta obra*, en recuerdo te consagro,
admirando tu genio y tu grandeza!
¡Pobre es mi ofrenda, sí, pero es tributo
espontáneo y sincero, y no rendido
al hombre ó al poder, de quien se espera
recompensas, honores ó sonrisas,
sino de un hombre exímio á la memoria!!!

Vieron sus compañeros esa escena,
y presintiendo el gozo de su jefe,
corrieron hacia él todos al punto,
y allí al mirarlos, exclamó Balboa:
«¡Venid, venid, amigos, y gozosos,
desde esta inmensa mole contemplemos
el panorama edénico, sublime,
primitivo é inundado de fulgores,
que un nuevo mundo á nuestros ojos muestra,
con todo el esplendor, la luz y vida,
que solo tener Dios puede en su trono!
¡Ved al índico mar, que con anhelo,
hasta aquí hemos buscado, infatigables,
*pacífico*, grandioso, solitario,
cual si recién formado, apareciera,
y hoy á la creación fuese á juntarse;
y que como el *atlántico*, se estiende,
sin que pueda abarcarlo humana vista!
¡Ved esos verdes, tropicales reinos,
como púdicas vírgenes veladas,
que llenos de riquezas nos esperan,
con su amor, su sonrisa y su hermosura,
como á amante, que há siglos esperaban!
¡Mirad esas idólatras naciones,
tranquilas, inocentes y felices,
que con abiertos brazos, de nosotros
la eterna y santa redención aguardan....
la no escuchada voz del evangelio,
para dar nueva vida al nuevo mundo!
¡Oh! si fidelidad como hasta ahora,
por vuestro propio bien sabeis guardarme,
yo os prometo.... y sabeis que sé cumplirlo,
que gloriosos, muy ricos y felices,
todos acá seremos.... ó en España,
si algún día volvernos nos pluguiese,
agregando estas zonas deliciosas
á la inmortal corona de Castilla.
¡Así, buenos amigos, Dios lo quiera!
Y hoy á Dios elevemos nuestras preces,
con ardiente fervor el alma henchida,
que hasta esta aguda cúspide salvaje
ha guiado nuestros pasos vacilantes,
*dándonos esa fe, que inmortaliza*,
y alza al débil mortal hasta su trono!»

Después de estas palabras, todos fueron
abrazando á Balboa, conmovidos,
y dándole cien vivas, le juraron,
en su vida jamás abandonarle;
y don Andrés de Vera, el sacerdote,
que hasta allí les seguía, infatigable,
ansiando hallarse en acto tan supremo,
el *Tedeum laudeamos* entonando,
fué por todos, hincados de rodillas,
con acento solemne repetido,
y lágrimas de júbilo profundo,
en esa regia cúspide, agrupados,
de la naturaleza altar sublime,
en el centro erigido de ambos mares,
y con la luz y galas exornado
de su prístina, célica belleza!

Estáticos, después, el panorama,
que grandioso á sus piés se descubría,
ávidamente contemplando fueron,
sin cesar de admirar tantos encantos:
la quebrada montaña, con sus luces.....
estrechas sendas, en tortuosas rocas,
y agudos picos y hondos precipicios....
y los voraces cóndores, volando
de sus ocultos nidos, en las grietas,
y hender las nubes y perderse luego,
para bajar con sus abiertas garras,
famélicos buscando alguna presa...
cristalinos arroyos, murmurantes,
que entre las sueltas piedras y hendiduras,
ligeros se perdían ó estrellaban,
formando encajes de lucientes hilos;
y de uno en otro trecho los arbustos,
que nacen, adheridos á la tierra,
que en su base las rocas van juntando,
iban ya apareciendo, en pobres formas,
como amparo ó vijías del viajero,
que perdido y errante allí vagase;
é íbase ya notando más abajo,
después de la aridez de la montaña,
rubias arenas, selvas y praderas,
quebradas, montecillos y planicies,
tupidos bosques de sabrosos frutos,
y esmaltado verdor eternamente:
florecientes riberas apacibles,
impregnadas de esencias deliciosas,
y sembradas aldeas, entre flores,
los campos perfumaban sin cultivo;
y más allá ese mar, sereno, inmenso,
que sin nubes, un sol resplandeciente,
como espejo sin fin, brillar hacía,
y las pequeñas puntas de sus ondas,
como de finas piedras los cambiantes.

Y estáticos, mirando al panorama,
suponían también los castellanos:
que allende de ese mar y de esas costas,
que aún coraje para hender tenían,
ó ya al bajar de la montaña egrégia,
tal vez encontrarían nuevos pueblos,
con otra religión, extraños cultos,
y sus templos de pórfidos y bronces,
con ídolos macizos de oro y plata:
ricos emporios con sus leyes y artes,
y estatuas de sus héroes primitivos,
y anteriores á bíblicos patriarcas,
entre grutas de perlas y corales;
palacios y serrallos encantados,
llenos siempre de vírgenes divinas,
y asiáticas aromas y perfumes,
y divanes de plumas relucientes,
donde alegre deslízase la vida:
desconocidas aves y animales....
tradiciones remotas, y otra acaso
gran civilización, propia y distinta
á esa que ellos de Europa conocieran,
y adonde, como apóstoles, ungidos
con nuevas creencias, leyes y adelantos,
tornar y trasmitar sabios podrían,
ó allí las suyas imponer, triunfantes.

Tales ideas en aquel momento,
cruzaron de esos héroes por la mente,
ante aquella visión santa y sublime,
que si el oro buscaban, conociendo
que es el que da al mortal goces y honores,
cuando desheredado y pobre nace,
aún más ansiaban, grandes y entusiastas,
*ceñir de gloria el láuro inmarcesible!*

Y penetrado Nuñez de Balboa
del gran descubrimiento, que á su genio,
valor, perseverancia y sumo tino,
y al denuedo tambien de sus soldados,
debían su nación y todo el mundo,
la importancia debida quiso darle,
é hizo por Valderrábano, escribano
de sus altezas, en su corte y reinos,
de posesión labrar acta solemne,
que los presentes suscribieron todos,
*siendo sesenta y cinco los firmantes.* 12

Dispuso Vasco Nuñez de Balboa,
haciendo una parada en la alta cumbre,
dar un breve descanso á sus guerreros,
y ordenó desgajar después un árbol,
y erigir una cruz en el paraje
do el *pacífico mar,* por vez primera,
él y sus compañeros contemplaron;
y un gran montón de piedras hacinadas
pusieron á la cruz por monumento,
en los troncos grabando y en las piedras
los nombres de los reyes de Castilla.

Con silenciosa admiración, estóica,
sin poder comprender aquella ofrenda,
los inocentes indios observaban
tan tierna ceremonia y regocijo,
ayudando también á los cristianos
á erigir esa cruz y sus cimientos,
que si entonces para ellos fué el emblema
de dura esclavitud, dolor y muerte,
luego en el mundo de Colón ha sido
signo de libertad y de progreso,
que allí, todos los hombres de la tierra,
*iguales son, sin títulos y hermanos,*
y tan solo descuella y resplandece
*la gran aristocracia del talento!!!*

# XXV

## 1513

Después Nuñez de Balboa,
en nombre del rey de España.
desde la inhiesta montaña,
tomó posesión del mar;
y él y su insigne falange
de llegar al mar, ansiosos,
los senderos escabrosos
comenzaron á bajar.

A la provincia llegaron
de Chiapes, indio guerrero,
que envió á decir, altanero,
al cabecilla español:
—que cual dueño, le vedaba
el seguir más adelante;—
y con su indiada, al instante,
al encuentro le salió.

Mas como el jefe cristiano
á los caciques quería
por el temor ó hidalguía
amigos siempre tener,
mandó: —que solo con pólvora
cargasen á los flecheros
sus bravos arcabuceros,
y algunos perros después.—

Tal se hizo: y ante el humo,
fuego, estallidos y rayos,
entre el espanto y desmayos
cayeron, llenos de horror;
y antes, pues, que en sí volviesen
de su espanto los flecheros,
fueron hechos prisioneros,
y en el pueblo así se entró.

E incontinenti, Balboa
mandó llamar al cacique,
para que con él platique,
brindándole su amistad;
y el régulo de sus indios
los consejos escuchando,
ante Balboa, temblando,
fué su perdón á implorar.

Y *de oro cinco arrobas*,
ora en alhajas y en bruto,
como un humilde tributo
á Balboa presentó,
quien ganándose al cacique
con sus afables consejos,
y cuentas, dijes y espejos,
su obsequio de oro pagó.

Y en aquel pueblo Balboa
permaneciendo unos días,
hizo volverse á los guías,
que sacó de Cuarecuá,
mandando llamar la gente,
que enferma allá se quedara
si con fuerza se encontrara
para seguir hasta el mar.

Y en tanto, que incansable
esperaba Balboa aquel refuerzo,
que en tal campaña necesario le era,
redoblando, indomable,
su titánico esfuerzo,
sin que nada olvidara ni omitiera,
dispuso que Pizarro,
don Alonso Martín y Ezcáray fuesen,
*mandando tres partidas de doce hombres*,
á buscar un camino practicable,
que del mar los llevase á la ribera:
y fué Alonso Martín el que primero
de su partida al frente y anhelante,
y *después de dos días de camino*,
llegó á orillas del mar, que halló en bajante:
internóse en la playa, osadamente,
cruzando las arenas alisadas,
y en un alto paraje,
cubierto de espadañas y follaje,
*dos muy largas canoas vió baradas*,
que presto la corriente
empezó á hacer flotar sobre sus huellas;
y corriendo Martín por entre el agua,
subió sobre una de ellas,
y prorrumpió, llamando á sus amigos:
«Venid, oh compañeros, que deseo
seais todos testigos,
que yo, Alonso Martín, hijo de Asturias,
soy, después de pasar grandes penurias,
*el primer europeo*,
que en un pequeño esquife, abandonado,
en este oceano inmenso
de nuestro hallado mundo,
sin remos y sin velas he bogado.»

Y subiendo después un Blas Etienza,
natural de Sigüenza,
dijo también: «Oídme, por si me hundo;
yo en pos de don Alonso me he embarcado;
y si él es el primero,
también que conste quiero,
que yo he sido el segundo.» 13

De Martín y Blas Etienza
de intento narro estos hechos,
para probar la vergüenza
y el aliento de los pechos,
que todos y cada cual
á porfía demostraban,
con abnegación notoria,
y que todos anhelaban
otra corona de gloria
para su patria inmortal!

La codicia, pues, no era,
aunque el oro allá buscasen,
la que sus pasos moviera
á que esa cima escalasen,
con aliento colosal:
ante todo, aquellos hombres
querían dejar grabados,
entre las rocas sus nombres,
con una auréola eternal!

Del camino encontrado hasta la orilla
de aquel mar de Occidente,
volvió Alonso Martín, ledo y triunfante,
á dar un pronto aviso,
á su buen comandante,
que habiendo ya reunido los soldados,
que en Cuarecuá quedaron rezagados,
dejó una parte en Chiapes,
*y el dia veintinueve de Septiembre,*
*con unos veintiseis*, fuertes y armados,
púsese en marcha; y todos placenteros,
entonando sus cánticos guerreros,
y de entusiasmo y gozo haciendo alarde,
*el mismo dia*, á la verdosa orilla,
*llegaron por la tarde:*
y más que cosa extraña,
á todos parecióle maravilla,
haber atravesado esa montaña,
sin llegar á sufrir desastre alguno,
y el encontrarse allí todos reunidos
y salvo cada uno,
dejando mil obstáculos vencidos,
como otra nueva gloria para España;
y ya en menos tuvieron
los trabajos y penas
del resto de esa colosal campaña,
cuando al cabo se vieron
del nuevo hallado mar en las arenas,
que adormido y sereno,
brindar á esa falange parecía
los ocultos tesoros de su seno,
y los productos de sus ricas costas:
y como estaba baja la marea,
*y más de media legua* se veía
de lisa, extensa playa,
y tal calor hacía,
que convirtiera en líquido la brea,
fatigados sentáronse á la sombra
de una espesa arboleda floreciente,
teniendo el verde césped por alfombra;
y cuando cerca de ellos
llegó ya la creciente,
enarboló Balboa la bandera,
do hállabase pintada
*la virgen con el niño;* y más abajo
las armas de León y de Castilla;
de la vaina sacó su larga espada,
y descendiendo ufano hasta la orilla,
y á la espalda poniéndose el escudo,
entró al mar, con el agua á la rodilla;
tremoló por los aires la bandera,
*á su gente con ella hizo un saludo,*
y luego así exclamó, con voz entera:
«¡Vivan los muy escelsos, poderosos,
doña Juana y Fernando, soberanos
de León, de Aragón y de Castilla,
en cuyo nombre tomo de estos mares,
tierras, islas del Sud, costas y puertos,
posesión corporal y régio mando,
y de todos los reinos y provincias,
que hoy les corresponden y pudiesen
pertenecerles, por cualquier derecho,
en pasado, al presente y en futuro,
y sin contradicción de parte alguna;
y si cualquier príncipe ó guerrero,
salvaje, infiel, cristiano ó de otra secta,
sea ella la que fuere, pretendiese
tener mejor derecho que los suyos,
aquí yo, espada en mano, y en el nombre
de los grandes monarcas de Castilla,
actuales y futuros, digo á todos,
que preparado estoy, tales derechos
á defender y mantenerlos firmes:
que esos mis reyes, poderosos, justos,
tienen hoy el dominio de estas Indias,
é imperio en Norte y Sud, en estas tierras,
sobre todos sus mares, costas, puertos,
de entrambos polos las ocultas zonas,
y de la equinoccial en ambos lados,
bien sea dentro ó fuera de la línea
de trópicos de cáncer, capricornio,
en donde cruza y cruzarán sus naves,
y en todo cuanto encuentren sus vasallos;
y que es ahora y siempre de mis reyes,
mientras los siglos que durare el mundo,
y hasta aquel día que la especie humana
fuese á juicio llamada ante el Eterno!»

No hubo moro ni cristiano,
ni salvaje ni judio,
que del jefe jerezano
el tremendo desafío
se presentara á aceptar;
y entonces, incontinente,
llamó á su reunida gente,
que fué á la orilla del mar;
y dió ella allí testimonio
del acto de posesión
de ese mar y su región,
de la España patrimonio,
pues una acta suscribieron,
que autorizó el escribano,
y cortados, esparcieron
en la tierra y el oceano,
ramajes, con profusión,
como una prueba y señal
de dominio material
y toma de posesión. 14

Y aquel qne por sarcasmo é ironía
llamaron, *sin saber lo que valía,*
*el señor del tonel....*
el hombre grande, aquél,
puso el nombre del santo de ese día,
que era el de *San Miguel,*
á esa extendida costa y gran bahía,
en cuyo mar no había
ni un mísero bajel!

Tal fué el descubrimiento
de ese ignoto mar índico,
que fué luego llamado
el *oceano pacífico;*
y tal la ceremonia
con que esos hijos ínclitos
de la grandiosa España,
que marcharon solícitos
de una en otra hazaña,
do quier dictando leyes
al pobre indio tímido,
tomaron posesión
de ese imperio magnífico,
en nombre de los reyes
augustos, cristianísimos,
de su ínclita nación.

## XXVI

## 1513

Cuando Balboa reunido
vió á todo su grupo ya,
en Chiapes establecido
dejó el cuartel general;
y los humildes indianos,
llenando de oro sus manos,
pedían doquier la paz.

De un golfo extenso y vecino
las riberas,
el caudillo valeroso
á explorar se decidió;
aunque Chiapes, cauteloso,
le hizo ver, cuan peligroso
era en aquella estación,
de la costa separarse,
y en las canoas lanzarse
mar adentro, sin temor.

Y sin escuchar razones,
ni temer
del nuevo mar las traiciones,
acomete,
*en Octubre diezisiete,*
lleno en su empresa de fe
y temerario coraje,
ese viaje,
donde hubo de perecer.

Viendo el prudente cacique
del obstinado Balboa
la firme resolución
de cruzar el golfo undoso,
por no pasar por medroso,
con él también se embarcó.

*Con hombres sesenta,*
*en nueve canoas,*
que diestros salvajes
hacían andar,
Balboa, impaciente,
y Chiapes, forzado
por su honra de jefe,
lanzáronse al mar.

En breve las olas
rugieron soberbias,
alzando y hundiendo
con burla y desdén,
aquellas canoas,
que unidas por palos,
lograban los indios
á flote tener.

Y aunque esos remeros
nadaban cual peces,
á cada momento
temíanse hundir,
apenas logrando
de bancos y rocas
y puntas de tierra
el riesgo eludir.

Cansados y hambrientos,

llegada la noche,
á una isla desierta
pudieron llegar;
y atando á unos troncos
*las nueve canoas*,
se echaron, buscando
reposo y solaz.

Los indios y cristianos hallábanse esparcidos,
durmiendo entre las rocas del céfiro al rumor;
mas rápida creciente, del viento entre bramidos,
á todos empapados al punto los dejó.

Corrieron á otros sitios, subiéronse á los árboles
creyendo que las aguas no fueran hasta allí;
mas era inevitable la próxima catástrofe,
y todos comenzaron las cimas á subir.

Oscura era la noche y espesos los nublados,
y en alto promontorio hallábanse apiñados,
de aquella gran marea pensando así escapar;
mas rocas, arboledas y sitios elevados,
cubriendo con sus aguas, fué súbita la mar.

Y fueron presurosos, subiendo hasta la altura
las ondas mugidoras, cual fieros mónstruos árticos
de aquellos infelices, llegando hasta los piés,
saltando á sus rodillas y luego á la cintura:
entonces, consternados, lanzaron por los ámbitos
un grito de agonía, sintiéndose caer.

Mas ¡ay! no era posible, que Dios en desamparo
dejase entre las ondas á aquel grupo preclaro,
que solo en mundo ignoto, había hecho y hacía
hazañas tan sublimes, y al hombre convertía,
llevando allí la cruz,
y el dogma sacrosanto, purísimo de luz;
y así como en su barca, la mano al extender
en hórrida tormenta, calmó la mar Jesús,
así en la aciaga isla, en rápido momento,
calmó del mar la furia, cesó el rugiente viento,
y espumas y mareas se vieron descender.

Y sus manos
alzando fueron al cielo
los ya salvados cristianos,
inundados de consuelo
y enalteciendo á su Dios;
y vieron, en su alegría,
despuntar al nuevo día;
y á la mar
clara y serena brillar,
á los fulgores del sol.

Bajaron á la playa y hallaron las canoas
de lodo y agua llenas, y casi destrozadas
del mar por el furor;
y ante tan triste cuadro, sus fuerzas agotadas,
de amargo desaliento sintieron el dolor.

Mas Nuñez de Balboa, tranquilo y muy paciente
y ejemplo á todos dando,
las muchas averías se puso á reparar;
y entonces, diligente,
su tropa, avergonzada, de estarse lamentando,
también, como su jefe, lanzóse á trabajar.

Vaciaron las canoas, y con cortezas de árboles
y juncos y raíz,
taparon las roturas, y uniéndolas con cuerdas,
flotar unas tras otras miráronlas al fin;
y en ellas se embarcaron, temiendo á cada instante
hundirse y perecer,
llegando *por la tarde* del golfo á la ribera,
postrados de hambre y sed.

Custodiando las canoas
Balboa y Chiapes dejaron
á algunos expertos indios,
con unos cuantos cristianos;
y ya avanzada la noche,
y por el hambre acosados,
internándose á una aldea
de las tierras de Tumaco:
al bosque huyeron los indios,
salvajes gritos lanzando,
y Balboa, con su gente,
en el pueblo penetraron,
su hambre allí satisfaciendo,
y tomando algún descanso;
y encontraron bastante oro,
*y perlas de gran tamaño.*

Y muy deseoso Balboa,
que esos indios comarcanos
le indicasen el paraje,
donde esas perlas hallaron,
logró hábilmente que Chiapes
venir hiciese á Tumaco,
quien sometiéndose al fin,
le presentó de regalo
*doscientas cuarenta perlas*,
prometiendo ser su aliado.
E interrogado el cacique
por el jefe castellano,
díjole:—que en una isla
de aquel gran golfo apartado,

*y distante cinco leguas,*
perlas de todos tamaños,
entre conchas opaladas,
hallábanse sin trabajo;
que sus indios, desde niños,
estaban acostumbrados
á estar debajo del agua,
las grandes perlas buscando,
que extraían de la costa
de un islote abandonado,
*como á tres ó cuatro brazas,*
cuando el mar, sereno y manso,
dejaba que los objetos
viéranse en el fondo, claros;
y que las fuertes tormentas
echaban en los peñascos,
en gran número las chicas,
ó en los parajes más bajos.—

Y para probar todo esto,
*treinta indios* mandó Tumaco
á traer perlas de la isla;
y á ellos fueron agregados,
por mandato de Balboa,
*seis resueltos castellanos;*
pero hallando el mar undoso
y sin cesar agitado,
no consiguieron los buzos
el sumergirse debajo;
mas con perlas de la playa
de su excursión regresaron,
y eran redondas y muchas,
aunque no de gran tamaño;
y como abrieron al fuego
las conchas por sus costados,
perdieron todas las perlas
su bello brillo opalado;
y todas las más valiosas,
que consiguió y se encontraron,
fué el animoso Balboa
para sus reyes guardando;
y dió el nombre de San Lúcas
á las tierras de Tumaco,
*allí el dieziocho de Octubre,*
que es el día de ese santo;
y á la isla de las perlas
la *Isla Rica* llamaron.

Y Balboa, del cacique
algo más averiguando,
supo:—que al Oeste esa costa
extendíase á lo largo,
sin que ninguno su término
buscar hubiese intentado,
tal era la inmensidad
de pueblos y cacicazgos,
y de ignotos territorios
y fertilísimos prados
de esas zonas encantadas,
de esos verjeles balsámicos;
y cuanto más se alejaba,
más pueblos íbanse hallando,
ricos en oro y productos,
que en animales cargados,
conducíanse á otros reinos,
donde grandes soberanos
alzaban templos al sol,
y moraban en palacios,
teniendo por concubinas,
princesas llenas de encantos,
ornadas de ricos trajes,
de perlas y oro bordados,
y súbditos á millares,
sirviérdoles, como esclavos.—

Mas como en aquellas zonas
los españoles no hallaron
ningunas béstias de carga,
mas que ligeros guanacos,
y conocer anhelaban
á ese cuadrúpedo extraño,
les modeló el buen cacique
aquel animal en barro,
que érales desconocido,
y parecióles muy raro:
algunos creyeron que era
el camello ó dromedario;
otros el paciente buey,
la mula, el burro ó venado,
y todo fué congeturas,
y tales esfuerzos, vanos;
pues era la *llama*, indígena
de ese suelo americano.

Estas fueron las noticias,
que á Balboa dió Tumaco,
*y la segunda*, que tuvo
del gran imperio afamado
del riquísimo Perú;
y ellas todas confirmaron,
lo que el hijo de Comagre,
—dando *un fuerte puñetazo*
en la balanza, do el oro
se disputaron, avaros,—
comunicóle á Balboa,
de tal conducta indignado;
y fué esta revelación,
arrancada en aquel acto

á la impaciencia del joven,
y todos quizá escucharon,
sin comprender su importancia,
la que al pacífico oceano
llevó el genio de BALBOA,
sin reparar en obstáculos,
ni temer contrariedades,
y sus atrevidos pasos,
por entre triunfos y glorias,
hasta el pueblo de Tumaco.

# XXVII

## 1513

No queriendo BALBOA, separarse
de esas verdosas playas sonrientes,
ni que se concluyese su campaña,
sin dar á la corona y rey de España
solemne posesión
de aquel golfo y sus costas adyacentes,
y conquistados pueblos inocentes
de la ignota región;
en una gran canoa,
que prestóle Tumaco, con remeros,
y algunos buzos más,
volvió el audaz BALBOA,
con otros incansables compañeros,
á internarse en el mar;
y vieron, admirados,
que los *mangos* de remos ó paletas,
estaban incrustados
*de finísimas perlas, en redor;*
y al notario previnole BALBOA:
—que *cuenta en acta* diérale á su alteza
de esa, por ellos vista, gran riqueza
de la nueva nación.—

Con adormida mar y viento leve,
*volvieron, en Octubre veintinueve,*
el golfo á recorrer;
y al llegar á una punta algo elevada,
en la arena BALBOA puso el pie;
y agarrando su espada,
y su vieja bandera,
al aire desplegada,
tranquila posesión tomando fué
de toda esa ribera,
de la misma manera
que antes lo hizo en el golfo San Miguel.

Un lejano archipiélago
á BALBOA los buzos señalaron,
do iban las grandes perlas á buscar;
y con visible miedo le contaron:
—que un tirano cacique, poderoso,
esas valiosas islas gobernaba
de largo tiempo atrás;
y en canoas, y en grupo numeroso
de isleños arrojados,
mandaba aquellas costas asolar,
cuando sereno estaba
el proceloso mar,
y nadie sus ataques esperaba,
que nadie pudo rechazar jamás:
que imponía castigos aflictivos
á los pobres cautivos,
que lograba apresar;
y siendo inexpugnable su morada,
gozaba impunemente
de sus contínuos robos,
sin que nadie pudiérale ofender;
porque ningún cacique
osaba hacerle frente,
ni arrostrar en canoas su poder.—

Al oír de los buzos
la triste relación,
sintió impulsos BALBOA,
lleno de generosa indignación,
de dirigir al punto su canoa
á la aislada mansión del invasor;
mas medrosos los indios, á porfía,
le hicieron ver los riesgos, que corría,
si se empeñaba en tal expedición;
y recordando, entonces, precavido,
cuanto había sufrido
en la fatal sorpresa,
de la isla, cubierta por el mar,
dejó para otra vez aquella empresa,
y mandó á los remeros regresar.

*El dia tres de Noviembre,*
salió NUÑEZ DE BALBOA,
con parte de sus soldados,

á recorrer esas costas,
acompañado de Chiapes,
en numerosas canoas,
y del hijo de Tumaco,
que en las empresas riesgosas,
en seguirle era el primero;
pues por Balboa, y su tropa
sintió simpáticamente
tiernas impresiones hondas,
que la noble juventud,
siempre se exalta y desborda
por todos los grandes hechos,
que nos dignifican y honran;
y la voz del sentimiento
en su alma vibra sonora,
como los ecos amantes
de una bien cantada trova;
y así de la juventud,
como son bellas sus formas,
así las aspiraciones
de su alma son generosas,
que esa edad es el tesoro,
con que el cielo nos corona,
cuando la tierra pisamos,
y que después, como notas
de una dicha ya pasada....
de una época venturosa,
solo el recuerdo nos queda,
cuando triste el alma llora,
marchitas ya en este mundo,
esa esencia y su corona.
¡Dichoso el hombre, que aun queda,
sino ya esa edad hermosa,
al menos del sentimiento
y de esa alma alguna sombra!
Mas dejo esta digresión,
que no ha cabido entre comas,
y sin querer he ingertado,
y prosigo con mi historia.

Por la ribera anduvieron
bogando muy largas horas,
y á un brazo de mar entraron
de arboledas muy coposas,
ancho por algunas partes,
y largo y estrecho en otras,
teniendo que ir cortando,
con sus espadas filosas,
las entrelazadas ramas,
que meciéndose en las ondas,
formaban ténues murmullos
de melancólicas notas,
para irse abriendo paso,
entre esas rutas umbrosas.

Internáronse en un río,
y en una cercana loma
descansaron por la noche,
después de atar las canoas;
y entraron por la mañana
en las indefensas chozas
de Techoan, que era el cacique,
quien cautivo con sus hordas,
con oro y perlas compraron
la protección poderosa
de esos hombres, que invencibles,
cubiertos de duras cotas,
el rayo, el fuego y la muerte
esparcían en la atmósfera,
cual si bajasen del cielo,
entre nubes fulgurosas.

*Más de dos meses hacia,*
que el intrépido Balboa,
á su empresa dedicado,
faltaba de su colonia,
sin tener de ella noticia,
ni saber si en la Española
secundaban sus esfuerzos,
ó si su empresa, en buen hora,
el privado Pasamonte
recomendó á la corona;
ni menos de los asuntos,
que encomendó á otras personas,
ante el rey y tribunales;
y todo esto para su honra
y glorioso porvenir
eran muy importantes cosas;
y pensativo y deseoso
de despejar esta incógnita,
y saber si su destino,
siempre con ceño y faz torva,
aún adverso le seguía,
ó si ya una nueva aurora
sonreiríale en la vida,
de laureles y de rosas
su camino entapizando,
decidió, desde esa costa,
volverse á Santa María;
y mandó traer su tropa,
que en San Lúcas se encontraba,
de Tumaco en las canoas.

Y el tierno hijo de Tumaco,
joven de gallardas formas,
y Ciapes, el buen cacique,
con palabras cariñosas
y lágrimas derramando,
se alejaron de Balboa,

pidiéndole: —que esas playas,
que contemplaban, absortas,
sus hazañas memorables
y sus empresas famosas,
tornase otra vez á honrar;
pues su bondad y sus glorias
contarían esas tribus,
cual si fuesen glorias propias,
en sus fiestas populares
y en sus danzas bulliciosas.—

No debe, no, extrañarse, que los indios
llorasen y sintiesen,
al mirar á Balboa de sus lares
tan presto separarse; y admirados
de sus notables hechos prometiesen
conmemorar tal gloria en sus cantares,
y encontráranse todos fascinados,
por sus brillantes dotes,
cuando hasta ya, no solo sus iguales,
sino los cabecillas principales,
en él reconociendo
el don, que para el mando poseía,
cesaron de mostrarse sus rivales,
y fuéronsele todos sometiendo;
porque el gran héroe de Darien tenía
*todas las cualidades del caudillo*,
y de los héroes toda la grandeza:
do quiera, sin quererlo se imponía
con su talento y su marcial belleza:
el valer de cada hombre conocía,
y buscaba del alma la nobleza,
y excitarla sabía:
y siendo infatigable, generoso,
compasivo, valiente y justiciero,
era al par indulgente y bondadoso,
y cuando era preciso, muy severo:
y al que con él hablaba,
al punto se atraía,
y por eso su gente le adoraba
al par que le temía,
y á los sencillos indios fascinaba,
pues sus costumbres y usos conocía,
y correcto en su idioma les hablaba;
y del sol y del cielo y de la luna
haciéndoles pomposas descripciones,
y dándoles nociones
de su divina ciencia,
preparaba á las tribus sojuzgadas
á venerar su creencia,
y seguir dócilmente en la obediencia,
para la cual estaban preparadas.

Tal, pues, era Balboa; y á medida
que encontraba do quier dificultades
en la azarosa vida,
crecían sus brillantes cualidades;
porque su alma encontrábase templada
para luchar, vencer y acrisolarse....
por su gloria y su rey sacrificarse,
y subir pura á la eternal morada!

También Techoan *tres días*,
en sus pobres y humildes poblaciones,
cariñoso hospedó á la brava hueste;
y dió á Balboa muchas provisiones,
para poder seguir su viaje agreste;
y dispuso: —que su hijo le siguiese,
mandando una partida de sus indios,
que el mucho oro y los víveres llevara,
y á la legión cristiana no dejase,
hasta que así Balboa, la mandara.—

# XXVIII

## 1513

De Techoan se separaron,
y dando todos la espalda
al hallado mar del Sud,
hacia la cercana falda
de la montaña marcharon,
con su marcial habitud.

Pero en las piedras ardientes
no hallaron agua ni fuentes,
do aplacar su horrible sed;
pues las rápidas corrientes
y cristalinas vertientes,
secas estaban doquier.

Habían sido agotadas
esas vías cristalinas,
por los ardores del sol;
y encontrábanse privadas

esas pedruscas colinas
del agua, que antes corrió.

Al suelo, calenturientos,
se arrojaban los cristianos,
hartos ya de sufrimientos,
solo anhelaban morir;
pero los pobres indianos,
extendiéndoles las manos,
los hacían proseguir.

Y dijeron:—que debía
cambiar la temperatura
muy en breve;
y un valle se encontraría
con agua fresca y verdura
y aire leve.—

Y en efecto, allí llegaron,
y encontraron
una campiña risueña,
en un valle seductor;
y de una elevada peña
saltaba sonoramente
una cristalina fuente,
corriendo grato frescor.

Como el que de un parasismo,
imágen de ráuda muerte,
frío, inerte,
vuelve otra vez á la vida,
asímismo
esa angustiada partida,
que de sed creyó morir,
sentíase, alborozada,
ante ese valle y cascada,
revivir!

Que se hallaban, supieron por los indios,
de Poncra en el famoso territorio,
que era por sus riquezas un emporio,
y este cacique pérfido y cruel.

Y después que en el valle descansaron,
y antes de proseguir en su regreso,
fuéronse á las cabañas de ese Creso,
ávidos de más oro, á recorrer.

Con su tribu y mujeres á hondas peñas
huyó el cacique de tupidas greñas,
en salvo así poniendo sus personas,
y de oro hallaron, de riqueza en señas,
*como valor de unas tres mil coronas.*

Despertó tal hallazgo á su avaricia,
y buscaron á Poncra y le trageron,
mandándole:—que diese la noticia
de do sacaba el oro, que adquirieron,—
mas taimado el cacique contestó:
—que ese oro de sus padres heredó.—

Causó tal terquedad gran descontento
en Balboa y su grupo exasperado,
que el ceñudo cacique fué al tormento
por su firme silencio condenado,
creyendo su secreto así arrancar;
mas sin decir un ¡ay! supo callar.

Todos, entonces, más enfurecidos,
ante ese estóico, varonil coraje,
mirándose vencidos,
prestaron sus oídos
á las revelaciones de un salvaje,
que acusó á Poncra del horrendo vicio,
contrario á la natura;
fué, pues, Poncra sacado del suplicio
de los punzantes hierros,
*y él y tres más* sufrieron la tortura
de morir, destrozados por los perros.

Así ejerciendo allí su predominio,
*como unos veinte días* descansaron
del desgraciado Poncra en el dominio;
y hacia el río *Comagre* caminaron,
por cuya estrecha márgen, unos días,
aún les siguieron los constantes guías
y el hijo de Techoan; y atravesaron,
por la parte del Norte, aquel desierto,
de estéril tierra y pedernal cubierto.

Hoy, el río Comagre,
por el trascurso destructor del tiempo
y rápida corriente,
y afluencia de la gente,
ha abierto ya un canal, entre las rocas;
y las profundas simas y hendiduras,
formado una vertiente,
que en claras ondas baja á las llanuras;
pero antes ese río,
cuando Balboa, con su altiva gente
y su incansable brío,
escalaron la altísima montaña,
era más peligroso y más sombrío,
y cercados hallábanse sus flancos
de hondos precipicios y pendientes,
á través de las rocas y barrancos;
y entre las negras simas, pantanosas,

curbiertas de verdores aparentes,
y de acuáticas plantas esponjosas,
hubieran esos hombres, cada día,
quedado sumergidos en el cieno,
ó entre rocas rodado y los espinos,
á no haber sido por el hábil guía,
que por estrecha senda, muy sereno,
á todos conducía,
y no como hoy, por fáciles caminos.

Y muchos de esos hombres animosos,
sin botas se encontraban,
y cubriendo sus carnes con andrajos,
descalzos caminaban.
De su propia avaricia á consecuencia,
sufría esa legión grandes trabajos,
por la total carencia
de víveres precisos
para aquella jornada;
y al fin, llegó á palpar, por experiencia,
que no valían nada
el mucho oro y las perlas recogidas;
y en su tremendo apuro,
por el hambre acosada,
tal riqueza hubiérala trocado,
por un cántaro de agua y un pan duro,
ó un pedazo de mula ó flaco toro;
mas en vez de precisas provisiones,
para poder cruzar aquellas rocas,
había á los indígenas cargado
con sus armas, mochilas y mucho oro,
y vituallas muy pocas;
y como en las cabañas
de aquellos hijos ágiles y sóbrios
de las altas montañas,
no hallaban los cristianos alimento,
cada naciente aurora
acrecían el hambre y su tormento
y sed devoradora!

Calcinado y estéril allí todo,
los pobres montañeses
no encontraban el modo
de dar recursos y aliviar los males
de aquellos, que creían
huéspedes celestiales;
y á sus cuevas huían,
su vergüenza ocultando con decoro,
ó en ofrenda de paz les ofrecían
algún puñado de oro,
que en situación tan cruenta,
juzgaban los cristianos, angustiosos,
digno castigo y merecida afrenta
de sus siniestros planes, codiciosos;
y tan intensos fueron
los perennes tormentos que pasaron,
que de hambre algunos indios se murieron,
y otros, en el camino se quedaron;
mas cuando ya morir todos creían,
una aldea, con víveres hallaron:
providencial creyeron tal encuentro,
de la montaña agreste
en el fragoso centro,
y después de tan largas agonías;
y á Dios alzando el alma,
*allí pasaron como treinta días.*
sus fuerzas reponiendo en dulce calma!

Y allí supo la hueste exploradora,
que atravesar debía por las tierras
de otro cacique, que en rapaces guerras,
esparcía entre todas el terror:
era Tubanamá, brutal y fiero,
y el mismo aquel, que de Comagre el hijo,
cuando el oro entregó, á Balboa dijo:
—que era un cacique sátrapa y feroz.—

Y cuando supo Balboa,
que el cacique armado estaba
y su venida esperaba,
miró en derredor de sí,
y solo vió en sus soldados,
enfermos, debilitados,
un puñado baladí,
que no podría, no, ya,
falto de fuerza y metralla,
en una campal batalla
vencer á Tubanamá!

Y en situación tan extrema,
resolvió
emplear una estratagema,
que resolviera el dilema,
que allí se le presentó:
solo tenía que hacer,
para poder proseguir,
á Tubanamá vencer,
ó encerrado allí morir.

Y como no era Balboa,
en lance tan inminente,
*un jefe de trepidar*,
escogió su mejor gente,
y poniéndose á su frente,
salió al cacique á buscar;
y en el pueblo á la restante
ordenó:—que vigilante
se quedará, sin cejar.—

Llevando los diestros perros,
caminó toda la noche
por sendas, rocas y cerros,
con pasmosa rapidez;
*y al otro dia, á la tarde,*
el hijo audaz de Jerez,
decidido á la agresión,
y llevado por los guías,
hallóse en las cercanías
de la buscada mansión.

Agrupado
y ocultado
entre hondanadas y rocas,
con sus flacas fuerzas pocas,
allí impaciente esperó;
*y después de media noche,*
sorprendió
á los salvajes dormidos,
que entre roncos alaridos,
quedaron á la merced,
como pájaros en red,
de los perros, mal comidos;
y de un sueño de placeres
sacó al régulo, asombrado,
quien también fué cautivado,
*con sus ochenta mujeres.*

Quedaron, pues, cautivos
la tribu con su régulo,
y todas sus riquezas
BALBOA recogió;
y al verse prisionero,
perdió todo su espíritu
aquel régulo fiero,
y sin cesar lloró.

De su fortuna en popa,
BALBOA hizo llamar
al resto de su tropa;
y en cántico triunfal,
entrando leda al pueblo,
BALBOA fué aclamado
por cada fiel soldado,
como un gran general!!!

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINHA
DIRINTEMAR

# XXIX

## 1513 y 1514

Viendo á Tubanamá preso y caído,
y anhelando poder tomar venganza
los indios, que él había perseguido,
sin causa ni cumplir ninguna alianza,
fué acusado por todos, y tenido
por sanguinario y falta de templanza,
y ejercer el pecado abominable;
y el castigo pidieron del culpable.

Y fingiendo BALBOA, que indignado,
á demanda justísima accedía,
mandó:--que por los perros destrozado
fuera por tal pecado y tiranía;—
mas cayendo á sus pies, desesperado,
díjole el cacique, que veía,
en torno de él, su pobre tribu esclava,
que implorando por él, por él lloraba:

«Desde que estas montañas, ó extrangero,
escucharon tu fama prodigiosa,
y el poder invencible de tu acero
te hizo cruzar su cima pedregosa,
como á un hijo de Dios te amo y venero,
y te ofrezco mi tribu numerosa;
perdóname la vida, y te daremos
todo el oro y las perlas, que tenemos.»

Y aparentando BALBOA,
que accedía
de Tubanamá al dolor,
y solo la paz quería,
dulcificando su trato,
su alianza y paz le propuso;
y al instante, por mandato
de su cacique y señor,
todos los indios salieron,
*y á los tres días* trajeron
oro y perlas de valor;
y al cacique entonces puso
en completa libertad,
quien confuso,
y admirando la piedad
de BALBOA, así le dijo,
al abrazarle y partir:
«Ya que te debo el vivir,
te entrego y confío á mi hijo,

en prueba de gratitud
y de enmienda;
y para que tu virtud,
tu idioma y tu religión
siga á tu lado y aprenda;
y esta es la mejor ofrenda,
que te hace mi corazón.»

Y se dijo:
—que aunque el cacique entregó
voluntariamente á su hijo,
el jefe español llevó
por su sola voluntad,
quien sabe cuantas docenas....
—¡oh perdonable crueldad!—
de doncellas y mujeres,
para disipar sus penas
en amorosos placeres.—
Y en efecto,
Oviedo, el historiador,
ha afirmado
*que tenía ese defecto....*
el defecto del amor;
y como él lo ha juzgado,
juzgarásle así, lector,
si también pacato fueres;
aunque para mí, en rigor,
no es pecado,
sino un gusto delicado,
el amar á las mujeres,
ó el de ser enamorado,
que es igual, si así lo quieres.

Y el espacio,
que mediaba entre el desierto,
hasta la costa del Norte,
y que es fragoso y pendiente,
anduviéronlo despacio,
en camino tan incierto,
para efectuar el trasporte,
sin perder oro ni gente,
ni desmentir su altivez;
y habiendo Comagre muerto
*de vejez*,
su hijo que el mando heredó,
y fué antes bautizado,
al español denodado
recibió,
con cariño y sencillez,
mostrándose fiel así;
y alto hicieron
*algunos dias allí*,
y de Ponca al territorio
prosiguieron,
sabiendo en este villorio,
como alegre parabién,
según seguras versiones:
—que á Darien
había un buque llegado
de la Española, cargado
con refuerzo y provisiones.—

Y contenta, entusiasmada,
y ya sin temor ni inquieta
la atrevida expedición,
apresuró su jornada,
á la cercana mansión
de Careta;
donde *el dieziocho de Enero*
el caudillo, placentero,
con su amada india Ventura
*y como veinte* soldados,
en su anclado bergantín
embarcáronse, aclamados
al son de caja y clarín,
y entre gritos de alegría
de aquel triunfo en parabién,
*y entraron al otro dia*
en la *Antigua de Darien*.

Con júbilo indescriptible,
y músicas y gran loa,
fué recibido Balboa,
como premio inmarcesible,
que toda la multitud,
que su llegada anhelaba,
tributaba
al ingenio y al valor
del héroe descubridor
del inmenso mar del Sud.
Y al mirar
de perlas y oro el botín,
que el intrépido guerrero
traía en el bergantín,
dijeron todos al par:
—que siendo el rey justiciero,
era á Balboa al primero
á quien debiera premiar.—

Salieron de Darien embarcaciones,
presurosas de Cóiba á la ribera,
el tributo á buscar de provisiones,
que á Careta, desde antes se impusiera;
y también á traer el gran bagaje;
cautivos y soldados,
que quedaron enfermos y postrados,

trás ese largo y angustioso viaje;
y llegaron en breve á la colonia,
con el resto del oro y de las perlas,
el algodón, hamacas y las mantas,
*y ochocientos indígenas cautivos*,
entre hombres y mujeres,
que fueron destinados
á conservar las plantas,
al servicio y los rústicos cultivos,
siendo bien atendidos y tratados.

El caudal recogido, *en pesos de oro*,
*cuarenta mil* sería;
y después de apartar la quinta parte,
que al rey correspondía,
y las mejores perlas,
por su esmalte, belleza y dimensiones,
fué el resto por BALBOA dividido
en justas proporciones,
entre los habitantes, que quedaron,
y habían con él ido:
y de las particiones
la exacta cuenta fué tan clara y obvia,
que alegre cada cual tomó su lote,
como queda contento de la novia,
quien recibe, al casarse, pingüe dote.

Terminó de esta manera
tan grandiosa exploración,
dando á la hispana nación
esa egregia cordillera,
que el dorado dintel era,
bañado de excelsitud,
en la opuesta latitud,
del muy rico y vasto emporio
de los Incas territorio,
en el nuevo mar del Sud.

Cuando comparando fueron
su feliz presente estado,
con el adverso y pasado,
en el que todos sufrieron,
y muchos allí murieron
de hambre, miseria y sorpresa,
siguiendo á Ojeda y Nicuesa;
á BALBOA bendecían,
y el genio reconocían
del héroe de aquella empresa!

Cual se graba en duros bronces
de un héroe el bendito nombre,
así el cariño á ese hombre,
en todos grabóse entonces;
y de su pecho los gonces
en blandas fibras se abrían,
y todos reconocían
el valor y la virtud
del héroe del mar del Sud
y como á un Dios le tenían!

Y merecida, en efecto,
era la tierna ovación,
que la triunfante legión
tributaba al hombre recto,
que supo ganar su afecto;
y con su genio y audacia,
persistencia y suspicacia,
adquiriendo hábil el mando,
le fué con gloria, encumbrando,
y sacó de la desgracia!

Caudillo y locuaz tribuno,
y el primero en el trabajo,
la confianza y fe se atrajo
y amistad de cada uno;
y valiente, cual ninguno,
sufrido y buen compañero,
en lidiar era el primero
y los indios en vencer,
por la astucia y su saber,
ó por su temible acero.

Y á la turba, desquiciada,
él supo disciplinar,
logrando en ella infiltrar,
como alta misión sagrada,
la gloria de esa cruzada;
y paciente y vigoroso
y el último en el reposo,
supo en poblados y yermos,
atender á los enfermos,
compasivo y generoso.

Y era el postrer que acudía
á recoger su ración,
cuando escasa provisión
á todos se repartía,
y con otros dividía,
sobrio y lleno de templanza;
y teniendo en Dios confianza,
infundiendo fué el contento
y varonil ardimiento
de su risueña esperanza.

Y así, no se le creía
ya un soldado de fortuna,

al ver sin sombra ninguna,
al sol que resplandecía,
y á su esfera le ascendía:
ni el caudillo, sin rival,
que eleva el fraude ó puñal
de turba de aventureros,
sino de dignos guerreros
*el invicto general!*

# XXX

## 1514

Con sobrada razón creyó Balboa,
de vuelta de su gran descubrimiento
del austral oceano,
extinguir de la corte el descontento,
y elevarse al favor del soberano;
así pues, le escribió los pormenores
de toda su campaña
del mar del Sud, colonia y derredores,
y su paso al través de la montaña;
y añadió los informes recibidos
de aquellos moradores,
respecto á un poderoso y vasto reino,
que como muestra de su gran tesoro
y de sus viejas leyes,
adorábase al sol, en templo de oro;
y en trono de marfil y piedras finas
sentábanse los reyes,
de perlas tachonadas las cortinas,
y en medio de balsámicos verjeles,
el suelo entapizado
de suaves, raras y preciosas pieles,
y de insólitas flores exornado.
Y cual débil ofrenda
de esa de oro y de perlas avalancha,
que en breve colmaría
á la real hacienda,
*el quinto* en oro y perlas remitía
con su amigo don Pedro de Arbolancha,
—encargando á este amigo y compañero,
que érale fiel, inteligente y listo,
y honrado y caballero,—
que al monarca enterase,
de todo lo que había oído y visto,
y en favor de Darien y de él le hablase.

Dedicóse después el noble jefe,
con empeño y constancia,
á la prosperidad de la colonia;
y no solo el maíz, patata y yuca
sembraban y tenían,
con sobrada abundancia,
sino también los frutos ya tenían
de semillas de Europa, que importaron
muchos aventureros, que llegaron,
é iban cada día en más aumento,
por la fama creciente
de las nuevas riquezas descubiertas
del Darien en las márgenes desiertas.
Así, pues, la colonia progresaba,
sin peturbar su paz zozobra alguna,
y cada cual soñaba,
que adquiriría colosal fortuna,
cuando reunir pudiesen elementos,
para llevar á cabo,
ya por el nuevo mar ó ya por tierra
otros descubrimientos,
que realizar Balboa pretendía.

Solo pudo salir la carabela,
que á Pedro de Arbolancha conducía,
*á principios de Marzo;* y tal demora
decidió de la suerte
del héroe de Darien, en mala hora,
y fué la causa de su injusta muerte.
Así la mejor cosa, en leve instante....
un acto de temor ó ciega audacia,
nos eleva triunfante,
ó por siempre nos hunde en la desgracia;
y nuestro hado ó destino,
sin saberse el que acierte,
en juguete mezquino
al grande y chico á su placer convierte;
y así en aciaga hora,
esa fatal demora
del buque en su salida,
decidió de Balboa y de su suerte,
y tronchó el genio de su ilustre vida!

Mas antes me es preciso,
para no anticipar este suceso,
referir lo que hizo
allá en España el bachiller Enciso;

cómo atendió la corte tal proceso,
y el modo cual Pedrárias fué nombrado,
sustituyendo á Nuñez de Balboa,
*poco antes* de Arbolancha haber llegado.

De algunos palaciegos
pudo la protección lograr Enciso;
y debido á las súplicas y ruegos,
obtener una audiencia del monarca;
y hábil sostenedor del pró y el contra
y farsante abogado,
le habló con extensión de la comarca....
de sus muchas riquezas,
y los grandes proyectos que traía;
mas ponderóle el deplorable estado
y el desquicio espantoso en que yacía,
por los robos, crueldades y torpezas,
que Nuñez de Balboa cometía;
y del fin de Nicuesa, desastroso,
le acusó, con tan vivas relaciones,
y con fingidas pruebas, tan mañoso
en embrollas de su arte,
que atendiendo el monarca sus razones,
no quiso ya escuchar á la otra parte,
que mandó poner preso,
creyendo que el oirle fuese insulto;
y dió por terminado aquel proceso,
*sin á la parte oirse*;
mas súpulo Zamudio, y pudo oculto,
evitar la prisión y escabullirse.

Balboa por el rey fué condenado:
—al pago de los daños y perjuicios,
que hubiera al bachiller originado;
y que á España volviese,
donde criminalmente se le oyese,
y al castigo debido
á sus muchos delitos se impusiese,
si hubiera esos delitos cometido.—
Y para reemplazarle en el gobierno,
por presuntas medidas arbitrarias,
á un amigo nombró del vil Fonseca,
que llamaban *Pedrárias*,
cual una niña trueca
de uno en otro rincón á su muñeca. 16

Mas apenas había el rey Fernando
su arbitraria sentencia proferido,
cuando llegaron á sus patrios lares
*Caicedo y Colmenares*,
y el locuaz indio, enviado por Balboa;
y el oro y los presentes
entregándole al rey, le refirieron
de Dabáiba las muchas maravillas,
y ese oro le dijeron:
—que en ríos y corrientes,
y en simples redecillas
los indios recogían, sin trabajo;
y que hacia el Sud y tras los altos montes,
hallábase un gran mar y vastos reinos,
cuyas muchas riquezas excedían
á todas las halladas hasta entonces,
según todos los indios le decían;
mas que su digno jefe
para tal excursión necesitaba
*mil y doscientos hombres;*
y á su rey suplicaba,
que de *calumniadores* y *rivales*
aplazase los juicios y el encono,
en vista de tan grande beneficio;
y en gloria de la patria y de su trono,
le hiciese tal servicio.—

Fué grata la sorpresa,
que causó en el monarca tal noticia,
y dispuso, *con ávida codicia:*
—que al punto tal empresa
por obra se pusiese,
y que una fuerte escuadra
hacia Darien saliese,
por el mismo Pedrárias dirigida,
*con mil doscientos hombres de pelea*,
sin dejar de omitir cosa ninguna,
ya que á España ayudaba la fortuna,
para que España, en Indias, con decoro,
su dominio y poder y gloria afirme;
y que desde ese día
se llamase también *Castilla de oro*
á Nueva Andalucía,
en la hallada región de Tierra Firme.—

Y esto precisamente sucedía,
cuando el *Gran capitán* se preparaba
á reparar de Rávena el desastre,
cuya fatal batalla fué en persona,
mandada por don Pedro de Carmona,
que era virrey de Nápoles, entonces:
y en toda España era
grande la excitación que se sentía
por vengar tal derrota;
y el rey, por fin, á Córdoba elegía,
para que su venganza hacer sintiera,
*después del largo tiempo, que olvidado*.
en Loja le tuviera confinado:
y lista ya la flota,
que conducirle á Nápoles debía,
la noble juventud solicitaba,
que el rey la permitiera

hacer esa campaña,
que juzgaba cual bélicas revistas,
y seguir la bandera
de Gonzalo de Córdoba,
el general *más grande, que la España*
ostentaba en su siglo de conquistas,
encumbrándose de una en otra hazaña.
Y juventud, soldados y guerreros,
habiendo ya de allí *lanzado al moro*,
aún esgrimar ansiaban sus aceros,
y adquirir nuevos triunfos, glorias y oro,
y sus bienes, sus rentas, sus estados
vendían ó empeñaban, afanosos,
para comprar brocados,
sedas, corceles, ricas armaduras,
y lanzarse, fogozos,
de Italia á la conquista,
galanos, caballeros y lujosos,
cual si fuera á pasarse una revista,
ó á recibir en el marcial torneo,
de manos de una hermosa idolatrada,
el premio y el trofeo,
que el héroe y el amante van buscando,
en su voraz deseo.

Mas viendo el rey Fernando
el inmenso entusiasmo de su pueblo,
que iba en crecimiento, cada día
á Córdoba encumbrando,
y como á Dios á Córdoba seguía;
y hasta su propia guardia
*á su rey olvidando*,
seguirle pretendía;
y *alarmado ya entonces y celoso*
mostróse este monarca, caviloso,
contra tan fiel vasallo, que extendía,
más allá de los mares y los Alpes,
su trono victorioso,
y solo á España engrandecer quería
en la opuesta región del monte alpino;
y bajo la presión y desconfianza,
que sentía su espíritu mezquino,
suspendió la salida
de la brillante armada;
y con duelo de todos, por entonces,
la campaña de Italia, *quedó en nada*.

Así es, que cuando don Pedro Arias Dávila,
que llamaban *Pedrárias*, comunmente,
pasó á Sevilla á preparar su viaje,
hallóse de repente
*por tres mil caballeros* asediado,
que no pudiendo ya marchar á Italia,
pedían á las Indias embarcarse,
aunque sin sueldo fuese,
después de haber *vendido ó empeñado*
su renta ó señoríos;
además, las pomposas descripciones,
y el dicho exagerado:
*—que en corrientes y ríos*
*el oro fácilmente se obtenía—*
aumentaron la sed y las pasiones,
que de oro y gloria cada cual tenía:
y todos, pues, clamaban, afanosos,
aventureros, pobres ú opulentos,
por seguir á Pedrárias,
quien no pudo acceder á las plegarias,
porque la expedición, según mandato,
*debía limitarse á mil doscientos;*
y pusiéronse en juego mil influencias,
para que á éstos ó aquellos servidores
al fin se prefiriesen ó cambiasen;
y del rey consiguieron:
*—que hasta mil y quinientos se embarcasen.—*

## XXXI

## 1514

Natural de Segovia era Pedrárias,
y habíase educado
en la casa real; y por su porte
y marcial bizarría
en la española corte,
*el galan* fué llamado,
y *justador* también, por la maestría
de que hizo alarde en justas y torneos,
y en la toma de Orán y de Bujía
y guerras de Granada;
pero para alcanzar altos empleos
de Indias en las playas sonrientes,
no hubiéranle servido para nada
tales antecedentes,
si Fonseca no hubiérale amparado,
pues *era el alma* en los asuntos de Indias,

que estaban *largo tiempo* á su cuidado,
y casi *á su capricho* dirigía:
y aunque Pedrárias era buen soldado,
no obstante, carecía
del talento, del tino y la prudencia,
justicia y competencia,
que el delicado puesto requería;
y tan solo al favor fué concedido,
como cosa sencilla,
por el viejo valido;
y su esposa Isabel de Babadilla,
noble matrona de virtud modelo,
y de la corte distinguida joya,
como ilustre sobrina
de la marquesa célebre de Moya,
que tan amiga fué de la gran reina,
seguirle quiso hasta el indiano suelo,
haciendo el sacrificio doloroso
de dejar *sus ocho hijos* en España,
por más que hizo su esposo,
por disuadirla, amante,
de que emprendiera viaje tan penoso
á tierra tan distante,
y donde era probable hallar la muerte;
mas ella, decidida,
del esposo seguir quiso la suerte,
á su lado arrostrando
los presuntos peligros de la vida.

También el rey Fernando
nombró á *Santa María de la Antigua*,
de metropolitana;
y fray Juan de Quevedo,
de la orden franciscana,
que por hombre teníase de ciencia,
de obispo fué ordenado,
quedando facultado
para fallar allá *de motu-propio*,
en todo grave caso de conciencia;
y para establecer una capilla
se le dió cierto número de frailes,
y cálices, misales y ornamentos
y efigies, y de todo fué provisto
con eficaz cuidado,
para que abrir pudiese los cimientos
de la divina religión de Cristo,
en la ciudad, donde iba á ser primado.

Y de alcalde mayor nombróse al joven
don Gaspar Espinosa,
que acabó en Salamanca sus estudios
de licenciado, con mención honrosa;
de tesorero á Alonso de la Puente,
y de veedor á Oviedo, el cronista,
activo, cortesano, *y complaciente*
del rey á los intentos,
como autor de la *Historia de las Indias*,
y *parcial narrador* de esa contienda;
é hiciéronse otros muchos nombramientos,
aumentando empleados
en la administración y real hacienda;
*y prohibióse* que fueran admitidos
*curiales* y *abogados*,
como gente dañina y perniciosa
en todos los estados;
y que todo litigio resolviese
el alcalde Espinosa,
*del modo que mejor le pareciese*,
evitando seguir tramitaciones;
pues era un beneficio para todos
el terminar cuanto antes las cuestiones,
y cortar brevemente todo enredo:
y dispuso el monarca:—que Pedrárias
oyese y consultase
al Obispo Quevedo,
*y de él se aconsejase*,
en todo asunto grave y delicado,
como hombre de criterio,
y de juicio y talento reputado
en su alto ministerio,
y en todos los asuntos del estado.—
Y según esta empresa requería,
por sus fines y vastas proporciones,
asignóse á Pedrárias alta renta
y varias concesiones:
y mandóse á Espinosa, que pidiese
á Nuñez de Balboa estrecha cuenta
de los bienes del fisco, que tuviese

De Málaga llegaron á Sanlúcar,
de do iban á salir las carabelas,
artillería, pólvora, mosquetes,
ballestas, armaduras, lanzas, picas,
espadas y rodelas,
livianos broqueletes,
y caballos y criados de librea,
y cuanto necesario presumieron,
para armar tanta gente de pelea,
que embarcábase, llena de ardimiento,
al mirar de la mar la blanca espuma,
creyéndose ya insignes potentados,
de gloria cada cual y oro sediento.

Subió *á cincuenta y cuatro mil ducados*,
que era para ese tiempo una gran suma,
de la arrogante escuadra el armamento,
que *de quince bajeles* se formaba;
y halláronse embarcados,

cuando menos Pedrárias lo pensaba,
*algo más de dos mil aventureros*,
á pesar que el permiso concedido,
*solo en mil y quinientos* se fijaba;
mas quinientos se habían guarecido,
—como el viandante en noche aterradora,
en desierta cabaña entra y se hospeda,—
á bordo de la armada,
que salió de Sanlúcar Barrameda
*día doce de Abril*, cuando la aurora,
con rayos de oro hiende coronada
los espacios sin fin, radiente y leda.

En la isla Dominica, felizmente
tocó esa gran armada,
do tomó leña y renovó su aguada,
y para Santa Marta dirigióse,
donde con una tribu
de feroces salvajes encontróse:
á tierra los cristianos descendieron
y algunos se internaron;
á los indios batieron,
y bastantes cautivos embarcaron,
sin dejar otra seña de dominio
*de su cristiano intento*,
más que el rastro sangriento
del robo, cautiverio y exterminio:
siguió después la flota
hacia el golfo de Uraba,
*y en Junio veintinueve*
frente del pueblo de Darien anclaba.

Muy poco tiempo hacía,
que iba Pedrárias, con su altiva armada,
dividiendo las olas,
cuando á las bellas playas españolas
don Pedro de Arbolancha descendía,
y en el palacio dábasele entrada.

Escuchó el rey, gozoso,
la peregrina descripción extensa
del gran descubrimiento
del mar del Sud, y la riqueza inmensa
que en bellas perlas y oro
sus islas y provincias prometían;
y la constancia, el tino y ardimiento
de las nobles hazañas de Balboa,
con todos compasivo y generoso,
y á quien todos siguiéndole, querían
*como á un padre amoroso;*
y que vasallo adicto se mostraba,
pues sus exímios hechos y las pruebas,
que Arbolancha exponía y presentaba,
sin que omitiese favorable cosa,
al bachiller Enciso desmentían:
la exacta relación y minuciosa
del orden, adelanto y crecimiento
de la nueva colonia,
y de la paz y alianza con los indios,
debido todo al buen comportamiento
del jefe cuidadoso,
que antes la halló en estado desastroso,
y había convertido en floreciente;
y el oro y el presente
que del audaz Balboa recibía,
con hidalga largueza;
y el regalo también de los colonos,
hiciéronle, aunque tarde,
sentir al falso rey la ligereza,
con que juzgó al político y guerrero;
y pretendiendo al fin hacer alarde
de grato y justiciero,
ordenóle á Fonseca, *arrepentido:*
—que los injustos cargos retirase
al digno caballero,
y que hiciera saber en toda España
sus notables servicios eminentes,
los que con profusión recompensase;—
todo lo que el valido
*omitió* ó *retardó*, con hábil maña,
en favor de su nuevo protegido.

Y por el reino todo cundió en breve
la noticia de tal descubrimiento,
cual lleva el huracán arista leve;
y el reino, en su contento,
aplausos á Balboa tributaba,
y del descubridor del nuevo mundo,
cual digno sucesor le proclamaba;
mas no evitaron tantas ovaciones,
rendidas por el pueblo y la nobleza,
que muriese Balboa *en un cadalso*,
rodando por el suelo su cabeza,
no por traidor al pueblo ni á su alteza,
—(porque yo solo la virtud ensalzo,
cuando la rindo culto
al entonar mis versos,)—
sino por las tendencias sanguinarias
y los planes perversos
de su envidioso émulo Pedrárias,
el cual, por la demora
de Pedro de Arbolancha,
fué solo á reemplazarle, en mala hora!

Después, por muchos días, en palacio,
y entre los hombres sabios y estudiosos,
no se habló de otra cosa,
más que de esos sucesos prodigiosos,

y de aquella región feraz y hermosa
del oro y de las perlas,
que iba á hacer la riqueza y la delicia
de toda España, unida y poderosa,
y de Europa codicia!

Y el docto cortesano Pedro Mártir,
—muy dado á los trabajos literarios
y asuntos de las Indias,—
después que largamente
habló con Arbolancha y otros varios,
de las islas del Sud y su riqueza,
escribió á León diez, papa reciente,
con sorpresa creciente:
—«que en grandes perlas, oro y en belleza
eran el mar del Sud y sus provincias,
en la región indiana,
mejores que Ceilán y Trapobana,
y los ricos productos del mar Rojo;
y que la España ya, por tal suceso,
podría, orgullosísima á su antojo,
ostentar pedrerías, oro y perlas,
más que *Cleopatra* y *Creso*,
sin hallar competencia en todo el mundo;
pues en sus nuevas islas de Occidente,
do antes no había nadie penetrado,
podría el vagabundo
volverse, en un instante, un potentado,
y recoger el oro á manos llenas,
sin horadar los montes;
sino en blandas arenas,
y al lado de mujeres virginales,
ó á la margen de ríos,
agotados por rayos tropicales,
entre bosques pomposos y sombríos;
y que, por consiguiente,
iba España á nadar en la opulencia,
dejando atrás á asirios y romanos
en poder, esplendor, magnificencia,
sin que hubiese de Europa, en todo el mapa,
otro más vasto imperio, omnipotente.»—

Y esto, que Pedro Mártir dijo al papa,
con entusiasta pluma,
también, todos, en suma,
ignorantes ó sabios,
dijeron con la pluma ó con los labios!

# XXXII

## 1514

La flota de Pedrárias
*á legua y media* de Darien ancló;
y el ver en ese mar, siempre desierto,
*quince naves* de súbito en el puerto
á todos los colonos sorprendió.

*Como doscientas casas y cabañas,*
*y algo más de quinientos europeos*
existían entonces en Darien;
*y mil quinientos indios de ambos sexos,*
que iban en aumento cada vez,
eran la servidumbre, y cultivaban
las huertas y jardines,
que al floreciente pueblo circundaban,
y en las cercanas tribus se extendían;
y en envidiable paz,
los indios y cristianos bendecían
de Balboa el gobierno paternal.

Y los festivos días que la iglesia
dedica á sus funciones y al descanso,
pasábanlos allí
en ledos bailes, justas y cantares,
junto á la verde orilla de un remanso,
cual si se hallaran en sus patrios lares,
al ver ya la fortuna sonreir,
donde antes eran tenebrosos mares,
y era casi seguro ir á morir.

Y consiguió Balboa de tal modo
captarse de los indios la amistad,
que aquel extenso territorio todo,
podía un español atravesar,
seguro y sin temor;
porque como á un hermano
trataba en su cabaña todo indiano
á cualquier español.

Tal era de este pueblo venturoso
el floreciente estado,
cuando los veteranos de Darien,
tranquilos y felices,

teniendo el rostro por el sol tostado,
y su cuerpo cubierto
de honrosas cicatrices,
notaron esa escuadra, que en el puerto,
*medrosa y lejos á situarse fué*,
como el ladrón, que acecha en las tinieblas,
ó el pirata, que en medio de las nieblas,
intenta sorprender.

Pero como Pedrárias presumía,
que Nuñez de Balboa procediese
como un atropellado aventurero,
y que rebelde y fiero,
con su horda desalmada,
á que entrase en el pueblo se opusiese,
envióle un mensagero,
su misión avisándole y llegada.

Y creyendo el enviado
encontrar á un guerrero,
cubierto con sus armas poderosas,
y con algún cacique ó gran princesa
en un trono de esclavos, rodeado,
¡cuál no sería entonces su sorpresa,
al verle entre los indios, ocupado
en dirigir una escuadrilla escasa,
que trataba afanosa,
de concluir de techar su pobre casa,
que era de barro, paja y de madera,
en medio de una huerta deliciosa!
y hallábase vestido,
no cual á su alto cargo conviniera,
con finas telas gratas,
ni cubierto con rica capa airosa,
ni en traje de guerrero,
ni menos de etiqueta,
sino con zaragüelles y alpargatas,
y de algodón estrecha camiseta,
como si fuera un simple jornalero.

Y respetuosamente
acercóse á Balboa el mensajero;
y tímido y confuso,
del alto cargo y la misión le impuso
de que estaba Pedrárias revestido;
y Nuñez de Balboa
su indignación profunda reprimiendo,
y de esa ingratitud la acerba pena,
repúsole, sonriendo:
«A Pedrárias le doy la enhorabuena
por su feliz llegada,
de nuevo gobernante;
y decidle, que yo y mis compañeros,
sumisos á sus órdenes quedamos,
y dispuestos estamos
á acatar sus mandatos al instante.»
Y el enviado, contento
de tan fina atención, partió al momento.

Esta hidalga respuesta de Balboa,
causó rabia y encono
entre su adicta gente,
que cada día más y más le amaba,
contra Pedrárias y el ingrato trono,
que á sus héroes así recompensaba;
y el oficial Botello
de la hidalga respuesta murmuraba
con Hernando de Argüello,
que harto mal su despecho reprimía;
y el pueblo que escuchaba,
también á los llegados maldecía,
mostrándose indignado y receloso;
y Argüello, que la echaba de gracioso,
y al populacho enardecer quería,
dijo, al fin á su jefe,
de un modo sentencioso,
en voz alta y con pausa,
como para que todos le escuchasen.
y también abogasen
por su muy popular y justa causa:
«Señor, yo desconozco
al nuevo enviado de sainete ó sable,
y de todos también lo mismo espero;
y ese Pedrárias me es tan detestable,
aunque no le conozco,
como los malos versos de un coplero....
la vanidad de un hombre despreciable....
el aplauso de un vil aventurero,
la presunción de un dómine de aldea,
y el torpe coquetismo y pretensiones
de una nécia mujer, sin oro y fea,
que cree rendir do quier los corazones.»

Y entre despecho y risa
los viejos veteranos,
aplaudieron de Argüello el pensamiento;
y elevando sus manos,
fueron sus armas á empuñar de prisa,
y prepararse para tal intento;
mas fiel á su deber el gran Balboa,
aunque por tal demostración de afecto,
enternecido y grato,
les hizo conocer, que tal proyecto
era una rebelión y un desacato,
que jamás sostendría
contra el real mandato,
que acatar al instante se debía:
y fiel á su deber, y en su perjuicio,

y cuando un premio recibir creía,
hizo este sacrificio,
como humilde vasallo, aunque veía,
que á su obra de conquistas y adelanto
vendría á sustituirle un gran desquicio,
y á traer la ruina, y el espanto,
abriendo en la comarca nueva huesa,
como en los tristes tiempos
de Ojeda y de Nicuesa:
y consiguiendo apaciguar, prudente,
las bélicas ideas temerarias
de su exaltada gente,
á recibir dispúsola, sumisa,
á su rival Pedrárias,
quien bajó al puerto y penetró en el pueblo,
acompañado de su noble esposa,
obispo, secretarios, comitiva,
y frailes y empleados,
y una arrogante fuerza numerosa,
ostentando sus armas y brocados,
que hacían un contraste lastimoso
con la desnudez suma y aflictiva
de esos viejos soldados,
que cubiertos de honrosas cicatrices
y de andrajos cubiertos,
creíanse felices
en aquellos desiertos,
con estar por Balboa gobernados!

Mas antes que á tierra bajasen
Pedrárias y su comitiva,
y ver que su albergue pisasen,
con ánsia lasciva,
Balboa llevó á su Ventura
del pueblo á una choza apartada,
con otra cautiva,
que fiel la sirvió,
dejando segura á su amada,
y oculto su vívido amor;
y luego, con toda su gente,
marchando á la frente,
al paso á Pedrárias salió:
brindóle su casa, humildoso,
y en otra, obsequioso,
también al obispo alojó.

¿Mas cómo en doscientas casuchas,
que habría en Darien, á lo más,
podían *dos mil forasteros*
de pronto un albergue encontrar,
y víveres, armas y equipos
guardar en seguro local?
Entonces los pobres colonos,
con franca y cordial voluntad,
á fráiles, guerreros y nobles
y enfermos del viaje de mar,
su lecho y sus casas cedieron,
en tanto, que unidos y en paz,
barracas y casas pudiesen
en breve y activos alzar,
do todos tuvieran, holgados,
asilo en la nueva ciudad.

De frutas, legumbres, mariscos
y pan de cazabe y maíz,
banquete frugal y amistoso
Balboa hizo á todos servir;
y excento de envidias villanas,
mostraba solícito así,
que si era valiente é idóneo,
y supo triunfar en la lid,
y luego fundar ese pueblo,
que en ruinas llegó á recibir,
también de su rey al mandato,
sabía doblar la cerviz,
y que era sumiso vasallo,
al par que guerrero sutil.

Y en ese campestre banquete
la urbana franqueza reinó,
quedando Pedrárias, su esposa,
obispo y alcalde mayor,
y todos los nobles y fráiles,
prendados del buen corazón,
del tino, bondad y el afecto,
que en todos al punto inspiró
el jefe de aquella colonia,
que fiel á la voz del honor,
del rey el mandato cumpliendo,
el mando á Pedrárias dejó,
quien hizo bajar los equipos,
y astuto, falaz, previsor,
del pueblo en la clase indigente,
con falsa piedad repartió
calzado, vituallas y ropas,
en nombre del rey, su señor,
al pueblo creyendo ganarse
con esa benéfica acción;
mas fiel ese pueblo á Balboa,
á Balboa jamás traicionó!!!

# XXXIII

## 1514

Con siniestra intención y alevosía,
hizo Pedrárias, *al siguiente día*,
que llegó á la ciudad,
á una secreta conferencia urgente
á Balboa llamar,
encontrándose Oviedo *á ella presente*,
pues á la vez que hacía de notario
y de veedor también,
nombróle su privado secretario,
no tanto por idóneo y competente,
sino, porque *servil y complaciente,*
*siempre estaba de parte del poder.*

Y el cortesano comenzó insidioso:
—por alabar al pueblo venturoso,
y al jefe, que lo supo organizar;
y su amparo y ayuda prometerle
en las nuevas empresas, y ofrecerle
su sincera amistad.

Y que quedaba el rey agradecido
por su trascendental descubrimiento
del mar del Sud;
y daríale el premio merecido,
según fuese de aquel acaecimiento
la magnitud.

Y que estando el monarca muy conforme
por el nuevo sendero, tan glorioso,
en proseguir,
pedíale un informe,
claro, circunstanciado y minucioso
de aquel país.—

Como recien llegado todavía,
añadióle: —que en esa nueva tierra
ignorando el ataque del flechero,
él, como jefe práctico, sería,
ora fuese en la paz, ora en la guarra,
su experto consejero.

Y que por consiguiente, con franqueza,
le diese en todo asunto su opinión,
pues solo era su anhelo,
que sin ningún recelo,
ambos siguiesen en perfecta unión.—

Y de Darien el noble veterano,
en la palabra pérfida y falaz
*confió del cortesano,*
y le estrechó la mano,
aceptando, gustoso, su amistad.

Y dictóle Balboa al secretario,
con la espansión de su alma juvenil:
—las remesas del oro, que en sus viajes
y perlas remitió al real erario,
y exacto itinerario,
que siguió por el istmo, entre salvajes,
con su corta partida varonil.

De su sufrida hueste
la conducta marcial y las hazañas,
en un clima de fuego y campo agreste,
sin que humano poder la contrarreste,
al pasar á través de las montañas.

La importancia y riqueza
del nuevo mar del Sud; el oro y perlas
de esas playas, colmadas de belleza,
y edénica pureza,
que despliegan, magníficas, al verlas.

Los caciques, sus nombres, territorios,
con que había entablado relación,
y otros mil incidentes accesorios,
que en su viaje observó.—

Todos estos detalles minuciosos
del nuevo mar del Sud,
exaltaron del falso cortesano
la ambiciosa inquietud.

Y dueño del secreto
del héroe de Darien,
había conseguido ya su objeto,
el cual era, poder
otra vez la campaña
él tan solo emprender,
que se hiciera á través de la montaña.

Así es, que al separarse de Balboa,
mostróse con frialdad,

porque ya era á su intento innecesario,
obtener su amistad.

Y después que hubo engañado
con tales trapacerías
á Balboa, harto confiado,
promovióle *á pocos dias*,
creyendo ultimarle, avieso,
y de todos con sorpresa,
un denigrante proceso,
por la muerte de Nicuesa.

A Espinosa competía,
pues era alcalde mayor,
esta causa el iniciar;
pero, indeciso, temía,
si usaba de algún rigor,
al obispo disgustar;
porque el obispo, al instante,
el poder y la constancia,
como caudillo y soldado
de Balboa conoció;
y Balboa, comprendiendo
cuanta iba á ser la importancia
del entendido prelado,
ganárselo procuró;
y como este don tenía,
como socio, le ofreció
con gracia, con tino y arte,
en sus siembras darle parte
y negocios comerciales;
y el obispo, que creía,
que á Dios podía servir,
sin por esto abandonar
sus asuntos temporales,
llegóse á Balboa á unir,
y con su influjo á ayudar.

Y así, por tanto, Espinosa,
en el proceso seguido,
no hizo en verdad, otra cosa,
que descubrir la verdad,
dejando á Balboa excento
del falso cargo sangriento,
y ser fiel y dar oído
á la opinión general,
y de intrigas prescindir,
demostrando los servicios,
conquistas y sacrificios,
que Balboa hizo al país.

Vió Pedrarias, que en su daño,
tal proceso se seguía,
porque era á la causa extraño,
y creyó, que era un engaño,
que á su dignidad se hacía,
por la conducta capciosa,
del obispo y de Espinosa,

Y contra todo derecho,
dominado del despecho,
otro él mismo levantó,
como quien firma en barbecho,
sirviéndose del cohecho,
y por válido lo dió.

Pero con olas bravías
de revuelto mar undoso,
se alzaron voces sombrías
por el partido animoso
de Balboa, que furioso,
desafió las tropelías
y medidas arbitrarias
de Pedrárias.

Y el obispo y Espinosa,
como entendidos doctores,
y en el poder coadjutores,
rechazaron la insidiosa,
información defectuosa;
y entrando en los pormenores,
le hicieron ver sus errores
y conducta peligrosa.

Mas Pedrárias, despechado
y exaltado
por esta contrariedad,
les dijo:—que sin proceso,
haría á Balboa, preso,
para su patria embarcar.—

Entonces el obispo
temió que su negocio,
faltándole su socio,
llegase á fracasar;
y firme y persuasivo,
saber le hizo al magnate,
el grande disparate,
que iba á ejecutar:

«¿No veis, que si á Balboa
mandais á nuestra tierra,
nos faltará el caudillo
querido de Darien?
¿No veis, que sus parciales
haránnos cruda guerra,
y hasta los mismos indios
sublevarán también?

¡Y estar podeis seguro,
que no solo en España....
en toda Europa entera
su nombre es grande ya;
y así, os aseguro,
que el viaje no le daña,
aunque engrillado fuera,
sino le encumbra más!

Y del rey protegido,
sus faltas olvidando,
le mandará en reemplazo....
de vos mismo, señor;
y lo que estais pensando
hacer, él, ofendido,
tomándoos por el brazo,
hará entonces con vos.

Quien no tiene aún la rienda,
sus ímpetus refrene,
que el otro, en la contienda,
—que pro y su contra tiene,—
podrá salir ganando,
sin nada aventurar,
Ya veis pues, si os conviene
estar ahora quedo,»
le dijo el buen Quevedo,
la homilia terminando,
con seria autoridad.

Y ante este consejo,
que oyó con pavor,
quedóse perplejo
el gobernador,
cual á un pobre viejo,
que vése al espejo
con ánsia y temor,
despues que ha pasado
el mal, que postrado
le hundió en el dolor,
su propio semblante
febril, repugnante,
le llena de horror.

Y hasta su propia esposa, inteligente,
que el genio de Balboa comprendió,
teniéndole respeto y simpatía,
su criminal intento reprobó.

Y Pedrarias, entonces, convencido
de que peor que el mal era el remedio,
cedió, pues, y adoptó el término medio,
que hízole su perfidia sugerir.

Procuró que por daños y perjuicios,
contra Balboa pleitos se iniciasen,
que pobre y aburrido le dejasen,
logrando á algunos viles seducir.

Mientras así creyó desprestijiarle
y hacerle en la colonia impopular,
ordenó, que á través de las montañas,
se formase un camino al nuevo mar.

Del mar del Sud la costa solitaria
quiso la gloria de poblar también,
y dejar solo el mérito á Balboa
de haber llegado allí, sin nada hacer.

Y emprendió, con afan, este trabajo,
presumiendo que al fin su antecesor,
cuya fama habíase extendido,
volvería á gozar regio favor.

Entre tanto Balboa, como un tigre,
que acosado se mira por do quier,
preparaba su espíritu y su gente
para tan torpe asedio repeler.

## XXXIV

### 1514

Estaba el pueblo de Darien situado
en un verdoso valle, junto al río,
y de inhiestas colinas rodeado,
que impedían pasar
el benéfico ambiente de las brisas,
que es, para las estrechas poblaciones,
cual para el tierno niño las sonrisas
del labio maternal.

Y por la noche, el aire húmedo y frío
los inmediatos bosques aumentaban;
y era del no profundo y ancho río

el cáuce un lodazal
de perennes pantanos sin corriente;
y una vara cavando, agua salía,
como si fuera de copiosa fuente,
surtida por la mar.

Reconcentrando allí, durante el día,
sus ígneos rayos abrasante sol,
un ambiente de fuego se sentía,
irresistible haciéndose el calor;
y mal sentando á los recién llegados
el clima de esos yermos,
se hallaban disgustados
y comenzaron á caer enfermos.

*Y una casa de víveres colmada,*
por un leve descuido se incendió;
y el resto de las otras provisiones,
por la humedad del clima se perdió,
y empezóse á sentir gran escasez;
pues ya no eran bastantes
los pocos, repugnantes
y extraños alimentos de Darien.

Y de Balboa la ofendida gente,
de la otra miraba, indiferente,
las angustias y el hambre,
como el curioso, que recorre y se halla
en el campo, después de la batalla,
ve en seguida de buitres el ejambre.

Y de Pedrárias,
triste, infeliz,
la hambrienta gente
decía así:

«¿Do están el oro,
las perlas finas
y las riquezas
de este Darien?
¿Por qué escribísteis,
que se veían
sobre la arena,
y el oro en red?

¡Solo aquí hallamos
hambre y miseria,
y un insufrible
clima mortal!
¿Por qué á su alteza....
por qué á nosotros
así quisisteis
nos engañar?»

«¿Quereis riquezas,
perlas y oro?»
—les costestaban
los de Darien.—
«¡Pues no os parezca
que es un desdoro,
ir á buscarlas
lejos y á pie!

¡Id á las islas....
cavad la tierra....
subid los montes,
y más allá,
á inmensas tribus
llevando guerra,
perlas y oro
ellas daran!

¿Quereis tenerlas?
¡Pues á los indios,
en fieras luchas,
id á vencer,
y así riquezas,
perlas y oro
y halagos muchos,
do quier tendreis!»

Con tales burlas
les contestaban
á sus insultos
los de Darien;
y un bando aparte,
firmes formaban,
sin humillarse
á su desdén.

Los caballeros
y aventureros
recién llegados,
de hambre postrados,
daban, con gozo,
armas, brocados,
por algún trozo
de negro pan;
ó entre las huertas,
secas, desiertas,
chozas vecinas
y altas colinas,
iban maices,
aves, raíces,
ó algo á buscar.

Y esos señores,

que enagenaron
de sus mayores
renta, heredad;
y que gozosos
imajinaron
ser poderosos
y sin rival;
á su existencia,
Dios y su creencia
ya maldecían,
en su furor;
y era la muerte
la única suerte,
que entreveían
en su dolor.

Y vino horrible,
del alto cielo
mortal flajelo
sobre Darien;
y así acabaron,
entre tormentos,
*más de trescientos,*
*solo en un mes,*
de aquellos nobles,
que de Sevilla
y de Castilla
fueron la prez!

Y hasta Pedrárias
sufrió la peste,
pero con vida
pudo salir;
pues fué llevado
á un buen paraje,
cerca del río
*Corobarí.*

Y fué tan grande
la mortandad,
que habiendo en todos
cundido el mal,
no fué posible
huesa cavar;
y entre las zanjas
y el lodazal
de hondos pantanos,
sin más ni más,
en vez de osario,
se iban á echar
los flacos restos
de esa marcial
legión lujosa,
que fué á pisar
aquellas playas,
para su mal!

Supieron
y creyeron
los vecinos
de Darien,
que esa peste
en la hueste
de Pedrárias,
solo fué,
porque insano,
cual villano,
á Balboa
traicionó;
y el flajelo
fué del cielo
la justicia
de su Dios!

Días terribles, llenos de espanto,
fueron aquellos, que el mal reinó;
solo se oía hondo quebranto,
ayes de muerte, sordo extertor.

Y hasta los indios, mansos, sumisos,
ráudos huyeron á sus desiertos,
llenos de horror,
que era ese pueblo, *pueblo de muertos,*
que en huesa cruenta
peste violenta,
en un instante lo transformó.

Y después que el espanto hubo pasado,
con su hálito de muerte y sus horrores,
cual se disipa cárdeno nublado
del sol á los fulgores,
quedando el cielo de su azul teñido,
y volvió todo á su normal estado,
tornó al pueblo Pedrárias, aflijido,
y ya convaleciente;
y teniendo el objeto
de que saliese de él alguna gente,
pues no habia socorros para todos,
á todo el que lo quiso
comenzó á dar permiso,
para que abandonase esa campaña;
é hízose á la vela
un buque, con algunos para España,
pobrísimos y enfermos,
y *en seguida* partió una carabela,
de otra hambrienta remesa bien provista,

con rumbo para Cuba,
do seguía Velazquez su conquista,
y con esta remesa siguió en suba.

No era, no, para el genio de Balboa
vivir en blanda holganza, con la turba,
ni estar esclavo de los muchos litis,
con que hízole Pedrárias guerra cruda.

Y ocultamente despachó á su amigo
Andrés de Carabito, para Cuba,
en busca de armamento y provisiones
y de algunos soldados en ayuda.

Pues intentaba atravesar el istmo,
desde el *Nombre de Dios*, y formar suya,
en las playas del Sud, una colonia,
para seguir sus glorias y aventuras.

Y resolviendo allí construir bajeles,
ir á explorar, sin protección alguna,
de ese oceano y sus costas misteriosas,
las riquezas y espléndida hermosura.

Y con heróico aliento imaginaba,
que el rey no se opondría á su plan nunca,
desde que iba con él á su corona
á dar gloriosa base, más profunda.

¡Grande Balboa.... generoso siempre,
tal juzgaba á su rey, con su alma pura,
pero un esbirro de ese rey ingrato,
solo en premio le dió temprana tumba!!!

Y para poder vivir,
hasta poder trabajar,
mandó Pedrárias salir
la tropa á forragear;
y socorros á pedir,
ó á las chozas saquear,
y á las tribus combatir,
sino los querían dar.

Y así, pues, fueron pasando
esa época fatal,
hasta que aliento cobrando,
aquel afligido bando
volvió á su estado normal.

# XXXV

## 1515

Y mientras que Balboa, harto impaciente,
de su enviado esperaba la llegada,
contando el largo tiempo, hora tras hora,
Pedrárias, desconfiado y diligente,
despachó á su segundo Juan Ayora,
*con cuatrocientos hombres*,
del nuevo mar del Sud á las regiones,
y á recorrer las tribus,
que Balboa ganó con su atractivo
y á pedirles á todos provisiones,
y oro también, de un modo imperativo;
y á la vez, para el río de los *Ánades*
mandó á don Luis Carrillo con más fuerzas,
movido del intento,
si volviese Balboa á obtener gracia,
de poder alegar:—que si Balboa
hizo aquel ocular descubrimiento,
lanzado por su audacia
y su estado fatal desesperante;
después él, como jefe,
y del rey el legal representante,
con sus propias legiones
dispuso que al fin fueran conquistadas
del Sud las magníficas regiones,
y en su tiempo pobladas.—

Y Carrillo y Ayora
salieron á campaña, no impulsados
por la fe en su escursión exploradora,
ni menos arrastrados
por anhelo de gloria, seductora;
sino por las ideas dominantes
de su jefe Pedrárias; y arrogantes
de una horrible invasión devastadora,
los dos fueron causantes.

Contentos los caciques recibieron
á las legiones de ambos militares,
brindándoles sus lares,
y do quiera regalos les hicieron,

creyendo que eran de la misma gente,
antes llegada por el mar de Oriente,
con quien en paz se unieron.

Empero los cristianos,
aún más duros que la áspera montaña,
llevaron, inhumanos,
la muerte y su guadaña,
por los montes, las chozas y los llanos;
y de insepultos muertos,
sembrados y cubiertos
quedáronse los pueblos comarcanos.

Así todo aquel viaje
fué de brutalidades y placeres;
robando las mujeres,
y entregábanse ciegos al pillaje,
las cabañas robando
y niñas cautivando;
y para hacer sentir más el ultraje
inhumano y sangriento,
*aplicaban tormento,*
y *quemaban* después el hospedaje:
y ese raudo oleaje
de crímenes sin freno
y de miserias lleno,
*era allí más salvaje, que el salvaje!!!*

Tantas atrocidades,
su natural efecto produjeron,
y en multitud se vieron,
como lobos de yermas soledades,
reunirse los caciques, sin tardanza,
y tomar á su vez fiera venganza,
*con iguales crueldades.*

Y desastrosamente
huyendo por las selvas solitarias,
con sus jefes al frente,
presto acosadas en Darien entraron
las invasoras huestes incendiarias....
y sus salvajes crímenes quedaron,
sin recibir castigo de Pedrárias!

Y este gobernador, desencantado,
sin hallar en Darien esa importancia,
que se da *á toda cosa á la distancia,*
escribióle al monarca:—que engañado
había sido, con audaz jactancia
y falsas descripciones
de lejanas regiones;
porque en aquel país no hubo encontrado
el mucho oro, las perlas y riquezas,
que habíale Balboa ponderado:
que eran todas mentiras y simplezas
de la villana audacia
de un hombre despreciable,
que viéndose culpable,
creyó obtener así del rey la gracia. —

Y también escribieron
Balboa y sus amigos lo contrario,
y responsable hicieron
al poder de Pedrárias, arbitrario,
y al de sus atrevidos, oficiales,
de todos esos males,
que muy pronto en Darien sobrevinieron.

Decian:—que floreciente
dictaba antes la ciudad,
hasta la mar de Occidente,
*á caciques más de veinte*
vasallaje y amistad.

Que de *dos mil habitantes,*
con sus indios ayudantes,
era antes la población;
y sus huertas abundantes
daban buena provisión.

Más desde que fué, en mal hora,
esa turba destructora,
iban todos para atrás,
pues eran menos, ahora,
cuando debieran ser más.

Y que antes ellos mandaban
las grandes perlas por cientos
y el oro por cargamentos;
mas ya solo se embarcaban
de Pedrárias los lamentos.

Porque de él la fiera hueste,
después que pasó la peste,
salió á matar y robar
de Este á Norte y Sud á Oeste,
y tribus á sublevar.

Que de riquezas voraces
y de mandar incapaces,
no hacían cumplir las leyes,
y eran absolutos reyes
Pedrárias y sus secuaces.

Que esta era la exacta historia,
en todo Darien notoria,

de ese estúpido gobierno,
que hizo á la ley ilusoria,
y á la colonia un infierno. -

Y alguno que otro añadía:
—que á Darien solo podría
el héroe del mar del Sud
el devolver su alegría,
su progreso y su quietud.--

Estas cartas unánimes y exactas,
de franca sencillez,
que llevaban las fórmulas compactas
de las antiguas tropas de Darien:
la recomendación de Pasamonte,
que era en Santo Domingo tesorero
y privado del rey,
y á quien BALBOA regaló dinero,
para obligarle á trabajar por él:
y las maravillosas relaciones,
que en todas ocasiones
no cesaba Arbolancha de contar
de esa bella comarca,
hacia BALBOA hicieron inclinar
la gracia del monarca,
como más adelante se verá;
pues hábil Arbolancha refería:
—las hazañas y nombres
*de esos sin par sesenta y siete hombres*,
que NUÑEZ DE BALBOA dirigía,
sin perder uno solo,
cuando el istmo escalaron,
del Sud hasta las playas descendieron,
unas *veinte provincias* dominaron,
y con oro y con perlas se volvieron;
y cuando todos, antes impacientes,
imaginaron que para esa empresa,
aún no eran *mil guerreros* suficientes:
y en entusiasta loa
tributaba justicia
al tesón, ardimiento y la pericia
del héroe VASCO NUÑEZ DE BALBOA;
y á su artificio y tacto delicado,
para saber ganar á los caciques,
habiéndolos á todos dominado,
sin emplear las armas ni rigores
de Carrillo y Ayora,
y usaron los caudillos anteriores,
con esterilidad asoladora;
y haber sido *el primero*
de los descubridores,
como legislador, jefe y tribuno,
que consiguió fundar una colonia,
sin llegar á sufrir contraste alguno,
haciéndose adorar de sus soldados,
que ciegos le seguían,
de su jefe admirados,
y por él morirían;
y para allí era el *único y preciso;*
que era, además, humilde y religioso,
moderado y piadoso,
y al rey en grado sumo muy sumiso.—

Y el mismo Pedro Mártir de Anglería,
que antes de la llegada de Arbolancha,
con insano desprecio,
en sus latinas décadas decía,
siguiendo la opinión del vulgo necio,
y de Enciso y sus otros enemigos,
de su gloria testigos:
—que era un usurpador y un soldadote,—
por no osar estampar un *truan ó zote*,
escribía después, entusiasmado:
—que ese Goliat, violento y atrevido,
se había convertido
en profeta Eliseo;
y de gigante osado
y foragido Anteo
de mares y de llanos,
en Hércules invicto,
domeñador de móntruos y tiranos,
sostén del trono y á su rey adicto.— 17

Y en tanto, que en la corte
tal se decía,
y ya todo á BALBOA
favorecía,
con acrimonia
burlaban á Pedrárias
en la colonia.

Y de Ayora y Carrillo
la exploración,
á BALBOA y su gente
les dió ocasión,
para burlarse
de Pedrárias y de ellos,
y solazarse.

Y comentaban, chuscos,
tarde y mañana,
con risas y sarcasmos,
esa campaña
fatal y desastrosa
á todas luces,
do vencidos, corrieron,
como avestruces.

Y después recordando
sus buenos tiempos:
«¡Cómo cambian, decían,
hoy los sucesos!
Balboa, entonces,
de conquista en conquista
llevó á sus hombres!

Balboa dió á su patria
triunfos y glorias,
y un nuevo mar y perlas,
y no derrotas.
El rey, pues, premie
las glorias y riquezas,
que debe al hérce!

Pero no.... ya Carrillo
y Juan Ayora
oscurecen los triunfos
del gran Balboa!
Son dignos de pesebres
á todas luces....
corren como avestruces....
saltan cual liebres!»

Y sabiendo Pedrárias la historia
de la empresa á Dobáiba, fatal,
pues no hallando Balboa el camino,
á ese pueblo no pudo llegar;

Y escuchando los cuentos, que todos
referían con pasmo, en Darien,
de aquel templo y sus muchas riquezas,
que deseaban, con ánsia, poseer;

Y queriendo vengar los sarcasmos,
á que dieron al punto lugar
las empresas de Ayora y Carrillo,
motejados con tanta verdad;

Irritado, dispuso Pedrárias,
sin poder contener su rencor,
que á Dobáiba otra vez se marchase,
y á Balboa de jefe nombró.

De este modo creyó, que Balboa,
poca gente llegándole á dar,
de la empresa sin honra saldría,
y lograse las burlas vengar.

# XXXVI

## 1515

De fantásticos cuentos y sombras
de Dobáiba su templo y riquezas,
refiriendo los indios proezas,
exornaban la oculta mansión.
—Que pantanos y lagos, decían,
esa tierra cercaban infectos,
y que en nubes, millones de insectos,
entoldaban los rayos del sol:

Que cruzaban bahías y ríos,
en canoas los indios veloces,
y do quiera resueltos, feroces,
á ninguno dejaban entrar:
que vampiros, dragones y arpías,
entre playas y rocas brillantes,
á los pobres perdidos viandantes
se comían, con ansia voraz:

Que estos mónstruos horrendos y raros
hijos eran de un mónstruo coloso,
que llevó un huracán espantoso
á Dobáiba, entre fuego y horror;
y ese mónstruo la cara tenía
de una bella mujer, complaciente,
con las garras del cóndor potente,
y melena y rugir de león:

Que sus alas de ricos colores,
ocultaban su cuerpo deforme;
que extendido, aterrante y enorme,
hasta un árbol quebraba al bajar:
con sus garras alzaba á los indios,
y en la cima de hirvientes montañas,
les roía feroz las entrañas,
insaciable y volviendo por más.

Y que al fin, congregada la tribu,
en las flechas veneno pusieron,
y los diestros arqueros pudieron
el carnívoro mónstruo extinguir;
mas que fué tan fecunda en progenie
esa fiera, en sus fúnebres días,

que de móntruos, dragones y arpías
infectado ya había al país.—

No estos cuentos y patrañas,
que entre el vulgo allí corrieron,
como cosas harto extrañas,
á los nobles miedo dieron;
porque vióse, que infanzones
imploraban con anhelo,
al marchar al raro suelo
de los mónstruos y dragones.

Y Balboa, complacido,
y seguido
de su gente iba á marchar;
mas Pedrárias, receloso
y envidioso,
á Carrillo hizo asociar
de las fuerzas en el mando,
olvidando
que en Darien corrido entró;
y este torpe nombramiento,
descontento
entre las fuerzas causó.

Y en canoas se embarcaron,
y con brío
al turbio golfo llegaron;
y de Dobáiba en el río
penetraron;
é iban tranquilamente
luchando con la corriente,
cuando los gritos oyeron
de los indios, que en gavillas,
salir vieron
de las frondosas orillas.

Y en canoas
á millares,
cual las ondas
de los mares
en revuelta tempestad,
atacaron á las otras,
con fiera impetuosidad.

Peleando
y remando
las canoas se encontraban,
blandiendo audaces los indios
sus lanzas, flechas y clavas.

Mas cual cunde
y difunde
sus llamas fuego voraz,
así fué ráuda saliendo
la indiada de más en más.

Y con ciega furia insana
se iban al agua arrojando,
y las canoas volcando
de la legión castellana;
y los hechos recordando
de la conducta traidora
de Luis Carrillo y Ayora,
se vengaron atrozmente,
y á lanzadas, sin piedad,
ó hundida por la corriente,
*murió más de la mitad*
de la castellana gente.

Y á Carrillo,
como una justa venganza
del inícuo vandalaje,
que ejerció en la expedición,
un salvaje,
con su lanza,
le atravezó el corazón.

Y hasta Balboa fué herido;
y con gran dificultad
pudo presto,
precavido,
de sus fuerzas con el resto,
á la ribera llegar.

Todo el día
las siguieron
los salvajes,
por do quier;
mas ya en tierra,
consiguieron
los ataques
detener.

Y en la noche
decidieron
de su empresa
ya ceder;
y en sigilo
marcha hicieron
para el pueblo
de Darien.

Y del río
las riberas
empezaron
á dejar;
y pantanos

y junqueras
y altos cerros
á cruzar.

De peligros
mil circuida
la perdida
tropa allí,
salir de ellos,
sin tardanza,
su pujanza
pudo al fin.

Y aunque Balboa
herido fué
en el combate
recio y cruel,
logró á su tropa,
juntar después,
y en la ribera
poniendo el pié,
encabezarla
y frente hacer
á las indiadas
hasta Darien;
y refrenando
la intrepidez
de los que hicieron
antes correr
á los dos jefes,
por primer vez.

Con júbilo y aplausos,
y espléndida algazara,
celebró este contraste
la gente de Pedrárias;
y de Ayora y Carrillo
los crímenes y manchas,
entonces disculpando,
tomaba ya venganza,
tornando los sarcasmos
de que antes fueron causa,
en nuevas ironías
y duras represalias.

—Que eran embustes
y eran patrañas
de viejas mañas,
eso de ajustes
de paz allí:
que ni escalaron
altas montañas,
ni mar hallaron,
sino cabañas,
que destruír.

Que de Balboa
el pedantismo
fué á hacer lo mismo,
que otros hicieron
algo mejor.—
«Y derrotado
entra ya herido
su héroe perdido,»
—todos dijeron,—
«¡Ay, qué dolor!»
Así decía
y repetía,
sin tener pena,
y á boca llena
esa patriota
nueva fracción,
de la derrota
de la legión.

Mas de Balboa
la escasa hueste
les recordaba
la huida y peste
de su señor;
y se mofaba
de aquellas ventas,
por un pan negro,
de ropa y rentas,
y su inacción.

Y proseguía:
—que por Carrillo,
el asociado,
fué malogrado
aquel sencillo,
seguro plan;
y que Dios justo,
inexorable,
salvó al valiente,
é hizo evidente
en el culpable,
un ejemplar.—

Tal ciegan las políticas pasiones
á los míseros hombres de partidos,
que bastardos dividen
la nacional bandera en mil girones,
por ruines intereses personales,
y el exterminio piden
los vencedores de los ya vencidos,

aumentando el rencor y nuevos males!
¡Reniegan de su madre esos patriotas,
y serán sus verdugos y milanos,
cuando en guerra extrangera sus hermanos,
viles aplauden de ellos las derrotas,
y de un muerto cadaver son gusanos,
mas viles y asquerosos....
que inmundos asesinos y leprosos!

# XXXVII

## 1515

Parecía otra vez, que justo el cielo,
premiar al fin quería
los servicios y el celo
del ínclito Balboa, que prudente,
de vasallo leal era modelo,
el ardor conteniendo de su gente,
que á veces pretendía
contra el falso Pedrárias rebelarse,
y del Sud en la costa
con su jefe situarse;
y por aquellas peregrinas zonas,
sin traba á sus empresas, importuna,
á otras nuevas conquistas entregarse.

Parecía otra vez, que la fortuna
no habíale olvidado,
pues el ingrato rey, arrepentido
de su culpable olvido,
y no haberle antes, cual debió, premiado;
y ya de su obediencia,
de su genio, prestigio y suficiencia,
sin temor persuadido,
como reparación digna nombróle
gobernador de Panamá y de Cóiba,
provincias todavía solitarias,
cuya organización encomendóle;
*pero con dependencia*
del comandante general Pedrárias.

Y en la nota, donde iba el nombramiento,
el rey reconocía
*sus méritos, servicios*,
y su aprecio real le demostraba
por tantos sacrificios,
que en pró rindió de su nación triunfante;
y á Pedrárias el rey le prevenía:
—que *oyese* y *consultara*
al experto Balboa, en adelante,
en todos *los asuntos de importancia;*—
lo que juzgó Pedrárias humillante,
é hirió profundamente su arrogancia,
y como él recibía
de España la oficial correspondencia,
cometió la infidencia
y negra felonía
*de no entregar* á Nuñez de Balboa
el despacho, que había recibido,
por su envidia raquítica ofuscado,
creyéndose perdido;
y Balboa, informado
de la baja conducta de Pedrárias,
se presentó, indignado,
su influencia pidiéndole al prelado,
quien lleno de coraje,
encontrando á Pedrárias renitente,
—denunció, *desde el púlpito* el ultraje,
y la conducta insólita, insolente,
de negarse á entregar el nombramiento
al jefe jerezano,
y su desobediencia al soberano,
por no dar al despacho cumplimiento.—

Y Pedrárias, entonces, temeroso
de la tremenda grita que se alzaba,
y que algún atentado cometiera
el contrario partido, belicoso,
si más lo exasperaba;
y luego el rey de su poder celoso,
severo tal demora le enrostrase,
ó al instante quizá lo depusiera,
convocó de oficiales un consejo,
ya llegadas las cosas á tal punto,
que era de sus ideas el reflejo,
y á su dictámen sometió el asunto,
creyendo dividir de esta manera
acción tan vergonzosa,
ó á los otros culpar de su conducta
desleal y rastrera.
Y como ya Espinosa
había desertado
de la causa de Nuñez y el prelado
fué, pues, de la opinión: —que no debía

dar curso al nombramiento,
hasta no resolver los incidentes
y los reclamos, que contra él había
en las causas pendientes,
en que debiera decretarse embargo;
lo que sin duda el rey ignoraría,
al conferirle tan honroso cargo;
que eran, en su concepto, concluyentes
tan obvias reflexiones;
y por tanto, debíanse primero
pasar al soberano
tales antecedentes;—
á lo que el contador y tesorero
su aprobación prestaron,
y así todos votaron,
impelidos por móvil envidioso;
mas indignado replicó el obispo:
«Digo que es desleal y sedicioso
y á todos nos debiera dar empacho,
discutir un mandato del monarca,
y no haber dado curso á su despacho,
en seguida de haberse recibido;
y ninguno á un vasallo privar puede
del premio merecido,
cuando el rey, sabio en todo, lo ha acordado;
ni privar á este pueblo
por pasiones ruines,
de un militar tan útil y esforzado,
contrariando los fines,
que á nuestro augusto rey han impulsado.
Y como yo *ilegal* este acto noto,
y *á mi deber contrario*,
pido, pues, que en el acta el secretario,
*del acto en contra haga constar mi voto.*»

Esta peroración, franca y resuelta,
dejó al gobernador *estupefacto*,
y á Espinosa *perplejo*,
y á todos sus adictos vacilantes,
por algunos instantes;
y entrando á discutir de nuevo el acto,
prolongóse el consejo
*hasta la media noche;*
y quedó decidido,
por grande mayoría:
—que á Balboa, el despacho recibido,
*se le entregase ya al siguiente día.*—

Mas después de este acuerdo, comprendieron
Pedrárias, Espinosa y sus adictos,
que así á Balboa ellos se entregaban,
sin poder evitar nuevos conflictos;
porque el aislado mando
de ese *Darien ó de Castilla de oro*,
do estaban imperando,
nada, en verdad, valía,
al lado de los ricos territorios,
que á Balboa, el despacho concedía;
y en tal alternativa, propusieron
á Nuñez de Balboa:
—que la entrega del título se haría,
si su palabra diera,
que posesión ni mando tomaría,
sin que el gobernador lo consintiera.—
Y aceptaron Balboa y el obispo,
por lo pronto el despacho asegurando,
y al trascurso del tiempo remitiendo
la real posesión, que iban buscando.

Y la grata noticia
de los nuevos honores concedidos
á Nuñez de Balboa,
animó á sus parciales decididos,
y á llamarle empezaron con firmeza,
*el buen adelantado*,
alzando con orgullo la cabeza
al mirar á su jefe ya premiado.

Y ya Pedrárias, comprendiendo entonces,
que gobernar él sólo no podría,
y ni uno ni otro bando
por más tiempo vivir en armonía,
esperaba sañudo y envidioso,
el momento oportuno,
de perder á un rival tan peligroso,
como el vil asesino,
en acecho, sonriendo y alevoso,
va siguiendo á la víctima, que espía,
y asalta en su camino,
en la noche sombría.

Y breve y sin tardanza
llegó para Pedrárias el instante,
que esperaba anhelante,
de la realización de su esperanza;
pues Andrés Garabito, que era agente
de Nuñez de Balboa,
y á Cuba envió para buscar más gente,
armas y provisiones,
llegó de Cuba *y fondeó á seis leguas,*
*con setenta soldados*, bien dispuestos
pertrechos, municiones
y abundantes repuestos;
y ya la noche entrada,
desprendiendo una lancha, dió á Balboa
nuevas de su llegada;
y Pedrárias, furioso,
juzgando ya á Balboa un sedicioso,

que contra su poder armas hiciera,
ordenó su prisión, y *que encerrado*
*fuese en una gran jaula de madera*,
de este modo creyéndolo afrentado,
y de unos y otros el escarnio fuera;
mas súpolo el obispo, incontinente,
y ofendido é indignado,
acudió diligente
á conjurar tan súbita tormenta,
y para España tan atroz difamia,
evitando á Pedrárias tal infamia,
y á Nuñez de Balboa tal afrenta;
pues hábil consejero,
persuasivo y severo,
consiguió intimidarle y disuadirle
de su insensato proceder ligero,
que la orden infamante retirase,
y que después, prudente,
ese asunto con calma se tratase
y debida pericia,
haciendo que imperara la justicia,
si quería que el pueblo le estimase.

Y así quedó probado plenamente,
según fuera por todos declarado,
que esos setenta hombres y armamento,
que traía su agente,
los había alistado y encargado
con su propio dinero,
no para pelear contra Pedrárias,
cual vulgar sedicioso y majadero,
dando pábulo á estériles zizañas,
sino para auxiliar cualquier empresa,
cuando tuviera que ir á las montañas.

Y aunque quedó probado,
que tal fuese de su conducta el móvil,
sintióse sin embargo algo abatido,
de que le hubieran por traidor juzgado,
y casi su fortuna haber perdido,
y verse en nuevos litis complicado,
intrigas insidiosas
y ataques simultáneos.

Y con el desencanto y la tristeza
ó profunda amargura,
que ante la ingratitud de sus coetáneos
al hombre benemérito acompaña,
fué á buscar á su amada india Ventura,
y á encerrarse con ella en su cabaña,
tranquilo, y madurando
algún tiempo en sociego,
sus planes embrionarios y gozando
el amor de su india, amor de fuego,
y para ambos, purísimo, infinito,
como el que alza el creyente, tierno ruego,
á su buen Dios, en lágrimas bañado!

Pronto su amigo Andrés de Garabito
siguióle, apresurado,
pues mucho tiempo hacía,
*que estaba locamente enamorado*
de la indiana beldad, que allí vivía.

Y una noche que Balboa
á su choza regresó,
á la bella india Ventura
inconsolable encontró.

Con faz doliente, postrada y pálida,
corrió á Balboa la puerta á abrir;
mas temerosa, llena de lágrimas,
ni una palabra pudo decir.

Balboa, entonces, de celos lívido,
la dice amante: «Habla, mi bien.
¿Acaso alguno, cobarde y cínico,
pudo ofenderte? ¡Dime quién es!»

«Es Garabito, tu amigo pérfido,
que me persigue, cuando te vas;
y me ha jurado, de amor frenético,
que á ambos la muerte nos va él á dar.

Que ambos seremos de amor sus víctimas
si yo en silencio no soy ya de él,
y no te oculto la lucha horrífica,
en que á mi pecho postrado ves.»

Así temblando la india cándida,
díjo al amante su hondo dolor;
y ya sin fuerzas, y yerta y lánguida,
en enervante sopor cayó.

«Duerme tranquila, mujer angélica,»
—díjola el héroe, con calma ya,
como si fuera su voz profética.—
«¡Y ay del que intente turbar tu paz!»

Y dos espadas descolgó, rápido,
que se encontraban en la pared;
y presuroso, de sangre ávido,
á Garabito á buscar fué.

De su choza á pocos pasos
halló Balboa al traidor,
y entregándole una espada,
así le habló, con furor:

«Seguidme, que os busco, canalla,
porque hoy ¡vive el cielo!
resuelto y en duelo,
os voy á matar.»
Absorto el traidor tiembla y calla,
mas luego, cobarde,
con cínico alarde,
le dice: «Escuchad.

No quise ofender al amigo,
ni nunca injuriarle en su honor;
ni olvido ofrecióme un abrigo,
donde él, con su amada vivió.

Tal vez intentase, imprudente,
ver si ella, á quien tanto quereis,
os era fiel, consecuente....
mas nunca me quise exceder.

Y os juro, que tierna, amorosa,
os ama, con ciega pasión,
y anhelo que sea dichosa,
y á verla jamás iré yo.

Y nunca, jamás ofenderos,
Balboa, en mi vida pensé....
dejemos en paz los aceros,
que adicto soy vuestro y seré.»

«¡Callad, le dijo Balboa,
si no quereis, hombre infame,
que otra vez *canalla* os llame,
y os mate, como á un traidor!

Poneos en guardia, presto,
ya que así os honro, en mi mengua,
antes que os saque la lengua,
en vindicta de mi honor.»

«No puedo con vos batirme,»
replicó Andrés, casi inerte.
«Dadme, si quereis la muerte,
pero no como á rival,
que siempre vuestro amigo debo ser.»

Después que oyóle Balboa,
arrojó airado su espada,
y le dió una bofetada;
y ante injuria tan mortal,
Garabito, furioso.... echó á correr.

Y luego un grito
dió Garabito
de agudo son,
pues Leoncito,
de un mordicón,
le sacó un cacho
de su faldón.

Y otros creyeron
mas el destrozo,
y presumieron
al ver al mozo:
—que de las nalgas
sacóle un trozo,
como unas algas.

Y quien pudo saberlo, después dijo,
que escuchó á Garabito así exclamar:
«¡Juro por san Andrés ó san Antonio....
y si ellos me llegasen á faltar,
rejuro nueva vez por el demonio,
que en su sangre á traición me he de ¡vengar!»

# XXXVIII

## 1515

Como anhelaba Balboa
al mar del Sud emprender
otra nueva expedición,
el obispo de Darien,
confiado ya en el dominio,
que presumía ejercer,
en unos por el temor,
y en los otros por la fe,
solicitó de Pedrárias,
que no se fuese á oponer
á empresa tan importante
y de común interés;
mas Pedrárias envidioso,
por nada quiso acceder,
y dispuso:—que esa empresa
se hiciera por cuenta de él,

nombrando á Gaspar Morales,
pariente de su mujer,
*con unos sesenta hombres*,
para que hiciese esta vez
tan importante campaña;
y de segundo también
nombró á Francisco Pizarro,
quien ya por su intrepidez
y carácter dominante,
cuanto, porque habiendo él
antes ya cruzado ese istmo,
debía muy útil ser.

Y del istmo las montañas
lograron atravesar,
por un camino más corto,
y sin gran dificultad;
y por las tierras pasaron
del cacique Futibrá,
quien los ayudó en su viaje,
con generosa amistad,
hasta las verdes orillas
del Sud y extendido mar,
en cuyas islas pensaban
adquirir un gran caudal,
en la busca de las perlas,
que escucharon ponderar,
de esta empresa siendo el lucro
el objeto principal,
que impulsaba á los dos jefes,
y conservó la unidad,
y el que á Pedrárias también
estimuló á realizar;
y dejaron en el pueblo
del cacique Futibrá
al capitán Peñalosa
con alguna gente más,
para que aquellos contornos
pudiese bien explorar;
y Morales y Pizarro,
llevando la otra mitad,
*fueron en cuatro canoas*,
las riquezas á buscar
de las virginales islas,
ornadas de majestad,
como el cántico salvaje
de la alondra y el zorzal:
tomóles un recio viento,
y tuvieron que bajar
á una pequeña isla,
donde una tribu marcial
sostuvo varios ataques,
sin dejarlos internar,
ni conseguir obtener
perlas ni prendas de paz;
y después que los cristianos
tranquila vieron la mar,
siguieron á la Isla Rica,
con siempre incansable afán.

El cacique de esta isla,
que había, por el temor,
avasallado á las otras
y tomado posesión,
con su escuadra de canoas,
intimidar intentó
también á los españoles,
en ese pobre rincón,
creyéndose poderoso,
dueño del mar y señor,
*y cuatro veces* al campo,
sereno, osado y veloz,
en defensa de su pueblo,
con sus tribus se lanzó;
mas tal fué la mortandad,
el espanto y el terror,
que el fuego, espada y alanos
causaron de ellos en pos,
que humildemente la paz
á implorar se presentó;
y á Morales y Pizarro,
en su propia habitación,
que era rica y espaciosa,
con agasajo hospedó,
trayéndoles bellas indias,
como grata distracción;
y en canastilla, tejida
con esquisito primor,
presentóles en ofrenda
ricas perlas en montón,
hasta los bordes colmada;
y entre ellas *habían dos*
de extraordinario tamaño
y de crecido valor;
*y veinticinco quilates*
la más redonda pesó;
y la otra, *como tres dracmas*
y de oriental tornasol
era en forma de una pera,
y ambas de lindo color.
Y al observar el cacique
la codiciosa impresión,
que en sus huéspedes causaba
de cada perla el grandor,
y que con cuentas y dijes
pagaban su escaso dón,
y nuevos trueques querían,
los condujo á un mirador

ó alta torre de madera,
desde donde la extensión
de sus dominios veía,
mirándose en derredor
un dilatado horizonte
y un mar bañado de sol;
y á Morales y Pizarro
franco el cacique así habló:

«Hijos del cielo, estoy agradecido,
pues lo que he recibido
es mejor que las perlas de este mar.
Y aunque os parezcan bellas,
¿para qué á mí servirme pueden ellas,
si pueden todos irlas á buscar?

¿No veis ese horizonte dilatado,
que más y más se aleja,
en vago tornasol;
y después ese mar de islas cuajado,
que los rayos refleja
del ígneo y almo sol?

Pues todas esas islas deliciosas,
que alcanzais á mirar,
son mías, y me dan perlas preciosas,
que por millones puedo atesorar.

Y siempre amigos míos,
en estos mares y en mi patria sed,
y de estos mis diversos señoríos,
las más hermosas perlas yo os daré.»

Y señalándoles luego
la parte del continente,
que montaña tras montaña
van lejanas á perderse,
entre vapores y nubes,
por las regiones del Este,
les dijo, extendiendo el brazo
hacia el desierto imponente,
y viendo complacido,
que sus palabras
á Pizarro y Morales
les agradaban:

«Mirad hacia ese lado.... *allí se extiende*
*un vastísimo imperio, poderoso,*
cuyo explendor al ánimo suspende,
tal es de sin igual, maravilloso,
y de los Incas célebres depende,
como hijos del sol esplendoroso;
y este mar por un lado lo defiende,
y por el otro el istmo pedregoso.

Allí el centro es del oro y las beldades,
y entre regia y divina ostentación,
tienen templos, vergeles y deidades,
donde goza y se expande el corazón;
y antiguas y magníficas ciudades,
colmadas de riquezas en montón;
sereis, si os vais allí, sus dignidades,
y os cederán los Incas su mansión.»

Y escuchó Pizarro, atento,
*este otro descubrimiento*,
sobre el nuevo mar del Sud;
y allí clavando sus ojos,
soñó ya con los despojos
del imperio del Perú:
y noche y día en su mente
esta idea
se grabó,
como inextinguible tea....
como luz resplandeciente,
que impulsa á una gran pasión.

quedó este cacique tan prendado
del poder y amistad
de aquel grupo del cielo descendido,
que un tributo anual
*de perlas y de peso de cien libras*
les prometió pagar.

Y poniéndose en viaje,
regresó la partida al continente
por distinto paraje;
y ordenó don Gaspar: —que su pariente
don Bernardo Morales, *con diez hombres*,
de allí fuera á buscar
la otra, que dejó con Peñalosa,
y habíase quedado en Futibrá.

Y partiendo Morales en su busca,
en marcha se pusieron,
y á un villorio llegaron
del cacique Chuchama,
en donde fatigados alto hicieron
y descanso encontraron:
y el astuto cacique, diligente,
con bondad aparente,
cedió á los extranjeros sus cabañas;
y cuando ya dormian, en sosiego,
las hizo pegar fuego,
y ganó con su tribu á las montañas
y senderos agrestes,
para unirse con otras principales,
y destrozar las huestes
de Pizarro y Morales;

y *solo dos ó tres*, de diez soldados,
escapar del incendio consiguieron,
y sedientos y errantes,
luego juntarse á su legión pudieron.

Los caciques formaron esta liga,
para destruir á tales invasores;
porque ya exasperados
se hallaban de los crímenes y horrores
y cotidianos males,
que el duro Peñalosa y sus soldados,
durante aquella ausencia
de Pizarro y Morales,
ejercieron por propia complacencia:
y consiguiendo al fin poner en huida
á esa aleve partida,
todos los caciquillos se reunieron,
y por causas iguales,
en atacar, resueltos, convinieron
á Pizarro y Morales;
y al pie de las montañas descendieron
á esperar en la costa, temerarios,
que de la isla volviesen
aquellos invasores incendiarios.

# XXXIX

## 1515

Tuvieron la suerte Pizarro y Morales
de al punto el peligro poder conjurar
de aquellas alianzas, para ellos fatales,
en cuanto pisasen la costa del mar.

Chiruca, un cacique que estaba afiliado
á aquel de los indios terrible complot,
y fué hasta las islas, falaz y taimado,
llevando en sus naves la media legión;

Chiruca, ya en tierra, les fué sospechoso,
y puesto en tormento, llegó á declarar:
—de todos los otros el plan tenebroso....
la acción de Chuchama, que hizo incendiar
de noche las chozas, en que fatigoso
creyó don Bernardo descanso encontrar.—

Y entonces le hicieron, que enviase un mensaje
á cada cacique de los conjurados,
pidiéndoles cita para ese paraje;
y *los diezisiete*, muy presto confiados,
llegaron allí.
Y los españoles les iban poniendo
pesadas cadenas á unos y á otros,
y de esta manera siguieron cayendo;
y á todos reunidos, en cepos y potros,
se oyeron rugir.

Y en tales momentos llegó Peñalosa,
que pudo, por suerte, sus treinta soldados,
intactos salvar,
después de una marcha, tenaz, peligrosa,
por entre montañas y estrechos collados,
que iban al mar.

Con júbilo inmenso, aplausos y vivas
y dianas festivas,
salió á recibir
la una partida á la otra, que incierta,
vagando en los montes ó acaso ya muerta,
llegó á presumir.

En tanto, las tribus, en bélicas filas,
y en torno tranquilas
de aquella legión,
la vuelta esperaban de sus caciquillos,
creyendo, sencillos,
que el plan del ataque tramasen veloz.

Mas antes del día
cayó la vanguardia de los invasores,
al son del clarín;
y en huída los indios, lanzando clamores,
*mil muertos ya había*
el sol al salir.

Después del combate, mortífero, cruento,
tenaz y violento,
ó de esa sorpresa, feroz mortandad,
mandó un breve acuerdo de los castellanos:
—que á hambrientos alanos
los presos caciques debíanse echar.—

Y el mismo Chiruca, sufriendo igual suerte,

á todos la muerte
terrible se dió:
¡*dieziocho caciques*, así destrozados,
por perros cebados,
mató el invasor!

Mas no satisfecha
quedó la venganza
del duro invasor,
al ver la matanza,
y en huida y desecha
la indiana legión.

Y de más sangre los cristianos ávidos,
como lobos, hiciéranla correr,
incendiando las chozas en su tránsito,
*hacia el Este* del golfo San Miguel.

Buscaban á Birú, cacique célebre,
por sus hechos, su fama y su valor,
pues dijéronles todos los intérpretes,
que era de esas comarcas el terror.

Y fueron, como rayos y relámpagos,
hasta las mismas chozas de Birú,
cubiertas de trofeos y de lábaros
de cien combates, desde Norte á Sud. 18

Asaltaron al pueblo, y más frenéticos,
á sangre y fuego todo se llevó;
y cruzando las llamas Birú, intrépido,
el campo con su séquito ganó.

Y al saqueo, molicie y goces lúbricos
la española legión se entrega al fin,
no ya como invasores, sino estúpidos,
olvidando su incierto porvenir.

Rehízose el cacique, y estratégico,
volvió en breve su tribu á preparar,
y una batalla, con su gran ejército,
osó á los invasores presentar.

Y tan audaz provocación, insólita,
con desprecio aceptaron y placer;
pero ya la salvaje hueste, indómita,
*decidida peleó hasta anochecer.*

Y no osaron seguirla en el crepúsculo,
sino el pueblo cuanto antes evacuar;
pues en cada cabaña abierto túmulo,
ya medrosos, creían encontrar.

Y alentado el cacique, unióse rápido
al hijo de Chiruca, vengador,
y nueva vez arremetió *más práctico*,
causando en los contrarios ya pavor.

Y la corrida tropa, antes titánica,
asilo, presurosa, fué á buscar,
entre las cuevas y las rocas áridas,
para cuanto antes á Darien marchar.

¡Ya no eran, nó, los agresores ínclitos,
que doquiera llevaban el terror,
sino incendiarios, que dispersos, tímidos,
miraban el castigo con horror!

Y *siete días*, firmes, impertérritos,
siguiéronles los indios, con afán,
cada vez aumentándose su ejército,
con nuevas tribus y ofendidas más.

Y viendo Morales,
que de ellos en pos
seguían los indios,
con nuevo tesón,
y de noche y día
se hallaba en redor
cercado de tribus,
al alba mandó;
—que ardiesen hogueras,
y con precaución
el campo sitiado
dejasen veloz;—
y así á las indiadas
burlar presumió,
camino avanzando
más libre y mejor;
y como Velazquez,
con pena notó,
—pues era un soldado
valiente y de honor,—
que él era un estorbo
en tal ocasión,
hallándose herido,
la muerte se dió;
mas nada alcanzara
la triste legión,
con ese artificio,
que bueno creyó;
ni aquel acto noble
y de abnegación,
del pobre soldado,
que allí se mató;
pues toda la indiada,
con nuevo furor,
sus dardos y flechas

sobre ella lanzó,
apenas el alba
su opaco fulgor,
con ténues colores,
sonriente mostró.

Y viendo Morales,
que ya ineficaz,
con tantos salvajes
sería el lidiar;
y que iba su gente
notando, además,
que ya era imposible
poderse salvar,
tomó una infructuosa
medida fatal,
mandando esa noche
reunir y matar,
y sin distinción
de sexo ni edad,
á todos los indios,
inútiles ya,
que hicieron cautivos
en tiempo de paz;
y así presumieron
poder evitar
la persecución,
constante y tenaz,
creyendo, que al ver
la sangre rodar
de sus compañeros,
absortos quizá,
allí se quedasen
su pena á llorar,
pudiendo la vuelta
seguir más en paz;
mas ante ese escena
tremenda y brutal,
con más ligereza
y ferocidad
siguieron los indios
su marcha tenaz;
*y por nueve días*,
entre el lodazal,
charcales, pantanos
y espeso breñal
marchó la partida
sin rumbo ni plan,
ni guías ni huellas,
ni cierta señal,
tan solo buscando
poderse salvar,
ni osando los ojos
volver hacia atrás,
cual huye, aterrado,
feroz criminal.

Después que vagaron,
sin plan ni unidad,
*esos nueve días*
de angustia mortal,
do quiera acosados,
do quiera sin pan,
marchando, perdidos,
de acá para allá,
cual náufrago buque,
juguete del mar,
que palos y velas
tronchó el temporal,
notaron, que entraban
*al mismo lugar*,
donde ellos hicieron
atroz mortandad;
y entonces, hambrientos
y exánimes ya,
los más decidieron
la muerte esperar,
echándose al suelo....
serenos los más,
pues ya inevitable
creían su mal;
mas otros, resueltos
su suerte á afrontar,
les dieron sus bríos,
con eco marcial,
la gloria evocando
y la dignidad
de aquella su patria,
sin mengua jamás,
y todos tornaron
su aliento á cobrar,
haciendo á los indios,
con furia infernal,
tan gran resistencia
y tan pertinaz,
que al fin á unos montes
pudieron entrar.

# XL

## 1515 y 1516

En el espeso bosque guarecida,
y buscando salir por sendas llanas,
fué otra vez asaltada la partida
por las huestes indianas.

La desesperación, entonces hizo
del soldado un titán,
y en las tribus cayó, como granizo
de horrible tempestad,
que esparce en la campiña el hambre y llanto;
y otra vez en los indios el espanto
causó la mortandad!

Y salir consiguieron los cristianos
del monte y la espesura;
mas se hallaron cercados de pantanos,
y el agua á la cintura.

Allí espirar creyeron ante el lodo
y la feraz maleza,
viendo contrario todo,
y cubriendo los juncos su cabeza.

Pero después de esfuerzos inauditos,
en donde ya el valor duda y desmaya,
salvando de pantanos los circuitos,
llegaron á la playa.

Estaba bajo el mar, y una alta roca
de lejos divisaron;
y cual fantasma que la vida evoca,
en ella se agruparon.

Ya de un lado enemigos y la muerte
solo veían.... y del otro alzarse
bramantes olas que la mar revierte,
é iban á estrellarse
en la roca, y cubrir con la marea....
quizá antes de elevarse
la pálida y cercana luz febea!

¿Qué hacer, pues, en momentos tan supremos,
del cielo abandonados,
y cuando ellos se hallaban y los vemos,
hambrientos, doloridos y postrados?

¡Ya cada cual desesperado invoca
la gracia de su Dios,
y tiéndese en la roca,
aguardando, contricto, su perdón!

Pero oyeron entre el sueño,
que mas era una agonía,
un lejano eco risueño,
que humana voz parecía,
entre el mugido del mar.

Como escucha enagenado,
el ya á muerte condenado,
que el regio perdón alcanza,
*así un rayo de esperanza*
fué aquel eco al escuchar.

Y en cauteloso acecho,
echados sobre el pecho,
pusiéronse á observar;
y al fin, *cuatro canoas,*
llevando allí sus proas,
llegaron á mirar.

Bajáronse los indios,
y entonces los cristianos
sobre ellas por sorpresa,
cayeron en el acto;
y en las cuatro canoas
de allí partir lograron,
y en paz atravesar
el golfo San Miguel,
pudiendo así evitar
de indios el tropel,
y las celadas mil,
que astuto el infiel
hurdiérales hostil.

Bajaron á la costa,
y á fuerza de trabajos,
penosos sacrificios,
contínuos desencantos,
refriegas y sorpresas,
huyendo y avanzando;
desastres infinitos,

sedientos y postrados,
del istmo las montañas,
al fin con paso tardo,
uno trás otro fueron
medrosos escalando,
y luego descendiendo
los ásperos collados
y horrendos precipicios,
y charcos y pantanos,
entrando fugitivos
y como por milagro,
al pueblo de Darien,
y en pos de ellos los flacos
y diestros perros, que eran
la guardia del soldado.

Y si grande, en verdad, fué la sorpresa
de verlos allí entrar
de la española gloria con desdoro,
aún fué mayor el gozo al contemplar
de perlas el tesoro
de la Isla Rica de la nueva mar. 19

Y más alegría
y más impresión
el rico tesoro
de perlas causó,
en toda la ansiosa
tribial población,
de perlas sedienta,
que pena y dolor
por las desventuras
y persecución,
y muchos peligros,
que firme arrostró
la gente incendiaria
de tal invasión.

De Nuñez Balboa
la empresa eminente,
feliz, sorprendente,
compare el lector,
con este sangriento
y exacto episodio,
narrado sin odio,
del duro invasor.

Y del paralelo,
verá en la primera,
después de esta otra
empresa fatal,
que un genio del cielo
cubrió la bandera
del ínclito Nuñez,
con luz inmortal.

El triste incidente,
que dejo narrado,
es de otros iguales
la historia cruel;
y ya que fielmente
el uno he tratado,
también de los otros
el fin haré ver.

A la provincia de Zenu
partió el capitán Becerra
á hacer una exploración,
y púsose á la cabeza
*de ciento ochenta reclutas*,
dispuestos á las revueltas;
*tres piezas de artillería*,
de la manuable y ligera,
*y un grupo de mansos indios*,
que conocían las sendas,
mas cercanas y accesibles
de esa misteriosa tierra;
ó que astutos y falaces,
sin haber pisado en ella,
en los desiertos trataban
de internar á aquella fuerza,
para que lejos y sola
fuese acosada y dispersa:
y esta otra recluta hueste,
comandada por Becerra,
así intentó despojar,
como ya segura presa,
los sepulcros que encerraban
los restos y las riquezas
de millares de caciques,
según voces y leyendas,
que en todas esas comarcas,
desde el principio corrieran;
y como antes lo intentó,
sustituir creyendo á Ojeda,
aquel bachiller Enciso,
que asocióle á su empresa
de conquistar Tierra Firme,
y salió de Cartagena
en busca de los sepulcros,
que á buscar iba Becerra,
quien andando á la ventura
de su gente á la cabeza,
sin hallar tales sepulcros,
solo hacía estéril guerra,
depredaciones y robos

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Julio J. Elías Murgia

en las indianas aldeas,
hasta que al fin esas tribus
exasperadas y fieras,
redujéronle al estado
de dispersión é impotencia,
que á Morales y Pizarro
en el istmo redujeran;
y solo pudo escapar
de esta malhadada empresa
un astuto joven indio,
que oculto entre las malezas,
caminaba por la noche
en las extraviadas huellas,
y á la ciudad de Darien
llevó tan infausta nueva.

Y también otra partida,
que al istmo se encaminaba,
fué por Tubanamá
perseguida y derrotada,
y sus orgullosas tribus
llevaron por las montañas
en astas, como banderas,
las ropas ensangrentadas
de los españoles muertos,
en anteriores batallas,
y á los que de esta partida
en las refriegas sacaban;
y perdiéndoles ya el miedo
á las huestes castellanas,
por donde quiera las tribus
hallábanse sublevadas;
y ya en ellas no veían
á esos terribles fantasmas,
invencibles é inmortales,
cubiertos de duras mallas,
y que la muerte y el rayo
entre sus manos llevaban,
como bajados del cielo,
entre inhiestas velas blancas,
y mecidos en sus naves,
al impulso de las auras:
y viendo, que no eran dioses,
y que la muerte sus alas
también fúnebre extendía
su imperio en su vida y armas,
ya sin miedo acometían,
en los bosques y montañas,
á esas legiones soberbias,
que si invictas imperaban
por su valor y su acero,
era también por su audacia
y el desprecio, en que tuvieron
á esas desnudas indiadas;
y aunque millares murieran,
al fin en ellas triunfaban
el tropel y muchedumbre,
como jauría, que ladra,
acosa, inviste y persigue,
cerca, postra y avasalla
al soberbio, erguido toro,
que contra ella se lanza,
ciego de furia en la arena,
que sopla, escarba y levanta.
Así la hueste española,
perseguida y acosada
por tribus innumerables,
que en minutos se formaban,
iba lidiando y huyendo,
entre asaltos y emboscadas,
quedando en cada refriega,
inevitable en su marcha,
aunque evadirla quisiese,
más reducida y diezmada,
consiguiendo solo el resto
llevar el terror y alarma
á la colonia, que insano
Pedrárias anarquizaba.

## XLI

## 1516

Tales hechos y contrastes,
tan seguidos y fatales,
hicieron ver nuevos males,
que aún tenían que sufrir;
y perdieron la esperanza,
yendo de abismo en abismo,
de otra vez cruzar el istmo
y poder al Sud seguir.

Cada cual tomó las armas
en defensa de su hogar,
y el temor y las alarmas

invadieron la ciudad;
y del viento en el susurro,
y en el ruído de la mar,
ver creían junto al muro,
fieras tribus ya llegar.

Y de día y noche alerta
la colonia en su estupor,
su defensa juzgó incierta,
que cobarde es el temor;
y sus chacras y sus huertos,
que se hallaban en redor,
supusieron ya desiertos,
y en poder del invasor.

La campana de la queda
ya era un eco funeral,
y la casa de moneda
se mandó tambien cerrar;
y el obispo, con plegarias,
presumió volver la paz;
y entre tanto el vil Pedrárias,
ya su fin sintió llegar.

Conoció que ya imposible
gobernar le era en Darien;
que Balboa, inconmovible,
era el jefe de poder;
del obispo muy querido,
y amparado por el rey;
de la plebe el elegido,
cuanto odioso hacíase él.

Discurriendo así Pedrárias,
*y ya viendo la verdad,*
en sus horas solitarias,
vió el abismo al fin llegar:
sin valor ni fe, perplejo,
ante cuadro tan fatal,
cual caduco y pobre viejo,
conjurar no supo el mal.

Y en tal instante
de triste ocaso,
con firme paso
de autoridad,
el diestro obispo
llamó á la puerta,
que vió entreabierta,
y en soledad.

Salióle al encuentro
Pedrárias, cuitado,
teniendo á su lado
á doña Isabel,
que en trance tan triste,
le daba, animosa,
tiernísima esposa,
consejos y fe.

Y en tales instantes
de duelo y quebranto,
de pena y de llanto,
al verle llegar
los tristes esposos,
que estaban perplejos,
*sus sabios consejos*
pidiéronle ya.

Y vió al fin, contento,
el hábil obispo,
llegado el momento,
que tanto esperó;
y que ya Pedrárias
el plan seguiría,
que en épocas varias,
en vano insinuó.

Mas ello, no obstante
de ver al esposo,
que estaba anhelante
su voz de escuchar,
se hizo, apremiado
de súplicas tiernas,
el hábil prelado
de nuevo rogar.

Con la hipocresía
del fráile servil,
fingió, que cedía,
y hablóles así,
cual madre, que cede
al llanto infantil,
y blanda, no puede
ya más resistir:

«Por la amistad, que os profeso,
debo deciros, Pedrárias,
que en todo han sido contrarias
á la quietud y al progreso,
formando vuestro proceso,
las medidas, que tomásteis,
desde que á Darien pisásteis;
y que vuestra pertinacia
nos trajo aquí la desgracia,
y la propia, que os buscásteis.

Solo ya un remedio os resta,

que os conviene y es honroso,
en caso tan peligroso:
la política funesta
trocad en olvido y fiesta
y en unión de los partidos,
que aquí en guerra, divididos,
los tiene el débil infiel,
cual piratas en Arjel,
encerrados y corridos.

Vos, que sois un padre tierno,
y teneis hijas tan bellas,
dad á Balboa una de ellas,
y que sea vuestro yerno,
saliendo así de este infierno:
el enlace os es honroso,
que es noble y caballeroso
y del rey favorecido;
y él dará todo al olvido,
y vos vivireis dichoso.

Tiene él popularidad,
genio, ambición, juventud,
el héroe es del mar del Sud,
y hará la felicidad
de esta naciente ciudad,
que convertida en edén,
os dará su parabién;
é hidalgo y pundonoroso
será un excelente esposo,
y vuestro amparo y sostén.

No desoigais la razón,
que es clara cosa y notoria,
que el esplendor de su gloria
y noble y justa ambición
á vuestra administración
el crédito volverá,
y popular os hará;
y en vuestra sangre también,
siendo ya vuestro sostén,
su gloria redundará.

Ya cansado estais y viejo
para poder gobernar:
á él dejadle el batallar
y seguid, pues, mi consejo:
que otro lleve el aparejo
y os traiga el sabroso pez:
dad descanso á la vejez....
dejad al hábil piloto,
que en revuelto mar ignoto,
os lleve al puerto esta vez.

Yo, nada gano ni pierdo,
en que esto hagais ó no hagais,
ó que terco procedais,
como siempre, en desacuerdo:
solo el deber os recuerdo
de severa obligación,
al pedirme mi opinión;
y con lealtad y franqueza,
no os la doy con la cabeza,
sino con el corazón.»

Los pobres esposos
oyeron, gozosos,
propicia la voz
del hábil prelado,
que había llegado
á su corazón.

E Isabel, que de Balboa
el mérito conocía,
y túvole simpatía,
desde que á Darien llegó,
pidióle al obispo al punto,
que tal oferta le hiciera,
y á visitarle viniera,
contando con su favor.

Contento salió el obispo,
su misión grata á cumplir,
y Balboa, más contento
esa propuesta al oir,
partió con él á Pedrárias
en seguida á visitar,
olvidando, generoso,
su conducta y cuanto mal
antes le hizo, rencoroso,
de un modo bajo y tenaz.

Avergonzado, atento,
y sincero esta vez,
disculpóse Pedrárias
de su anterior é injusto proceder;
—y suplicó á Balboa
librase de los indios á Darien;
y como verdadera y franca prueba
de reconciliación,
la mano le rogaba, que aceptase
de su hija mayor.—
Y uniendo, complacida,
su cariñosa voz á esta promesa,
la noble y varonil doña Isabel,
juróle por su vida:
—que de su hija aceptase ó no la mano,

trataría á Pedrárias de hacer ver,
ora hundido se viese, ora triunfante,
que si no como suegro, como hermano,
debía en adelante,
cual cumple á un caballero proceder,
para la dicha de ambos,
mutua gloria y progreso de Darien.—

Y alegre y como un honor,
y olvidando en tal momento
de su Ventura el violento
y tierno y profundo amor,
aceptó, cual vencedor,
esa oferta lisongera,
que nueva senda le abriera
de otras brillantes conquistas,
libre ya de los pleitistas,
que antes Pedrárias moviera.

Y en seguida se pactaron
las convenidas y usuales
cláusulas matrimoniales,
que ante el notario firmaron;
y los padres se obligaron
mandarla á España á buscar,
donde hiciéronla quedar
para que bien se educace,
y en cuanto á Darien llegase
las nupcias el celebrar.

Y así extinguióse, propicia,
del gobernador la saña,
dando cuenta al rey de España,
entre otras, de esta noticia;
y entregando á la pericia
del buen novio afortunado,
varios asuntos de estado,
le llamaba *su buen hijo;*
y así en paz y regocijo
vióse Balboa elevado.

Y sin perder un instante,
las tribus salió á batir,
y haciendo á todas rendir,
prosiguió más adelante;
y donde quiera triunfante,
volviendo otra vez á entrar,
hízose temer y amar,
á la ciudad regresando
y á los caciques logrando,
como antes, pacificar.

Y realizada ya viendo
el obispo su esperanza,
de que esa feliz alianza
la paz fuese cimentando,
y los celos disipando
del soberbio gobernante,
á quién consiguió, insinuante,
someter con hábil maña,
ufano volvióse á España,
con méritos de aspirante.

## XLII

## 1516

¿No soñasteis mirar en el espacio
á una mujer, cubierta con un velo,
mecida en nubes de oro y de topacio,
y más hermosa que la luz del cielo?
¿No era ella el angel de oriental palacio,
y su cútis de fino terciopelo,
y sus rizos de flores y guirnaldas,
flotando por el cuello y sus espaldas?

Y blanda y complaciente á vuestro ruego,
¿no también voluptuosa sonreía,
y os abrasaba su mirar de fuego,
y los ebúrneos brazos no os abría?
¿No la adorásteis, extasiado y ciego,
y hervir la ardiente sangre no os hacía,
cuando vos delirante y ella loca,
buscaba vuestra boca con su boca?

Estas ú otras visiones semejantes,
bellísimas, lascivas é ilusorias,
mágicas, ideales y brillantes,
de amor, honores, ambición y glorias,
los héroes ven cruzar y los amantes:
y estos sueños, visiones ó memorias,
que al alma agitan en la edad florida,
¿no forman el encanto de la vida?

Amar una mujer hasta el delirio,

y ser amado de ella,
y por ella arrostrar,
el hambre, la desgracia y el martirio,
solo es así la vida grande y bella,
al sentir que nuestra alma es inmortal!

Con la gloria soñar, y la corona
laureada por el genio,
sentir sobre la sien;
y nuestro nombre oír de zona á zona,
aclamado del mundo en el proscenio,
es la inmortalidad sentir también!!!

Joven y ardoroso,
busca así alcanzar
NUÑEZ DE BALBOA
fama sin igual....
mira al nuevo mundo,
mira al nuevo mar....
sueña con la gloria,
siente el vivo afan
de ínclitas hazañas,
y otra vez, audaz,
quiere sus secretos
é islas explorar,
reinos y riquezas;
y ese mas allá,
que hacia el Sud ocultan,
sin su fin mostrar,
cerros y montañas,
do águila caudal
cerca al cóndor busca
fuerte nido hallar,
contra los embates
de hórrido huracán.

Dió permiso Pedrárias á BALBOA,
después que á los infieles
hubo ya en la comarca sojuzgado,
para la construcción de unos bajeles,
que el mar inexplorado
por las costas cruzasen,
y otros nuevos misterios revelasen.

De Careta en el puerto se encontraba
aquel Lope de Olano,
que traicionó á Nicuesa en su naufragio
y quiso suplantar, como villano,
creyéndole perdido:
puesto allí por Pedrárias,
de una corta partida á la cabeza,
habíase construído
la nueva fortaleza,
y erigíase un pueblo, *Acla* llamado,
al que yendo BALBOA,
por él fué en adelante
seguido y terminado:
llevaba á su Ventura tierna amante;
y Careta y sus indios
corrieron al instante,
con obsequios de paz á recibirle,
y sumisión y aprecio,
como antes, afanosos, á rendirle.

Al mando de BALBOA
iban *doscientos hombres*, bien dispuestos,
y fieles á su jefe,
y osados y resueltos,
y *treinta fuertes negros, vigorosos*,
y obreros y marinos
y muchos indios mansos,
que conocían sendas y caminos,
las aldeas, los ríos y remansos,
y cuya ayuda necesaria era
para poder llevar por la montaña
las anclas, aparejos y madera,
y alzar, para descanso,
de distancia en distancia una cabaña
donde fuese guardada y recogida
la diaria subsistencia de la gente.

Una suma crecida,
y del real tesoro procedente,
para esta exploración apetecida,
le adelantó Pedrárias, diligente;
mas no siendo bastante,
facilitóle el resto,
para poder hacer todo el apresto,
don Hernando de Argüello, que notorio,
sin gajes ni salario,
y solo con su oficio,
incansable copiando el formulario,
con talento, destreza y artificio,
se dice, que se hizo millonario,
y notable también en su ejercicio:
y de BALBOA amigo y compañero,
le hizo tal servicio,
pues *aún siendo curial* fué caballero;
y creyendo también bueno el negocio
y de lucro seguro,
entró, activo, en la empresa, como socio,
mil riquezas soñando en lo futuro,
más solo sacó de ella el pobre Argüello....
lo diré.... ¡falsa suerte, inconsecuente:
que la segur sangrienta,
en el tajo su cuello,

cortára infamemente,
de Pedrárias la furia aún no sedienta
de más sangre inocente!

Y hallándose Balboa preparado
para sus nobles fines,
y en Acla organizado,
mandó cortar maderas
*para construir cuatro bergantines*,
del lado de los bosques
del Atlántico mar y su riberas:
y muy largo y penoso
de los bosques el corte
fué el contínuo trabajo, laborioso,
y mas aún difícil el trasporte
de los palos, maderas y herramientas,
desde la playa del Norte,
á la opuesta del Sud, y junto al río
de las Balsas llamado,
en donde un astillero
habían preparado
los expertos obreros, que allí estaban.

Un grupo de españoles,
con muchísimos indios y los negros,
eran los conductores, que llevaban
las anclas y cadenas,
clavos, palos, maderas y aparejos,
y herramientas y enseres necesarios,
arrastrados ó á hombro, á duras penas,
por aquellos senderos ó calvarios,
en donde parecían á lo lejos,
como un cordón de hormigas,
al subir y bajar las altas rocas,
pasar por sus resquicios,
cruzar desfiladeros y torrentes
y horribles precipicios,
el hambre soportando y las fatigas,
sin trégua ni sosiego,
á los rayos ardientes
de ese sol tropical, siempre de fuego.

Así el istmo cruzaban,
llevando los enseres y maderas,
*y las veintidos leguas caminaban*,
hasta hallar las riberas
del Río Balsas, donde su piragua
el indio entre las ramas escondía,
y que en el mar Pacífico desagua.

Varios indios murieron
en esta travesía,
que los blancos y negros resistieron,
con pasmosa energía;
y al fin conseguir vieron
del río en la ribera,
como muy ricas viandas de festines,
los precisos enseres y madera,
*para poder construir dos bergantines:*
y dió orden Balboa á los obreros
de empezar el trabajo activamente,
que á todos parecía
solo un juguete y broma,
al penoso trabajo comparado,
de atravesar con carga los senderos;
y poniéndose á él toda la gente,
se halló, que la humedad y la carcoma
de las frescas maderas,
las hacía inservibles al objeto,
que estaban destinadas;
y fué el pesar completo,
al ver sus esperanzas ya frustradas.

Y todos lamentaban, cabizbajos,
la pérdida sensible
de sus afanes, penas y trabajos;
mas Balboa, sufrido é impasible,
en medio del contraste y la tardanza,
y antes que en todos se sintiese el tedio,
procurando infundirles su esperanza,
no omitió ningún medio
de hacerles ver, que golpes tan traidores,
realzaban á la empresa y sus autores,
á la vez que los magnos sacrificios
hacíanse mayores,
y dijo:—que el remedio
de subsanar los males
de golpes tan fatales,
y llegar á obtener otras maderas,
no era la inercia del dolor sombrío,
que abate al hombre en el culpable tedio,
sino que nuevamente se cortasen
cerca de ese río,
y esperar á que secas se encontrasen;
y que él les prometía y auguraba,
que ese mar cruzarían
en las ligeras naves,
que fuese construyendo el astillero,
y glorias y riquezas hallarían,
el aplauso al oir del mundo entero!
Y que esta senda sola
era la sola digna de sus hijos
de la tierra española,
en los pueblos indianos.—

Así dijo Balboa,
presto agarrando un hacha entre sus manos,
y encaminóse al bosque,

dando ejemplo á los fuertes castellanos,
que jamás lucha alguna le abatía;
y tras él los obreros
y los mas distinguidos caballeros
siguiéronle, admirando
el genio y la energía,
y el don de acierto y mando,
que sus tropas en él reconocieron,
acallando la envidia y las pasiones,
y entre esos héroes descollar le hicieron.

Siempre prudente y previsor Balboa,
dividió á su partida en dos secciones:
la una el campo recorrer debiera,
buscando provisiones,
en tanto que la otra
cortaba y aserraba la madera.
y construía casas y galpones;
y conocido hacía aquel camino
y tierras adyacentes,
vinculando así todos su destino,
y esperanzas futuras y presentes,
al incierto destino de Balboa:
y así ordenado todo,
cada cual trabajando con empeño,
hallóse improvisado,
del astillero al lado,
un pueblo de este modo,
haciéndose más fácil el trabajo,
que alegres y animosos
sobrellevaban todos á porfía,
esperando, anhelosos,
el muy cercano día
de comenzar á hacer los dos bajeles,
que de ese mar las olas
surcasen con banderas españolas,
y en gloria de su patria y de sus reyes
llevasen entre rayas divinales,
á otras nuevas regiones virginales,
*su idioma y religión, progreso y leyes!*

# XLIII

## 1516

Ya secas las maderas, ya todo listo
y junto en las riberas, pronto y previsto,
se iba á empezar
el casco de las naves á trabajar.

Pero sobrevinieron lluvias seguidas,
y el trabajo impidieron las aveninas....
todo cesó,
y hasta de madre el río, ráudo salió.

Las chozas y maderas, desparramadas,
de arena y lodo envueltas, llevó arrastradas
el huracán,
cual leves hojas, que alza, vienen y van.

Y fué de día en día tal la corriente,
que á los árboles tuvo toda la gente
que irse subiendo,
en súbito peligro su vida viendo.

Y allí vióse encerrada, como en cantones,
hallándose cortada de la partida,
que buscaba en los campos las provisiones;
y al lamentable estado fué reducida
de hambre y pobreza,
que lo pasaba
con peces y aves crudas, y la corteza
de los altos ramajes, do se albergaba.

Creyéndose perdidos ya los cristianos,
porque iban en aumento las incesantes
lluvias y frío,
mirándose cubiertos de agua los llanos,
salvóles el arrojo de los indianos,
que entrando al río,
y consiguiendo asirse de una barquilla,
con sogas de uno á otro árbol, fueron tirantes,
formando con paciencia, puentes colgantes,
hasta una cerca altura de la otra orilla.

Y asídos de las sogas y los maderos,
pasando fueron todos, cual marineros,
á la lomada;
y desde allí miraron, salvo la sierra,
toda la tierra
casi anegada.

Y esos hombres heróicos, ya salvos

hallándose allí,
procuraron pacientes los males
poder resistir.

A su cáuce las aguas volvían....
cesó el temporal....
y maderas y herrajes se vieron
acá y acullá.

Y sin nubes el cielo azulado,
brilló claro el sol,
y á su calma tornó la natura,
con nuevo esplendor.

Y de Acla llegaron reclutas,
que prontos auxilios trayendo,
al grupo se fueron uniendo,
que al bosque al principio salió.

Y al ver junto al río Las Balsas
reunida otra vez ya á su gente,
Balboa, tenaz é impaciente,
de nuevo en su plan insistió.

Su voz disipó la zozobra,
que en todos causó el vendaval,
cual súbito se alza y recobra,
quien oye una voz celestial;
y vuelta á emprenderse la obra,
siguióse el trabajo naval.

Los palos y enseres, que el agua
llevó do quier,
volvieron del río á la margen
á recoger;
y alzándose allí á la ligera
un arsenal,
á hacerse empezaron dos naves,
sin trepidar,
y en breve el trabajo las penas
tornó en placer,
y grande, al cumplirse sus ánsias
el gozo fué.

Y después de trabajos indecibles
y obstáculos terribles,
que sufridos tuvieron, que arrostrar,
al fin miraron en el Río Balsas
*dos bajeles flotar;*
y que los dos, armados y equipados,
listos y tripulados,
iban ufanos á salir al mar.

Y erguidos, venturosos, satisfechos,
con noble patrio orgullo,
sintieron ya latir
sus denodados pechos,
al ver, sí, de las ondas al murmullo,
que iban al mar las naves á salir. 21.

Las últimas estrellas
aún brillaban.... sus postreras luces,
pálidas titilando en el espacio,
con amor,
cual la postrer mirada abrasadora....
cual el último acento fervoroso
de la mujer, que amada eternamente,
se graban en el alma enamorada,
con su adios!

Y Balboa, en su nave,
ora al cielo sus ojos dirigía...,
ora una sombra tétrica vagaba
por su faz:
hallábase á su lado su buen perro,
y un gran grupo de amigos y marinos,
que esperaban la orden, por momentos,
de zarpar.

Y sale el sol y brilla,
y del río también salen las naves,
izando la bandera de Castilla,
con himnos saludada por las aves,
que síguenla, cantando;
y las brisas suaves
del Río Balsas van acompañando,
hasta la embocadura,
desde donde, postrando la rodilla
esa estática hueste castellana,
al saludar á esa inmortal mañana,
ve de ese mar la calma y la tersura....
la edénica ventura,
la majestad y luz,
que por primera vez, entre sus olas,
ven brillar las insignias españolas,
y el divino pendón de nuestra cruz!

Rodar sintió Balboa,
y casi toda su cristiana gente,
lágrimas de contento y de ternura,
al elevar su frente
y contemplar la gala y la hermosura
de esas islas, su mar y continente,
que como madre, su alma les abría,
sonriendo y dulcemente;
y sin rumbo, vagando,
pasaron todo el día,
como angélicos seres,

que al pié del trono del señor cantando,
se enagenan en célicos placeres.

El sol fué descendiendo,
y mar, islas y cumbres ocultando,
y el velo melancólico extendiendo,
que empezaba á nublar tanta belleza,
y espléndidos celajes
del astro fugitivo,
remedaban castillos y paisajes,
que variaban de un modo progresivo,
según se iban moviendo los encajes
de espléndidos colores;
Balboa, pensativo,
expandiendo de su alma los dolores,
miró y alzó su clásica cabeza:
de su amada Ventura
recordó la constancia y la hermosura....
la cobarde traición de Garabito....
y la suya también hacia su amada....
y una sangrienta nube de tristeza,
como si fuera autor de algún delito,
al prometer á otra mujer su mano,
sin conocerla y solo por negocio,
por la frente cruzó del jerezano,
cual un pálido espectro, que descuella
en negro cementerio:
turbado alzó su vista y vió una estrella....
y sintió un calofrío.... y un misterio
presintiendo horroroso,
hélosele la frente,
cual presa de dolor vertiginoso,
que, aunque como español, era valiente,
era, como español, supersticioso!
—Y hora al decir tal cosa me refiero
*á esa remota época pasada*
del torpe fanatismo religioso
del padre Torquemada,
en que imperaba inquisidor sañudo;
pues que se entienda quiero,
que al actual español *no ahora aludo.*

A recordar volvió de su Ventura,
como culpable amante,
el amor y ternura....
y mirando un laúd junto á su asiento,
pulsólo tristemente;
y con más triste y cariñoso acento,
así cantó, con ansiedad creciente:

«Cual un duque, en su palacio,
yo en mi buque, el ancho espacio,
voy surcando de los mares,
y encontrando á cada instante,
¡ay! mi amante,
por millares,
perlas y oro
para ti....
¡yo te adoro...
ven, mi huri!

Con anhelo y á mi lares,
ven á un cielo de topacio,
que en mi buque en el espacio
de anchos mares,
soy un duque en su palacio;
y á millares
tengo aquí
perlas y oro para tí!

Yo te adoro.... ven mi amante,
ven mi huri....
ven, lucero,
que hechicero es tu semblante,
y tus labios de rubí:
ven y calma mis enojos.
que luz y alma de mis ojos,
has nacido para mí!—

Yo, perdido y triste así,
al rugido de los vientos,
dirigía mis lamentos,
cuando oí,
que mi amante,
con benigna faz radiante,
díjome, con dulce voz:
—en tu canto,
con encanto
te he oído....
como á Dios,
que hemos ¡ay! mi bien, nacido
para adorarnos los dos!»

Y dejando el laúd, meditabundo,
Balboa comenzó, con planta incierta,
y poseído de dolor profundo,
á andar por la cubierta.

Un joven gaditano,
que de su patria recordó á la amante,
también tomó el laúd; y de Balboa
se alejó por respeto hacia la proa;
puso en las cuerdas su segura mano,
y así cantó, anhelante:

«Era una noche de grata calma....
¿aún te acuerdas,
alma de mi alma?

¡Yo de mi lira las tristes cuerdas
hice sonar!—

—¡Bendita noche! Sí... ya me acuerdo...
tu voz decía:
dadme un recuerdo....
y de tu trova la melodía,
me hizo llorar!

Un negro rizo de mi cabello,
poniendo el brazo
sobre tu cuello,
te dí yo, entonces, con un abrazo,
mi dulce bien!—

—¿Y no te acuerdas, que después de eso,
tímidamente....
te dí yo un beso?—

—Dos, ¡ay! me diste... uno en la frente
y otro en la sien!—

—Pues si fe tienes, como memoria,
para mí evoca
láuro de gloria,
con la que beso tu dulce boca;—
dijo el cantor.

—Tengo fe ciega, y á Dios le ruego,
si amor te inspira
en su alma fuego,
te dé de Apolo la sacra lira....
cual yo mi amor!—

—¡Bendita seas, dijo el poeta,
que hoy mi ventura
miro completa!—
Y contemplando tanta hermosura,
cayó á sus piés.

Y también ella, con embeleso,
y dulce halago,
le dió otro beso,
y después dijo:—así te pago
aquellos tres!»—

Y al joven los marinos aplaudiendo,
alegres en la proa,
esclamaron:—¡donosas gaditanas....
quién pudiera, oh cantor, aquí tenerlas!—
Y alzó su voz y dijo así Balboa:
«Timonero, á las Islas de las perlas!»

# XLIV

## 1516

Con obsequios y muestras de contento
del cacique y sus indios congregados,
desembarcó Balboa en la *Isla Rica*
al alba placentera,
con todos sus obreros y soldados,
que en adelante fueron destinados
en los montes al corte de madera,
á llevarla después á la ribera,
y á aglomerar los víveres precisos:
y mandó á Tierra Firme los dos buques
en busca de la gente,
que al embarcarse, en ellos no cabía,
y quedó tristemente
en la costa esperando su regreso;
pues concibió la idea,
llegado ya á la isla,
de allí construir los otros dos bajeles,
suponiendo más fácil el acceso,
inmediato á la aldea,
y ayudado por todos los infieles;
y así intentó á su plan poner el sello,
y de sus escursiones y trabajos
pasó á Pedrárias y á su amigo Argüello
noticias detalladas,
que en breve prometía
en esa empresa rápida y segura,
ver, con utilidades, confirmadas:
mandó también en busca de Ventura,
pues vivir lejos de ella no podía....
su ausencia lamentaba,
y cada nuevo día
mas sus tiernas caricias extrañaba,
y por verla mostrábase impaciente,
que lejos del objeto que se adora,
si es firme la pasión y verdadera,
*se aumenta más ardiente*,
bullendo hora tras hora,
y más su imágen en el alma impera!

Las naves á la isla regresaron,
con el resto de la gente
quedado en tierra firme;
llegó también Andrés de Garabito,
que corriendo al encuentro de Balboa,
perdón pidióle con palabras falsas,
como pidióselo antes por escrito,
cuando quiso pasar al Río Balsas;
y á compasión movido y generoso,
y siempre su alma á la piedad propensa,
volvió otra vez Balboa á darle abrigo,
olvidando la ofensa,
y siguiendo el consejo,
*que alma noble perdona al enemigo;*
y aunque era Garabito falso, ingrato,
era astuto también, *como un mulato;*
y como zorro viejo,
zalamero á su lado y oficioso,
mas leal que otro alguno se mostrara,
haciendo de este modo, que Balboa
de su pasada falta se olvidara;
y Balboa también tuvo el contento
de abrazar á su amante,
de mirar su semblante
y de escuchar su acento;
y del cristiano jefe parecía,
embriagado de amor y de ternura,
que el alma se espandía
al lado de su amante india Ventura,
y un porvenir de gloria ya veía;
y ya solo anhelando
construídos ver los otros dos bajeles,
dejó á su hueste en ellos trabajando,
y embarcado en los otros, *con cien hombres,*
*aún más de veinte leguas mar afuera*
del golfo San Miguel fueron andando,
cuanto antes anhelando
descubrir los emporios,
que los absortos indios describían,
en el centro de inmensos territorios,
y hacia el Sud existían;
y observaron, la noche ya llegada,
de negros promontorios
la extensa mar sembrada;
y allí anclaron, entonces, vacilantes,
confusos y asombrados,
temiendo, por instantes,
peñascos encontrar inaccesibles,
y sirenas y mónstruos y dragones,
como aquellos no vistos y terribles,
que medrosos los indios describían,
presumiendo, que á miles existían
de la rica Dobáiba en las regiones;
mas no bien disipó la luz del día
el velo de la noche,
cuando vieron cruzarse por docenas,
no fieros mónstruos de acerados cascos
y crines tremolantes,
ni grupos de peñascos,
sino enormes ballenas,
que alzando el agua con ardientes bocas
de tubos centellantes,
parecían las olas, que en las rocas
se estrellan rebramantes.

Y ya el temor en todos disipado,
seguir quiso Balboa su camino;
y así hubiera encontrado
ese del oro emporio celebrado;
pero *contrario viento sobrevino*
á oponerse á su intento,
privándole el destino
de tal descubrimiento;
y poniendo la proa al continente,
llegó al puerto llamado de *las Piñas,*
donde bajó á la costa con su gente:
y aquella era la tierra
del cacique Chuchama,
donde antes sus flecheros
hicieron, que entre el fuego sucumbiesen
don Bernardo Morales
con sus *diez* compañeros;
y allí vengó, en aquellos naturales,
con sobrada injusticia y hasta saña,
la honra de su España
y aquel pasado ultraje;
y aunque la altiva, organizada tribu,
peleó un instante con viril coraje,
presto ganó los montes, derrotada,
y del rápido fuego amedrentada;
y hasta la misma choza del cacique
dejaron los soldados arrasada,
después de saquear á la aldehuela,
y embarcar provisiones,
á la Isla Rica haciéndose á la vela.

Y haciendo observaciones
por aquellas regiones,
á Balboa seguía en este viaje,
con flema extraordinaria,
un físico y astrólogo italiano,
que era célebre en la arte judiciaria,
y entre el audaz tropel de aventureros,
se dirigió á Darien de los primeros;
pues en el suelo indiano,
según las descripciones fabulosas,
que hacíanse en Europa,
dar creía á su ciencia nuevo brillo,

con mil revelaciones portentosas;
de oro llenar su escuálido bolsillo,
y de sabio aclamado,
en ambos hemisferios, á su patria
tornar un potentado:
llamaban *micer Codro* á este adivino,
que por signos, estrellas y señales,
el horóscopo cierto del destino
creía predecir á los mortales;
y viendo micer Codro, que Balboa,
embozado en su capa contemplaba
de pie, sobre la popa,
al cielo, que á estrellarse comenzaba,
aproximóse á él, y humildemente
díjole con acento misterioso:
«¡He seguido, señor, vuestro camino,
observando una estrella refulgente,
la que dirá, si adverso ó venturoso
va á ser vuestro destino!»
«¿Va á decirlo una estrella? ¿Y de qué modo?»
le preguntó, con ansiedad, Balboa.
«¿Quereis saberlo todo?»
con aplomo, repuso el adivino.
«Sí, Codro, sí; adverso ó favorable,
saber, cuanto antes quiero,
mi futuro destino,»
contestó el capitán al agorero;
y pasando la mano por su frente,
cual si quisiera mitigar el fuego
de su ambición ardiente,
así prosiguió luego:
«¡Triste cosa es mirar correr la vida,
como mansa corriente,
que siguiendo en las quiebras, va perdida
en eternal sosiego!
¡Y ver caer las hojas una á una....
y al nuevo sol ponerse cada día....
y crecer y menguar la tierna luna....
y vivir en espera y agonía,
soñando siempre hallar mejor fortuna!
¡Vivir en incesante movimiento....
la miseria afrontando, con orgullo,
y el amor y la gloria, con su arrullo,
enardeciendo el alma y pensamiento;
y ver todo pasar, como esta ola,
que súbita se forma y desvanece....
es ¡ay! vivir, nutriendo una esperanza,
que más se aleja y que jamás se alcanza!
Es, con el corazón herido y yerto,
marchar á la ventura,
en el dédalo inmenso de un desierto,
sin llegar á escuchar acento humano,
ni ver el fin del dédalo tampoco,
sintiendo al alma destrozarse en vano,
cual destrózase el cuerpo un pobre loco!
¡El amor.... este santo sentimiento,
que al espíritu eleva y engrandece,
y al triste corazón rejuvenece,
haciendo de dos almas una sola:
la gloria de los héroes.... que presiento....
que la vida de encantos arrebola,
y en brillante aureola,
inspirando á los genios resplandece:
y los aplausos recibir del mundo....
y oír feliz de la mujer amada:
—tuya seré, mi bien.... ciega te adoro;—
sentir uno su frente coronada
de lauro invicto, y su glorioso nombre
legar en letras de oro,
cuando al polvo y su nada
entrega al mundo el hombre,
*y un monumento* su materia encierra...
es no morir del mundo en la memoria....
es también inmortal ser en la tierra,
y empezar á vivir para la gloria!
¡Oh! si saber pudiese,
que mi nombre, en las playas españolas,
no ha de ser con el tiempo memorable,
ahora á Dios pluguiese,
que se hundiera mi nave entre las olas,
concluyendo mi vida miserable!»

Y una lágrima ardiente
corrió por su mejilla,
como una exhalación en clara noche,
cruza el espacio y brilla;
y en la borda dejó caer su mano,
anheloso mirando al adivino,
quien así el hondo arcano
revelándole fué de su destino,
con palabras y señas:
«¿No veis aquella estrella, que circuida
de otras más pequeñas,
aseméjase á un jefe y su partida?
Pues cuando se aproxime á sus extremos,
estará en gran peligro vuestra vida,
y para vos supremos
serán esos instantes mientras ella
su rueda de satélites no rompa
y su marcha prosiga;
empero, si más bella
la veis después cruzar con nueva pompa,
ya por siempre os será la suerte amiga,
y por do quiera venturoso el hado,
y sereis de las indias
el capitán más rico y afamado;
y en todo el orbe vnestro nombre, ornado
con el laurel divino,

será siglos y siglos celebrado!
Así, aquella señor, que es vuestra estrella,
ha de marcar por fin vuestro destino.»

Y Balboa, mirándola: «¡es aquella!»
repuso caviloso,
ante ese vago horóscopo dudoso,
que á la vez que elevábale á la cumbre
de un porvenir glorioso,
destruía esta esperanza,
la duda de trocarse en más luctuoso;
y ora entre el miedo, gozo y desconfianza,
y presa de una horrible incertidumbre,
no sabía si creer al agorero,
ó con mofa tratarle,
como á un aventurero;
y Codro, respetuoso por costumbre,
y sin osar hablarle,
alejóse, esperando
que volviese otra vez á interrogarle. 22

Aguardaba á Balboa
con perlas y presentes
el gran cacique de la *Isla Rica*,
en donde, diligentes,
los indios y españoles
iban acumulando materiales,
para la construcción de otros dos buques,
de no profunda quilla,
que cruzase por ríos y canales,
hasta su baja orilla;
y con toda la gente y más acopio,
pudiesen explorar hasta más lejos;
y Balboa ordenó traer de Acla
los preciosos herrajes y aparejos,
y todo felizmente,
se fué con ligereza realizando,
cada cual esperando
rico llegar á ser y más dichoso,
*cuando las cuatro naves,*
*con trescientos guerreros invencibles,*
llegasen al imperio poderoso,
que hacia el Sud se ocultaba
y por inmensas zonas se extendía,
y cada nuevo dia
invadir con más ánsia se anhelaba.

# XLV

## 1516

Hallábanse en la *Isla Rica*
trabajando con ardor,
los resueltos españoles,
en su naval construcción,
cuando á Balboa la nueva,
desde Darien le llegó:
—que en aquel puerto se hallaba
un nuevo gobernador,
que era don Lope de Sosa,
hidalgo recto y de acción.

Y este aviso reservado
á Balboa sorprendió,
quien reuniendo á sus amigos,
quiso saber su opinión,
en el caso que don Lope,
de Pedrárias sucesor,
quisiera en algo estorbar
su próxima expedición,
ó de ella cambiar el jefe,
de su fama en deshonor.

Sobre este asunto, el consejo
con calma deliberó:
—que si don Lope de Sosa
tuviera tal intención,
debían hacerse al mar,
sin desmayar su valor,
antes, que pudiese su orden
poner en ejecución.—

Y para saber lo cierto,
y proceder sin error,
se dispuso:—que á Darien
marchase, sin dilación,
un enviado de confianza,
á indagar del sucesor,
si amparaba ó no Balboa
del Sud en la expedición,
y si él también del monarca
perdido había el favor.—

Y para llevar á cabo

tan delicada misión,
este amigable consejo
á Garabito nombró,
creyéndole un buen amigo,
de confianza y discreción,
pues tales medios usaba
este encubierto traidor,
que no ya solo á Balboa,
sino á todos se ganó,
como al cabo lo consigue
un pertinaz adulón,
que con gracia y con talento,
aunque á costa del pudor,
procura hacerse preciso,
acechando la ocasión;
y porque también son gratas,
como un recuerdo de amor,
la lisonja y alabanza,
que llegan al corazón;
y ablandan y satisfacen,
con armónico rumor,
el orgullo y vanidad
del que firme se creyó;
pues la lisonja, no solo
fascina á débil razón,
y la vence y avasalla,
con su constancia y dulzor,
sino hasta el hombre mas ducho
y de más penetración.

Púsose para Acla en marcha,
ufano y sin trepidar,
el pérfido Garabito,
llegaba creyendo ya
la ocasión, tan esperada,
de perder á su rival;
pues la pasión, que Ventura
llególe antes á inspirar,
aún revivía, aumentada
en venganza personal:
y en Acla supo, que Sosa
antes de desembarcar,
había en la rada muerto
de crónica enfermedad;
y que Pedrárias seguía,
como cosa natural,
ejerciendo en Darien solo
la suprema autoridad;
y siéndole á Garabito
este suceso fatal,
propicio para seguir
su maquiavélico plan,
al punto escribió á Pedrárias,
con intención infernal:
—que Balboa, en la Isla Rica,
se pensaba rebelar
contra su poder y el rey,
como ingrato y desleal;
y que activo construía
allí dos bajeles más.
para con toda su turba
lanzarse al fin á la mar,
y solo y por propia cuenta,
adquirir fama y caudal
en las regiones del Sud,
que intentaba conquistar;
que aún vivía con la india,
liviana, astuta y falaz,
que entrególe el vil Careta,
como prenda de amistad;
que lascivo y dominado
de incentivo tan brutal,
y de otras muchas mujeres,
que empezaba allí juntar,
unirse con su hija bella
no pensó nunca, jamás;
sino con falsas promesas,
su protección explotar;
y con tal objeto á él
mandábale el muy venal;
pero que él esa misión
solo fingió el aceptar,
para descubrir en tiempo
al gobierno la verdad,
y que el gobierno pudiese
al rebelde castigar.—

El afecto de esta carta
es fácil de comprender,
conociendo de Pedrárias
la dureza y altivez,
y creyéndose él y su hija
blanco de burla cruel;
y sus antiguas sospechas,
con más torpe insensatez,
juzgando cierto este embuste,
volviéronse á enardecer;
y el fuego de la discordia
atizaron mas en él,
exigiéndole venganza,
aquel Corral bachiller,
á quien con Alonso Perez
tuvo Balboa, en Darien,
que poner preso, con otros
díscolos de su jaez;
y el tesorero la Puente,

á quien Balboa también
reclamóle cierto préstamo,
que ovidaba devolver.

De esta densa negra nube,
ráuda formándose fué
la furiosa tempestad,
que en el tajo hizo caer
de Balboa la cabeza,
siendo un tirano su juez;
y esto hizo que demorara,
cuando entonces debió ser
del Perú el descubrimiento,
que hizo Pizarro después.

Sorprendido Pedrárias
por la carta falaz de Garabito,
para Acla dirigióse,
resuelto á castigar aquel delito,
y al delator prendióse;
pues él así pidióselo en secreto,
para ocultar su delación á todos,
fingiendo hallarse por su vida inquieto,
ó tener que sufrir persecuciones,
por haberle quitado la justicia
sus papeles y ocultas instrucciones,
cuando él los entregó, desde el principio,
con sobrada malicia:
y en breve procedióse
al interrogatorio,
y al juez manifestó:—revelaría
lo que de aquella rebelión sabía,
y cuanto ya en Darien era notorio,
si el perdón alcanzaba,
porque excento de culpa se encontraba;
y además de Balboa
y de otros subalternos, que temía,
culpó á los oficiales
Hernán Nuñez, Botello y Valderrábano
de adictos á Balboa y desleales.—
De este modo creyó haber engañado
á Pedrárias, al pueblo y la justicia,
habiendo su venganza consumado.

En Darien tal noticia
sorprendió de Balboa á los amigos;
y aunque jamás creyeron,
que el noble jefe traicionase al trono,
de Pedrárias temieron
la envidia miserable,
el arraigado encono
y el odio perdurable,
que en su despecho, entonces, acrecieron,
creyéndose burlado;
pues allí ya no estaba
el obispo de todos respetado,
á quien temía, y quien su voz alzaba,
y era de su desmán el fuerte muro,
que á Balboa escudaba;
y cada cual creíase inseguro,
hallábase indeciso,
y nadie se atrevía
ni aún á mandarle ni llevarle aviso
del peligro inminente que corría;
porque ya de Pedrárias
la envidia miserable,
ejercida en medidas arbitrarias,
mostrábase implacable;
mas persona ninguna
se hallaba en el estado
de Hernando de Argüello,
que toda su fortuna,
había á tal empresa dedicado,
y perdida creía, en tal momento;
y escribióle á Balboa, en consecuencia:
—que en cualquier evento,
hiciérase á la mar, y la sentencia
del injusto Pedrárias evadiese;
y de Santo Domíngo á los jerónimos
al punto se acogiese,
pues, entonces, gozaban esos frailes
de gran autoridad en las colonias,
y con poder y celo protegían
á todos los que honrosas descubiertas
de Dios y el rey en gloria promovían,
en playas tan ignotas y desiertas.— 23

Y quiso el hado adverso
de Balboa y Argüello, que esta carta
cayese de Pedrárias en las manos;
y dándole un sentido muy diverso,
lo que siempre acontece á los tiranos,
cegados de malicia,
y jamás procediendo con prudencia
ni debida justicia,
mandó inmediatamente
comparecer á Argüello á su presencia,
y después de insultarle con exceso,
y la insensata furia de un demente,
sin querer escuchar explicaciones,
hízole conducir por cuatro pillos,
de un modo denigrante y estruendoso,
á un oscuro calabozo preso,
y remacharle grillos,
como si fuera un criminal famoso.

Este golpe de audacia y de violencia
acabó de aterrar á los amigos

de Nuñez de Balboa;
y cada cual tembló por su existencia;
y sobraron testigos,
entre sus detractores y enemigos,
para fundar la criminal sentencia;
y cada cual ser víctima temía,
y nadie pensó ya, pudo ni quiso
salir de Acla ó Darien, ni darle aviso
del peligro inminente que corría.

Después que astutamente
hubo inspirado á todos el terror,
con la prisión de Argüello,
perplejo se quedó el gobernador;
verdad es que tenía
el hilo de la trama de aquel plan,
que insensato forjábase y creía;
¿pero acaso podía,
como á Argüello prender al capitán?

¿No hallábase Balboa
con amigos, bajeles y poder,
y trescientos soldados, decididos
y prontos á emprender
cuanto él les propusiese,
como cuando aguerridos
escalaron las cimas de Darien?

¿No estaba en una isla,
con un cacique aliado y poderoso,
que era el árbitro de ellas en el Sud?
Acaso de su crímen, temeroso,
¿ya no estaría en bélica actitud,
y dispuesto su tino
otra vez en la guerra á demostrar,
ó para Acla, poniéndose en camino,
su arbitrario gobierno á derrocar?

Indeciso y cobarde,
así, pues, á su vez sintió el terror,
que en otros excitar tirano quiso
aquel gobernador!

# XLVI

## 1517

Como los vientos de otoño
hacen cruzar apiñados
las caídas hojas secas,
que en remolinos levantan
y se esparcen susurrando,
así ráudas se cruzaban
unas tras otras ideas
por la mente de Pedrárias,
sin acertar, como haría,
para encerrar en su trampa,
sin que evadirse pudiera,
al enemigo, que odiaba;
y viendo que era imposible
el destruirle por las armas,
ni hacerle prender por fuerza,
si á descubrirse llegara
cuales eran sus intentos,
le preparó una emboscada,
indigna de un caballero,
que en algo estima su fama,
comprendiendo, que Balboa
no un pérfido le juzgara,
ni por asomo dudase
de su amistosa palabra,
después que por un contrato,
la fe de ambos empeñada,
como padre y como esposo,
en una boda se hallaba;
y mandó á la Isla Rica
un hombre de su confianza,
á que á Balboa entregase
en propia mano esta carta:

«Es preciso, hijo querido,
de que os ponga yo al corriente
de un suceso, que reciente,
pero ya desvanecido,
fatal nos pudo haber sido,
viniendo otro á cosechar
vuestras glorias en el mar
y vuestra empresa á seguir;
debemos, pues, prevenir,
se intente otro golpe dar.

Y os debo dar instrucciones,
que la experiencia es mi escuela,
antes que os deis á la vela
para las nuevas regiones;

pues con tales prevenciones,
así ya la mar undosa,
cual fácil senda verdosa,
explorareis, sin que nada
pueda dejar malograda
vuestra campaña gloriosa.

Desde Acla, hijo amado,
donde os espero impaciente,
os escribo la presente,
pues debeis ser consultado
en todo asunto de estado,
que nos ataña á los dos,
siendo ya mi brazo vos
en lo interno y en lo externo
del que os cedo mi gobierno.
Os espero y guárdeos Dios.»

Después que cauteloso
despachó al mensajero de esta carta,
llamar hizo en seguida
á Francisco Pizarro,
á quien ya suponíase *envidioso*
de la gloria á Balboa discernida;
pues aunque amigo y de Balboa hechura,
también era ambicioso,
y hallábase quejoso
de su malaventura;
y á ese oficial sagaz, duro y valiente,
y de una sed de mando ilimitada,
juzgó, por consiguiente,
propio para encargarle la captura:
—dióle orden de reunir la fuerza armada,
y con toda la gente que quisiese,
tan luego como Nuñez de Balboa
pisara el continente le prendiese;
y que todo esto hiciéralo en secreto,
sin que nadie sospechas concibiese,
para lograr su objeto;
y que, si felizmente conseguía
prender á su rebelde comandante,
*recompensar sabría*
un servicio á su rey tan importante.

Esta falaz promesa
despertó la ambición, mal adormida,
del ingrato oficial, duro y bizarro;
y aceptó tal empresa,
*cual vendido canalla,*
quien luego fué el *conquistador Pizarro;*
y esta es *la primer mancha* de su vida....
y tuvo *después otras;*
pues así que venció en una batalla
á su amigo y rival Diego de Almagro,
cometió la vileza
en la ciudad del Cuzco,
de mandar le *cortasen la cabeza;*
y á este hecho y su dureza
debió aquel avariento
morir *en su palacio asesinado,*
por un pueblo, sediento
de hallar justicia y más humano trato,
y de Almagro también vengar furioso,
*el vil asesinato.*

Clara la noche, la áura adormida,
límpido el cielo, quieta la mar,
por entre estrellas la luna henchida
cruza el espacio con majestad.

*Cuatro bajeles,* en la ribera
de la *Isla Rica* flotar se ven,
como descuellan en la pradera
gigantes pinos de inhiesta sien.

Ledo Balboa la playa mira,
y luego al cielo puro y azul,
y su alma grande tan solo aspira
*el ver los reinos del mar del Sud.*

Y sus amigos, que le rodean,
y venle alegre, fuerte y feliz,
todos á una también desean
alzar las anclas.... pronto partir.

«Mirad,—les dijo Nuñez de Balboa,
con fingida sonrisa de sarcasmo,
aunque á la vez dudoso, y poseído
de un temor que amenguaba su entusiasmo;—
mirad, oh compañeros,
aquella grande estrella,
que á esas otras, muy próxima y unida,
parece que más brilla y más descuella,
y va, como una reina, á ser seguida
de una corte gentil deslumbradora,
que ábrela paso en su triunfal camino;
pues bien, recuerdo ahora,
que me predijo Codro, el adivino,
con voz embaucadora,
que en este instante, próspero ó aciago
debía decidirse mi destino,
y ser yo, ante el mundo,
un héroe invicto ó vil aventurero;
y, ó yo, amigos míos, ya divago,
ó es el pobre Codro un embustero;
pues ahora, según su profecía,
debiera yo encontrarme en gran peligro,
y ya me veis, gozando de alegría,

y bien sano y feliz y nada muerto,
*de trescientos adictos rodeado,*
y con *cuatro bajeles* en el puerto,
y todo preparado
para explorar el mar y su desierto!»

Iba á seguir BALBOA
burlándose de Codro, el veneciano;
mas sintió que el hocico
del perro Leoncico
buscaba las caricias de su mano:
miró á su perro y vióle bambolearse,
y en medio de violentas convulsiones,
aullar, encogerse y estirarse,
y caer, sin aliento, en los terrones.
Un lúgubre presagio
oscureció la frente de BALBOA;
y un súbito terror, como el que causa
espantoso contagio,
de todos imprimióse en el semblante,
como á todos aterra, en un instante,
la inesperada alarma de un naufragio,
cuanto más halagüeña es la esperanza,
que el alma inunda y de ilusiones riela.
Y como *envenenado* murió el perro
querido de BALBOA,
y era su defensor y centinela,
á un indio se culpó de esta venganza:
vióse luego la vela
de un ráudo barquichuelo
pintarse en lotananza,
y se creyó que fuese Garabito;
de negras sombras entoldóse el cielo,
y lanzó el perro su postrero grito,
como vieja atalaya,
que logra hundir al fin el mar furioso.

Al aclarar BALBOA, ya en la playa,
esperaba anheloso,
seguido de su pueblo aventurero,
que Garabito nuevas le trajese
de don Lope de Sosa;
mas solo vió llegar al mensajero,
que entrególe la carta artificiosa,
llamándole Pedrárias, impaciente;
y nadie sospechó por el momento,
que al llamarle á su lado
el suegro complaciente,
algún siniestro intento
hubiérale impulsado.

Un profundo silencio, cauteloso,
observó el mensajero, aleccionado,
con repecto al estado
de alarma en que Darien y Acla quedaba
de BALBOA el partido numeroso;
ni menos reveló de Hernando Argüello
la prisión sorprendente,
ni del duro Pedrárias los desmanes,
ni las tropas, que en Acla se reunían,
ni sus mal encubiertos ruines planes,
que todos traslucían.

Y confiado BALBOA, imaginando
segura ya su gloria y su fortuna,
preparaba su buque más pequeño
para emprender el viaje,
sin que llegase á perturbar su sueño
duda, temor, ni desconfianza alguna,
ni pudiese pensar que aquel mensaje,
en la apariencia digno y cariñoso,
fuese solo un ultraje,
que inferíale un hombre rencoroso,
mezquino y envidioso;
mas como ráuda brisa,
de un sol primaveral á los fulgores,
poco á poco meciendo va á las flores,
con plácida sonrisa
de púdicos amores,
y luego, tempestuosa,
sopla y se trueca en huracán furioso,
y cae, tronchada, la naciente rosa,
y bate al roble añoso
y sus ramajes quiebra,
cual si de fino estambre
solo rompiese delicada hebra
de sedoso alambre;
así fué poco á poco por la isla
alzándose el murmullo:
—que estaba de Pedrárias ofendido
el susceptible orgullo,
por haber á Ventura allí traído,
burlando el compromiso de la boda;
y que solo BALBOA ya esperaba,
que concluidos se hallasen sus bajeles,
para de acuerdo con su gente toda,
al mar del Sud lanzarse,
y al rey desconocer y rebelarse;—
y este vago murmullo fué tomando
*de día en día* formas colosales,
cada cual el orígen ignorando;
pero todos hallábanse de acuerdo
en predecir al héroe nuevos males,
si aquel viaje efectuaba,
pues aún vivo el recuerdo
cada cual conservaba
de las negras traiciones y falsías,
que Pedrárias le hiciera
en no lejanos días,
cuando rival temible le creyera.

# XLVII

## 1517

Indiferente Balboa
oía el sordo rumor
de las voces, que se alzaban,
como agitado turbión,
clasificando la carta
del falso gobernador,
como el decisivo golpe
de una villana traición;
y de consuno su gente
á Balboa le pidió:
—que no emprendiese aquel viaje,
sin saber la situación
en que se hallaba Pedrárias;
y si era verdad ó no,
cuanto en la carta decía,
fingiendo tierna espansión,
al par que cierta reserva
en su indicado temor,
para ocultar de este modo
su plan é indigna intención;
y que en vez de irse á Acla,
cuando nadie imaginó
que pudiese, en tal momento,
suspender su exploración,
con tanto afan anhelada,
juzgaban mucho mejor,
el que escribiese á Darien;
y según contestación
de sus parciales y amigos,
y Argüello, su proveedor,
procediese, cual debía,
en aquella evolución,
mostrándose ducho y hábil,
como siempre se mostró,
al tomar, en los peligros,
cualquiera resolución;
pues lo contrario sería
hacer triunfar al traidor,
traer á Darien la miseria,
la anarquía y desunión,
después de tantos trabajos
como aquel pueblo pasó;
exponer su vida, en vano,
en tenebroso complot,
ó al menos, que malograse
su próxima expedición,
que iba á darle eterno nombre,
y á España más esplendor;—
y hasta la misma Ventura,
anegada en aflicción,
con lágrimas en los ojos,
tiernamente le rogó:
—que sino por ella, triste,
ni el recuerdo de su amor,
de su intento desistiera,
y escuchara al fin la voz
del cariño y la amistad,
que unánime allí se alzó.—

Todas estas reflexiones,
que cada cual á su vez,
sencillamente se hacía,
como adicto y hombre fiel,
hasta que formando un eco,
la expresión de todos fué,
antes que todos, Balboa
sagazmente llegó á hacer;
pero cual noble y vasallo,
ante todo quiso él,
sumiso al gobernador,
en un todo aparecer,
menospreciando su vida,
con heróica insensatez,
antes que nadie, un rebelde
á la causa de su rey,
ó un cobarde á ese llamado,
pudiérale suponer;
y queriendo su conducta
demostrar clara también,
y en público hacer á todos
su gratitud conocer,
reunió á su pequeño pueblo,
y dijo, con sencillez
como si á todos tratase
de honrar y satisfacer:
«Amigos, yo os agradezco
el generoso interés,
que me habeis manifestado,
y jamás lo olvidaré;
mas como vasallo, debo
á quien manda, obedecer;
porque al rey está Pedrárias

representando en Darien,
y solo soy su segundo:
además, Pedrárias es
un cumplido caballero;
y aunque antes, por su altivez,
ó por creerme su rival,
perjuicios quísome hacer,
haciendo iniciar procesos,
contrarios á toda ley,
ahora, ya es otra cosa;
porque yo, en breve seré
su hijo querido y privado
y más seguro sostén,
como con su firma así
lo expone en este papel;
y no puedo yo inferirle
á un noble de su valer,
y que es mi jefe, la ofensa
de dudar de su honradez;
pero si traidor é ingrato,
aún faltase á su deber,
y solo fuera esta carta
la asechanza del doblez,
él será siempre el traidor
ante el mundo y nuestro rey,
y yo, el leal caballero,
á traición muerto seré,
y no el vasallo rebelde,
que esquive el juicio y la ley;
que entre víctima ó verdugo,
prefiero víctima ser,
y no vivir con la mancha
de cobarde ó infiel!
Ya, pues, sabeis.... *esta tarde*
para Acla partiré,
y pronto.... muy pronto espero
á la *Isla Rica* volver,
para empezar nuestro viaje
y brindar á nuestro rey
un inmenso y rico imperio,
que dé gloria á su poder,
y á la nación engrandezca,
con perenne solidez.
¡Adios amigos....confianza
y su amparo Dios os dé!»

Calló Balboa, y su rostro
*cubrióse de palidez*,
como, si en aquel momento,
ya faltárale la fe,
al invocar á su Dios,
cual si fuera á perecer.

Reinó un lúgubre silencio
entre esa gente fiel;
mas Botello y Valderrábano
y el joven Nuñez también,
dirigiéndose á Balboa,
con cariño y timidez,
como favor le pidieron,
que los llevase con él;
porque si había peligros
para él en Acla ó Darien,
ellos adictos, querían
compartirlos esta vez;
y Balboa, enternecido,
al fin tuvo que acceder
á las súplicas y ruegos,
que interpusieran *los tres;*
y á Francisco Compañón
hizo allí reconocer
como jefe de la armada
y de la isla también,
hasta que otra vez en ella
volviese á poner los piés;
y viendo llorosa y triste
á su Ventura yacer,
estuvo amante á su lado,
hasta pisar el bajel,
que al continente la proa
empezó la mar á hender,
y de Acla los mensajeros
embarcáronse con él.

Seguido de su pueblo,
por la tarde Balboa se embarcó,
y ocultóse la nave á la distancia,
al descender el sol.

Y esa noche, una sombra en la ribera,
intranquila vagar lenta se vió,
como un ángel perdido, que medita,
ausente de su amor.

¿Quién es aquella, ágil, donosa,
de faz llorosa,
de largo pelo, morena frente,
y alta mujer,
que en la ribera, muda y doliente,
baña la luna con sus reflejos,
y tristemente
mira á lo lejos
y está de pie?
Esa es Ventura,
que con dolor,
al mar mirando, así murmura
su tierno amor:

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Julio I. Elías Murguía

«En mar sin olas, los propicios vientos
tu nave impelan, grato amante mío,
y donde quiera que tu planta estampes,
todos te adoren!

Tu frente altiva, tu mirada regia,
tu alma sublime, tu ardoroso acento,
índicos mares, belicosas huestes....
todo avasallen!

De esta mi patria, virginal y hermosa,
tú solo el astro, que la encumbre y guíe
ser ya mereces, y las tribus todas
ríndante lauros!

Que ellas coronen tus divinas sienes,
como al guerrero de sin par valía,
mas tus caricias para mí reserva,
alma de mi alma!

Esclava tuya, te obedezco humilde,
y anhelo solo contemplarte tierna,
tu pensamiento adivinar, sonriente,
siempre á tu lado!

Mi amor perdona.... para amarte vivo;
y sino puedes, como yo, quererme,
por generosa compasión te pido....
no me desprecies!

Y si algún día hasta te fuese odiosa;
y amor tan grande, que mi ser consume,
cansase á tu alma, de triunfar sedienta,
dímelo presto!

Que porque fueras venturoso siempre,
muda y contenta agonizar sabría,
solo al recuerdo que benditas horas
pasé contigo!

Mas yo deliro, que mi noble amante
no podrá nunca aborrecerme.... nunca....
y yo, aunque sea como humilde esclava,
podré adorarte!

Propicios vientos en la mar serena,
lleven tu nave á encantadoras playas,
y siempre obtengas en la patria mía,
triunfos y glorias!»

Así exclamó, doliente,
esa india infelice.... enamorada,
mirando al horizonte, tristemente,
y en lágrimas bañada
de dulce amor y tierno sentimiento,
en tanto que la nave de Balboa,
en mar serena y con propicio viento,
sus velas recogía
y ya en el puerto anclaba;
Balboa en la ribera descendía,
y á la playa desierta se miraba!

# XLVIII

## 1517

Apenas el sol naciente
con sus rayos comenzaba
á ir dorando del istmo
las escarpadas montañas,
cuando Balboa y su séquito,
abandonando la playa,
y dejando á los marinos,
que la nave custodiaran,
á las rocas decididos,
encaminaron su planta;
y ayudados por los indios,
en soledades tan vastas,
y contínuos precipicios,
que en las rocas se ocultaban
y largos desfiladeros,
como cortantes espadas,
lograron el ir pasando
las agrestes cimas altas,
que cual altos campanarios,
en torno se destacaban,
mal ocultas entre nubes;
y empezaron á bajarlas
por escabrosos senderos
y torrentosas cascadas.

Tenían orden severa

los enviados de Pedrárias,
de no decir á Balboa
la más mínima palabra,
que á sospecha le indujera
de tan cobarde asechanza;
y cumplieron, hasta entonces,
con su misión delicada;
pero así que en aquel viaje
de día en día notaban
la suficiencia y grandeza,
la noble conducta franca
y el mérito de Balboa,
y gran atracción simpática,
unida á finos modales,
y á una presencia gallarda,
que descollando entre todos,
á todos los cautivaba,
sintieron los miembros ser
de esa pérfida embajada,
y el próximo fin del héroe,
con nobleza lamentaban;
é intentaron varias veces,
descubrirle aquella trama;
y ya callar no pudieron,
cuando empezóse á ver á Acla;
y sin embozo á Balboa
reveláronle la causa
y el lazo que le tendían,
con esa urgente llamada.

Absorto quedó el guerrero
de la traición de Pedrárias,
y lívido de desprecio,
sintióse su alma indignada,
contra ese futuro suegro
y su conducta villana.

Los tres amigos, entonces,
descubierta tal infamia,
pidiéronle:—que al instante
desistiese de su marcha,
y embarcándose en la nave,
todos ellos se salvaran;
y desde la Isla Rica
hiciera ver á Pedrárias,
que era un cobarde traidor,
que deshonraba á su patria;—
pero vuelto en sí Balboa
de esa sorpresa impensada,
les dilo tranquilamente:
«Mis buenos amigos, calma....
sobre todo, en los peligros,
que el acierto es el que salva,
cuando en peligro se está,
y sereno se le aguarda;
y á pesar de los recelos,
que pueda abrigar Pedrárias,
y de los cuentos é intrigas,
que fraguado la envidia haya,
yo sabré desvanecerle
las dudas y desconfianzas,
y me ha de entregar á su hija,
en cuanto llegue de España,
celebrándose así, firme,
para siempre nuestra alianza;
y el que dude de mi acierto
y crea mi cuenta errada,
puede volverse al instante,
sin que pierda mi confianza,
que sobradas pruebas tengo
de vuestro afecto y constancia.
Y por todo, amigos míos,
os doy expresivas gracias,
y os ruego dejéisme solo
afrontar mi suerte avara.»

Y persistente Balboa,
sereno siguió su marcha,
con angustia contemplando,
que ruegos, peligros, nada,
á amigos tan generosos
hacer desistir lograban,
pues hallábanse resueltos
á seguirle en tal campaña,
como al hijo amado sigue,
con sus votos y su alma,
la triste sensible madre,
que cree evitar sus desgracias,
con sus ruegos al eterno
y sus lágrimas amargas.
Ellos la creencia tenían,
que hacia la muerte marchaban,
acompañando á su amigo
en su vuelta temeraria;
pero al amigo y al jefe
seguían sin esperanza,
y envanecidos y nobles
á la muerte desafiaban,
muy cuerdamente pensando
adquirir gloriosa fama,
si la segur, que segase
á ese árbol lleno de sávia....
á esa cabeza arrogante,
la suya también segara.

¿Pero Balboa creía
incapaz de tal infamia
al noble gobernador,

que á su lado le llamaba,
ó ya confiado en su suerte,
y en su opinión y su fama,
con temerario denuedo
á su suerte provocaba;
ó arrastrábale su sino
á buscar su muerte en Acla,
como iracunda tormenta
al velero buque arrastra,
hasta las rocas ocultas,
donde se abre y despedaza?
¡Misterios del alma son....
del destino son mudanzas,
que no se explica el mortal;
pero que sufre y las palpa,
perdiéndose en conjeturas,
que misterios son del alma!

Y el jefe y los tres amigos,
entre las huellas y zarzas,
á poco andar encontraron
una partida emboscada,
que salióles al encuentro,
cuando menos lo pensaban.

Y don Francisco Pizarro
á ellos se adelantó,
y á Balboa así le dijo,
no sin sentir el rubor,
que el inferior siempre siente,
cuando tiene una misión,
que cumplir contra su jefe,
á quien siempre respetó;
y si á mas de injusta, es
hasta en mengua de su honor:

«Mi estimado comandante,
con pena os debo decir,
la orden que vengo á cumplir:
preso estais, desde este instante.»

Y la guardia le rodeó.
«¿Preso yo?» dijo, asombrado,
el valiente adelantado;
y en seguida le objetó:

«¡No así, Pizarro, *solíais*,
*como adepto amigo, firme,*
*el salir á recibirme,....*
*cuando leal me servíais!*

Pero si el gobernador
quiere, envidioso, perderme,
y os ha ordenado prenderme,
como si fuera un traidor....

Cumplid vos vuestro deber,
y el duro mandato expreso:
á vos, pues, me entrego preso,
sin otra causa saber!»

Y silenciosos marcharon,
por los ásperos senderos,
Pizarro y sus prisioneros,
hasta Acla, donde llegaron.

Profunda sensación en Acla hizo
el ver, que entraban presos y afrentados
Balboa y sus leales compañeros;
y fueron encerrados
en súcio cobertizo;
y allí se les pusieran
los grillos infamantes,
como si oscuros criminales fueran
los héroes, que triunfantes,
la cima habían de Darien subido,
por ignoto desierto,
y el pacífico mar, desconocido,
con gloria, descubierto!
Y el mando de la escuadra y de las fuerzas,
que en la Isla Rica estaban,
fué al instante entregado
á Bartolomé Hurtado,
que encontrábase de Acla en el distrito;
pues aunque hubo antes sido de Balboa
oficial favorito,
ya á Pedrárias sumiso obedecía.

Y el infame Pedrárias
tuvo la avilantez y la osadía,
juntas con la más negra hipocrecía,
de pasar de Balboa á la morada,
remedando una angustia dolorosa,
en su vejez cansada,
y decirle, con voz artificiosa,
y un fraternal acento lisongero:
«Evitar no he podido,
por el carácter oficial que tienen,
y la intención que llevan,
que Alonso de la Puente, el tesorero
y otros también, que su favor obtienen,
cargos y acusaciones os promuevan;
pero no os aflijais, buen hijo mío,
que yo los desafío
á una investigación harto prolija,
en la que triunfará vuestra inocencia;
y siendo esposo de mi buena hija,
quedareis en Darien con más influencia.»

Y esto dijo á Balboa
el vejete mañoso,
harto ducho en intrigas y falácias;
y el engrillado y prometido esposo
contestó, entre confiado y receloso:
«señor, os doy las gracias.»

Salió Pedrárias, con su faz ceñosa,
y encaminóse en busca
del alcalde Espinosa,
á quien expuso: «Al criminal ofusca
su crímen y lo niega,
y á la justicia, incáuto, ya se entrega;
y engañarla pensando,
ni gracia pide ni á mi afecto ruega:
id, pues, adelantando
los cargos y las pruebas necesarias,
y sin vana clemencia,
contra él, severo, pronunciad, cuanto antes,
vuestro fallo y sentencia:
y no olvideis también el pronunciarla
contra sus otros tres acompañantes,
como á la ley rebeldes,
*porque los cuatro son unos bergantes.*»

Así lo hizo Espinosa,
fraguando en el proceso mil patrañas
é indignas artimañas,
como servil raposa,
que en el fango escondida,
sus nocturnos ataques está urdiendo;
en tanto, que indignada y afligida
del vil Pedrárias la honorable esposa,
ya los villanos medios conociendo,
que en juego se ponían
para ir al héroe de Darien hundiendo,
pedíale al marido y á los jueces,
con el valor de la conciencia ho
—que su nombre en tal crímen no infamasen,
ni envidiosos, la ley ultrapasasen;
porque solo la ley justicia quiere,
y no venganza airada,
*pues quien á hierro mata á hierro muere:*
que dura é inexorable
juzgaría la historia
de ese héroe al asesino miserable,
á la inocente víctima legando,
por tal ingratitud y tal bajeza,
más compasión y gloria....
más digna admiración y más grandeza!—

Así, anegada en llanto,
con el valor de la conciencia honrada,
y de tan vil esposo avergonzada,
prorrumpía la esposa, con espanto,
por su nombre salvar de tal afrenta,
y á Nuñez de Balboa
salvar también con vida
del cercano suplicio y la tormenta,
que rápida, espantosa,
ya fraguaba esa gente fementida,
de su sangre sedienta,
y de su fama y gloria harto envidiosa:
así, anegada en llanto,
ante jueces, actuarios y Pedrárias,
prorrumpía Isabel de Bobadilla,
con inspirado acento ó con plegarias;
y los jueces, en tanto,
formando complaciente camarilla,
ante el amo doblaban
humildes su rodilla,
y á Balboa y sus tres firmes amigos....
y hasta á Hernando de Argüello,
á ser decapitados condenaban,
comprando declarantes y testigos,
para poder mandar.... *aquel degüello!*

# XLIX

## 1517

En Acla cada día,
el asombro y encono se aumentaban
de los opuestos bandos:
la excitación crecía,
y fatales sucesos se esperaban;
y Espinosa, en la creencia,
de que un tanto apaciguar podría
la excitación, escándalo y discordia,
que á causar iba la *fatal sentencia*
dictada llena de legales vicios,
para Balboa solo
pidió al gobernador misericordia,
como justa merced á sus servicios,
no debiendo morir, como un villano;

ó se le concediese
el poder de apelar al soberano,
y que su ejecución se suspendiese.

Mas ciego, enfurecido,
opúsose Pedrárias, implacable,
y repuso: «Igual suerte
debe también sufrir el miserable,
y merece la muerte;
porque más que los otros es culpable,
y mayor su delito.»
Y así ya, bajo aquel mandato expreso
terminado el proceso,
púsose en libertad á Garabito.

Y ya viendo Pedrárias, el malvado,
al insigne Balboa
á ignominiosa muerte condenado,
aplacarse sintió su vil envidia,
pero no aún de su maldad la sávia;»
y con esa diabólica perfidia,
que va aumentando la oprimida rabia
oculta largos años en el pecho,
que después de vengarse
no se encuentra del todo satisfecha;
así, con ese encono y ruin despecho,
que finge remedar valiente audacia,
pasó el traidor Pedrárias á gozarse
en los grillos del héroe y su desgracia;
y no ya con acento empalagoso
del servil palaciego, que honra espera,
sino con el del amo y poderoso,
le habló de esta manera:

«Vasco Nuñez, pensé honrarme,
cuando hijo mío os llamaba,
y la esperanza abrigaba,
que pudiérias ayudarme,
y muy pronto reemplazarme
de Darien en el gobierno,
como honrado y grato yerno;
pero me habéis engañado,
y pésame haber honrado
á tan infiel subalterno!

¡Cuán necio....cuán necio fuí,
mi hija bella al otorgaros,
y la expedición confiaros,
que hacer yo mismo debí!
No, pues, ya, espereis de mí
compasión, sino rigor,
y como gobernador
os debo aplicar la ley,
porque sois traidor al rey....
y morireis cual traidor!»

Así infame y poseído
de las furias del infierno,
habló á su futuro yerno
aquel viejo fementido,
al mirarle ya caído
en la red de su maldad;
mas lleno de dignidad,
protestó Nuñez de todo,
y repuso de este modo,
con tranquila gravedad:

¿Como pudisteis, señor,
juzgarme rebelde á mí,
cuando al momento acudí
al llamado, y sin temor,
del que es mi gobernador?
Embustes son de villanos
esos necios cuentos vanos
de envidiosa alevosía:
¿si fueran ciertos vendría
á ponerme en vuestras manos?

¿No son acaso escabeles,
si hubiera de tal traición,
tenido yo la intención,
*trescientos hombres fieles,*
*y cuatro nuevos bajeles?*
Si hubiese intentado ser
un rebelde, con poder,
surcar pude nuevos mares,
y en comarcas á millares
mi autoridad extender!

¿Quién impedirme podía,
que las velas desplegando,
fuera reinos conquistando
cada nuevo, hermoso dia?
¡Nadie....ni vos á fe mía,
tratásteis de hacerme frente,
pues solo pérfidamente,
urdiendo engaño grosero,
indigno de un caballero,
engrillais á un inocente!

Inerme á vuestra presencia,
y el verme pronto venir
placentero á destruir
falsos cargos, en mi ausencia,
no os revelan mi inocencia?
¿Quién es, pues, aquí el culpable?

¿Yo, que acudo, inalterable,
ó el que á mí llegado apenas,
me infama con sus cadenas,
cual si fuese un miserable?»

Así Balboa repuso,
firme, sereno y erguido,
y Pedrárias confundido,
al salir dijo, confuso:
«De dar razones me escuso
á quien en vez de pedir,
de rogar y de decir,
que el perdón viene á implorar,
aún quiere el crímen negar....
¡preparaos pues á morir!»

Y alejóse Pedrárias, confundido,
de su trama espantado
y de aquellas terribles emergencias;
y él mismo, sorprendido
de haber valor tenido
para haberla fraguado,
afrontando tremendas consecuencias.

Y mirando Balboa á sus amigos,
de esa escena testigos,
les estrechó en sus brazos,
y exclamó enternecido y cariñoso,
cual si ese fuera su postrer acento:
«Si muero, amigos, moriré dichoso,
si veo que no alcanza
á vosotros la pérfida venganza
de ese hombre miserable,
ageno á todo noble sentimiento!
¡Plegue al cielo, que su odio
sea solo conmigo inexorable,
y moriré contento,
llorado de vosotros,
oh héroes de Darien.... bravos guerreros,
en las luchas y triunfos compañeros,
y en mi desgracia amigos,
hasta el momento mismo de mi muerte:
llorado de vosotros,
con gusto acepto mi contraria suerte!»

Y á la vez sus amigos repusieron:
«¡No, Balboa, nosotros
seguir debemos vuestra senda siempre,
de hechos insignes y de gloria llena;
y nuestra suerte y vida
se halla á la vuestra unida,
como el duro eslabón de una cadena;
mas si hoy nos separase ya el cadalso,
para colmo mayor de desventuras,
y consumarse viésemos el crímen,
por el Dios vengador de las alturas,
vengaros, ¡ay, sabremos,
y su cráneo, rugiendo, romperemos!»
Y extendieron su brazo heróicamente.

Y de los cinco presos abrazados,
aún irradió en su frente
un rayo de esperanza,
cual suele, entre negrísimos nublados,
fulgurar de repente,
breve rayo de sol, en lontananza.

Fatigados de tantas emociones
los presos dormitaban,
contemplando en ensueños las visiones
de la próxima muerte, que esperaban:
por un chico cuadrado ó abertura,
que en la pared y junto al techo había,
la pálida vislumbre
comenzábase á ver del nuevo día:
con mágica dulzura
de las aves los ecos matinales,
resonaron con plácida armonía,
anunciando á natura
la renaciente pompa y hermosura
de las ledas mañanas tropicales.
Balboa *fué el primero*
que vió la luz y oyó los tiernos cantos,
y exclamó, con acento lastimero:

«¡Juventud, armonías, gloria, amores....
de la florida edad rico tesoro,
que triste ahora, encadenado lloro....
mi alma ya os dice.... para siempre, adios!

Como águila caudal, que al cielo sube,
y hendiendo las regiones del espacio,
abandona en las cumbres su palacio,
así yo quise contemplar al sol!

Sentí la sed de gloria.... no de honores,
é incansable busquéla entre los hombres,
para que el mío, entre los grandes nombres,
algún día llegase á figurar!

Ha sido á veces mi destino adverso,
y otras, me sonreía la fortuna,
y así he luchado yo, desde la cuna;
mas hoy palpo la *horrible realidad!*

Delirante aspirar lauros y flores....

hacer todo feliz en torno mío,
y extender de mi patria el poderío,
el noble anhelo de mi vida fué!

¿Y qué me ha dado el mundo en recompensa
de mis sueños de amor, triunfos y honores?
¡Solo angustias, trabajos y dolores,
que afrontar, hasta lo último, sabré!

Me interrogo, é inocente yo me encuentro,
que leal al monarca siempre he sido:
*solo ambición de gloria yo he tenido....*
no de oro y de poder necia ambición!

Juventud, armonías, gloria, amores....
de la florida edad rico tesoro,
que triste ahora, encadenado lloro....
mi alma ya os dice, sollozando.... adios!»

Los pájaros seguían
saludando á la espléndida mañana,
é iluminó la frente de Balboa
de sol el primer rayo,
que entró por la ventana,
haciendo despertar á sus amigos,
quizá de dulces sueños placenteros;
y díjoles Balboa:
«¡Oh, pobres compañeros,
qué lúgubres ideas
al miraros me oprimen!
¡Por mi culpa sufrís, y también otros
quizá no lejos gimen,
vejados y oprimidos, cual nosotros!»
«Ya que así tu alma en nuestro seno espandes,
—repusiéronle,—dinos, si algún crímen
podrá manchar tu inolvidable historia.»
«Uno,—les dijo,—y de él no me denigro:
*el haberme hecho grande entre los grandes,*
*que ingratos ellos son, cuanto envidiosos!*
¡Cuán tarde he conocido yo el peligro
de servir y dar gloria
*á reyes y magnates poderosos!*
¡No conceden al genio, que fulgura,
si no nació bajo dorado techo,
*el inmortal derecho*
de poderse encumbrar hasta su altura!
¡Esta es sola mi falta.... mi delito!»
«¡Y el haberos fiado
de Pedrárias y Andrés de Garabito!»
repúsole Botello, contristado.

La tarde declinaba,
del pájaro entre trinos placenteros,
y seguido de un fraile y los esbirros,
el escribano en la prisión entraba
de *los cinco* engrillados caballeros;
y leyó, con acento balbuciente,
y notable emoción y gran trabajo,
la sentencia:—que á todos condenaba
la cabeza á cortarles en el tajo.—
Oyeron impasibles
los cinco presos, con serena frente,
esa fatal sentencia;
y replicó Balboa, noblemente:
«Apelo, desde ahora,
y ante el emperador de ella protesto,
como un crímen inícuo,
á todo el pueblo de Acla manifiesto:
asentadlo, escribano.»
Y el actuario repuso:
«Así lo haré, señor; pero es en vano
apelar y asentar tal diligencia,
porque *mañana mismo*
debe quedar cumplida esta sentencia.»
«¡Mañana!—prorrumpieron
los cinco nobles presos, asombrados,—
¡Oh colmo de vileza!»
Y prosiguió Balboa, imperturbable:
«Pues decid al verdugo, que os envía,
que así solo cortarnos la cabeza
podría el miserable!
¿Estamos ya en capilla?»
«Sí: en capilla estais, hermanos míos,
—el fraile murmuró, muy tristemente:—
doblad la rodilla....
inclinad vuestra frente,
y preparaos contritos,
á implorar el perdón y santa gracia
del Dios omnipotente,
por todas vuestras culpas y delitos!»

Fué á casa de Pedrárias
el sumiso escribano, con tristeza,
de Balboa á decirle
las últimas palabras, y entereza,
que todos en ese acto demostraron,
y marchóse en seguida;
y la esposa, que estaba
en la contígua pieza,
é impaciente acechaba,
y escuchó esas palabras aflijida,
se presentó, arrogante,
al criminal esposo,
y al mirarle el semblante
lívido, pavoroso,
y extraviada su vista por el miedo,
que su perversa obra le causaba,
sintió por él la esposa,

que cual severa sombra le acusaba,
con sus grandes, clavados ojos fijos,
la compasión y horror que le inspiraba
el desgraciado padre de sus hijos,
y prorrumpió, alzando al fin su mano:
«¡Ah, he oído todo,
cuanto ha dicho, temblando, el escribano!
¡Ya el padre de mis hijos.... ya mi esposo
no es ¡ay! un caballero,
ni siquiera un villano aventurero....
sino un bajo.... raquítico asesino!
Si yo, como sumisa esposa amante,
pude dejar mis hijos y familia,
mi bella patria y venturosos lares,
por seguirte, anhelante,
con los brazos abiertos,
por entre ignotos mares
y salvajes desiertos;
no puedo yo, Isabel de Bobadilla,
permitir, sin mancilla,
á nadie.... mucho menos á mi esposo,
que deshonre mi nombre esclarecido:
esta es la vez primera,
que mi orgullo, ofendido,
se alza, indignado, como hambrienta fiera:
te pido cumplas tu deber supremo,
que aún es tiempo, y te salves
de la sangre de abismo tan extremo:
y sino por tu nombre, hazlo, siquiera
por tus hijos y esposa,
que á tus plantas te ruega, ya humildosa
por la honra de tu casa,
y mi esposo otra vez llamarte pueda:
mira que es la fortuna caprichosa,
y como se ajan las fragantes flores,
todo en la vida, como sueños, pasa....
mando, riqueza, honores....
solo á los hijos la honradez les queda,
que ilesa conservaron sus mayores!
Parte, Pedrárias, sí, corre y evita
ese crímen horrendo....
revoca esa sentencia....
porque sino.... *huiré de tu presencia,*
*que de espanto y vergüenza estoy muriendo!*»

Así llorosa, altiva y suplicante,
exclamó la heroina,
cayendo en un sillón, falta de fuerzas;
y alejóse Pedrárias, *espantado,*
*huyendo de esa cólera divina,*
que ya azotaba á su abatida frente....
mas siempre reincidente,
*solo fué á acelerar el atentado.*

# L

## 1517

*Como si al campo de la gloria fueran,*
entraron Vasco Nuñez de Balboa
y sus cuatro leales compañeros,
en la triste capilla, improvisada,
en una pieza á su prisión contígua:
y arrogantes, serenos y sufridos,
cual en árduas empresas fueron siempre,
después de confesarse, comulgaron,
*cual cumplía á cristianos fervorosos,*
y prepararon su alma humildemente
á los pies del piadoso franciscano,
dispuestos, en ofrenda de su causa,
ante el trono de Dios á presentarse,
y arrepentidos, en su fe sincera,
de aquellos estravíos mundanales
de su ardorosa juventud y orgullo,
que su nómada vida en los desiertos,
hízoles á la vez tiranos y héroes;
y como viese el fraile, sorprendido,
que del supuesto crímen de rebeldes,
no culpable ninguno se mostrara,
volvió muy seriamente á interrogarlos,
pidiéndoles, en nombre del Eterno,
que todos sus delitos confesasen,
si ansiaban obtener eterna gloria;
pero con firme acento persuasivo,
y convincente lógica sencilla,
le demostraron ellos su inocencia
*del imputado crímen de rebeldes;*
y entonces comprendió el absorto fraile,
con el instinto, acierto y sutileza,
que la práctica da á los confesores,
que eran de tenebrosa y vil venganza
víctimas escogidas y temibles,

que ya á Pedrárias inspirando celos,
ver querían, entre el polvo confundidas.

El verdugo, seguido de sus criados,
y un no escaso piquete, silencioso,
armado de altas picas y arcabuces,
llegó de la prisión hasta la puerta;
y por fuera el cerrojo descorriendo,
á la ansiedad del pueblo se mostraron
*los cinco caballeros* y el buen fráile,
dispuestos ya á seguir á ese piquete;
dejóse oir un grito de *sorpresa,*
*de compasión y horror*, pena y angustia,
y estremecidos hombres y mujeres,
iban profundas lágrimas vertiendo,
detrás del imponente grupo armado,
que al suplicio á las víctimas llevaba.
Algunos recordaron los servicios
del noble Vasco Nuñez de Balboa,
sus admirables hechos y sus triunfos;
otros sus bondadosos sentimientos,
sus perennes cuidados paternales,
y su notable acierto en las empresas;
y hasta los mismos necios, que creían
en la supuesta rebelión, juzgaban
escesivo el castigo decretado
contra esos héroes, que á su patria dieron
oro y perlas, un mar y sus riquezas;
y mirábanles víctimas tan solo
de la implacable envidia del tirano;
pero tal fué el pavor y desconfianza,
que en los ánimos todos infundieron,
los criminales golpes, imprevistos,
y severas medidas de Pedrárias,
que nadie se atrevió, entre los murmullos
y tristes ayes de dolor y espanto,
á demandar perdón para esos héroes,
ni á dar un grito, con tonante acento,
como protesta unánime del alma,
contra ese horrendo y alevoso crímen.

De distancia en distancia, y lentamente,
como para aumentar más el suplicio,
iba con ronca voz el pregonero,
confuso repitiendo la sentencia;
y cuando dijo:—tal es el castigo
impuesto por el rey y su teniente
don Pedrárias de Dávila á estos hombres,
por intentar, traidores y rebeldes
las tierras usurpar de la corona;—
entonces Vasco Nuñez, indignado,
alzó su voz, acusadora y grave,
y lívido exclamó, lleno de rabia:
«¡Como un cobarde, mientes y remientes....
y vive Dios, si esposas no tuviera,
te sacara la lengua con mis manos!
¡Jamás tal crímen cometimos.... nunca;
pues solo como súbditos sumisos,
al rey hemos servido en todas partes,
y aquí aumentando sus dominios siempre!»

Inútil fué esa voz y esa protesta,
que lanzaba ante el pueblo la inocencia
de esos cinco guerreros castellanos;
pero desde ese instante, todo el pueblo,
hasta los más adictos partidarios,
que á Pedrárias honrado suponían,
toda la infame intriga comprendieron,
y que tal rebelión, era tan solo
el meditado fruto y la venganza
de la implacable envidia del tirano;
y á los otros unieron sus lamentos,
llorando al héroe de Darien, famoso,
*de su confianza víctima inocente!*

Llegó á la plaza el fúnebre cortejo,
cuando á bajar el sol ya comenzaba,
y de ella en medio hallábase un tablado,
donde el ejecutor subió el primero,
seguido de sus criados y ayudantes,
y después Vasco Nuñez de Balboa,
con su paso marcial y frente altiva,
y á un lado el buen fraile, contristado,
en sus manos llevando el crucifijo:
al tajo el héroe se arrimó, sereno,
y al espantado pueblo miró en torno,
que en silencio glacial le contemplaba,
como si fuera á desplomarse el cielo:
acercóse el verdugo, y la valona
quiso osado bajarle hasta la espalda;
pero Balboa, echando atrás un paso:
«¡No.... no!» le dijo, con mirada altiva,
y él mismo descubrió su blanco cuello;
y mirándo después hacia el gentío,
así exclamó, con eco resonante:
«¡Oh pueblo de Acla, por mi nombre os juro,
y el poderoso Dios, que va á juzgarnos,
que yo y mis leales compañeros,
no hemos pensado en cometer el crímen,
*que la maldad y envidia nos imputa!*
¡Sabed, pues, que morimos inocentes!
¡Verdugo, tronchar puedes mi cabeza,
tan pura, como el sol, que nos alumbra!»
Y *tres veces* besando el crucifijo,
puso su hermoso cuello en el madero:
se alzó el hacha, y rodó por el tablado
la arrogante cabeza de aquel héroe,
*y un unánime grito de agonía*

ráudo estalló, cual ira del Eterno,
por los ámbitos todos de la plaza,
donde el gentío hallábase apiñado.
Siguióle Valderrábano, y tranquilo
también puso en el tajo su cabeza,
humeante en la sangre generosa
de su jefe, su amigo y compañero;
y también su cabeza fué rodando
á un firme golpe del voraz verdugo;
y el desprendido cuerpo resbalóse,
hasta juntarse al de su noble amigo:
subió luego Botello los peldaños,
y postrado á los pies del digno fráile,
besó, con efusión, el crucifijo,
mientras dobló el verdugo su valona,
y alzándose, en el tajo puso el cuello;
y como hasta cubierto estaba el mango
de la gruesa segur, por tanta sangre,
tomarla apenas el verdugo pudo;
mas descargó tan furibundo golpe,
que logró el cuello separar del tronco;
y pasó la segur á su ayudante,
quien diligente comenzó á limpiarla,
mientras él colocaba en el publicio
al generoso y joven Hernán Nuñez:
volvió á tomar el hacha, y jadeante,
con fuerza alzóla, el golpe descargando;
mas quedó unida la cabeza al cuerpo,
que sufriendo horrorosas convulsiones,
la desprendió del tajo enrojecido,
y cayeron el cuerpo y la cabeza;
y entonces el verdugo, de otro golpe,
dado ya en el tablado y no en el tajo,
dividir consiguió cabeza y tronco,
como rendido leñador, que intenta,
antes que sus esfuerzos le abandonen,
finar en breve su tarea ruda!

¡Ah! ya el ejecutor cansado estaba,
y ya mellada el hacha no servía,
descendiendo la sangre del tablado,
cual si hubiese llovido sangre humana!

Extendía el crepúsculo su sombras,
y oscuros los celajes del poniente,
ya no daban su luz á aquella escena,
bárbara, atroz, estúpida y salvaje,
que el espantado pueblo contemplaba,
*sin osar protestar con un rugido,*
que su anterior aliento revelase;
porque transído de terror un pueblo,
por los salvajes actos de un tirano,
degenera en raquítico y cobarde,
por muy heróico y varonil, que sea....
recela de su fuerza colectiva....
do quier piensa encontrar almas serviles....
delatores do quier y desleales,
y de sus propias fuerzas desconfía,
como inexperto niño, intimidado,
por los rigores de padrastro adusto;
mas sonó un eco y dijo: «*¡Basta, basta;*
corramos todos á pedir clemencia
por Hernando de Argüello, y que se salve!»
Y todos impulsados en el acto,
cual si eléctrica idea los moviese,
á la casa corrieron de Pedrárias,
cuyo fondo se hallaba *á doce pasos*
del sangriento tablado, y dividido
por un cerco de cañas de la plaza;
y Pedrárias, *oculto en ese cerco,*
había de esos nobles caballeros
el suplicio, *con gozo*, contemplado!!!

BIBLIOTECA CENTRAL
DE MARINA
DIRINTEMAR

Sintió llamar Pedrárias á su puerta,
y rápido salió de su escondite;
y un anciano, que al pueblo encabezaba,
echándose á sus piés, así le dijo:
«Ya *cuatro hombres*, señor, tendidos yacen,
*dividida del tronco la cabeza;*
y si culpables á la ley faltaron,
ya el castigo infamante del suplicio
la pública vindicta ha satisfecho;
pero Hernando de Argüello estando en Acla,
no se ha unido, señor, á los rebeldes,
y esto debe atenuar también su pena;
y hasta Dios mismo, con piadosas sombras,
parece haber la noche adelantado,
para impedir que á Argüello se ejecute.
¡Sí!.... para él piedad, señor, os pido,
echado á vuestros pies, y sollozando,
á nombre de este pueblo, que me sigue,
y que implora de vos misericordia,
y por el tierno amor de vuestras hijas,
que por vos rogarán, estando ausentes.
¡Jamás pierde, señor, el hombre bueno
el beneficio, que hace á sus hermanos!
¡Para Argüello imploramos esta gracia,
y largos años Dios os dé de vida!»

Y continuando arrodillado el viejo,
con ira fiera balbuceó Pedrárias:
«¡No... no... ya es imposible! ¡Antes mi muerte,
que conceda el perdón á alguno de ellos!»
Y dejando al gentío desairado,
y de aquella respuesta absorto y mudo,
al interior entróse de su casa,
como quien huye de aterrantes voces;
mas no, porque temiese el ablandarse,

sino, porque cuanto antes anhelaba,
que su oprobiosa obra concluyese.

Sus sombras extendió la noche, en tanto,
y ya que no pudo distinguir el pueblo
lo que hizo en el patíbulo el verdugo:
solo oyóse de allí salir un golpe,
como un eco de muerte en las tinieblas....
del hacha enrojecida era el postrero,
y de Hernando de Argüello la cabeza
cayó también junto á las otras cuatro!

Después de este espectáculo horroroso,
y con el alma opresa de amargura,
y esperando venganza, fué indignado
cada cual retirándose á su casa;
y siguióse una noche de lamentos
á ese día de horrores y de espanto;
pero aún no satisfecha de Pedrárias
*esa implacable devorante envidia,*
con la vertida sangre de Balboa,
*hizo que su cabeza apareciera*
*expuesta muchos días en un palo,*
en el mismo paraje del suplicio,
*y mandó confiscar todos sus bienes*! 24

Así generalmente la justicia,
cuando los grandes á invocarla acuden,
ante el poder á la razón pospone....
al menos influyente sacrifica,
y hace que la maldad impere y triunfe.
¡Así en la tierra es! ¡No sé en el cielo
si imperarán también las gerarquías
de arcángeles, querubes, serafines!

Cuando de ideas gigantescas lleno,
y nobles lisongeras esperanzas
de la viril edad de la existancia,
el héroe Vasco Nuñez de Balboa,
desde la Isla Rica iba á lanzarse
al mar del Sud, en sus flamantes buques,
¡quien cuerdamente hubiese imaginado,
*que á los muy pocos días* su cabeza....
esa egregia cabeza, soñadora,
iba en Acla á rodar en el cadalso,
*víctima de la envidia más infame!*

Mas si pudo quitarle su verdugo
de esa futura gloria la corona,
no pudo ya extinguir la que alcanzara
en las montañas de Darien, salvajes,
cuando alzando su brazo omnipotente,
el pacífico mar mostró á los suyos,
resplandeciendo allí *su gran estatua,*
coronada de láuros eternales,
que abrillantan del trópico las luces!

¡Oh! y cuantos morir así anhelaran,
que vejetan, que viven y envejecen,
sin saber para qué ni por qué viven,
arrastrando una vida miserable....
oscura.... inútil, como torpe insecto;
y como estéril planta mueren tristes,
sin dejar una flor en su camino,
ni una huella, que marque su existencia,
sin que aún guarde su nombre ni un romance,
ni sepa nadie el nombre que tenía....
solo los deudos.... que su nombre trazan
en ignorada tumba.... despreciable!

¡Oh! y cuantos morir así anhelaran,
cual murió Vasco Nuñez de Balboa,
mecido de ilusiones juveniles....
en las sienes teniendo una corona,
y por sus propios méritos y fama
víctima ser de viles poderosos!

¡Feliz Balboa, que murió creyendo....
feliz Balboa, que vivió soñando,
de su patria llorado y de sus huestes!
¡Desgraciado Pedrárias, que existía,
muriendo de su vida en el infierno....
odiado de su pueblo y de su esposa,
y á su prole legando su ignominia,
como lega á sus hijos un leproso
la lepra de su sangre envenenada! 25

*«¿Que haya un cadáver más qué importa al mundo?»*
ha dicho un grande, expléndido poeta.
Sí: razón tiene, y nada al mundo importa
el ver de algún mortal la vida extinta,
si de una alma vulgar fué la corteza;
mas distingamos, cual es el cadáver:
cuando de ese cadáver era el alma
un Colón, un Balboa, un Magallanes,
un Copérnico, Newton, Galileo,
un Moisés, un Licurgo ó un Confucio,
una Isabel, un Washington, Bolivar,
un Byron, Lamartine, un Espronceda,
un Rafael, Murillo ó Bounarotti,
una Safo, Teresa ó Eloísa,
entonces vale más ese cadáver,
que otros millares, que la huesa esconde....
que otros millares, que á la huesa bajan,
y para renovar tan solo sirven
el fructífero polvo de la vida:
cuando aliento vital los animaba,
ellos impulso dieron al progreso....

ensancharon al mundo primitivo....
la pobre humanidad dignificaron....
la justicia y la ley establecieron....
templos alzaron á las nobles artes....
dejando monumentos inmortales...
midieron el espacio y de los astros
revelaron la noche y su distancia....
acordaron al pueblo sus derechos....
glorificóse á la virtud sublime,
y lustre y fama dieron á las letras,
los tiernos sentimientos ensalzando!
¡Luego debe llorarse y mucho importa,
que ya un cadáver para el mundo sea,
quien poco antes un astro era en el mundo!

La muerte de Balboa y sus amigos
causó á doña Isabel de Bobadilla
una violenta enfermedad penosa,
de la que consiguió, muy poco á poco,
irse restableciendo; y retirada
de toda sociedad y agena al mundo,
hizo una vida ascética y piadosa,
solo pudiendo soportar la vista
de ese su indigno, maldecido esposo,
como un deber del lazo indisoluble,
que en más risueños días los uniera,
ante el altar del Dios, que veneraba!

Habían transcurrido algunos meses
del horrendo suplicio de Balboa;
y aún reinaba el estupor en Acla,
cuando empezó á decir, tímido el vulgo:
—que se oían quejidos y lamentos,
en las oscuras noches tenebrosas,
en el mismo paraje del suplicio:
que serían las *ánimas en pena*
de las ilustres víctimas, errantes
en aquel otro prometido mundo,
*en el que todos creen y nadie ha visto*,
buscando sus cabezas destrozadas
en este, que dejaron en el tajo,
para poder subir hasta los cielos.—

Y otros, ya luego, más supersticiosos,
decían:—que ellos mismos escucharon
esos flébiles ayes y quejidos,
viendo un bulto correr á la distancia,
y huyendo de ellos, como leve sombra;—
y algunos profiriendo juramentos,
por su alma y por su Dios aseguraron:
—que un esqueleto desgreñado y hosco,
en tenebrosas noches percibieron,
vagar junto al suplicio, y como el humo,
al mirarles pasar, evaporarse,
lanzando ayes, que al alma estremecían.—

Y este vago rumor supersticioso,
que causaba á los tímidos espanto,
y gran curiosidad á los burlones,
en breve *una verdad* fué para todos;
pues todos, en las noches tenebrosas,
ó en esas que las lluvias á torrentes
inundaban los campos y cabañas,
claramente mirábanlo, y oían
los ayes, que lanzaba el esqueleto,
de cuyos ojos, como grandes chispas,
un cristalino fuego resaltaba,
al ir lúgubremente repitiendo:
«¡Oh, Balboa.... Balboa!» y cuyas voces,
con quejumbroso y compasivo acento,
repetían los ecos misteriosos.
Y en la húmeda arena, al otro día,
de unos enjutos pies de forma humana,
hallábanse las huellas, no profundas,
cual de un sér que volara y no corriera;
y los pobres vecinos, aterrados,
iban abandonando sus hogares,
y en otros, más distantes y tranquilos,
la paz buscaban y el silencio grato
de la noche, sin voces ni fantasmas;
y mil desgracias, de consuno todos,
al pueblo de Acla, tristes predecían,
cobardemente por haber sufrido
aquella ejecución tan denigrante,
y no contra el tirano haberse alzado.

Mas después de una noche borrascosa,
en que más se hizo oír el esqueleto,
hallóse al alba, aún tíbio y entre el lodo,
un cuerpo delgadísimo y desnudo,
de bello rostro y larga cabellera:
era el de la gentil india Ventura,
que según la costumbre de su raza,
fué á enterrarse en la huesa de su esposo,
cuando al fin supo, que su esposo amado,
después de venir ella de la isla,
después de irle buscando por el pueblo,
después de irle llamando por las selvas,
había allí espirado en un cadalso!!!

Con maestro buril ó pluma de oro....
con mágicos pinceles y colores,
en terso mármol ó luciente tela,
ó en pindáricos versos, sonorosos,
dignos de Vasco Nuñez de Balboa,
narren otros sus hechos memorables,

su estatua esculpan y relieves bruñan,
su historia escriban y su gloria canten,
y de luz inmortal orlen la frente
del héroe jerezano, émulo digno
de los más celebrados capitanes
del siglo dieziseis, que al nuevo mundo
la cruz de Cristo, y la española enseña,
con aliento titánico llevaron:
con estro divinal mil otros canten
al héroe Vasco Nuñez de Balboa,
verdosos láuros para sí adquiriendo,
con pluma de oro, en mágicas estrofas,
que ¡ay! yo no pude, ni adquirirlos supe!

Yo.... ya lo he dicho, y vuelvo á repetirlo,
conociendo mi pobre insuficiencia:
solo he trazado este boceto informe,
—sin la debida corrección prescripta,
sin el preciso concienzudo estudio,
ni las dotes que exige tal empresa,—
por complacencia propia, é impulsado,
por esa admiración, que rindo al genio,
y que ahora poseer querido hubiera,
para en excelso trono colocarle,
porque el genio es de Dios destello santo,
que concede á sus seres más queridos,
para que al mundo asombren con sus hechos,
ó con descubrimientos prodigiosos!

Del héroe de Darien los nobles manes
reciban hoy propicios esta ofrenda,
espontánea, sencilla, tierna, humilde,
que fervoroso rinde á su memoria
el exacto poeta Demaría,
argentino, del Río de la Plata.

Buenos Aires, Noviembre 10 de 1880.

# NOTAS

1—En una de las notas de mi poema Colón se encuentra la biografía de este valeroso español, que fué uno de los más notables conquistadores de América y acompañó á Colón en su segundo viaje.

2—En una nota de mi poema Colón aparece una biografía del hipócrita obispo Fonseca.

3—El padre Las Casas refiere así este interesante incidente: «Llegaron adonde había unos manglares, que son árboles que siempre nacen y crecen y permanecen dentro del agua de la mar, con grandes raíces, asidas, enmarañadas unas con otras, y allí metido y escondido hallaron á Alonso de Ojeda, con su espada en la mano y la rodela en las espaldas, y en ella sobre trescientas señales de flechazos. Estuvo decaído de hambre, que no podía echar de sí la habla, y si no fuera tan robusto, aunque chico de cuerpo, fuera muerto.»

4—El verídico historiador Herrera refiere circunstanciadamente este hecho en su *Historia de las Indias*.

5—En la nota número 144 de mi poema Colón he trazado la biografía de este célebre español, de quien dice el virtuoso obispo Las Casas: «que Dios le reservaba para grandes hechos».

En corroboración, no solo del satírico dicho:—así se escribe la historia,—sino también de la frecuente inexactitud de los diccionarios biográficos,—qué chasco se llevan los que recurren á ellos por seguros datos,—copio únicamente los dos siguientes, como una prueba de mi aserto.

En la nueva edición del diccionario biográfico universal por J. R. publicado en París en 1856, se escribe así la biografía de Vasco Nuñez da Balboa: «Blasco Nuñez, llamado Velasco por algunos caballeros españoles, que nació en 1490. (Nació 15 años antes, porque cuando descubrió el océano pacífico en 1513, tenía 38 años; y preciso era que solo hubiera tenido 23 para ser exacta la fecha que da este diccionario del nacimiento de Nuñez de Balboa). Habiendo recorrido varias veces la costa del país de Paria y Darien, en la América meridional, descubrió junto al golfo de Uruba un istmo de diez leguas de largo, que separaba los dos grandes mares. Para asegurar la conveniencia de aquel paso, hizo construir cuatro fortalezas, después de haber ganado con presentes algunos de los príncipes de aquel país. Este triunfo despertó en él la ambición, y siendo acusado y convencido de haber querido usurpar la soberanía en los países que había conquistado, fué sentenciado y muerto, y le cortaron la cabeza de orden del rey católico. A no ser por su perfidia hubiera merecido una gloria inmortal, por haber abierto el camino del Perú á Francisco Pizarro y Diego Almagro, que entraron allí en el año 1525.»

No se pueden escribir más calumniosos disparates en menos renglones.

El diccionario enciclopédico de la lengua española, publicado en 1853, «por una sociedad de personas especiales en las letras, las ciencias y las artes,» trae la siguiente biografía de Nuñez de Balboa, que, aunque más corta, es más exacta.

«Vasco Nuñez de Balboa: célebre navegante, nació en 1475. Se distinguió en las primeras guerras con los indios; descubrió el mar del Sud en 1513; dió el nombre de San Miguel donde desembarcó, y tomó posesión de él con toda solemnidad en nombre de la corona de Castilla; pero acusado á su vuelta por el gobernador de Santa María, Pedrárias, del delito de traición, fué sentenciado y muerto y decapitado en 1517».

6—Trata Herrera del famoso perro Becerrico de la isla de San Juan, en la década 1ª, libro 7, capítulo 13; y lo mismo hace Oviedo de Leoncico ó Leoncito, en su *Historia general de Indias*, libro 29, capítulo 3º.

7—Washington Irving, en sus *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, tratando de este suceso, trae la siguiente nota:

«Esta anécdota la relata el mismo bachiller Enciso, en un tratado geográfico, titulado, *Suma de geografía*, publicado en Sevilla en 1519. Como la contestación de los po-

bres salvajes contiene bastante lógica natural, copiamos aquí un trozo, original de Enciso.

Respondiéronme: que en lo que decía, que no había sino un Dios, y que éste gobernaba al cielo y á la tierra, y que era señor de todo, que así les parecía y debía ser; pero en lo que decía, que el papa era señor de todo el universo, en lugar de Dios, y que él había hecho merced de aquella tierra al rey de Castilla, dijeron, que el papa debiera estar loco ó borracho, cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo; y que el rey, que pedía y tomaba tal merced, debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, etc.

8—Algunos historiadores dicen, que ascendería como á doce mil pesos fuertes los despojos y oro que cogieron los españoles á Cemaco; y otros, entre ellos Irving, hacen aumentar la cantidad hasta más de cincuenta y tres mil fuertes.

9—Rodrigo de Colmenares ó Diego Enriquez de Colmenares, pues de ambos modos le llaman los historiadores.

10—Irving, en sus citados *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, llama á este cacique Cuarecuá, confundiéndole con el nombre de su provincia; pero Oviedo, y demás historiadores del tiempo de la conquista, y Quintana, en la biografía de Nuñez de Balboa, le llaman Torecha.

11—Este hecho lo trae Herrera, en su *Historia de las Indias*. Algunos escritores de aquel tiempo dijeron, que entre los prisioneros habían algunos negros, sin duda repitiendo lo que dijo Pedro Mártir, en su década tercera: «Unos dos días de camino, distantes de Cuarecuá, hay una región habitada por moros negros, muy fieros y crueles. Es de suponer, que en tiempos pasados, algunos moros negros salieron de Etiopía á piratear, y á consecuencia de un naufragio, ó por cualesquier otro evento, fuesen arrojados á aquellos montes». Pero los posteriores descubrimientos desmintieron estas versiones.

12—Oviedo, en su *Historia general de las Indias*, libro 29, trae una copia de esa acta auténtica y original, y es la siguiente:

«Diré aquí quiénes fueron los que se hallaron en este descubrimiento con el capitán Vasco Nuñez, porque fué servicio muy señalado, y es paso muy notable para estas historias, pues que fueron los cristianos que primero vieron aquella mar, según da fe de ello Andrés de Valderrábano, que allí se halló, escribano real, é natural de San Martín de Val-de-Iglesias; el cual testimonio yo ví allí, y el mismo escribano me lo enseñó, y después cuando murió Vasco Nuñez, murió aqueste con él, y también vinieron sus escripturas á mi poder, y aquesta decía de esta manera:

Los caballeros y hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento de la mar del Sud con el magnífico y muy noble señor capitán Vasco Nuñez de Balboa, gobernador por sus altezas en la Tierra Firme, son los siguientes: Primeramente el señor Vasco Nuñez, y el fué el primero de todos que vió aquella mar é la enseñó á los infrascriptos Andrés de Vera, clérigo; Francisco Pizarro, Diego Albitez, Fabián Pérez, Bernardino de Morales, Diego de Tejerina, Cristóbal de Valdehuso, Bernardino de Cienfuegos, Sebastián de Grijalva, Francisco de Avila, Juan de Espinosa, Juan de Velasco, Benito Buron, Andrés de Molina, Antonio de Bacaraldo, Pedro de Escobar, Cristóbal Daza, Francisco Pesado, Alonso de Guadalupe, Hernando Muñoz, Hernando Hidalgo, Juan Rubio, de Malpartida; Alvaro de Bolaños, Alonso Ruiz, Francisco de Lucena, Martín Ruiz, Pascual Rubio, de Malpartida; Francisco Gonzalez, de Gualdacama; Francisco Martín, Pedro Martín, de Palos; Hernando Diaz, Andrés García, de Jaen; Luis Gutiérrez, Alonso Sebastián, Juan Vegines, Rodrigo Velazquez, Juan Camacho, Diego de Montehermoso, Juan Mateos, Maestre Alonso, de Santiago; Gregorio Ponce, Francisco de la Tova, Miguel Crespo, Miguel Sánchez, Martín García, Cristóbal de Robledo, Cristóbal de León, platero; Juan Martínez, Francisco de Valdenebro, Juan de Beas Loro, Juan Ferrol, Juan Gutiérrez, de Toledo; Juan de Portillo, Juan García, de Jaen; Mateo Lozano, Juan de Medellin, Alonso Martín, asturiano; Juan García, marinero; Juan Gallego, Francisco de Lentin, siciliano; Juan del Puerto, Francisco de Arias, Pedro de Orduña, Nuño de Olano, de color negro; Pedro Fernández de Aroche.—Andrés de Valderrábano, escribano de sus altezas en la corte y en todos sus reinos é señoríos, que estuve presente é doy fé de ello; y digo que son por todos sesenta y siete hombres estos primeros cristianos que vieron la mar del Sud, con los cuales yo me hallé é cuento por uno de ellos.»

Emplearon, pues, los españoles como se ve, veinte días en llegar á la cúspide del istmo, cuya mayor anchura, en algunos parajes, es de dieziocho leguas, angostando en otros hasta siete; hoy se cruza en cuatro ó cinco días; pero hay que observar, que cuando lo atravesaron los descubridores, solo había estrechos é impracticables senderos, conocidos únicamente por los salvajes: que tenían que precaverse de los ataques de enemigas tribus; que esas montañas son muy perpendiculares y escabrosas, y que carecían de alimento, agua, y muchos de ellos hasta de ropa y calzado; y que tenían que luchar con mil contrariedades, en una zona de fuego: y como dice muy bien Quintana, biógrafo de Nuñez de Balboa: «tenían que abrirse camino por medio de dificultades y peligros, que

solo aquellos hombres de hierro podían arrostrar y vencer».

13—Estos minuciosos hechos, tomados del historiador Herrera, son exactos y verídicos, como todos los *más mínimos incidentes*, que he referido y seguiré refiriendo, apoyado en la descripción y datos de los primitivos historiadores de las Indias. Hago esta advertencia, para que no se crea que son ficciones, adornos ó poéticos incidentes fantásticos, con que quiero engalanar mi trabajo.

Solo circunscríbome á narrar, como puedo, lo que trae la historia; y esta manifestación me escusará de volver, en adelante, á hacer otras idénticas.

14—El historiador Oviedo trae este itinerario: «Salió del Darien en jueves 1° de septiembre de 1513, y llegó al puerto y tierra de Careta de allí á cuatro días: descansó dos, y salió el 6 á internarse en la tierra, y á los dos días arribó á la Ponca por camino áspero y de sierras: estuvo allí hasta el 20, en que continuó su viaje y llegó el 24 á Cuarecuá, donde mandaba Torecha, habiendo andado en aquellos cuatro días, diez leguas; era mal camino y había ríos. Salió de allí el 25, y llegó en el mismo día á los bohíos de parque, en donde no se detuvo; y siguiendo adelante, descubrió la mar que buscaba, á las diez de la mañana. Llegó, no se dice el día, á la tierra de Chiapes, y el 29 bajó de allí al golfo de San Miguel, y tomó posesión del mar y costas».

15—Todos los historiadores de la conquista de las Indias, al hablar de Nuñez de Balboa, unánimemente le reconocen todas las escepcionales cualidades, que narro en estas décimas. Dice Pedro Mártir, después de relacionar todos sus méritos: «He aquí á Vasco Nuñez de Balboa transformado de cabeza de motín, en político y prudente capitán.» El recuerdo de sus hechos y buen gobierno quedó vivo por muy largos años, después de su injusta muerte; y el cronista Oviedo, de quien dice muy bien Quintana, que no fué pródigo en alabanzas con los conquistadores de Tierra Firme, escribió treinta años después de la muerte del héroe: «que en conciliarse el amor del soldado y de los indios, ningún capitán de Indias lo había hecho hasta entonces mejor ni aún tan bién como Vasco Nuñez.»

16—El diccionario enciclopédico de la lengua española, publicado en 1853, «por una sociedad de personas especiales en las letras, las ciencias y las artes,» y al que he citado en la nota quinta, dice lo siguiente: «Pedrárias, (Pedro Arias) Biog: caballero español, natural de Avila, que hizo grandes servicios á Carlos V en Orán y toma de Bujía, y por ser valiente fué apellidado el *Justador*. Partió á la conquista del Perú en 1514, con cuarenta y dos naves y pobló la villa del Nombre de Dios y la ciudad de Panamá».

Quintana y Washington Irving dicen que fué natural de Segovia y no de Avila: mal pudo prestar servicios á Carlos V en Orán y Bujía, cuando Fernando estuvo reinando hasta su muerte, acaecida á principios de 1516; y respecto á que partió á la conquista del Perú en 1514, con cuarenta y dos naves, se cometen dos crasos errores, porque solo salió con quince naves para Darien á reemplazar á Balboa, y emprender la empresa, por éste indicada, del descubrimiento del mar del Sud, y que después descubrió, lo que aún en España se ignoraba á la salida de Pedrárias; y de ningún modo puede decirse que iba á la conquista del Perú, cuando hasta el año 1526 no fué descubierto por Pizarro.

17—Dice así Pedro Mártir de Angleria, en su década 2ª, libro 3: «Vaschus ille Nunnez, qui magis vi quam suffragiis principatum in Darianenses usurpaverant, egregius digladiator». Y después en su década 3ª, libro 5, se contradice de este modo: «E violento igitur Goliá in Heliseum, ex Antheo in Herculem portentorum dominatorem, transformatus hic noster Vaschus Balboa fuisse videtur. Mutatus ergo ex temerario in obsequentem, honoribus et benificentiá dignus est habutus.»

18—Algunos historiadores antiguos españoles presumieron, que el nombre que se dió después al Perú es derivado, por una mala interpretación, del nombre de Birú, hecha por los primeros descubridores; aunque luego muchos consideraron esta opinión, como errónea.

19—Algunas de estas perlas se vendieron en Darien en pública subasta, y compró Pedrárias la mejor; y cuando regresó éste á España, su esposa doña Isabel de Bobadilla se la presentó á la emperatriz, quien dióla por ella cuatro mil ducados.

20—La llegada del obispo á Castilla no se verificó hasta 1518; y según una nota de Quintana, no guardó allá á su amigo Nuñez de Balboa la consecuencia debida al muerto amigo; pues en una discusión que tuvo con Las Casas, ante el emperador, dijo: «que si el primer gobernador de Darien había sido malo, el segundo era peor.»

21—Narrando entusiasmado W. Irving este suceso, no puede menos de exclamar: «Hay puntos en la historia del descubrimiento del hemisferio occidental, que nos llenan de asombro y admiración. ¡Qué osadía la de los hombres, que dieron cima á tales empresas! ¡Qué grandes dificultades, vencidas á fuerza de valor y perseverancia! Conocemos pocas cosas que nos admiren más que la traslación al través de los montes de Darien, de los primeros buques españoles, lanzados á las aguas del mar Pacífico; y perdonamos de buen grado el orgullo de los antiguos escritores castellanos, cuando exclaman: «Nadie mas que

españoles podían haber concebido y persistido en semejante empresa: ningún jefe, que no hubiera sido Vasco Nuñez la hubiera llevado á cabo con tanta felicidad. Herrera».

22—La predicción que hizo Codro á Balboa, la traen todos sus historiadores, del modo que la narro; y Oviedo, dice lo siguiente en su *Historia general de Indias*, refiriéndose al fin que tuvo el veneciano astrólogo micer Codro: «E dentro del dicho ancon é de las dichas puntas, (el golfo llamado de Paris y las puntas de Quera y de Santa María) están las islas del Cebaco á tiro de escopeta, é poco mas la una de la otra, que son dos, é de buenas fuentes é torrentes ó arroyos; é en la que está mas á el leste está enterrado aquel docto filósofo veneciado, llamado Codro, que con deseo de saber los secretos de estas partes, pasó acá é murió allí, é el piloto Juan Cabezas lo enterró en aquella isla, donde á su ruego le sacó á morir, é acabó encomendándose á Dios, como católico, non obstante que un día ó dos antes emplazó al capitán Jerónimo de Valenzuela, que le había maltratado, é le dijo estas palabras el Codro: «Capitán, tú eres la cáusa de mi muerte por los malos tratamientos que me has hecho: yo te emplazo para que vayas á estar á juicio de Dios conmigo, dentro de un año, pues yo pierdo la vida por tu mal portamento.» E el capitán le respondió: «que no cuidase de hablar aquellos desvaríos, é que si quería morir, á él se le daría poco de su emplazamiento: que él enviaría un poder á su padre ó abuelos é otros déudos suyos, que estaban en el otro mundo, que le responderían como él merecía.» El caso es que el capitán le pudiera hacer placer en contestarle, sin poner nada de su casa, si quisiera. Finalmente el Valenzuela murió dentro del término que el otro le señaló é dijo en su emplazamiento. Yo estuve con el mismo piloto en la misma isla, é me enseñó un árbol, en la corteza del tronco del cual estaba hecha una cruz cortada, é me dijo, que al pie de aquel árbol había enterrado al dicho Codro, de forma que este murió en su oficio, como Plinio en el suyo, escudriñando é andando á ver secretos de natura por el mundo. A este piloto le pesaba mucho la muerte de Codro, é le loaba de buena persona é á otros que lo trataron he oído decir lo mismo, y me dijo, que estando apartados de tierra en la mar, le rogó que por amor de Dios le sacase á morir fuera de la carabela, en una de aquellas islas. E el piloto le dijo: «Micer Codro, aquellas que decís que son islas no lo son, sino tierra doblada, é no hay islas allí.» E le replicó: «Llévame; que si hay dos buenas islas junto á la costa, é de muy buena agua, é más adentro está una gran bahía ó ancon, con un buen puerto en la tierra firme: é ansi era la verdad.»

23—Debido á la persistencia y celo del infatigable Las Casas, envió á Santo Domingo el cardenal Jiménez de Cisneros algunos frailes jerónimos, escogidos entre los más capaces, para investigar y remediar los males y abusos de los adelantados de las colonias, proteger á los naturales y propagar la religión; y llenaron dignamente su misión, administrando severa justicia.

24—Oviedo, que fué testigo ocular de estos sucesos, los refiere en su *Historia general de Indias*, y dice también, que Pedrárias, «oculto en unas cañas de su casa, presenció la ejecución á doce pasos de distancia del patíbulo.»

25—El historiador Quintana concluye la biografía de Nuñez de Balboa, con las siguientes palabras: «Tenía Balboa cuarenta y dos años. Sus bienes fueron confiscados y con todos sus papeles entregados después en depósito al cronista Oviedo, por comisión que tenía para ello del emperador. Alguna parte fué restituída á su hermano Gonzalo Nuñez de Balboa, y así es, como Juan y Alvar Nuñez, hermanos también del adelantado, fueron atendidos y recomendados por el gobierno de España, en el servicio de las armadas de América, acatando, según dicen las órdenes reales, á los servicios de Vasco Nuñez, en el descubrimiento y población de aquella tierra. No se explican así respecto de Pedrárias, ni los despachos públicos ni las relaciones particulares. En todas se le acusa de duro, avaro y cruel; en todas se le ve incapaz de cosa ninguna grande; en todas se le pinta como despoblador y destructor del país á donde se le envió de conservador y de amparo. Por manera, que ni á la indulgencia ni á la duda, aunque apuren todo su esfuerzo para justificarle, les será dado jamás lavar este nombre aborrecido de la mancha de oprobio, con que se ha cubierto para siempre. A Balboa por el contrario, luego que callaron las miserables pasiones, que su mérito y sus talentos concitaron en su daño, los papeles de oficio, igualmente que las memorias particulares y la voz de la posteridad, le llaman á boca llena, uno de los españoles más grandes, que pasaron á las regiones de América.

Es preciso advertir aquí, que la mala reputación de Pedrárias no provino precisamente de sus desavenencias con Balboa, aunque haya contribuido en gran manera á ella la iniquidad usada con este descubridor. El conjunto de sus acciones en América, tal como le presentan todos los historiadores, da el resultado odioso, que se expresa en el texto, y de un modo tan incontestable, que toda defensa es vana, como toda acriminación supérflua. No faltó en los tiempos pasados, quien quisiese volver por su crédito, y un conde de Puñonrostro, en calidad de descendiente suyo, sacó lo cara por él, y demandó en juicio al cronista Herrera por el mal que decía en sus *Décadas* de Pedrárias, alegando, que de todo se le había dada por libre, cuando se le declaró buen ministro del rey, en la residencia que se le tomó. Herrera contestaba, que la declaración podía libertarle de la pena, pero no quitar lo que

en verdad pasó, no fuese pasado. Hubo en este debate diferentes alegaciones de ambas partes, cuyos papeles se conservan, unos impresos y otros manuscritos, en el archivo de Indias. Herrera hizo patente, que aún le disimulaba mucho: cedió al fin el conde, y el negocio se transigió en que un ministro del consejo mitigase la acrimonia de tal cual pasaje del historiador.»

## POR AHORA.... ÚLTIMA PALABRA

Despues de muchos años transcurridos, en que sucesivamente, en medio de los más rutinarios y prosáicos trabajos ó de los muy agradables pictóricos, fuí escribiendo mis cuatro poemas, Colón, Vasco Nuñez de Balboa, las Conquista del Perú y Méjico, he empezado á publicarlos, exceptuando el *Colón*, cuya *primera edición* cedí á la casa de Espasa y compañía, de Barcelona, en 1887, quienes la editaron de todo lujo, ya agotada; y haré, si me es posible, la segunda; pero antes empezaré á publicar en un grueso volúmen, todos mis otros trabajos, titulados Obras Literarias.

Aunque como buen padre, quiera yo igualmente á estos mis hijos, no será así para el público, pues aunque no sea mas que por su nombre, *siempre grandioso*, el primero será el preferido.

Respecto á los *otros tres protagonistas*, casi rivales por sus asombrosos hechos, el que por su *menor volúmen y ser el más chiquilín*, es para mí el más simpático y atrayente y también por su más grandeza de alma, ingénitas y admirables virtudes y fraternal amor á la humanidad, Vasco Nuñez de Balboa; y es el primero que salvaría del naufragio, como al hijo que más estimo; é igualmente, si algo valiesen como trabajos literarios, él sería para mí el preferido.

# FE DE ERRATAS

| PÁG. | COL. | LÍNEA | DICE | LÉASE |
|---|---|---|---|---|
| III. | 1 | 24 | al | tal |
| III. | 1 | 25 | tal. | al |
| IV | 1 | 27 | asuuto. | asunto |
| IV | 2 | 17 | del. | el |
| V | 2 | 36 | trancurrido. | transcurrir |
| 1 | 1 | 18 | el monarca. | al monarca |
| 2 | 1 | 27 | Comun. | común, |
| 3 | 1 | 29 | alló | halló |
| 3 | 2 | 3 | el del poseedor | el poseedor |
| 5 | 1 | 28 | pudiese | pudiese.— |
| 6 | 2 | 2 | encontrado | encontrado.— |
| 13 | 2 | 6 | costaba | costaban |
| 14 | 2 | 12 | la | le |
| 20 | 2 | 17 | Estado. | estado |
| 24 | 1 | 38 | por | por los |
| 38 | 2 | 34 | déjame | dejame |
| 41 | 1 | 7 | é | á |

Al final del capítulo XVII se agregarán los dos siguientes versos:

Y doy mi digresión por terminada,
y prosigo impertérrito mi historia.

| PÁG. | COL. | LÍNEA | DICE | LÉASE |
|---|---|---|---|---|
| 44 | 2 | 24 | á | la |
| 48 | 1 | 24 | 1519 | 1512 |
| 55 | 2 | 3 | violentas | violentos |
| 61 | 2 | 44 | con | en |
| 62 | 2 | 39 | el | del |
| 63 | 2 | 7 | dijo | dejó |
| 63 | 2 | 26 | procavido. | precavido |
| 65 | 2 | 43 | oceano. | océano |
| 75 | 2 | 49 | Ciapes, | Chiapes, |
| 82 | 1 | 38 | hablase | hablase.— |
| 82 | 2 | 10 | nnevas | nuevas |
| 82 | 2 | 27 | mejor. | menor |
| 83 | 1 | 3 | sustituyendo. | destituyendo |
| 91 | 2 | 11 | cou | como |
| 106 | 2 | 21 | quedo | Quedó |
| 110 | 1 | 16 | ante. | entre |
| 117 | 1 | 16 | del Norte | Norte |
| 117 | 2 | 47 | sus hijos | los hijos |
| 133 | 1 | 48 | dilo | dijo |
| 140 | 1 | 2 | querian | quería |

